



La sangre
no miente **Walter
Kirn**

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Citas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Agradecimientos
Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Daniel Oliveira Melo, el candidato a la presidencia de Brasil, es un hombre habituado a conseguir cualquier cosa que se le antoje.

Miranda es una estilista de cabello color turquesa que también está acostumbrada a satisfacer sus caprichos sin importar lo que puedan pensar de ella.

El día en que sus caminos se encuentran, quedan unidos en una complicada relación minada de engaños y repleta de actos desesperados y fuera de cualquier límite.

En un círculo en el que solamente sobreviven los más fuertes y donde prevalece la ley de la selva, se mezcla el calor de un país ardiente con lo más frío y cínico de las relaciones políticas.

Intensa en el amor, divertida en lo más inocente de la condición humana y en ocasiones desmedida en el instinto de supervivencia, ésta es la historia de dos personas que jamás creyeron ser dignas de ser amadas.

D.O.M.; detrás de las siglas hay mucho más que un nombre.

La sangre no miente

Walter

Kirn

Traducción de
Aleix Montoto

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1431

*Para Amanda Fortini, mi amor,
y en memoria de mi madre, Millie Kirn*

La versatilidad era lo suyo, y el mundo era muy ancho.

PATRICIA HIGHSMITH,
El talento de Mr. Ripley

Un escritor que no escribe es prácticamente un maníaco dentro de sí mismo.

F. SCOTT FITZGERALD

1

En aquel momento me pareció un gesto noble, y la idea de embarcarme en una aventura me resultó atractiva. El verano en que mi esposa estaba embarazada de nuestro primer hijo y el presidente Clinton estaba a punto de ser impugnado, me ofrecí voluntario para llevar a una perra lisiada desde mi casa de Montana, donde estaba siendo cuidada por los mecenas de nuestra asociación protectora de animales local, hasta el apartamento en Nueva York de un joven rico, un Rockefeller que la había adoptado por internet.

Su nombre de pila era Clark. Nos conocimos por teléfono. Lo llamé para hacerle un favor a mi esposa, Maggie, presidenta de la protectora de animales, que estaba intentando ayudar a su vez a Harry y Mary Piper, las personas que habían rescatado al pobre animalito después de que hubiera sido atropellado por un coche. Ellos habían pagado la cirugía que le salvó la vida, se habían encargado de que recibiera masajes reiki y le habían enseñado a utilizar una silla de ruedas canina que hacía el trabajo de sus paralizadas patas traseras. Recientemente, los Piper, herederos de una fortuna bancaria de Minnesota y devotos episcopalianos (Mary estaba formándose para ser ordenada sacerdote), nos habían invitado a cenar a Maggie y a mí y se habían quejado de las dificultades para transportar a la perra a la Costa Este. Temían confiarla a una aerolínea comercial a causa de su delicado estado, y si bien Clark les había dicho que tenía un avión, al parecer en ese momento no estaba disponible porque su esposa, Sandra, una consultora de comercio internacional, lo había utilizado para desplazarse a China. Cuando me enteré de esto, me ofrecí a hacer de intermediario, en parte para aliviar la culpabilidad que sentía por la muerte de uno de los perros del refugio de Maggie al que había atropellado con mi camioneta unos pocos meses antes.

Pero también tenía otra razón para querer hablar con Clark: yo era escritor, y en ese momento, tras haber acabado un libro y a la espera de empezar el siguiente, tenía la impresión de que iba a conocer a todo un personaje.

Durante nuestra primera conversación telefónica, Clark me contó la historia de la adopción. Me dijo que se había enterado de la existencia de la perra, cuyo nombre era *Shelby*, a través de una página web dedicada a encontrar amos para setters escoceses sin hogar. A él le encantaba esa raza por sus vínculos con la realeza británica y por su temperamento animado y entusiasta. Supo al instante que la quería, dijo, e intercambió varios correos electrónicos con los Piper para convencerlos de que era el dueño perfecto. Vivía a tan sólo una manzana de Central Park, lo que significaba que *Shelby* tendría un gran espacio en el que ejercitarse y «practicar la caza matutina de ardillas». Además, añadió Clark, en el piso de debajo del suyo vivía el «mejor veterinario acupuntor» de Manhattan. Añadió que ya había hablado con él, y estaba seguro de que, con su ayuda, algún día *Shelby* se recuperaría del todo.

—Me temo que eso es improbable —le dije yo—. Tiene la columna vertebral destrozada. No estoy seguro de si está al tanto, pero es posible que alguien le disparase antes de ser atropellada.

—¿La han tratado alguna vez con acupuntura?

—La verdad es que no —tartamudeé yo.

—Entonces desconoce sus propiedades mágicas.

La conversación telefónica duró más de una hora, retrasando con ello mis quehaceres. Esa mañana debía entregar un artículo a la revista *Time*. En un pequeño despacho situado encima de una tienda de ropa campera me dedicaba a convertir un montón de páginas redactadas por diversos corresponsales del país en una historia inteligible sobre algún asunto de sociología popular — violencia televisiva, hijos de divorciados—, imposible de tratar en cien páginas, pero que yo tenía que resumir en cuatro. No me gustaba mucho el trabajo, pero necesitaba el dinero porque recientemente había pedido un préstamo de medio millón de dólares para comprar un rancho de doscientas hectáreas situado a quince kilómetros al norte del pueblo de Livingston («a la sombra de las Montañas Locas», al decir del poético agente inmobiliario). La

propiedad consistía en unas pintorescas ruinas formadas por cercas caídas, pastos sobreexplotados y corrales destartados cuyos henares estaban irrigados por acequias poco profundas repletas de guaridas de serpientes de cascabel y agujeros de tejones. La casa tenía una cocina con un aseo, al aire libre, no lejos del fregadero, y el piso superior estaba abandonado y cerrado con tablones de madera. Había comprado el lugar para cumplir el sueño de llevar una vida campesina autosuficiente, pero estaba descubriendo que pagarlo supondría trabajar más duro de lo que lo había hecho nunca y en encargos mucho más deprimentes de lo que podía soportar. Lo que más miedo me daba era que, según mi préstamo —un contrato privado firmado con el antiguo dueño del rancho, un pediatra de Billings—, si me saltaba un solo pago mensual podía llegar a perder el lugar.

Clark fue quien más habló durante esa primera conversación telefónica. Me contó muchas cosas sobre él, algunas de las cuales resultaban difíciles de procesar sin la posibilidad de ver su rostro y saber si estaba bromeando o exagerando. Me dijo, por ejemplo, que no había cursado secundaria. También que coleccionaba arte moderno, pero que le parecía feo: «Meros vómitos sobre lienzos». Que comía pan hecho por él mismo. Y que tenía otro setter escocés llamado *Yates* al que colmaba con comidas de tres platos preparadas con ingredientes frescos por su chef particular. Luego me preguntó cuál era mi número de fax para poder enviarme las recetas.

—¿De veras escribe esas recetas? —le pregunté.

—Lo hacen mis empleados —me contestó.

Mientras esperaba el documento sentado a mi abarrotado escritorio, bebiendo café frío e ignorando el pitido de la línea telefónica (mis editores del *Time* estaban intentando ponerse en contacto conmigo), le pregunté a Clark a qué se dedicaba. Tenía la impresión de que no hacía absolutamente nada.

—Actualmente —me contestó— ejerzo de banquero central por cuenta propia.

Le pedí que me diera más detalles.

—Piense en el suministro de dinero de un país como en un lago o un río que hay detrás de una presa —dijo—. Y piense en mí como en el guardián de

esa presa. Yo decido cuánta agua pasa a las turbinas, a qué velocidad y durante cuánto tiempo. El truco es dejar pasar suficiente agua para nutrir y sostener los cultivos del país, pero no tanta como para que llegue a inundar los campos y anegarlos.

—¿Qué países? —le pregunté entonces—. ¿Para quién hace eso?

—¿Actualmente? Tailandia.

—Es una responsabilidad muy grande.

—Es divertido.

—¿Y qué países antes de Tailandia?

—Eso es confidencial.

—No puede tratarse de una profesión muy común.

—Nos la inventamos. Es decir, lo hizo mi empresa, Asterisk LLC.

Hablaba con un acento entrecortado e internacional, y ocasionalmente utilizaba palabras como «antaño» o «indecoroso», que parecían colocarle una corbata a la frase que las incluía. Supuse que esa peculiar forma de hablar se debía al hecho de haber sido educado en un ámbito sobreprotegido. Recordaba haber conocido a algunas personas como él en la Universidad de Princeton —presuntuosos y sobreeducados excéntricos de buenas familias que hablaban como si fueran primos de Katharine Hepburn—, pero yo me había criado en la Minnesota rural, en lo más profundo de una región lechera que olía a estiércol, y nunca había conseguido tener una relación muy estrecha con ellos. No me aceptaban en sus clubes, no practicaba sus deportes y me parecían un poco repulsivos físicamente, con esas calvicies prematuras y esa delicada piel de un color rosa intestinal. Después de la universidad, mientras estudiaba en Oxford con una beca, me las apañé para relacionarme con algunos de sus equivalentes británicos (entre los cuales estaba el hermano pequeño de Lady Di), pero para ellos yo no era más que una novedad, un vulgar entretenimiento del Nuevo Mundo. Cuando mi estancia en Oxford llegó a su fin, me quedé en Londres varios meses trabajando de administrativo en un pequeño bufete de abogados y solía salir con un grupo de jóvenes aristócratas fiesteros. Lo cierto es que era incapaz de seguir su ritmo: los taxis, las cuentas de los bares... Finalmente, regresé a Estados Unidos y conseguí un trabajo en *Vanity Fair* redactando titulares con juegos de palabras para edulcorados artículos sobre

el diseñador de los vestidos de Nancy Reagan y las actividades de beneficencia de la esposa de Sting, pero a mi jefe no le gustaba que por las noches me quedara en casa en vez de sumergirme en la escena social y me despidieron al cabo de un año.

A Clark, sin embargo, yo parecía gustarle, y también el hecho de que a mí me gustara él. En cuanto el menú del perro comenzó a aparecer en el fax, me quedé convencido de su entusiasmo.

- 2 tazas de arroz integral recién hervido
- 1 hortaliza verde (preferiblemente calabacín) triturada en un robot de cocina
- 1 hortaliza amarilla (preferiblemente zanahorias) triturada en un robot de cocina
- 1 diente de ajo triturado en un robot de cocina
- 0,5 kg-1 kg de carne de ternera cruda triturada en un robot de cocina justo antes de ser servida
o 0,5 kg-1 kg de pavo/pollo cocinado y triturado
o 1 lata de salmón
- Una pizca de algas en polvo, 1 cucharada de levadura de cerveza, un poco de harina de carne y huesos, 2 cucharadas de germen de trigo, un poco de polen de abeja

Mientras leía este delirante y meticuloso documento, decidí que, si tenía la posibilidad, debía conocer a Clark en persona. Como novelista, sería culpable de mala praxis si no lo intentaba.

Él todavía no había terminado de intentar impresionarme. Como si creyera que se trataba de algo que daba lustre a sus credenciales para el papel de padre adoptivo del setter, me contó que vivía al lado de Tony Bennett y que por las noches podía oírlo ensayar a través de la pared. También que se había graduado en Harvard y Yale, donde había estudiado economía y matemáticas. Que podía cantar la letra de cualquier canción que yo le dijera con la melodía de la sintonía de «La isla de Gilligan» (cosa que demostró con la letra de una canción de Cole Porter). Que sabía por «fuentes» fiables que el príncipe Carlos había asesinado a Lady Di con la ayuda de un comando de soldados de élite, y que a través de un amigo suyo (el almirante de la Séptima Flota de la Armada estadounidense) se había enterado de que la República Popular China y Estados Unidos habían firmado un tratado secreto que permitía a los comunistas invadir Taiwán a su conveniencia y sin oposición.

—Ésa es la historia del siglo que viene: *Lebensraum** chino —dijo—. Volvemos a estar como en la década de 1930, antes de la guerra, y la cosa no va a terminar bien. Hágame caso, Walter, prepárese.

—¿Cómo? —pregunté.

—Con precisión.

—Lo digo en serio, ¿cómo? —pregunté—. Porque, francamente, estoy de acuerdo con algunas de las cosas que ha dicho.

—¿En lo de China?

—En la deriva general hacia un conflicto global.

—Así es como serán las cosas dentro de poco —dijo él—: Japón pronto será el porche delantero de un nuevo imperio chino que se extenderá hasta Australia y Nueva Zelanda. Nosotros nos retiraremos a Hawái y quedará establecido un nuevo orden hemisférico. Con el tiempo nos veremos obligados a renunciar a nuestras alianzas occidentales y a someternos a los intereses de Oriente. En realidad, eso ya está sucediendo, simplemente que todavía no ha sido anunciado.

Cuando le mencioné a Clark que reseñaba libros para la revista *New York*, me dijo que hacía apenas un par de días él también había escrito una reseña. Era la primera que hacía en su vida y había sido para Amazon.com. Me contó los detalles mientras estábamos al teléfono e insistió en que la leyera en ese mismo momento en mi ordenador. El libro en cuestión era *Conversaciones con Dios*, y la reseña se titulaba «Apártate, L. Ron Hubbard, aquí llega Neale Donald Walsch». Su tono altivo, reprobatorio y condescendiente no se veía reflejado en su inmadura prosa:

Neale Donald Walsch, un escritor con un evidente complejo de Dios, presume de hablar por boca de éste durante una conversación imaginaria formada en su mayoría por frases en primera persona con el «Yo» en mayúsculas [...]. Escrito en un formato de preguntas y respuestas, y casi en su totalidad con palabras breves y frases que ni siquiera Hemingway podría haber hecho más cortas, este libro sólo podría resultarle atractivo a alguien escasamente alfabetizado. Su filosofía de Haz-lo-que-te-parezca debería proporcionarle a cualquiera justificación suficiente para llevar un estilo de vida propio de la década de 1960 y entregarse al amor libre. En mi frase favorita (p. 61), Dios dice a través del señor Walsch que «Hitler fue al cielo».

—Parece un libro malo —dije cuando hube terminado.

—Pero ¿qué le parece la reseña?

Hay ciertos temas sobre los que no puedo mentir, así que intenté ser diplomático:

—Bueno, es enérgica.

Finalmente, llegamos al asunto de la perra. Clark lamentó el hecho de que su avión no estuviera disponible y me hizo saber que no conducía. Me preguntó entonces si podíamos enviarle a *Shelby* en tren. Yo le dije que, incluso en el caso de que Amtrak transportara animales, el tren tardaría días y no era fiable. Entonces se me ocurrió la idea de contratar a un mensajero. Me ofrecí a encontrar uno, negociar un precio y encargarme de todas las gestiones necesarias.

—Me temo que no servirá —dijo Clark.

Le pregunté por qué.

Me contestó con una larga letanía formada por sus malas experiencias con el «servicio», desde avariciosos fontaneros hasta doncellas deshonestas. Fingían heridas. Presentaban demandas. Hurtaban joyas de la familia. Era vergonzoso. La sociedad había cambiado. La gente había perdido toda noción de honor personal. La gente de cualquier nivel, alto o bajo. De hecho, era la falta de integridad de los dirigentes —los del gobierno, pero especialmente los del sector privado— lo que más lo desalentaba.

—Preferiría no utilizar a un desconocido para este trabajo. Preferiría confiárselo a un amigo —dijo—. Si le soy sincero, me preocupa la seguridad.

Por la ventana de mi despacho, vi entonces un traqueteante tren de carbón que se abría paso por la ciudad a más o menos un kilómetro de distancia y, de pronto, mi mente comenzó a divagar. Llevaba una existencia extraña en Montana, resultado de muchas decisiones también extrañas. Ocho años antes, en la primavera de 1990, había llegado desde Nueva York para escribir un artículo sobre una secta religiosa que se estaba preparando para el Armagedón. La líder de la secta, una mujer de mediana edad que aseguraba canalizar los espíritus de figuras legendarias como Buda, sir Francis Bacon y Merlín, urgía a sus seguidores a dejar sus hogares y a trasladarse a un refugio antiaéreo excavado en la ladera de una montaña. Yo aproveché para

comprarme una de esas casas abandonadas por un precio bajo (el fin del mundo crea vendedores motivados), pensando que la utilizaría a modo de refugio para escribir. Terminé quedándome. Cinco años después, sentí otro impulso. Tras un noviazgo de diez meses, me casé con Maggie, la hija de diecinueve años del novelista Thomas McGuane y la actriz Margot Kidder. Yo tenía treinta y cuatro. Hice las cosas a mi manera. Ahora, tres años después, estábamos a punto de tener un bebé y vivíamos en un rancho que había adquirido por mero capricho y no tenía ni idea de cómo llevar.

—¿Nos hemos quedado sin ideas? —dijo Clark.

Él sabía que no. Tal y como les había dicho a los Piper durante la cena de la noche anterior, yo ya había ido en coche antes hasta Nueva York. Tres años atrás, unos pocos meses después de mi boda (y sintiéndome algo asfixiado en un pueblo de siete mil personas escandalizadas por mi matrimonio con una adolescente), alquilé por un breve período un pequeño loft situado en el distrito de las flores de Manhattan. También necesitaba descansar de mi nueva suegra, que había regresado a Livingston para estar cerca de Maggie después de haber vivido en el pueblo durante su caótico apogeo bohemio de la década de 1970. El breve matrimonio de Margot con el padre de Maggie había tenido lugar durante un tumultuoso período cultural lleno de sustancias estimulantes e infidelidades, y su regreso al mismo escenario le había resultado algo perturbador. Unos pocos meses después de mi boda, se vino abajo durante una visita a Los Ángeles: comenzó a correr por el aeropuerto huyendo de unos asesinos imaginarios, se deshizo de su dentadura postiza y de su bolso, y apareció días después en la población residencial de Glendale, bajo el seto del patio de alguien y con prácticamente todo el pelo rapado. Regresó entonces a Montana para descansar y recuperarse. Cuando quise darme cuenta, se encontraba en nuestro salón y estaba siendo entrevistada por Barbara Walters, cuyo equipo me obligó a salir de casa y sentarme en la escalinata de entrada (donde se habían reunido algunos vecinos en busca del autógrafo de Barbara).

No veía el momento de dejar atrás el pueblo. Cargué el coche, metí a Maggie en un avión y salí pitando bajo una ventisca gris que no escampó hasta que llegué a Saint Paul, donde decidí tomar la ruta que pasa por Canadá en vez

de la ruta sur, que atraviesa Chicago. No me tranquilicé hasta que comencé a acercarme a Nueva York. Me pregunté entonces por qué no me había quedado a vivir en Manhattan. Porque no podía permitírmelo, recordé. En mi ausencia, la ciudad se había vuelto más limpia y los precios de los inmuebles se habían disparado. La epidemia de *crack* que asolaba la ciudad cuando me marché había sido reemplazada por la de los apartamentos de lujo. Y, peor todavía, mis antiguos amigos de Princeton estaban haciéndose ricos, en algunos casos gracias a la compra de apartamentos como éstos mientras yo huía a Montana. Vestían ropa de tiendas que yo me sentía indigno de pisar, y en sus recepciones de boda tocaban grupos que grababan auténticos discos y aparecían en las listas de ventas.

Antes de que terminara la conversación telefónica con Clark, ya había decidido que le llevaría yo mismo la perra. Hubo otra llamada para concretar los detalles, pero para cuando propuso un «generoso estipendio» como muestra de su «ilimitada gratitud», ambos habíamos comprendido los términos de nuestra nueva amistad. Él me deleitaría con canciones cómicas, menús de perro y el acceso a un círculo que yo creía cerrado para mí y yo le pagaría con la indulgente lealtad que los escritores reservan para sus personajes favoritos; aquellos que, como se dice, somos incapaces de inventarnos.

2

Si hubiera visto primero a la perra, puede que no hubiera llegado a conocer a Clark. Tal vez me habría negado a realizar el viaje. Tenía la piel negra con manchas de un color rojo óxido, y el frágil y maltrecho cuerpo se estrechaba como el de una sirena. El día que fui a recogerla, estaba echada en el suelo del salón de los Piper, y nos miró a través de unos ojos húmedos e implorantes enmarcados por unas pestañas con motas de polvo y caspa. Se le marcaban todas las costillas y los nudos de la columna. El sentimiento que me provocó su visión no fue compasión ni tristeza, sino una especie de repugnancia primitiva. Mi instinto fue apartarme de ella, distanciarme de su espíritu flagelado, consumido y marchito.

En vez de eso, sin embargo, me agaché y acaricé su huesudo cráneo. La perra no pareció obtener gratificación alguna de mi caricia, sino que se limitó a acurrucarse todavía más y a temblar de un modo agresivamente patético mientras los Piper daban grandes muestras del cariño que sentían por ella.

—Echaremos de menos a nuestra *Shelbatron* —dijo Harry, refiriéndose al parecer a su dependencia del carrito protésico K-9. Su esposa deslizó un reconfortante brazo alrededor de su cintura—. Ayuda saber que ha encontrado el hogar perfecto.

Los Piper creían que la supervivencia de *Shelby* había sido obra de Dios (alentado por los rezos de los fieles de su iglesia). Eran amantes de los perros, algo que yo nunca sería. Los amantes de los perros descienden de una antigua rama de la humanidad que en sus cromosomas recuerdan cómo era cazar y dormir con animales. Para ellos, los perros son seres enviados por el cielo para poner a prueba nuestra capacidad de amar. El artículo que había escrito Mary sobre *Shelby* para el Gordon Setter Club of America (artículo que,

presumiblemente, había llamado la atención de Clark) concluía con estas líneas: «Soy una gran partidaria de rescatar animales. Como dicen las Escrituras (quienes no sean religiosos no dejen de leer, por favor): “No os olvidéis de ser hospitalarios con los desconocidos, pues, al hacerlo, algunas personas han hospedado ángeles sin saberlo”».

Harry tenía tan buen corazón como su esposa, puede que a causa de un trauma de su infancia: su padre había sido socio de una gran firma de corretaje, Piper, Jaffrey and Hopwood, situada en mi estado natal, Minnesota, y su madre, Virginia, una famosa figura de la alta sociedad de las Ciudades Gemelas,* había sido víctima de un secuestro, un caso sin resolver, con el rescate más alto de la historia norteamericana. Conocí a Harry cuando me preguntó mi opinión sobre un libro que él estaba escribiendo sobre el crimen (acaecido en 1972, poco antes del secuestro de Patty Hearst, que lo reemplazaría en los titulares). Después de recibir un millón de dólares por la liberación de Virginia, los secuestradores condujeron al padre de Harry a un lugar secreto de los bosques del norte de Minnesota, donde él y Harry, por aquel entonces un adolescente, la encontraron atada al tronco de un árbol. La acicalada *socialite* que tan bien conocía Harry había sido reemplazada por una desaliñada bestia salvaje cubierta por sus propias heces. Se sintió asqueado (y al mismo tiempo avergonzado por ello). Según me contó, ver a su madre en aquel estado modificó la visión que tenía de ella, y esperaba que el libro pudiera aliviar de algún modo su atribulada conciencia.

Antes de que pudiera emprender lo que calculaba que sería un viaje de tres días hasta la Costa Este (Maggie pensaba hacerlo en avión y reunirse conmigo cuando yo llegara, tanto para conocer a Clark, por quien se sentía intrigada, como para disfrutar de un fin de semana en la ciudad antes de salir de cuentas en noviembre), tenía que aprender a colocar a *Shelby* en su silla de ruedas. Deslicé con cuidado las manos debajo de su cuerpo y cargué con ella hasta el patio. A través de su piel, pude notar los contornos de sus órganos, unos objetos esponjosos y vagamente redondeados que parecían flotar en el interior del cuerpo. La fuente de su débil hilo de vida era difícil de localizar. Su corazón no latía, sólo emitía unas leves pulsaciones que más bien parecían los brincos de un saltamontes en el interior de una bolsa de papel.

La silla de ruedas era un artilugio de piezas largas y delgadas fabricado en un metal ligero y estaba equipada con varias correas y una especie de cabestrillo que mantenían a *Shelby* en su lugar y evitaban que sus patas rozaran el suelo o las ruedas. Como sus extremidades traseras tenían la consistencia de una cuerda, meterlas por el arnés era todo un desafío. Finalmente, conseguí calzarle los botines, dos bolsas de cuero que debían protegerle las patas traseras en caso de que las arrastrara.

Repetimos el procedimiento para que pudiera recordarlo y enseñárselo luego a Clark.

—Ha llegado el momento de que nuestra chica demuestre lo que sabe hacer —dijo Harry—. ¡Vamos!

Shelby se impulsó hacia delante en su armadura de metal. El primer tramo lo recorrió con facilidad, no tuvo que hacer un gran esfuerzo para que el eje girara y las dos ruedas de radios se pusieran en marcha. Luego la silla de ruedas se aceleró y llegó a una pequeña pendiente que la asustó. La perra comenzó a agitarse de un lado a otro como si quisiera evitarla, se tambaleó entre aullidos y giró el tronco como si deseara morder el artilugio. Harry se acercó entonces a ella para tranquilizarla. Tardó un rato en conseguirlo. Cuando finalmente *Shelby* dejó de temblar y su respiración se hubo calmado, Harry volvió a separarse de ella y le ordenó que siguiera adelante.

Me sentí fatal. Todo el ejercicio parecía condenado al fracaso. Harry había dicho que *Shelby* estaba mejorando y que había avanzado mucho, de un modo incluso milagroso, pero los temblores de la perra al intentar sostenerse me dejaron claro que había vuelto a recaer. En el bolsillo llevaba mi primer teléfono móvil, que me había comprado para estar en contacto con los Piper y con Clark durante el viaje. ¿Debía utilizarlo para llamar a éste a Nueva York y cancelar el acuerdo? Querría una buena razón. Puede incluso que se enfadara; había advertido que se irritaba con facilidad. Le pasaba a la mayoría de los ricos. Querían lo que querían cuando lo querían.

Harry y yo liberamos a *Shelby* de su prótesis y la metimos en la cabina de mi camioneta Ford. Su ayuda fue simbólica, como la del portador de un féretro. Podría haber hecho el trabajo yo solo, y no hizo sino complicar la maniobra hasta el punto de que casi se nos cae. En cuanto la perra estuvo en el

asiento y adoptó de nuevo su desgarbada pose natural, Harry retrocedió y finalmente dejó que las lágrimas asomaran a sus ojos. Mary bajó la mirada. Las lágrimas de su marido, sorprendentemente primigenias y desfiguradoras (y se diría que causadas por algo más que las circunstancias en las que nos encontrábamos), resultaban difíciles de contemplar.

—Por favor, conduzca con cuidado —dijo él.

—Lo haré. Siempre lo hago.

—¿Lleva el móvil?

—En el bolsillo del pantalón.

—Ahora es de Clark —dijo él—. Ha pasado a ser la pequeña *Shelby Rockefeller*.

Harry metió entonces la mano en el bolsillo de su camisa y sacó un frasco de cristal que contenía agua del mar de Galilea. Arrojó unas cuantas gotas sobre *Shelby* y unas pocas más sobre el capó de la camioneta. La noche en que cenamos juntos les había hablado del perro del refugio, el chucho hiperactivo y de grandes huesos llamado *Miles* que se cruzó por delante de la camioneta aquel día de primavera en que yo iba conduciendo por un campo de heno. La cabeza de *Miles* apareció fugazmente por encima del capó con la lengua colgando de la boca abierta, y luego desapareció. A continuación se oyó un articulado crujido que, a través del volante, pude notar en las muñecas. Tras frenar y dar marcha atrás, bajé de la camioneta y recogí el maltrecho cuerpo negro entre los brazos. El viaje hasta el pueblo con *Miles* en mi regazo, sacudiéndose y luego cayendo en el abatimiento a medida que su vida y su espíritu se extinguían, pareció anunciarme unas pesadillas que, extrañamente, nunca llegaron. Me preparé para ellas, pero no llegué a tenerlas. Su ausencia fue una sutil forma de castigo, pues me negaron la catarsis que anhelaba.

Yo no estaba en condiciones de emprender un viaje largo. Durante esa primavera y principios del verano me había cansado de conducir arriba y abajo los doscientos kilómetros que separaban Livingston y Billings, la ciudad más grande de Montana, donde estaba llevando a cabo la investigación necesaria para escribir un artículo para la revista *Time* sobre la adicción a la

metanfetamina. El fotógrafo que me acompañaba había cubierto guerras en el extranjero, pero me confesó que Billings de noche le daba más miedo que Zimbabue o Beirut. Yo insistí en realizar una inmersión completa y decidí que nos hospedáramos en un hotel de temática vaquera con cartográficas manchas marrones en el delgado colchón de su cama. Nos dedicábamos a seguir a los adictos de bar en bar mientras se encendían una y otra vez sus curvados cigarrillos y escuchábamos su cháchara paranoica sobre micrófonos extraterrestres implantados en el cuero cabelludo o ciudades subterráneas de banqueros judíos confabulados. El fotógrafo tenía una radio de policía que manteníamos encendida en mi coche para poder llegar a toda velocidad a la escena de cualquier crimen relacionado con drogas. Acudíamos a apuñalamientos cuyas víctimas todavía sangraban y a altercados con cadenas en parques de caravanas. En la guantera del coche guardaba una pistola cargada —un viril secreto que endurecía mi actitud— y en los vaqueros llevaba un frasco de metilfenidato, una droga que a veces utilizaba cuando tenía que escribir un artículo con un plazo de entrega cercano. Cuando las píldoras alcanzaban mi flujo sanguíneo, me sentía tan energético y competente como el baqueteado reportero de una película antigua. Cuando se me pasaban los efectos, en cambio, me volvía susceptible y distraído. El único antídoto para eso era otra píldora disuelta en una lata de soda para que hiciera efecto con más rapidez. Al final, terminé desarrollando una gran tolerancia tanto al metilfenidato como al Dr. Pepper.

Durante el día hacía de ranchero y me las veía con herramientas de la agricultura occidental como palas, perforadoras de suelo o tensores de alambre. Me gustaba el rancho. Me había criado en el campo, y los pueblos y las ciudades no se me daban bien. Los paisajes urbanos hechos de un lenguaje repleto de advertencias, promociones y anuncios hacían que mi cabeza no dejara de pensar ni cuando dormía. Tiempo atrás solía recurrir al alcohol para tranquilizarme, pero durante un viaje a Nueva York en 1992 tomé mi última copa: una noche, al no sentir de inmediato los efectos de las dos pastillas que había ingerido, decidí que estaban defectuosas y fui a tomarme un vodka doble a un bar cercano al hotel por si finalmente comenzaba a sentir los efectos y tenía que regresar a mi habitación. Sin embargo, lo calculé todo fatal, y me

desperté en el callejón trasero de un restaurante chino cubierto de granos de arroz que tomé por gusanos. Aprendí la lección, pero sólo en lo que respectaba al alcohol. Las sustancias farmacéuticas todavía tenían muchas cosas que enseñarme.

Maggie no se encontraba muy bien a causa del embarazo. Rechazaba más comida de la que consumía, y parecía frustrada por el progreso de la remodelación que estaba llevando a cabo yo mismo con dos tipos a los que pagaba para que me ayudaran (uno de los cuales era un yonqui envejecido y apático que taladraba paredes con cables eléctricos en funcionamiento y que atascaba el retrete casi cada vez que lo usaba). Habíamos dejado atrás la etapa en la que uno habla acerca del bebé —cómo será su habitación, a quién se parecerá— y nos habíamos adentrado en otra en la que, al ver las noticias de la televisión, uno se preguntaba por qué diantres había decidido reproducirse. O puede que sólo lo hiciera yo: dejando de lado las náuseas, Maggie parecía feliz. En cualquier caso, mi miedo a la paternidad no era un miedo normal; en vez de liberar adrenalina, la consumía, lo que me provocaba una fatiga pétrea e inerte. Parecía que me hubieran inyectado un plástico pesado. A veces, si tenía que escribir un artículo, tomaba metilfenidato en mi despacho o en casa, seguido de zolpidem para poder dormir. Como los efectos del zolpidem sólo duraban unas pocas horas, me despertaba en mitad de la noche y, medio dormido, solía asaltar la cocina para prepararme extrañas mezclas de harina y sirope para tortitas, cuyos restos encontraba en platos sucios a la mañana siguiente. A veces también encontraba correos electrónicos enviados a antiguas novias y notas mal escritas y sin puntuar para estafalarios relatos ambientados en lugares extraños (entre los cuales, en una ocasión, había un burdel en el Ártico).

El último viaje a Billings había sido especialmente duro. Quedamos con nuestra fuente, una adicta de veinte años que había abandonado a su hija pequeña durante una juerga de metanfetamina de tres semanas, y fuimos con ella en coche hasta una casa abandonada que había ocupado con tres amigos. Todos vivían de la prestación social que ella todavía recibía, a pesar de que su hija se encontraba en una casa de acogida. Los entrevisté en la cocina. Ésta estaba vacía a excepción de una pirámide de latas de cerveza colocadas con

una precisión tal que no se podía ver ni siquiera un hilo de luz entre ellas y que se alzaban un metro y medio en el lugar donde debería haber habido una mesa. Al principio, los drogadictos se mostraron cooperativos, pero las cosas cambiaron cuando le pidieron a la chica el cheque de la prestación y ella les dijo que lo había perdido (a mí me había confesado antes que se lo había escondido en la ropa interior). Uno de sus amigos vació su bolso en el suelo mientras otro subía al piso de arriba y regresaba con un rifle de estilo militar con el que nos apuntó al fotógrafo y a mí y nos preguntó para quién trabajábamos en realidad. Yo le contesté que para la revista *Time*. Él me preguntó entonces que quién era el dueño de la revista y yo intenté explicárselo. La chica comenzó a hablar con él para tratar de calmarlo, lo que permitió que el fotógrafo y yo escapáramos. Tras una enrevesada ruta, conseguimos llegar a nuestro motel. Sin embargo, a causa del metilfenidato, yo estaba convencido de que nos habían seguido e, incapaz de dormir por culpa de los nervios, entreabrí la persiana y me pasé toda la noche vigilando el aparcamiento.

Detuve la camioneta al final del sendero de entrada de los Piper. A mi espalda, sobre una plataforma que había construido yo mismo y que estaba cubierta con una manta verde, *Shelby* yacía con la nariz pegada a un respiradero. Delante de nosotros se desplegaba el inmenso cielo de Montana. Las nubes blancas se agolpaban en el curvado techo de la atmósfera y monumentales revelaciones parecían inminentes. Me encendí un cigarrillo preparándome para éstas y tomé una vía de servicio que desembocaba en la carretera interestatal I-90 mientras echaba el humo del cigarrillo por la ventanilla bajada. En un momento dado, me volví hacia la derecha y reparé en la nariz de *Shelby*, su parte más sensible. Parecía que estuviera inhalando el humo. A modo de experimento, le eché un poco directamente a ella y comprobé que su gusto por el tabaco era real. ¿Herencia quizá del amo que la había abandonado? ¿O era más bien un reflejo de antiguos tiempos de fogatas y cacerías, cuando hombre, perro, lanza y pipa eran uno?

Cuando llevaba unos pocos kilómetros, alguien llamó a mi nuevo teléfono

móvil, pero cuando contesté no pude oír ninguna voz: la señal era demasiado débil. Llamé a Clark por si había sido él, a pesar de que estaba convencido de que no contestaría, pues todas las llamadas de teléfono en las que participaba tenía que iniciarlas él. Era una medida de privacidad: una de tantas. También me dijo que sólo utilizaba el apellido Rockefeller con los amigos y la familia, nunca en público. El teléfono sonó y sonó. No saltó ningún contestador automático. Él me había contado que no le gustaban los contestadores porque las cintas o los microchips que llevaban en su interior podían caer en malas manos.

Al cabo de unas pocas horas de camino, ya había aprendido todo lo que había que aprender sobre los desafíos de llevar en coche a un perro con el sistema nervioso de las patas traseras dañado. El principal problema era que *Shelby* no podía mantenerse firme y se encontraba indefensa ante la fuerza centrífuga. Cuando yo frenaba o tomaba una curva, salía despedida dentro de la cabina y se golpeaba contra la guantera o la puerta. Probé a sujetarla con el cinturón de seguridad, pero no le gustó nada y protestó mordiendo la hebilla. Temiendo que se rompiera los dientes, la liberé y decidí colocar su cabeza en mi regazo y sujetarle el cuello con el brazo derecho. Esto impedía que saliera despedida, pero me distraía a mí al obligarme a bajar la mirada en momentos críticos en los que debería haber estado concentrado en la conducción.

Más o menos cada media hora, *Shelby* tenía que hacer pis. Cuando tenía ganas, no lloriqueaba ni se ponía nerviosa, pero la perra y yo estábamos experimentando una suerte de unión psíquica y podía notar en mis músculos en qué momento necesitaba orinar. Cuando eso sucedía, comenzaba a buscar un lugar para aparcar, pero estábamos en Montana, donde las salidas de la autopista son escasas, de modo que finalmente me veía obligado a sopesar el coste de dejar que lo hiciera dentro de la camioneta o el riesgo de parar en el arcén, a merced de los camiones con remolque que pasaban a toda velocidad. Las primeras dos veces opté por la seguridad, pero cuando la manta verde comenzó a apestar a amoníaco, decidí que me detendría.

Por lo que a hacer pipí se refiere, mi parte del trato consistía en trasladarla de la camioneta al suelo y sostenerla por la barriga mientras la orina salía despedida de su uretra en todas direcciones. Esto sucedía porque la

lesión que había sufrido le impedía expulsarla en un chorro. En una ocasión, en un área de descanso, la orina me empapó el brazo, con lo que me encontré con el problema de cómo diantre secármelo. Podía ir a los servicios y coger papel higiénico, pero como no podía dejar a *Shelby* indefensa, debía llevarla conmigo o encerrarla en la camioneta. Ésta estaba más cerca. Al cargarla para meterla dentro, mi brazo mojado se secó con el roce de su pelo. El problema se había solucionado, pero no de un modo que me hiciera sentir muy bien.

Aunque, claro, para entonces ya me daba todo igual. Estaba desesperado.

El aire acondicionado se averió cerca de Billings y el interior de la cabina comenzó a oler a refrigerante de motor. Al poco, pasé por encima de un trozo de neumático radial —lo que los camioneros suelen llamar «caimán»—, que pareció desajustar la alineación de las ruedas. Decidí reorganizarme y reabastecerme en una parada de camioneros donde había un casino que parecía atraer a tipos parecidos a los desesperados adictos a la metanfetamina que tan bien conocía por mi artículo. Los observé deambulando alrededor del edificio (por alguna razón, siempre iban en pareja, a menudo una mujer pálida, gruesa y sin sujetador y un hombre de aspecto lobuno y mirada nerviosa) cuando fui a llenar de agua el cuenco de plástico rojo de *Shelby*. Ahora bien, sin silla que la mantuviera erguida mientras ella metía la cabeza en el cuenco, *Shelby* no podía beber. Monté, pues, la silla de ruedas y coloqué a la perra en ella. Tuve que meterle la cabeza en el cuenco para que bebiera, pero ella se negó a sacar su lengua rosada, una lengua que, en realidad, no era tan rosada como debería ser la lengua de un perro. Era de color grisáceo, como el de la carne quemada en el congelador. Decidí entonces agarrarla por la barbilla y meterle el pulgar y el índice en la boca para abrirle la mandíbula y verterle el agua del cuenco por el hocico. No sólo cayó un poco fuera, sino que la perra se atragantó con la que sí bebió y la vomitó entre toses. Para entonces yo ya estaba llorando de la forma más pura posible: ese modo en que llora la gente cuando no hay nadie alrededor a quien le importe y pueden detenerse o seguir adelante a su antojo (de modo que deciden seguir adelante).

—¡Hazlo por mí, *Shelby*! —le pedí.

Estaba comenzando a preguntarme qué podía sucederle a una persona que decepcionara a un Rockefeller.

Esa noche me detuve en Forsyth, Montana, tras haber recorrido poco más de trescientos kilómetros. Forsyth era un pueblo de tiendas cutres que habrían cerrado hacía tiempo de haberse encontrado en poblaciones más prósperas en las que la gente todavía esperara ganar dinero. Allí, sin embargo, no había ninguna razón para abandonarlas, pues los dueños ya no vendían cosas en ellas, sólo las utilizaban como asientos de primera fila para contemplar las peleas de los bares, furtivos trapicheos de analgésicos, lloreras y ataques de animales extraviados tras la última etapa del colapso social en las grandes llanuras.

Me compré un Gatorade en una tienda y coloqué a *Shelby* en su silla de ruedas para ir a dar un paseo. La perra llamaba la atención de la gente, y finalmente un mirón se acercó. Era un hombre de piernas arqueadas y un pecho extremadamente cóncavo, como si hubiera sido aplastado por una gran roca. El aroma a cereza del cigarrillo que estaba fumando le había perfumado asimismo el aliento.

—¿Y esto a qué viene? —me preguntó mientras tocaba la silla de *Shelby* con el pie—. ¿Merece la pena?

No estaba seguro de a qué se refería. ¿A mí o a la perra?

—Tengo mis dudas —contesté.

Supuse que torcería el gesto. En vez de eso, me preguntó adónde me dirigía (consciente de que no podía tratarse de Forsyth).

—Nueva York —dije—. Es una historia curiosa.

—Bueno, eso espero. Pobre animalito.

—La ha adoptado un Rockefeller—dije.

Sentía curiosidad por ver el efecto que podía tener eso en el mundo real. Y eso era eso, un lugar tan real como el polvo.

—Buena gente —repuso él—. De mente abierta. He conocido a unos cuantos.

—¿Dónde?

Montana puede sorprenderte. Los pueblos tal vez están en las últimas, pero en los grandes ranchos viven muchos millonarios fugitivos. Titanes incluso.

—Fui entrenador de atletismo en escuelas privadas del este y conocí a sus hijos. Recibían una educación de lo más estricta. No eran ni mucho menos unos niños mimados. —El tipo se arrodilló y le acarició la cabeza a *Shelby*. Luego le quitó algo de porquería del ojo con su larga uña—. No parece un perro de ciudad. Se le ve nervioso. No está relajado.

—Sólo estoy haciendo un trabajo.

—Eso que dice la gente ignorante, lo de que los Rockefeller controlan el mundo, no es cierto. Al menos, ya no. Básicamente están arruinados. Lamento decir que nadie controla el mundo. Ni siquiera lo intentan. Era mejor cuando lo hacían.

Para pasar la noche escogí un viejo motel situado detrás de unas vías de tren, en el que cobraban un recargo a huéspedes con perros. No le dije al encargado que tenía uno. Se trataba de una costumbre que había heredado de mi padre: ahorrar aquí y allá mediante pequeñas mentiras. Mi padre trabajaba de abogado de patentes en Saint Paul y, cuando se jubilara, tenía la intención de retirarse a Montana para pescar y cazar. La verdad es que no me apetecía mucho tenerlo cerca. Desde su divorcio de mi madre, ocho años atrás, nuestro proverbial choque de temperamentos había ido a más. Me parecía alguien agresivo y autoritario. Por su parte, él me consideraba una persona autoengañada y neurótica. Mi psicólogo me había recomendado que rompiera por completo nuestra relación, pero yo seguía llamándolo por Navidad o cuando tenía noticias importantes. Estaba al corriente de lo del rancho y del embarazo de Maggie, pero no de mucho más sobre mi vida reciente. No sabía nada, por ejemplo, de lo de mi viaje. Una pena, pues sospechaba que eso sí lo aprobaría. Le encantaba la acción. La audacia era su credo. «Si te golpean, devuelve el golpe con más fuerza», me enseñó en mis tiempos de fútbol americano en el instituto, pero básicamente se trataba de un consejo general. Decían que en los juzgados daba miedo y que a menudo ganaba juicios simplemente porque desquiciaba al otro abogado. Bebía café solo directamente del termo y siempre llevaba en el coche cartuchos de escopeta y navajas que utilizaba para cortar retazos de piel de ciervos atropellados en la carretera que luego ataba a moscas de pesca.

Mi madre era distinta. Creía en la cautela. Tenía planeado quedarme en su

casa cuando llegara a Minnesota al día siguiente. Vivía en el mismo pueblo ribereño verde y digno de Tom Sawyer en el que yo me había criado e ido a la escuela y en el que ella había trabajado de enfermera de urgencias. Ahora era una jubilada que leía a los clásicos, tocaba el piano, llamaba a los vecinos confinados en casa, escuchaba tertulias radiofónicas conservadoras y escribía en su diario sobre los logros de su hijo. Hacía casi un año que no la veía, lo cual era mucho para nosotros. La echaba de menos, pero cuando estábamos juntos a veces conseguía enervarme. Su estoicismo. Su reserva. Nunca sabía si estaba enfadada conmigo, lo cual me llevaba a pensar que rara vez lo estaba. Aun así, de vez en cuando percibía una ligera mueca, un destello de disconformidad.

Esto sucedió, por ejemplo, cuando le hablé de Clark. Mi descripción de sus excentricidades le hizo gracia, pues le recordó al Bertie Wooster de sus queridas novelas de P. G. Wodehouse, pero se quedó callada cuando mencioné el viaje. Y todavía más cuando le hablé de *Shelby*. Para empezar, no era una persona a la que le gustaran los animales —tenía asma y alergias, y las pieles de los animales solían estar sucias—, pero lo que parecía molestarla en este caso eran los gastos que había acarreado esa perra. ¿Cuánto había costado la silla de ruedas? ¿Y las operaciones? ¿De verdad quería añadir todos esos kilómetros a mi camioneta? No me hizo esas preguntas directamente, sino de forma implícita mediante silencios y pausas. También me pareció detectar una acusación más dura en sus gestos.

En el motel de Forsyth, *Shelby* no dejaba de gimotear mientras dormía en el suelo. Tumbado en la cama, podía oír los resollantes ruidos de los motores diésel de los trenes y los estremecedores sonidos de sus acoplamientos mientras leía por encima un libro que había encontrado hacía un par de días: *Viajes con Charley*, de Steinbeck. Se trataba del relato auténtico del viaje a través del país que el autor había hecho en camioneta y con un caniche. El libro se había publicado en 1962, el año en que había nacido yo, y pensé que podría servirme de modelo o de espejo para el libro que tal vez estaba formándose en mi interior. Esa noche, preservar la idea de que tenía un propósito literario era crucial para mi amor propio. Y puede que también lo fuera al día siguiente con mi madre, pues estaba seguro de que me pediría una

buena razón para el esfuerzo que estaba realizando en beneficio de un rico excéntrico.

El libro de Steinbeck no era lo que esperaba. Antes de leerlo, tenía la sensación de que consistiría en una colección de estampas rústicas sobre personajes y escenarios encantadoramente americanos, pero era mucho más oscuro que eso. En la sección ambientada en Minnesota, Steinbeck conduce por una ruta de evacuación construida para ayudar a la gente a sobrevivir a una guerra nuclear. La llama «carretera diseñada por el miedo». Tras cruzar la frontera canadiense y luego volver a entrar en Estados Unidos, se queja de los severos e impersonales guardias y dictamina que los gobiernos modernos empequeñecen a la gente. Le preocupa asimismo que la televisión esté achatando la cultura y las voces en contra del materialismo y el despilfarro. Prácticamente, el único estado que le gusta es Montana, el sitio que yo acababa de dejar, pues le parece limpio, honesto y puro.

El libro me estaba deprimiendo. En él, Steinbeck exponía una serie de miedos sobre el futuro que, en su mayoría, se habían vuelto realidad. Al final, lo dejé a un lado y apagué el móvil, pues por aquel entonces apagar el móvil todavía no se consideraba un acto de ocultación. Mi silencio le aseguraría a Clark que estaba de camino. Cuando finalmente apareciera con *Shelby* (si es que los ruidos que estaba haciendo mientras dormía no eran síntomas de un fallo en su sistema nervioso y efectivamente conseguíamos llegar), sería testigo de una maravilla de la que nadie se cansa nunca: la fe en un desconocido recompensada en toda su medida. Clark había confiado en mí, y había hecho bien en hacerlo, pues ahí estaba yo, recorriendo las tierras baldías de Montana en las que los fósiles de dinosaurio yacían esparcidos en los secos lechos de los riachuelos y las pálidas y estriadas rocas erosionadas servían de sombríos soportes a halcones y buitres. Aun así, no podía evitar sentir una creciente aprensión; no por Clark, sino por mí mismo. ¿Estaría mal que algún día escribiera sobre él? ¿Y si enmascaraba su identidad? ¿Y si cambiaba su nombre? Él sabía que yo era escritor. Habíamos hablado al respecto y me había comentado que él también había hecho sus «pinitos». Ahora bien, ¿sería plenamente consciente de lo que significaba ser un escritor?

Probablemente no. Pocas personas lo son. Un escritor es alguien que te

dice una cosa para algún día poder decirles a sus lectores otra: lo que estaba pensando realmente pero no dijo, o lo que debería haber pensado en caso de ser más sabio. Un escritor convierte su vida en material literario, y si otra persona está en su vida, también utiliza la de ésta.

Shelby ensució la alfombrilla de la cocina de mi madre nada más entrar en su casa. Ésta era un tributo a una de esas casitas de campo inglesas que visita Miss Marple para resolver crímenes: repleta de estanterías de libros, lámparas y antimacasares de ganchillo, y con tantos rincones acogedores en los que sentarse a leer, tantas mesillas auxiliares y otomanas, que la pregunta de cómo ponerse cómodo resultaba algo abrumadora, pues había demasiadas opciones. A mí la casa me resultaba soporífera, pero en el buen sentido: allí solía dormir de un modo suave, profundo y envolvente. Se trataba del sueño de un hijo apreciado y cuidado, imposible de conseguir en otro lugar. Ahora bien, beneficiarse de ese servicio maternal requería una agradecida pulcritud por mi parte —utilizar posavasos, devolver a su sitio los cojines retirados—, y el desagradable acto de *Shelby* nada más llegar había arruinado la atmósfera, crispándola.

—Fuera. La perra se va fuera —dijo mi madre.

Me hizo dejar a *Shelby* en el porche, bajo un comedero de pájaros repleto de chochines y carboneros. Luego plegué la silla de ruedas y la apoyé contra la pared.

—Ese artilugio es muy feo, me molesta verlo —añadió mi madre.

Era una mujer pequeña, de piel y tez aceitunadas y ojos de un destacado color azul, cuyo poder consistía en la habilidad para cerrarse en banda de un modo imperceptible pero decisivo —también instantáneo— que dejaba a su interlocutor preguntándose qué había cambiado, si la expresión facial de mi madre o el tiempo. En cuanto se formaba un juicio sobre algo, el caso quedaba cerrado. Se podía discutir al respecto, pero no convencerla.

Cuando volví a entrar después de que ella se quejara de la silla, me hizo lavarme las manos con jabón Ivory y me dio una toalla limpia para secármelas. En cuanto lo hube hecho, la toalla fue directamente a la lavadora

junto con la ropa que llevaba puesta. La otra que tenía estaba en la camioneta, pero mi madre me prohibió ir a buscar la bolsa. Me dio una bata y me dijo que me duchara. Mientras tanto, ella se acomodó en su sillón de lectura de cuero rojo, junto al atril en el que descansaba el diccionario y guardaba su kit de herramientas de lectura, cuidadosamente escogidas: puntos de lectura de piel con flecos, lápices de colores, una lupa con el mango de marfil.

—Voy a decirte algo —dijo cuando me senté con ella.

—No puedo. Lo siento, mamá. No es mi perra.

—Quiero que la sacrifiques —sentenció.

—Entiendo por qué dices eso, pero no puedo.

—Esto es absurdo. No tiene vida. Ni siquiera puede rascarse, por el amor de Dios... ¿Quién es ese hombre?

—¿Clark?

—Hay algo raro en él. Cualquiera persona que quiera ese animal esconde algo raro. Hazme caso. ¿A qué rama de los Rockefeller pertenece?

—No es algo de lo que hayamos hablado.

—¿Cuántos años tiene?

—Mi edad. No lo sé exactamente.

—¿Quién es su abuelo? ¿Nelson? ¿David? ¿Laurance?

Mi madre leía muchas biografías y conocía a la perfección los linajes más ilustres. Los Tudor, los Plantagenet, los Kennedy, los Shriver. Podría haber participado en un concurso sobre genealogías.

—Ni idea, mamá —le dije—. Necesito dormir.

—Y te voy a decir otra cosa.

—Está bien.

Sabía lo que iba a decir: nada. Se quedaría callada. Dejaría que yo imaginara algo. Era un truco suyo. Se me quedaría mirando, y yo a ella, hasta que me viera obligado a buscar una excusa para apartar la mirada. Lo odiaba. Lo odiaba desde que era pequeño. Quizá una nueva forma de jugar a eso podía ser decírselo.

—Odio cuando haces esto, mamá —dije—. Lo odio.

Ella dejó que el silencio se enfriara y se espesara. En la ventana que había a su espalda, pude ver que el aire se estaba volviendo verde, el color que

adopta en la Minnesota rural cuando en el interior de las nubes negras comienza a formarse granizo y los granjeros meten a sus animales bajo techo. Nuestro pequeño pueblo era un universo moral estricto y eficiente en el que hasta los elementos lo ayudaban a uno a argumentar aquello que estaba exponiendo.

—He de volver a meterla —dije.

—Sólo lo permitiré si la sacrificas.

—Eso está fuera de mi alcance —contesté—. Hice una promesa.

—¡Bah! —replicó mi madre.

A la mañana siguiente no pude reemprender el viaje. Con su sagacidad de enfermera, mi madre advirtió mi palidez, mis temblores al cortar y comer las tortitas y la excesiva fuerza con que cogía el vaso de zumo de uva, y no dejó que volviera a la carretera. Me dio la orden mientras desayunábamos y, por una vez, me alegré de hacer caso al sentido común. Había dormido diez horas. Profundamente. Había abandonado la tierra. Al despertar, no podía mover el cuerpo. Tenía la sensación de que mis piernas estaban atadas al colchón y mis intestinos eran de piedra. Algún canal profundo y hasta entonces bloqueado se había abierto en mi cráneo y había liberado un aluvión de mocos estancados que ahora me presionaban con fuerza la parte posterior de los ojos y las sienes. La parálisis parecía un castigo, y durante un rato me limité a permanecer tumbado en la cama, dejando que la invalidez de *Shelby* también fuera mía.

Este ejercicio inmolador tuvo éxito: cuando finalmente conseguí llegar a la planta baja, la perra estaba bebiendo agua y parecía revivida. Mi madre había desplegado una manguera verde delante de ella, luego había abierto el grifo a la mínima presión y ahora la perra estaba lamiendo el chorro con un rápido movimiento de lengua.

Mientras desayunábamos, mi madre y yo trazamos un plan. Llamé a Northwest Airlines y reservé un par de billetes para un vuelo que partía esa misma noche hacia el aeropuerto de LaGuardia. Para el de *Shelby* tuve que pagar la tarifa completa: cuatrocientos dólares. Lo que no hice fue explicarles

qué le pasaba a la perra. El agente me recordó que necesitaría la documentación conforme el animal tenía las vacunas en regla. Yo no tenía esos documentos, pero mi madre sabía cómo conseguirlos. Al final de la calle vivía un veterinario encantador. Tras llamarlo, fuimos a su consulta, le pusimos las inyecciones a *Shelby*, obtuvimos la documentación y pagamos una tarifa que, según nos confesó libremente el mismo veterinario, era el doble de la normal. «Servicio de emergencia», dijo. Yo no me lo creí. Mi madre le había contado la historia y había mencionado el nombre de Clark (no había podido evitarlo). Lo que el veterinario debería haber dicho era: «Servicio Rockefeller».

También nos recetó tranquilizantes. Esto había sido idea de mi madre y se trataba del elemento clave de todo el plan: meter a *Shelby* en una jaula para mascotas, dormirla, empaquetar la silla de ruedas en una caja de cartón marrón, ir con todo al mostrador de billetes y sonreír. El único problema era Clark: no tenía contestador automático. A no ser que estuviera en casa en mitad de un día laborable para descolgar el teléfono, no podría ir a recibirnos.

Pero no hubo ningún problema. Estaba en casa, no en la oficina. Ahora que lo pensaba, todas nuestras conversaciones habían tenido lugar en horas de trabajo. Aunque, claro, siempre había sido él quien me había llamado. Yo pensaba que lo hacía desde la oficina, pues había mencionado que tenía una. Tal vez no la frecuentaba mucho. O quizá hacía su propio horario. O a lo mejor ese día estaba enfermo.

—Lamento la sorpresa y el cambio de planes, pero mi camioneta no va muy bien —dije—. Y *Shelby* está cansada. —Eché un vistazo a mi madre, que permanecía sentada al otro lado de la mesa de la cocina. Como siempre terminaba haciendo, aunque en un primer momento a veces sus principios la frenaran, ahora ya se había puesto de mi parte—. La verdad es que ambos lo estamos. Ha sido duro.

—Me encantan las sorpresas. Estoy encantado. Es una gran noticia —dijo Clark.

No daba la impresión de que estuviera enfermo. Su salud parecía más bien de primera. En cualquier caso, lo que a mí me importaba era que parecía agradecido.

En el aeropuerto, drogada y enjaulada, *Shelby* pasó por el sistema de

control de equipaje de las aerolíneas y luego un empleado se la llevó por una puerta sin letrero y dejó de ser mi responsabilidad. Embarqué en el avión y me quedé dormido de inmediato, adentrándome a través de una especie de membrana mental en un reino de imaginación privada. Me gustaría decir que recuerdo lo que soñé, pero lo único que recuerdo realmente es que lo hice; el viaje me había provocado una fiebre psicodélica. Me desperté cuando el aparato estaba sobrevolando Nueva Jersey, ese imponente paisaje industrial de depósitos y muelles, terminales de mercancías y tuberías, el área de carga de Estados Unidos, y luego ya estábamos cruzando el iluminado perfil de Manhattan, tan surcado y laberíntico como el mismo destino. Recuerdo la primera vez que lo vi. Tenía diez años. Mis padres habían decidido que mi hermano y yo teníamos que ver los grandes monumentos emblemáticos de la Costa Este: la Campana de la Libertad, el Capitolio, el puerto de Boston, la fragata USS *Constitution*. Fuimos en coche y nos alojamos en casa de gente — amigos y parientes lejanos— que en algún momento había cometido el error de invitarnos. El viaje fue verdaderamente agotador. Nueva York era la última etapa. Para entonces yo ya estaba hastiado: los monumentos que habíamos visitado habían resultado ser más pequeños de lo que esperaba o habían quedado deslucidos por la vulgaridad del entorno. Éste, en cambio, no. A medida que nos acercábamos al túnel de Lincoln fue desplegándose ante mí un estupendo y nuevo universo autosuficiente que al instante empequeñeció el que había conocido hasta ese momento. Ésa era la atracción principal, todo lo demás no era más que un telón de fondo. El lugar tenía un aspecto antiguo, pero de algún modo moderno, y poseía una confianza en sí mismo digna del arca, como si estuviera convencido de poder capear catástrofes que devastarían a aquellos que no fueran sus pasajeros.

El avión tocó la pista de aterrizaje con un fuerte chirrido y las habituales sacudidas y traqueteos, tan alarmantes como emocionantes. A mis pies, en la zona de carga, *Shelby* debía de estar despertándose. O eso esperaba: había calculado la dosis de los tranquilizantes para que Clark pudiera encontrarse con un animal consciente y capaz de responder de alguna manera cuando su nuevo amo por fin lo acariciara. El viaje había sido duro, y yo quería que terminara bien, de un modo que se correspondiera con mi estipendio. Había

realizado una labor en el sentido antiguo, clásico; una de esas que los dioses caprichosos solían imponer a la gente. Por una vez, no se había tratado de una labor intelectual, sino física, emocional y real. Y la había resistido. Había persistido. La había superado.

3

Clark me dijo que lo reconocería por su parecido con David Hyde Pierce, el actor que interpretaba al personaje de Niles, el hermano, en la telecomedia «Frasier». Era uno de los programas favoritos de mi madre, así que conocía bien a Niles. Era delgado, afectado, llevaba trajes y su pelo comenzaba a escasear. La primera vez que mi madre me hizo ver un capítulo con ella, creí que Niles era homosexual porque el guion lo caracterizaba como a un entusiasta de la ópera, pero en un momento dado mencionó que tenía novia. Como a mí me habían llamado homosexual en Princeton por escribir poesía, y en Oxford por escribir obras de teatro, odiaba cualquier muestra de intolerancia, pero cuando Clark se comparó a sí mismo con Niles en un tono perceptiblemente complacido, me pregunté si no estaría tanteándome tal y como habían hecho otros homosexuales cuando me los habían presentado. Niles, sin embargo, no era homosexual, sólo lo parecía (y esto sólo a palurdos como yo), así que probablemente Clark tampoco lo era. En todo caso, lo que éste debía de estar tanteando era mi opinión acerca de las personas de clase alta estiradas y melindrosas. No tenía nada en su contra, era la respuesta. Tenían su lugar.

Nada más salir del abarrotado ascensor a la sala de recogida de equipajes me puse a buscar al doble de Niles y Hyde Pierce. ¿Sería ése? Demasiado corpulento. ¿Quizá ese otro de ahí? No, demasiado adusto. No me gustaba ese juego de adivinanzas; no me parecía que tuviéramos que convertir eso en un juego. Podría haberme dicho cómo iba vestido, tal y como había hecho yo. Camisa vaquera de color azul, pantalones vaqueros negros y zapatillas deportivas. Mi indumentaria dejaba claro que no tenía ningún interés en impresionarlo. Yo era de Montana y seguía mis propias reglas.

—¡Aquí estás, Walter! ¡Bienvenido a Nueva York!

Clark, que parecía más bajo que el actor televisivo y carecía de su porte de cisne, llevaba una gorra de visera rosa y un polo del mismo color. El pelo, o lo que se veía de él, tenía un tono rubio poco convincente. También llevaba unas gafas de montura gruesa y oscura a las que parecía faltarles un bigote falso, e iba con unos pantalones chinos y sin calcetines. A su lado había una mujer de aspecto nervioso. Era Sandra, su esposa. Clark nos presentó brevemente y luego la ignoró mientras me preguntaba por mi vuelo de un modo excesivamente recargado y oficioso. No estoy seguro de qué le contesté. Todos los vuelos que aterrizan sin incidentes me parecen más o menos iguales.

La cinta de recogida de equipajes se puso en marcha con un chirrido y las maletas comenzaron a caer por una rampa, golpeándose unas con otras al llegar abajo. Unos pocos minutos más tarde ya no quedaba ninguna, y *Shelby* todavía no había aparecido. La preocupación que sentía me distrajo de las palabras de Clark, que estaba parloteando sobre algo que no había pillado. Lo cierto era que por un instante me había parecido irritante: un *hobbit* afectado y diminuto cuya capacidad para disfrutar de sus ocurrencias rayaba el autoengaño. Durante nuestras conversaciones telefónicas había advertido que se expresaba con unos formulismos pretendidamente ingeniosos, como si hablar de un modo gracioso respondiera a un álgebra («No es la X de Y lo que me molesta, sino la Y de X») y las variables que uno utilizara no importaran. Si pensaba de ese modo, se había equivocado de público. Yo sólo me reía con los comentarios verdaderamente graciosos, era uno de mis pocos rasgos incorruptibles y honestos. Aunque puede que simplemente estuviera nervioso. Su falso color de pelo indicaba una clara inseguridad, al igual que la gorra (que, sospechaba, escondía una incipiente calvicie).

Mientras él seguía con su cháchara, de algún lugar salió un empleado de la aerolínea con la poco manejable jaula de plástico. Afortunadamente, ésta no parecía haber sufrido ningún daño. Clark se arrodilló y echó un vistazo por la rejilla de la puerta al tiempo que saludaba a la perra haciendo unos sonidos —pequeños chasquidos de lengua acompañados de melosos balbuceos— que parecían embarazosamente privados.

—Excelente. Simplemente excelente —dijo por encima del hombro. Luego

abrió la rejilla y, tras meter una mano dentro, su brazo comenzó a hacer los movimientos repetitivos y suaves de alguien que está acariciando un animal (lo que me llenó de alivio)—. Excelente. Verdaderamente excelente —repitió—. Esto exige una celebración, ¿no te parece? Cena. Mañana. Todos nosotros. En el Sky Club.

—Genial. Me parece genial —dije yo—. Será divertido.

En su invitación me pareció oír una insinuación de que sería recompensado durante la cena, un lugar más adecuado para ese tipo de ceremonias que el espacio en el que nos encontrábamos.

—¿A qué hora? —le pregunté.

—Te llamaré.

—Perfecto.

Clark cogió el asa de la jaula y le dio un tirón para indicar que quería ayuda. En cuanto lo hice, él dejó de hacer fuerza y su contribución pasó a ser prácticamente nula, obligándome a realizar la mayor parte del trabajo.

—El coche me está esperando —dijo entonces, y, seguidos de la flemática y espectral Sandra, cruzamos las puertas correderas y llegamos a una acera repleta de limusinas y furgonetas, así como de hombres que sostenían carteles con nombres escritos a mano—. Aquí mismo —indicó—. Aquí está bien. Perfecto.

Dejamos la jaula en el suelo y, tras volverse hacia mí, Clark me ofreció la mano. Se trataba de un apéndice flojo y macilento al que parecían haber extraído toda vitalidad, y cuyos dedos no daban la impresión de haber trabajado más que para firmar cheques y marcar números de teléfono. Yo no tenía claro cuál era su coche, sólo que yo no iría en él a dondequiera que Clark pensara que iba a pasar la noche. Me iba a alojar en casa de un amigo, pero él no lo sabía porque no se lo había dicho. Aparte de cómo había ido mi vuelo, no me había preguntado nada sobre mí. Nos despedimos y yo comencé a recorrer la acera para unirme a la larga cola de gente que estaba esperando un taxi. No volví la cabeza para verlo subir a su coche. Tenía la extraña sensación de que él no quería que lo hiciera.

Pasé la noche en el apartamento de Greenwich Village de mi mejor amigo de la universidad, Douglas Rushkoff, un escritor que se consideraba a sí mismo un «teórico de los medios de comunicación» y para el que los ordenadores e internet nos estaban cambiando de un modo del que no éramos conscientes, pero que terminaría resultando transformativo y mágico. O desastroso: todavía no lo había decidido. Doug, hijo de un contable de las afueras, era de lejos la persona más inteligente que conocía. En la universidad, solíamos hacer cosas como tomar sustancias químicas para expandir nuestras mentes o representar obras de teatro experimentales y absurdas. Nuestro objetivo era liberarnos de la «realidad consensuada» de la clase media. En la actualidad, llevábamos unos quince años intentándolo y se nos daba mejor que a otros compañeros de clase con mayores pretensiones artísticas y a los que les había entrado el pánico al fallarles las fuerzas, conformándose, desde nuestro punto de vista, con grises empleos corporativos. Yo dependía de nuestras conversaciones para formar mis opiniones sobre tecnología, que por aquel entonces era el gran tema de moda. Esa noche me habría ido bien una conversación de esas para alejar mi mente de Clark y el extravagante favor que acababa de hacerle (y por el que todavía no me había compensado). Lamentablemente, Doug no estaba en la ciudad. Se encontraba de viaje, dando una de sus conferencias sobre el futuro.

Quien sí estaba ya en Nueva York era Maggie, que había venido en avión antes que yo. La entrega de *Shelby* representaba un éxito para el refugio de animales que dirigía, y esperaba que Clark realizara una generosa donación. Yo le comenté lo de la cena del día siguiente y contesté preguntas sobre el viaje (minimizando infortunios y penurias), pero lo cierto era que no estaba de humor para mantener una conversación.

En la cama, mientras ella dormía, me permití contemplar con cierto optimismo la vida que me esperaba en casa y que el viaje me había permitido olvidar por unos días. Encargaría el trabajo de remodelar el rancho a un carpintero profesional. Retomaría la novela que había abandonado y vería si podía terminarla para otoño, enviársela a mi agente y comenzar otra (posiblemente una que la vida me serviría en bandeja si Clark y las musas cooperaban). Refinanciaría la deuda del rancho con el banco o una sociedad

hipotecaria, liquidaría mi aterrador «contrato con reserva de dominio», pondría en orden mis ahorros mediante disciplina presupuestaria y volvería a invertir en el Promedio Industrial Dow Jones (o, todavía mejor, en el emergente NASDAQ). También dejaría de tomar metilfenidato en cuanto terminara el frasco que llevaba encima. Y, Dios mediante («¿Te acuerdas de Dios, Walt?») Había sido criado como mormón, y aunque había dejado de ir a la iglesia, de vez en cuando todavía procuraba ponerlo al día de mis asuntos), en Navidad, el borrón de la ecografía se habría convertido ya en mi hija. Había llegado el momento de prepararme para sostenerla en brazos. De ser un hombre.

Nos encontramos con Clark y Sandy para cenar en el Sky Club, ubicado en la planta cincuenta y seis del edificio MetLife, la enorme torre de oficinas que con tanta arrogancia dividía Park Avenue en dos. El club, con paredes acristaladas en tres de sus costados y mesas situadas a lo largo de sus precipicios, era uno de esos abrumadores espacios interiores que parecen imposibles hasta que uno se encuentra en ellos. Desde donde estábamos sentados, los edificios que en la calle parecían colosales se revelaban como marginales y secundarios ahora que sus antenas y sus agujas quedaban por debajo de nosotros. No estaba seguro de si me gustaba la vista. No era suficientemente panorámica o completa para estimular la apreciación meditativa, y estimulaba, en cambio, la imaginación suicida, esa parte de la mente que imagina caídas y saltos de una manera tan seductora que me obligó a apartar la mirada para evitar que mi atención se despeñara en sus profundidades.

—¿Está todo bien? —preguntó Clark. Su tono era alegre y dominante. No en vano minutos antes había señalado que el edificio dominante a la vista — una torre de piedra caliza iluminada por haces de luz que salían despedidos desde su base— pertenecía «a la familia»: el Rockefeller Center.

Cuando dijo esto, eché un vistazo a Sandy. La capa de hastío matrimonial que enmascaraba su rostro me indicó que esa fanfarronada ya la había oído antes y que le resultaba aburrida.

—Por *Shelby* —dijo entonces Clark alzando su vaso.

Nosotros hicimos lo propio. La perra se encontraba en algún lugar de ahí abajo con su silla de ruedas y su incontinenencia, sumergida en la estremecedora majestuosidad de la ciudad y posiblemente incapaz de sobrellevar su nivel de estrés. ¿Por qué Clark tenía tantas ganas de adoptarla y había estado cortejando a los Piper por ordenador prácticamente todos los días durante semanas (según me contaron ellos)? ¿Por su rareza, quizá? No contentos con ser raros ellos mismos, los ricos aprecian las rarezas.

La comida fue olvidable, pero la conversación —una vez que me entregué a ella y Clark se desató— no se pareció a ninguna que hubiera mantenido antes. Sandy, que presumiblemente ya había oído la mayoría de las cosas, se entretuvo con los cubiertos y la servilleta, mientras que, por su parte, Maggie se reclinó y se nos quedó mirando como si contemplara una obra de teatro desde su preñada y hormonal abundancia. Primero llegaron las peculiaridades personales. Clark, que había pedido pollo, dijo que nunca se había comido una hamburguesa. Y, al parecer, tampoco había cenado en un restaurante público o probado la Coca-Cola. De hecho, me pidió que le describiera su sabor, lo cual me dejó desconcertado.

—Muy dulce —contesté yo—. Y marrón.

Poco después, comenzó a relatarnos su biografía. De pequeño, nos contó, había sufrido afasia, una pérdida de la capacidad del habla, pero un encuentro casual con un perro cuando tenía diez años le cambió la vida. Dijo la palabra sin sentido «ladridura» y se curó. Unos pocos años después, cuando apenas tenía catorce, comenzó sus estudios en Yale: desde que el mágico encuentro con el animal le había desatado la lengua, su inteligencia se había desarrollado a una velocidad sin precedentes.

Durante este monólogo, los empleados del club iban y venían, llenando vasos y llevándose platos con cuidado de no invadir el perímetro de Clark y manteniéndose apartados cada vez que éste se mostraba especialmente animado. Lo llamaban «señor» y «señor Rockefeller», y él dirigía sus movimientos con amigables asentimientos de cabeza y miradas.

Luego la conversación derivó hacia temas más generales. Clark nos advirtió de la inminencia de un crac bursátil y reveló que las élites del mundo

financiero ya le habían puesto fecha al acontecimiento y estaban posicionándose en consecuencia. Yo le pregunté cuál era esa fecha, pero me contestó que la desconocía y que únicamente sabía que la habían acordado hacía poco. En previsión de la debacle, él había invertido en letras del Tesoro, y me aconsejó que hiciera lo mismo. Luego me repitió sus advertencias sobre China y sus imperiales ambiciones de expansión utilizando de nuevo el término *Lebensraum*, una palabra que parecía gustarles a sus cuerdas vocales. Por alguna razón, de esto pasó a *Frasier*. Dijo que pronto aparecería en la teleserie como una de las personas que llama al programa de radio presentado por el personaje principal, el doctor Crane, quien aconseja en antena a las personas sobre sus problemas psiquiátricos. Clark comentó que había escrito él mismo su cameo. Interpretaría a una persona que siente la compulsión de cantar conocidas canciones de musicales de Broadway pero entremezclando en la letra referencias a perros y sonidos caninos:

—«El dulce ladrido que susurra el monte, guau, guau, guau, guau, guau...».*

Antes de que pudiera absorber todo esto, Clark me deslizó discretamente un largo sobre blanco que sólo podía tratarse de mi estipendio. Lo hizo sin fanfarria alguna, aprovechando un momento en el que Sandra estaba ocupada cortando su comida y Maggie acababa de regresar del cuarto de baño. Opté por no abrir el sobre delante de él, temeroso de cometer una violación del protocolo.

—¿Qué os parece si vamos a divertirnos un poco? —dijo luego, aunque yo notaba que él ya se lo estaba pasando bien.

Señalando los monolitos de piedra caliza que acechaban a su espalda, propuso realizar una visita fuera de horario al Rockefeller Center, incluidas ciertas secciones subterráneas inaccesibles al público general. Metió la mano en el interior de su americana y le dio unas palmaditas a algo.

—Casualmente tengo aquí la llave —indicó.

—¿Cómo dices? —repuse yo—. ¿Existe una llave maestra?

En el fondo, que existiera un objeto semejante parecía razonable si teníamos en cuenta que existía alguien como Clark.

Maggie, en cambio, no pareció mostrarse muy convencida. Cuando me

volví hacia ella advertí una sonrisa de suficiencia en su pecoso rostro irlandés.

Pedimos el postre (un cremoso flan cubierto de quebradizo azúcar caramelizado), y la idea de la visita quedó finalmente descartada: ya la haríamos en alguna otra ocasión, ahora se estaba haciendo tarde. Clark se abotonó la americana, se irguió en su silla y procedió a comer pequeños bocados de flan, que se llevaba cuidadosamente a la boca con el tenedor. Las ventanas iluminadas de los edificios que se desplegaban ordenadamente por debajo de nosotros formaban diagonales y líneas discontinuas que delataban una aletargada ciudad en modo fin de semana. Un camarero se acercó e hice ademán de sacar la cartera, pero Clark hizo un gesto con la mano indicándome que lo dejara estar. No vi ninguna cuenta. Tal vez los clubes privados enviaban a final de mes la suma de todas las cuentas de ese período por correo.

Ya en el ascensor, Clark me invitó a ir a su apartamento al día siguiente para enseñarme «los cuadros». ¿Podía pasarme al mediodía? Efectivamente, podía.

—Fabuloso. Fabuloso —dijo. No me pareció que considerara a las mujeres esenciales para nuestra incipiente relación.

Cuando nos íbamos a dormir, le pregunté a Maggie qué le había parecido. Había permanecido particularmente silenciosa al respecto.

—Es todo un personaje —dijo—. También me ha parecido que quizá es homosexual.

—Eso es por la forma de ser de esta gente.

—Tampoco escucha. Sólo habla.

—¿Y qué te ha parecido Sandy?

—No estoy segura. No habla mucho. Él no se porta muy bien con ella.

No le insistí para que dijera más. Nuestros intereses en el asunto eran distintos y llamarle la atención sobre los míos parecía poco prudente, probablemente innecesario. Al cabo de un par de días estaríamos en casa, con muchas tareas por delante. La relación con mi extraño nuevo amigo, si es que iba a seguir siéndolo, sería algo que me correspondería mantener únicamente a mí, junto con la obligación de proporcionarnos un hogar, comida y ropa. Una diferencia de trece años entre marido y esposa, especialmente cuando la

esposa trabaja básicamente en casa y sólo tiene veintidós, tiende a fomentar ciertas divisiones muy claras. Por lo que había visto, éstas también existían en el matrimonio de Clark, sólo que no tenía ni idea de cuáles eran.

Cuando llegué a su apartamento al día siguiente (preparado para cruzarme con Tony Bennett en el pasillo), todavía llevaba el sobre con el cheque en el bolsillo del pantalón. Imaginar la suma resultaba más estimulante que averiguar cuál era. El portero me guio hasta un ascensor que me condujo a un rellano tenuemente iluminado, detrás de cuyas puertas no advertí especiales maravillas por lo que respectaba a decoración o adornos. Eso no me sorprendió, pues conocía la preferencia de la gente rica por la insustancial respetabilidad, pero sí me desconcertó que un gran cantante hubiera escogido para vivir un lugar como ése.

El apartamento de Clark era sobrio y sencillo —gastados suelos de madera, un pequeño sofá oscuro, una cocina funcional con las encimeras vacías—, pero los cuadros que colgaban de las paredes eran atrevidos y majestuosos. Entre ellos había un Mondrian en una caja de metacrilato, un Motherwell, un Pollock y un Rothko. Estuve admirándolos mientras bebía un vaso de agua y esperábamos la visita de un restaurador del Museo de Arte Moderno de Nueva York, institución que —según me contó Clark— confiaba en poder llegar a incluir los cuadros en su colección. No pude evitar tratar de hacer una estimación de su valor. ¿Diez millones? ¿Veinte? Puede que mucho, mucho más. En cualquier caso, un caballero no hacía preguntas como ésas.

No era de extrañar que, como si de una caseta de perro se tratara, el apartamento oliera a orina rancia. *Yates* y *Shelby* estaban tumbados en el suelo, intercambiándose miradas de celos que parecían presagiar una pelea. En un momento dado, Clark se acercó al Pollock, que estaba sin enmarcar y apoyado contra una pared, y quitó algo de su superficie: un pelo de perro negro y rizado.

—Creo que los animales y el arte deberían coexistir confortablemente —dijo, y luego me enseñó una mancha en el mismo cuadro—. Saliva de *Yates*. Le gusta lamer —añadió—. Por supuesto, en el MoMA están escandalizados. Por

eso insisten en realizar limpiezas semanales.

Encontró otro pelo de perro en el Mondrian, dentro de la caja de metacrilato, y sonrió. Daba la impresión de que esa despreocupada actitud para con su colección lo enorgullecía más que las piezas mismas.

En cualquier caso, lo felicité por la colección. Él me dijo que algunos de los cuadros los había obtenido por herencia y otros gracias a los esfuerzos de un comprador («un hombre que tengo en España») que los había adquirido para él por una fracción de su valor a aristócratas europeos necesitados de efectivo e incluso a un par de renombrados museos. Dijo que me sorprendería saber de qué instituciones se trataba.

—Es algo escandaloso —añadió. Los directores de esos museos eran tipos turbios que necesitaban reemplazar fondos malversados, y él no sintió remordimiento alguno al aprovecharse de ellos—. Uno nunca debe dejar pasar un chollo —concluyó—. La ironía es que prefiero a los antiguos maestros. ¿No estás de acuerdo?

Asentí y le dije que yo también, lo cual era una tontería. En realidad, nunca había considerado la cuestión. Desde luego, no desde la perspectiva de su posible adquisición.

Estaba comenzando a tener hambre. De camino, había supuesto que Clark me invitaría a almorzar (al fin y al cabo, tenía un chef particular), pero nada indicaba que hubiera un almuerzo en perspectiva, o ni siquiera que allí prepararan comida alguna. Al poco llegó una explicación, posiblemente en respuesta a alguna observación mía sobre lo increíblemente limpia que estaba la cocina. O quizá no dije nada. Quizá, como a menudo sucedería durante los años siguientes, Clark me leyó la mente.

—El apartamento que hay debajo de éste también es mío. Es donde se aloja el servicio, pero hoy libra —dijo, y bajó la mirada al suelo como si a través de él pudiera ver los cuartos de sus empleados.

Yo me pregunté entonces dónde estaba la puerta de la escalera que unía ambos apartamentos, ¿o acaso no estaban unidos? Tal vez había que salir al descansillo y coger el ascensor.

El restaurador llamó al timbre y Clark le abrió la puerta mientras yo me arrodillaba junto a los perros y los tranquilizaba. El recién llegado abrió un

maletín con herramientas y cepillos e, ignorándonos, comenzó a trabajar en el Pollock. *Shelby* parecía haberse reavivado desde el viaje, y arqueó el cuello contra mi mano mientras yo la acariciaba y la rascaba. En un tono de voz añorado y perruno, Clark procuró tranquilizar al receloso *Yates* explicándole que su lugar en la casa no iba a cambiar por culpa de su «nueva hermana pequeña». Esa voz perruna me entristeció. Parecía transmitir la solitaria personalidad interior de Clark más intensamente que su tono de voz normal, lo cual no era tan normal. Pensé en lo que nos había contado durante la cena sobre su infancia aislada y acortada (asistir a Yale a los catorce años no debía de haber sido fácil) y me di cuenta de que se trataba de una persona que se había criado a sí misma, una especie de niño abandonado o salvaje, pero con dinero. No era de extrañar que le gustaran los animales.

Al cabo de un rato, el restaurador recogió sus herramientas y se marchó despidiéndose secamente y sin levantar la mirada. Yo necesitaba comer. Me sentía un poco mareado. Era el verano de 1998 y la atmósfera tenía tintes irreales: una Bolsa animada por una «irracional exuberancia», un presidente en peligro por mentir sobre prácticas de sexo oral y una excitante profusión de nuevas tecnologías con poder para reconfigurar el tiempo y el espacio. Mi nuevo teléfono móvil, momentáneamente silencioso, pronto invadiría mi conciencia de un modo que por aquel entonces no podía ni imaginar.

—¿Qué sabes de la muerte de Rothko? —me preguntó Clark, y, tras descolgar el lienzo de la pared, me invitó a examinarlo atentamente. Le dio la vuelta y dijo algo como—: Se suicidó. Se cortó las venas. Aquí, en la parte posterior, ¿ves esas manchas, esas gotas?

No las veía, pero para complacerlo le dije que sí. Había hecho un viaje ridículamente largo para llevar a cabo un encargo agotador y humillante y esperaba que pudiéramos ser amigos.

—Es sangre —explicó Clark—. La del pintor.

En la calle, cuando hube dejado su apartamento, abrí finalmente el sobre. Dentro había un cheque con cargo a la cuenta de su esposa. Quinientos dólares. No cubría ni siquiera la mitad de lo que había gastado, y todavía tenía que hacer el viaje de vuelta. ¿Era un error? ¿Debería la cifra tener otro cero? Naturalmente, no dije nada.

4

El juicio a Christian Karl Gerhartsreiter, un inmigrante alemán con muchos alias, por el asesinato en 1985 de John Sohus en San Marino, California, comenzó a principios de 2013 en el Centro de Justicia Criminal Clara Shortridge Foltz, una gigantesca y rectilínea colmena gris de oficinas y salas de tribunales que se encuentra frente al ayuntamiento de Los Ángeles. Es una parte de la ciudad que rara vez aparece en las películas, pues se trata de un distrito de deprimentes torres burocráticas que presiden una suerte de refugio al aire libre de personas sin hogar. Abogados, jurados y trabajadores se mezclan en las aceras con vagabundos que empujan carritos de supermercado y delgados indigentes sin camiseta repantigados en harapientos campamentos (una mañana vi a un hombre encorvado detrás de su fardo cuidando de un conejo marrón atado con correa). Los abogados atraviesan con rapidez ese lamentable escenario mientras parlotean en sus parpadeantes auriculares con micrófono Bluetooth y sorben mocas de Starbucks por el agujero de la tapa de plástico. Alejados de sus rutinas y sus trabajos, los jurados parecen vagamente desorientados y sin saber qué hacer. Ciertas manzanas están llenas de coches de policía aparcados y furgonetas de medios de comunicación equipados con antenas de satélite. Todo el mundo procura marcharse puntualmente.

El primer día de selección del jurado subí en ascensor hasta la novena planta del Centro Foltz, equipada con un detector de metales, donde se juzgaban los casos de mayor repercusión mediática —O. J. Simpson, Phil Spector, el médico de Michael Jackson—, y me senté en un duro banco a escasos metros del acusado. Lo conocía desde hacía casi quince años y lo había considerado un amigo durante al menos diez. Iba a visitarlo a sus clubes y a sus casas, hablaba con él a menudo por teléfono y seguía de un modo

intermitente su entrada en la mediana edad al tiempo que lo mantenía informado de la mía. Exceptuando el final de nuestra relación poco después de su divorcio de Sandy, cuando acudió a mí desorientado por una experiencia por la que yo mismo había pasado unos pocos años antes, nuestra relación no fue estrecha, nunca llegamos a ser amigos íntimos, pero sin duda se trataba de una figura singular en mi vida y un sujeto sobre el que pensaba frecuentemente. Jamás llegué a escribir sobre él tal y como había planeado —mi afilado instinto literario reculó y dio paso al deseo de ganarme su favor—, pero aun así creía comprenderlo. Los acontecimientos me demostraron lo contrario. Se lo demostraron a mucha gente.

Iba vestido del mismo modo que cuando lo conocí como Clark Rockefeller (nombre que también utilizaba con sus abogados y que, infructuosamente, pidió al tribunal que reconociera), con un esnob blazer azul, pantalones grises y una camisa blanca, todo un poco demasiado grande. Todavía llevaba zapatos sin calcetines, dejando a la vista unos tobillos pálidos, pero había cambiado las gafas de gruesa montura negra por otras al aire más profesionales. Se había oscurecido el pelo hasta un castaño claro y su rostro era más delgado que antes, lo cual enfatizaba su afilada nariz y las élficas puntas de sus grandes orejas. Según el pasaporte alemán encontrado por los investigadores en un escondite en el que guardaba varias pertenencias personales (entre ellas, varios cuadros enrollados en tubos y un talonario de cheques en blanco firmados por Sandy, cuyo dinero ayudó a financiar su charada), acababa de cumplir cincuenta y dos años.

Para entonces ya llevaba cuatro en prisión, resultado de una condena anterior en Massachusetts por secuestrar a su hija, a la que llamaba Snooks, durante una visita supervisada que había tenido lugar en Boston en 2008. Yo había conocido a la pequeña en 2002, cuando tenía un año, durante una visita a la casa de campo que tenía en Cornish, New Hampshire. Él me convenció para que lo acompañara con la promesa de presentarme a J. D. Salinger, que vivía cerca y —según me dijo— era amigo suyo. Más adelante recordaría ese delirante fin de semana en el que, considerado *a posteriori*, todas las pistas estaban a la vista y debería haberme dado cuenta de su engaño, pero por el momento mi recuerdo más claro era la niña. Estaba aprendiendo a caminar.

Extendió los brazos y, a trompicones, avanzó hacia un sofá en el que él estaba sentado, arrimándole con frases como «Snooks puede hacerlo». Sandy acababa de regresar de un largo viaje de trabajo y tenía un aspecto ojeroso y enojado. La niña logró llegar al sofá. Todos aplaudimos.

Cuando la pequeña tenía siete años, Clark la raptó en plena calle metiéndola en un todoterreno alquilado a cuyo conductor hizo creer que el trabajador social que los perseguía —y al que había empujado a un lado cuando se agarró a la puerta del coche— era un homosexual obsesionado con él. Unas manzanas después, Clark hizo que el conductor se detuviera y cogió un taxi que lo llevó a un lugar acordado previamente con una amiga, también engañada, a la que pagó quinientos dólares por el servicio (al parecer, su tarifa habitual). Ésta condujo a Clark y a Snooks hasta Nueva York, donde supuestamente estaba esperándolos un yate. Luego se dirigieron por medios desconocidos hasta la casa que él se había comprado en Baltimore y donde había pasado meses preparando una nueva identidad con el más insulso de sus nombres falsos: Chip Smith.

Se desconoce qué pensaba hacer a continuación: después de una búsqueda de cuatro días a nivel nacional, los agentes del FBI consiguieron localizarlo y lo engañaron para que saliera de casa mediante una llamada telefónica falsa que le informaba de que el catamarán que se había comprado estaba hundiéndose en el puerto. Según una conversación que habíamos mantenido unos meses antes, yo tenía razones para pensar que su intención era escaparse a Perú, un país que al parecer no extraditaba a los padres norteamericanos que hubieran huido con sus hijos. Esto me lo contó durante una de las largas conversaciones telefónicas que siguieron a su divorcio y durante las cuales Clark solía quejarse de la «crueldad» de Sandy por haberlo separado de Snooks. Por aquel entonces, yo ya era un padre divorciado y comprendía su frustración, pero de vez en cuando la intensidad que mostraba me alarmaba. En parte, la mención de Perú como un lugar seguro al que huir con su hija era una forma transparente y alarmante de tantearme y averiguar cuál era mi potencial para actuar de un modo extremo en cuestiones de custodia. Clark opinaba que el sistema legal norteamericano no tenía en cuenta los derechos de los padres y que, como víctimas, teníamos que defendernos.

El secuestro, que llegó a ser noticia internacional y más adelante inspiró una película para televisión, desenmascaró a Clark Rockefeller. En realidad, era un fraude, el impostor en serie más prodigioso de la historia reciente, algo que lo vinculaba con un linaje más antiguo y en cierto modo más rico que el de la familia fundadora de la Standard Oil: el embaucador de las mil caras que aparece en la mitología y la literatura norteamericanas. En *El estafador y sus disfraces*, de Melville, esa figura adopta la forma de un diablo mutante que viaja en un barco fluvial y se alimenta de los defectos morales de los demás pasajeros. En *Huckleberry Finn*, vuelve a recorrer el río Misisipi bajo la apariencia del duque y del rey, dos extravagantes y falsos aristócratas cuyas estafas están disfrazadas de disparate isabelino. En *El gran Gatsby*, es un engreído gánster criado en una granja de Dakota del Norte. En las novelas de Patricia Highsmith protagonizadas por Ripley, es un trepa diletante y asesino. En *Trampa 22*, de Joseph Heller, es Milo Minderbinder, el despreocupado liante que volaría el mundo si eso le proporcionara algún beneficio. Es el villano de las mil caras, el eterno vaquero con un lado oscuro pero cierto encanto que se aleja hacia la puesta de sol y reaparece al amanecer con un nuevo atuendo.

Pero si Clark era todo eso (después del juicio me quedó claro que comprendía su origen literario y se enorgullecía enormemente de él), entonces, ¿yo qué era? Un pardillo. Un pardillo testarudo. Cuando su historia comenzó a salir a la luz durante la persecución y los Rockefeller aseguraron que no sabían quién era, yo le dije a un periodista amigo que estaban mintiendo y que no eran más que una familia de cobardes intentando evitar un escándalo. No rectifiqué hasta que se publicó su nombre alemán y la palabra *Lebensraum* resonó en mi cerebro. La revelación me inquietó, pero también me ablandó, sobre todo cuando, en los días que siguieron a su captura, fueron apareciendo más datos sobre sus orígenes. Yo también tenía un nombre alemán y sangre alemana. Y cuando todavía estaba en la universidad pasé un verano en Bavaria, su provincia natal. Por aquel entonces yo contaba con diecinueve años, más o menos la misma edad que él tenía cuando, en 1979, dos años antes de mi estancia en Múnich, dejó el pueblecito de su juventud para ir a Estados Unidos. Ese mismo año yo dejé mi pueblecito para ir a Princeton. Conocía el

anhelo. No era de extrañar que nos hubiéramos hecho amigos.

Ese estado de aturdida identificación llegó a su fin cuando dos semanas después del secuestro salió a la luz que habían vinculado las huellas dactilares de Clark (el nombre de Christian no me sonaba bien; carecía del tono que asociaba con él) con las de cierto Christopher Chichester, a quien las autoridades buscaban en relación con un asesinato a sangre fría. Los horripilantes detalles del crimen me resultaron perturbadores: en 1985, el cadáver de John Sohus fue descuartizado y enterrado en el patio de la casa de su madre. Sus huesos fueron descubiertos nueve años después durante unas excavaciones realizadas para la construcción de una piscina. Linda Sohus, la esposa de la víctima, había desaparecido al mismo tiempo que su marido. El cadáver de ésta nunca fue recuperado y la policía no llegó a localizar a Chichester, el tipo al que la madre de Sohus alquilaba la casa de invitados de la propiedad.

Al oír todo eso y luego ver la fotografía de Chichester —un Clark más joven vestido con americana y corbata y con la expresión de «voy un paso por delante de los demás» en el rostro—, recordé el jaleo que montó una vez por su aversión a la sangre. Al verla, le temblaban las rodillas. La cabeza le daba vueltas. Como muchas de las cosas que decía, sus observaciones surgían de la nada, eran espontáneas y aparentemente carecían de motivo. No era otra cosa que la colorida bruma con la que se envolvía a sí mismo y que por aquel entonces diagnosticué como un leve caso de logorrea, la compulsión de sosegar a uno mismo hablando sin parar.

El día que deposité mi teléfono móvil, mis llaves y mi cartera en el detector de metales del Centro Foltz, la conmoción que sentía por el desenmascaramiento de Clark todavía no se había disipado. Al contrario, con los años no había hecho sino aumentar, mezclada y combinada con todas las demás conmociones que había sufrido desde que nos habíamos hecho amigos. El primero y más salvaje de estos traumas —el que de algún modo sobresalía por encima de todos los demás— había tenido lugar en el rancho, el día posterior a mi cuarenta cumpleaños. Estaba sentado en mi camioneta Ford, la

que había atropellado a *Miles* y había ayudado a transportar a *Shelby*. En el asiento del acompañante iba un amigo de Nueva York que había venido para la celebración. Estábamos con el motor al ralentí en el camino de acceso a casa, a punto de ir a un campo a recoger unas balas de heno. Mientras charlábamos, puse primera y, justo cuando las grandes ruedas del vehículo comenzaron a girar, mi amigo distinguió algo en un punto del suelo que el capó me impedía ver y exclamó: «¡Charlie!», el nombre de mi hijo de un año, al que le encantaba gatear. A causa de la inercia, la camioneta avanzó unos buenos tres metros. Finalmente, se detuvo a la vez que el tiempo se estiraba y se prolongaba y yo me convertía en una mota de ceniza que iba a la deriva en un nauseabundo vacío gris. Eché el freno de mano y bajé de la camioneta. La vida había terminado para mí, de modo que estaba tranquilo. Me di prisa porque era lo que debía hacer, pero estaba tranquilo. Con cuarenta años más para absorber la espantosa imagen que ya se estaba formando en mi mente, la adrenalina y el pánico eran irrelevantes.

Charlie estaba sentado debajo de la matrícula, a medio camino entre ambas ruedas. Mi niño perfecto. La elevada suspensión de la camioneta con tracción en las cuatro ruedas había permitido que el chasis pasara justo por encima de su cabeza. No tenía sentido. Imágenes de horror —la escena que debería estar teniendo lugar— persistían en mi mente mientras me agachaba para recogerlo. Ángeles. Providencia. Sólo ellos tenían sentido. En el reino de la lógica y la causalidad, yo había matado a mi hijo, pero el amor había vencido a la física y ahora lo tenía en brazos, pegado a mi pecho, indemne salvo por un rasguño que se había hecho en la frente con el diferencial de la camioneta.

El accidente supuso un terremoto en mi vida. Dos años después estaba divorciado. Me había esforzado mucho. Nunca habíamos hecho buena pareja. Mercurio estaba en retroceso. Las cosas cambian. En comparación con todo aquello que puede suceder en el mundo y con lo que casi sucede el día después de mi cumpleaños, el divorcio me pareció un asunto meramente burocrático, un triste procedimiento de la adultez. Me había casado con una adolescente, ¿qué otra cosa podía esperar? Ser la excepción, como siempre. Supongo que no lo era. Lo sentimental terminó convirtiéndose en estadística.

Durante un tiempo me aferré al rancho, me parecía importante, pero el dinero comenzó a escasear y al final se lo vendí a un vecino que resultó ser agente inmobiliario. Unos pocos días después, éste se lo revendió a un comprador rico sobre el que no me había dicho nada, embolsándose un buen margen.

Veía a mis hijos —Charlie y su hermana mayor, Maisie— cada quince días, un calendario que convierte la paternidad en un folioscopio. A veces crecían un par de centímetros entre visita y visita. Mientras tanto, yo ocupaba mi tiempo con amigas, el trabajo para las revistas e ilusos espasmos de actividad en el gimnasio. Los hombres que viven solos no resultan originales. Comemos en el bar. Solicitamos prórrogas para presentar la declaración de la renta. Llamamos con excesiva frecuencia a nuestras preocupadas madres ya no para darles una noticia emocionante —esa época terminó y quizá ni siquiera la echamos de menos—, sino para evocar una discusión con la exesposa o pedir consejo sobre qué decirle a un hijo al que se ha pillado viendo pornografía dura en internet. Pensamos que es mejor eso que no llamarla en absoluto, y ellas también deben de pensarlo, porque descuelgan el teléfono.

Hasta que un día no lo hacen. En verano de 2011, tras un mes de misteriosos escalofríos y dolores de cabeza que ella se había autodiagnosticado como enfermedad de Lyme y tratado con aspirinas y doxiciclina, mi madre murió de un absceso cerebral. Sólo tenía setenta y un años. Perdió el conocimiento en casa de su novio, en Iowa, después de una visita de tres días a la feria estatal. Su última comida fue un granizado. Permaneció en coma el tiempo suficiente para que yo llegara al hospital de Des Moines y, de acuerdo con el testamento que guardaba doblado en el bolso, consintiera en que le administraran morfina para facilitar su tránsito. Como alguien me había dicho que el sentido del oído es el último que perdemos, coloqué mi móvil junto a su almohada y reproduje *I Shall Be Released*, de Bob Dylan. Al día siguiente fui en coche hasta su casa de Minnesota. En el centro de la mesa de la cocina, sujeto a uno de esos soportes de alambre que los floristas ponen en los ramos para sostener tarjetas, había una nota con una lista de números de cuentas bancarias y nombres de abogados. La encabezaban las palabras: «Si muero».

El efecto acumulativo de todas esas conmociones fue agotar la reserva de

valentía básica que daba por hecha desde la infancia. No fue tanto que estuviera deprimido como que mi indecisión se volviera crónica. Decisiones simples que antes tomaba sin pensar —pedirle una cita a una mujer, dejarle la llave de casa a un fontanero, contestar la llamada de un número desconocido — ahora parecían llenas de incertezas y peligros. No ayudaba el hecho de que en Massachusetts, y luego en California, mi viejo amigo Clark, bajo un nombre extranjero, se las estuviera viendo con el sistema de justicia penal, primero por un crimen que había cometido cuando nos tratábamos (y que no había visto venir aunque probablemente debería haberlo hecho), y luego por otro más antiguo y más abominable que, cuanto más pensaba yo en nuestra amistad, más parecía estar enroscado en nuestras interacciones como una pequeña serpiente en estado embrionario.

«Hitler fue al cielo.»

«La sangre del pintor.»

No lo conocía en absoluto. Lo había malinterpretado todo. Aunque no había sido el golpe más duro de la pasada década, sí puede que fuera el más desestabilizador, pues había socavado mi confianza en los demás y devastado la fe que tenía en mi propio juicio. Cualidades mías que antes encontraba loables —la curiosidad, la franqueza, el buen ánimo— de repente me parecían deficiencias o defectos. «No se puede engañar a un hombre honesto», reza el viejo dicho. La idea es que caer en el anzuelo de un charlatán requiere cierta laxitud moral por parte de la víctima. Como bien sabía gracias a mi educación en la fe mormona, yo era un ejemplo perfecto de ello. De vez en cuando mentía, principalmente sobre sexo. Cuando me encontraba con una figura autoritaria podía comportarme de un modo algo hipócrita, mostrándome adulator en su presencia mientras a sus espaldas la criticaba. A veces me deleitaba hablando de un modo cáustico. Y lo que consideraba una naturaleza confiada era en realidad cierta indolencia. En vez de esforzarme en conocer a la gente, decidía lo que yo quería que fueran y los ignoraba cuando demostraban ser otra cosa. Este ciclo de decepción era constante, pero con Clark eso no había estado ni siquiera a punto de suceder. El hecho de que nunca se alejara de la imagen que yo me había formado de él debería haber sido una señal.

Otro síntoma de mi laxitud espiritual era el metilfenidato que tomaba en la época en que lo conocí. Su efecto era garantizarme energía fácil a voluntad, y debido al modo en que por aquel entonces vivía y trabajaba —haciendo malabarismos con las fechas de entrega, las tareas del rancho y los niños pequeños—, mi demanda de energía era continua. Los ciclos de euforia y agotamiento inducidos por la droga provocaron muchas equivocaciones y meteduras de pata. Por culpa de esos arrebatos, perdí miles de dólares invirtiendo en Bolsa a través de internet. Compraba Lucent Technologies a 28, lo vendía entre sudores cuando caía a 26, volvía a comprarlo a 27, veía cómo subía, compraba el doble cuando alcanzaba el máximo, me entraba el pánico cuando se hundía, vendía la mitad, lo vendía todo, compraba Apple, y así una y otra vez. En una ocasión compré un coche en ese estado de agitación, inclinado sobre el ordenador del vendedor mientras la imagen del vehículo que aparecía en la pantalla iba cambiando de color porque yo me sentía incapaz de escoger uno. Puede que las pastillas fueran la razón por la que me tragué el cuento de Clark. La buena voluntad que me provocaban no sólo era promiscua, sino indiscriminada y sin criterio.

O puede que mi egocentrismo hiciera de localizador. Puede que me convirtiera en una víctima más atractiva. Nuestra historia iba en ambos sentidos, era una colaboración. Eso significa que, con independencia de lo que yo viera en él, él también detectó algo en mí. Según los libros, esos personajes lo leen a uno, y cuando hablan en realidad están escuchando, pendientes de los sonidos y los ecos que uno emite. Utilizan sonares, no preguntas; Clark nunca me hacía preguntas. Sospecho que una de las cosas que lo atrajo de mí al principio fue mi colaborativa forma de escuchar. En vez de ignorar sus delirantes historias, lo ayudé a refinarlas interesándome por los detalles. Gracias a ello, pudo ir dotándolas de mayor viveza. Es uno de los servicios que Nick le hace a Gatsby: consolidar su impostada personalidad interpretando el papel de público ideal.

Clark también debió de advertir no sólo mi buena disposición a fiarme de los demás, sino también a que se fiaran de mí. En nuestra primera conversación telefónica me dijo que su avión estaba en China, adonde se había desplazado su mujer, y, sin embargo, cuando llegué a Nueva York con *Shelby*

allí estaba ella. No recuerdo que me explicara esa incoherencia. Sí recuerdo haberla advertido y no haber dicho nada. ¿Por qué la gente —o quizá sólo la gente como yo— prefiere dejar pasar una mentira o minimizarla antes que señalarla y avergonzar al mentiroso? ¿Por qué preferimos que alguien nos vea desnudos antes que ver a alguien desnudo? Siempre había creído que se debía a la educación, y que la esencia de la educación era la ceguera simulada. Pero Clark tenía claro que no era así. Él sabía que mi elección de ignorar el menor desliz que cometiera, de verlo como él quería que lo viera, surgía de un egoísta deseo de alianza. Yo miraba hacia otro lado cuando tropezaba, me hacía el sordo cuando se equivocaba al hablar. Podía contar conmigo.

Llegué al juicio por asesinato de Clark con muchas preguntas. Quería saber por qué al conocerlo me había impresionado tanto y también cómo podía yo haber sido tan estúpido y obtuso en tantas ocasiones (algunas de ellas todavía tenían que salir a la superficie). Quería averiguar asimismo en qué medida sus pretensiones estaban ligadas a una naturaleza violenta (si Clark tenía siquiera una «naturaleza» era una cuestión más amplia). Y también había otra razón: había venido a terminar una historia, la que había considerado escribir cuando lo conocí, pero que más adelante había abandonado en deferencia a nuestra amistad.

Todavía recordaba dónde me encontraba cuando descarté utilizarlo como personaje, incluso ficticio. The Lotos Club, situado en la calle Sesenta y seis Este, es un refugio tranquilo y elegante para las élites culturales de Manhattan. Mark Twain fue miembro; lo consideraba «el mejor de los clubes». Sus cuidados muebles y su tenue iluminación le hacían pensar a uno en una funeraria de buen gusto o en un club universitario para fantasmas cultos. Esa tarde, nos sentamos en unos sillones de respaldo alto y fuimos el blanco de los envejecidos y avariciosos empleados, cuyo desprecio por nosotros resultaba obvio. Él se pidió un gin-tonic; yo, Coca-Cola con limón. No recuerdo de qué estuvimos hablando, pero probablemente nuestra conversación versó sobre política global y el consabido tema de la decadencia de Occidente frente a la iniciativa y la disciplina asiáticas. Detrás de su sillón se podía ver el retrato de un difunto contemplando un futuro que parecía convencido de poder moldear. Puede que lo hubiera hecho; la verdad es que no lo reconocí. En

cualquier caso, tuve la sensación de que eso tampoco le habría importado, pues los hombres verdaderamente influyentes suelen operar entre bambalinas.

Quería volver a ser invitado a ese club, me gustaba el efecto que tenía en mí. Me gustaba cómo me hacía sostener el vaso: no envolviéndolo con la palma de la mano como hacía en los restaurantes, sino sujetándolo con la precisa y ligera presión de las puntas de los dedos. También me gustaba lo cómodo que me sentía sentado de lado en el asiento acolchado del sillón, con la cabeza ladeada, el pulgar en el pómulo y los tobillos cruzados, respondiendo al flujo de observaciones de Clark con ajustes en el fruncido del ceño y la posición de la barbilla. Tenía la sensación de que no era el único exalumno de Princeton del lugar. Y también dudaba que fuera el único exalumno de Oxford. ¿No era ese de la corbata de rayas el padre de mi compañero de habitación? Las arrugas en los empeines de sus zapatos de puntera perforada eran exactamente las que yo quería en los míos algún día. Puede que hubiera cometido un error con lo de Montana. Demasiado alejado de todo. Quizá había llegado el momento de regresar al centro. («Creo que la has clavado, Clark. De verdad. Sospecho que es lo que la mayoría de la gente piensa, pero nunca dice.») Hacíamos una pareja interesante: el novelista de pueblo y el Rockefeller solitario. Yo le proporcionaba noticias de la gente, de la algarabía humana, y él del nido del águila del Olimpo. («Creo que ahora tomaré una soda con lima. Y puede llevarse estas nueces. Hemos terminado.») Él envidiaba mi movilidad y mi libertad; yo codiciaba su seguridad y su desenvoltura. Era divertido lo protector que me sentía hacia él. Y agradable lo seguro que él parecía sentirse conmigo.

Esos recuerdos me resultan ahora absurdos; una capitulación ridícula y deshonrosa. Me había inclinado ante un príncipe de latón. Había besado su anillo, y la ironía era que el verdadero anillo se encontraba en mi mano. El único que había estudiado en una universidad de la Ivy League era yo. El único digno de acudir a The Lotos Club estaba sentado en mi silla. Lo había entendido todo al revés, boca abajo, a la inversa. Yo, el servil aspirante, debería haber sido quien le confiriera estatus a él, y, de un modo retorcido, supongo que así fue. A Clark debió de encantarle ver cómo me degradaba a mí mismo. Peor aún, pensé, lo que había estado degradando era mi vocación. La

inmunidad literaria que había concedido a la criatura más extraña que hubiera conocido nunca había supuesto una violación de mi juramento de narrador. Los escritores existen para aprovecharse de figuras como ésa, no para salvarlas. Nuestra obligación es para con la página, no para con la persona.

El juicio era mi oportunidad para corregir todo eso y cancelar un trato al que no debería haber accedido. Aunque, ahora que lo pensaba, en realidad nadie había llegado a preguntarme si accedía a él. Había hecho el trato conmigo mismo, unilateralmente, con la esperanza de que Clark recompensara mi generosidad. Eso se había acabado. El juicio suponía que su historia estaba llegando al desenlace. Si yo tenía la intención de saldar mi cuenta con ella y encontrarle algún sentido explorando sus intersecciones con la mía, ése era el momento y el lugar. Básicamente, había dos resultados posibles que se correspondían a dos morales. Si Clark era declarado culpable, la sentencia de Abraham Lincoln («no se puede engañar a todo el mundo todo el tiempo») quedaría demostrada, y yo estaría presente para saborear su merecido castigo y participar en mi propia redención. Si, por el contrario, era declarado inocente, el cuento tendría un final retorcido y posmoderno y Clark bien podría terminar convirtiéndose en una celebridad (con lo que se demostraría que el mundo era todavía más pardillo que yo). Creía estar preparado para ambas contingencias, pero temía que la segunda posibilidad, el limbo, era más probable.

El nombre del caso parecía anunciar una chapuza: «El pueblo del estado de California, demandante, contra Christian K. Gerhartsreiter, también conocido con los seudónimos de Christopher Chichester, Christopher Crowe, C. Crowe Mountbatten, Clark Rockefeller y Charles *Chip* Smith». La naturaleza del jurado también me preocupaba. Sus miembros procederían de los mismos vecindarios de los que había salido el incompetente jurado de O. J. Simpson. Entre los veteranos que pululaban por el juzgado se decía que los jurados del centro de Los Ángeles compartían un instintivo recelo de la autoridad y una franca aversión por la policía. También había oído rumores acerca de su desprecio por las pruebas circunstanciales. Al parecer, las teleseries policiales les habían enseñado a considerarlas inferiores a otras concluyentes, como los restos de ADN o las fibras microscópicas. Si

efectivamente ese prejuicio existía, jugaría a favor de la defensa: sabía por la publicidad previa al juicio que la fiscalía prácticamente sólo contaba con pruebas circunstanciales. En concreto, apenas una historia incriminatoria sobre el particular comportamiento de Clark antes del asesinato y su evasivo comportamiento posterior.

El proceso de selección del jurado se alargó todo el día. Esperando en el pasillo frente a la puerta de la sala, una docena de posibles jurados se confundía con los socios de los jefes de bandas locales cuyos juicios estaban teniendo lugar en el mismo edificio. Ni uno solo de los candidatos se parecía a Clark o a alguien con el que éste hubiera podido relajarse en The Lotos Club. La mayoría pertenecía más bien a la clase trabajadora y tenía los rasgos étnicos de la «gente de servicio»; esto es, personas a las que probablemente Clark habría contratado como limpiadores y jardineros. El eufemismo que me venía a la mente era «hispano». Un hombre latino de mediana edad con un imponente estómago, un encerado bigote con las puntas hacia arriba y un gran tatuaje parcialmente visible por encima del cuello de la camiseta entró en la sala del juzgado con un sombrero de paja y gafas de sol oscuras cuando el alguacil pronunció su nombre. «La defensa de Clark sin duda querrá a ese tipo», susurró Frank Girardot, editor del periódico *Pasadena Star News* y veterano periodista judicial que había cubierto el caso de Simpson. Girardot tenía razón: el tipo grandote fue seleccionado.

Ante el juez George Lomeli fue desfilando una larga procesión de candidatos, muchos de los cuales hablaban un inglés vacilante, mientras que otros daban la impresión de tener mermadas sus facultades intelectuales y analíticas. Lomeli parecía adecuado para el caso: se trataba de un hombre apuesto, perspicaz pero afable, que combinaba autoridad con ingenio, e incluso con un toque de la caballerosidad del viejo Hollywood. La toga, a juego con su pelo y su bigote, le quedaba bien, y apeló a la deportividad de los candidatos al tiempo que prometía un juicio «interesante». Muchos de los posibles miembros del jurado intentaron excusarse aduciendo conflictos de trabajo, dificultades familiares y festividades religiosas. Entre los que parecían más inclinados a cumplir con su deber, algunos no parecían dedicarse a nada en concreto. Eso me molestaba. Si yo, graduado en Princeton y Oxford,

me había tragado las ingeniosas estratagemas de Clark, ¿cómo conseguiría esa gente penetrar el velo? Con algunos jurados temía, además, un choque de culturas. Había visto la lista de los testigos de la fiscalía y entre éstos había varios financieros de importantes compañías que habían conocido a Clark con el disfraz que lucía a finales de la década de 1980: Christopher Crowe, un ambicioso vendedor de bonos de Wall Street. A los jurados de clase trabajadora esos finolis puede que les parecieran incomprensibles, o que los detestaran nada más verlos. ¿Importaría? Ni idea. Nunca había asistido a un juicio por asesinato. Y, desde luego, jamás había tenido un interés personal en ninguno.

El interés personal que tenía en este juicio era difícil de formular. El daño que Clark me había causado no era suficientemente grave para que me hubiera infundido un deseo de venganza, pero tampoco le deseaba nada bueno. Además del asesinato, Clark tenía muchas cosas por las que rendir cuentas, y durante el juicio recibiría muchas reprimendas, incluso aunque al final saliera bien parado. Sería una vista gratificante y fascinante. Esperaba que el tiempo que pasara allí resultara educativo y me curtiera. Tras haber sido engatusado por el espectáculo de magia de Clark, ahora podría acceder a las bambalinas y conocer la explicación de sus trucos. «A Walter Kirn se le da muy bien juzgar el carácter de la gente»: eso no lo había dicho nunca nadie de mí. A lo mejor el juicio me abría los ojos.

A medida que los potenciales jurados iban desfilando ante el juez, Clark se volvía y los miraba desde su silla. De vez en cuando les ofrecía una triste sonrisa y fingía comprender sus quejas, pero, en general, tenía el aspecto distante y atento de un antropólogo sobre el terreno. ¿Quiénes eran todas esas personas (muchas de ellas con una piel muy oscura)? ¿En qué consistía ese ritual que se estaba desarrollando a su alrededor? Yo nunca había visto a un alemán con un aspecto más alemán que Clark evaluando a sus posibles evaluadores. Detrás de las gafas, sus ojos eran como pequeñas monedas de color azul. Un pie sin calcetín repiqueteaba bajo la silla. En la mano derecha sostenía el cabo de un lápiz sobre un cuaderno amarillo. Había oído que en prisión había comenzado a escribir una novela, un relato épico en varias partes sobre política europea que comenzaba al finalizar la segunda guerra

mundial y terminaba en la década de 1960. Por lo que había oído, era competente pero aburrida, bien documentada pero inanimada.

No tenía muchas dudas sobre la culpabilidad de Clark. Veintiséis años atrás, allí, en California, había asesinado al hijo adoptivo de su casera y desde entonces su vida había sido un engaño. El juicio permitiría a la fiscalía pormenorizar y corroborar esa historia, pero yo ya conocía sus líneas básicas y la encontraba creíble. Lo que ya no me parecía creíble era yo mismo. Descubrir que Clark podía ser un asesino y considerar instintivamente que esa idea era plausible tuvo en mí un efecto galileano. Me bajó los humos. Lo reorientó todo. Me reveló el tamaño y el poder de mi ignorancia y mi vanidad.

Tras dos horas enfrascados en el proceso de selección, y mientras procedían a formar el jurado suplente, Clark miró hacia un lado y me vio sentado allí. Yo lo saludé con un movimiento de la cabeza. Creí que me devolvería el saludo. Al fin y al cabo, yo era un rostro de los buenos tiempos. En vez de eso, me miró con desprecio al tiempo que enarcaba las cejas, arrugaba la nariz y torcía el labio hasta formar una suerte de pequeño nudo horrible y melindroso. Se trataba de una expresión malvada y desdeñosa e indicaba que consideraba mi presencia una traición a nuestra relación y una conducta impropia de un caballero. Yo veía las cosas de otro modo, claro está. Para mí, la traición era nuestra relación misma. Y ya no me importaba ser un caballero.

Durante el resto del juicio, hasta que volvimos a vernos cara a cara, fingió que yo no estaba allí.

5

Christopher Chichester era un baronet, una especie de aristócrata menor británico. Eso era lo que decía en la tarjeta de vitela que repartía en encuentros parroquiales y reuniones del club Rotary, una tarjeta en la que también se podía leer un lema en latín cuya traducción —si a alguien se le ocurría comprobarlo— era: «Firme en la fe». Solía decirle a la gente que estaba lejanamente emparentado con sir Francis Chichester, una figura de gran renombre náutico por haber dado la vuelta al mundo en un velero, el *Gipsy Moth*. Y, en lo que se convertiría en la costumbre crónica de asegurar que estaba vinculado con cualquier película que en esos momentos destacara en la cartelera, también solía decir que conocía a George Lucas, el creador de *La guerra de las galaxias*.

Eso sucedía a principios de la década de 1980. Por aquella época, yo estaba estudiando en Oxford con auténticos nobles ingleses, y Estados Unidos estaba retomando su romance con la jerarquía, la genealogía y la pompa después de un largo período de populismo desinhibido y narcotizado. Aunque tampoco era que San Marino, un opulento enclave situado cerca de Pasadena y fundado por el abuelo del general George S. Patton, hubiera sucumbido al evangelio hippy. Esa localidad era una fabulosa fortaleza para gente privilegiada, y sus casas imitaban mansiones Tudor, palacetes franceses y demás prepotentes residencias del Viejo Mundo con esa debilidad californiana por la copia con aire acondicionado por encima del original pobremente ventilado. Sus árboles eran auténticos prodigios de fotosíntesis; un espeso follaje verde que repelía el *smog* y los protegía del calor. Los coches de los caminos de entrada a las casas relucían como si estuvieran en el concesionario. Allí vivían los Chandler. Eran los propietarios del periódico

LA Times. Allí vivía John McCone. Había dirigido la CIA. La Biblioteca Huntington, fundada por un magnate del ferrocarril, poseía uno de los únicos once ejemplares en papel vitela de la Biblia de Gutenberg, varias ediciones en cuarto de *Hamlet* y quizá la mejor colección de retratos británicos del siglo XVIII, entre ellos *El joven azul*, de Thomas Gainsborough.

Allí, Chichester encontró su Oz, su Xanadú y su West Egg. Había recorrido un largo y serpenteante camino hasta llegar a ese lugar. Era hijo de un pintor de brocha gorda y una costurera a tiempo parcial, y se había criado en la católica Bavaria rural, en un pueblo llamado Bergen, el equivalente alemán de esos asfixiantes pueblecitos norteamericanos de las canciones country. La gente local lo recordaba como a alguien brillante, insatisfecho, obsesionado con Hollywood e irrespetuoso: de niño, una vez arrojó pimienta al rostro de un profesor, y tenía tendencia a verse envuelto en peleas. En un artículo aparecido en *The Boston Globe* después del secuestro de Snooks, su hermano pequeño, Alexander, decía lo siguiente: «Creo que Alemania era demasiado pequeña para él. Él quería vivir en un país grande y quizá hacerse famoso». Haciendo autostop un día de lluvia, fue recogido por una pareja de vacaciones, un dentista de California y su esposa. Gerhartsreiter pensó que podían ayudarlo en su plan, así que los invitó a cenar a su casa con su familia y no dejó de hacerles preguntas sobre Estados Unidos. Apenas unos días o semanas más tarde, los llamó por teléfono y les anunció que se había trasladado al país.

La vía de entrada que escogió fue Berlin, en Connecticut, tal vez porque el nombre le resultaba familiar. A través de un anuncio en el periódico, encontró una familia local que estaba dispuesta a alojar a un estudiante extranjero de intercambio. Se matriculó en el instituto. Le decía a la gente que su padre era un empresario industrial y comenzó a fabricarse una personalidad basada en la parodia pop de alguien adinerado: Thurston Howell III, de *La isla de Gilligan*, una de sus telecomedias favoritas. Cuando la familia que lo alojaba se cansó de sus peculiares pretensiones, se trasladó al estado de Wisconsin y se instaló en Milwaukee, ciudad de fábricas de cervezas y bratwursts y un refugio adecuado para un joven alemán que todavía estaba en proceso de desnaturalizarse. Allí estudió ciencias de la comunicación en una universidad

estatal local, abrevió su apellido a «Gerhart» y organizó un matrimonio rápido para obtener el permiso de residencia. En cuanto estuvo listo para dar otro salto, se deshizo de su nueva esposa, sus amigos y su viejo nombre, y se largó a California.

Una vez allí, se estableció en la zona blanca de Los Ángeles, en la falda de las montañas. South Pasadena fue su punto de entrada, en concreto su iglesia episcopal, St. James. Clark comprendía el poder de Dios como personaje de referencia, de modo que comenzó a asistir todos los domingos a la iglesia, cultivó la amistad del sacerdote y alquiló una serie de alojamientos a los parroquianos (sin durar nunca mucho en un mismo lugar). Decía ser estudiante de cine en la Universidad del Sur de California y culpaba a sus tacaños padres de su falta de fondos. Poco a poco, fue escalando posiciones y mejorando su código postal hasta llegar a San Marino, donde alquiló la casa de invitados de Didi Sohus, una mujer solitaria de mediana edad que bebía y fumaba sin parar y era incapaz de cuidar de su patio. Didi era el tipo de persona —adinerada, solitaria, alejada de la realidad— que él más apreciaba.

Cómo pagaba el alquiler nunca ha estado claro. Después del juicio, cuando finalmente volvimos a encontrarnos, me contó que se dedicaba a importar té directamente de una gran hacienda asiática y a venderlo a iglesias y asociaciones de veteranos, pero yo tenía tan buenas razones para creerle como sus vecinos de California para creer que tenía un coche que hablaba (casualmente, en *El coche fantástico*, una teleserie de la época, aparecía un vehículo de ese tipo). Lo que sí se sabe es cómo pagaba las comidas: no lo hacía. Acudía a la barbería local, Jann of Sweden, y escuchaba a los clientes —entre ellos los Chandler, a partir de cuyos conservadores peinados modeló el suyo— mientras tomaba café gratis y leía los periódicos. En el momento adecuado, hacía un comentario o una pregunta para meterse en la conversación. A eso le seguía una invitación a almorzar o a desayunar. Él aceptaba. Cuando llegaba la cuenta, no llevaba la cartera encima. No tenía planeado salir a comer fuera. Ya pagaría la próxima vez. La posposición perpetua se convirtió en su método. Se las arregló para prosperar en el espacio que hay entre las acciones y sus consecuencias, entre el ocultamiento y el descubrimiento.

—No sabía muchas cosas —me dijo Jann un día después del juicio—, pero sí las suficientes para hacer creer a la gente lo contrario.

El baronet no se dignaba hablar con cualquiera. Según la mayoría de los testimonios, una de las personas a las que ignoraba era al friki de John Sohus, quien por aquel entonces tenía veintitantos años. John, que vivía con su madre en la casa principal, era diabético y había sido adoptado. Jugaba a Dragones y mazmorras. Le encantaba Tolkien. Sabía cómo programar un ordenador Apple II cuando un conocimiento como ése no era un modo de relacionarse con millones de personas, sino una actividad cuyo prestigio entre sus allegados se encontraba en algún lugar entre la succión del pulgar y los juegos de manos. Físicamente, era un tipo pequeño. Su novia, Linda, que trabajaba en una librería de género fantástico del valle de San Fernando llamada Dangerous Visions, le sacaba quince centímetros de altura y pesaba seis kilos más que él. La afición de ésta consistía en pintar unicornios y centauros, algo que esperaba poder convertir algún día en una profesión. Para su boda, la pareja celebró una fiesta de disfraces —un invitado era un robot, otro un demonio con cuernos— en una fecha doblemente espeluznante: el Halloween de 1984.

Según la fiscalía, unos pocos meses después, el estudiante de cine que no estaba matriculado en la escuela de cine ni tampoco parecía estar prosperando en Hollywood a pesar de sus supuestas conexiones con los directores más importantes, le asestó tres golpes a John en el cráneo con un objeto romo y lo apuñaló repetidamente en la espalda y en los brazos con algo punzante y afilado como una hoja de afeitar. En la sala no se mencionó ningún motivo para el crimen (las leyes de California no lo requieren), pero posiblemente estuvo relacionado con la modesta herencia destinada a John y que Chichester codiciaba. Más adelante, los detectives interrogaron a una mujer a la que Chichester sacó, dijo ella, cuarenta mil dólares «de comisión» a cambio del derecho a cuidar de una enferma Didi que se sentía abandonada por su hijo desaparecido. En 1987, y sin que John hubiera aparecido todavía, Didi incluyó a la mujer en su testamento y pereció poco después mientras estaba a su cuidado. Chichester apareció para reclamar su parte, pero, según le contó la mujer a la policía, ya no quedaba mucho y ella se negó a darle nada. Esta historia no fue admitida en el juicio porque la noche anterior a su declaración

la mujer murió.

De modo que es posible que Chichester matara a John Sohus por nada. Y quizá también hizo lo siguiente por nada:

Cortó el cadáver en tres secciones, probablemente con una motosierra que tomó prestada de un vecino en esas fechas.

Metió la cabeza dentro de dos bolsas de plástico, ambas de librerías universitarias, una de la Universidad de Wisconsin-Milwaukee, y otra de la Universidad del Sur de California.

Envolvió las manos en bolsas de plástico de supermercado.

Enrolló unas láminas de plástico alrededor del torso.

Cavó un hoyo de un metro en el patio trasero, metió al menos una parte de los restos en un bidón de fibra de vidrio y lo enterró. Luego limpió la sangre de la casa de invitados y quemó la alfombra.

Devolvió la motosierra e hizo que enviaran desde Francia una serie de postales escritas por Linda o por un falsificador que conocía la letra de ésta —posiblemente el mismo baronet—, en las que informaba a su suegra y a varios amigos de que ella y John estaban disfrutando de unas vacaciones en el extranjero.

Pero Linda no estaba en Europa. Había desaparecido. Ya nunca volvió a trabajar a Dangerous Visions. Tampoco contestó a las llamadas del tipo que le había comprado un par de cuadros —¡su primera venta!— ni acudió a la gran convención de ciencia ficción y fantasía que se celebraba en Phoenix y a la que había acordado ir con su mejor amiga. También se perdió la pequeña fiesta que Chichester organizó unos pocos meses después en el jardín y para la que éste colocó una mesa en el patio trasero, cerca del montículo de tierra que había sobre la tumba de su marido.

Fue la nueva camioneta blanca Nissan de Linda la que utilizó Chichester para viajar a la Costa Este, lugar donde viven todos los banqueros importantes amantes de los perros.

Dos noches antes de que comenzara el juicio propiamente dicho, dormí en el aparcamiento de una farmacia situada en algún lugar entre el aeropuerto y el

centro de Los Ángeles. Había ido a la ciudad desde Malibú, localidad en la que había alquilado un estudio, con la intención de cenar y charlar sobre el asesinato con un nuevo amigo, el novelista James Ellroy, autor de *L.A. Confidential* y para quien Clark era un completo psicópata. Sin embargo, me equivoqué de salida y terminé recorriendo una autopista que no era la misma por la que había venido, rodeado por la oscuridad y con la atención puesta en el GPS del móvil (donde mi coche aparecía como un punto azul y mi destino, un restaurante, como un punto rojo). Durante lo que me parecieron veinte minutos, pero que en realidad fue una hora, seguí el punto en vez de los letreros de la autopista y no me di cuenta de lo perdido que estaba hasta que llegué a un callejón sin salida lleno de baches en un desierto distrito de almacenes. Como Ellroy no tenía teléfono móvil, tuve que llamar al restaurante y preguntar por él. Le describí mi localización a partir de los elementos arquitectónicos que podía ver, pues, disgustado, había apagado la aplicación del móvil. «Ni siquiera estás en Los Ángeles —me dijo—. Estás en San Pedro. La has pifiado.»

Le dije que cenara sin mí. Luego la batería del móvil se agotó. Intenté rehacer el camino de memoria. Alrededor de medianoche, compré un mapa en una tienda con aspecto de ser atracada dos veces a la semana por yonquis armados, pero que aun así seguía vendiendo Red Bull y Camel. Noventa minutos después, descubrí que había regresado a San Pedro. Finalmente, decidí tirar la toalla: el agotamiento y el desarrollo urbano me habían vencido. Utilicé la cazadora de cuero enrollada a modo de almohada. A las cuatro de la madrugada, me desperté aterrado. Estaba convencido de que Clark saldría libre del juicio y que, de algún modo, vendría a por mí, posiblemente disfrazado. Luego recordé el sueño que había infundido esa idea. Un coche de policía me hacía aparcar en una carretera de tierra y, mientras esperaba para enseñarle mi carnet de conducir al agente, por el espejo retrovisor veía cómo éste se acercaba. Su cuerpo se hacía más grande a cada paso, pero su cabeza no dejaba de encogerse. Cuando finalmente llegaba al coche, ya no tenía cabeza. Pero sí voz: era la de Clark. Me pedía la documentación, y entonces me desperté.

Detrás del sueño se encontraba un mal recuerdo con el que había

convivido desde que me enteré de la acusación de asesinato. A finales de octubre de 1998, pocos meses después de llevar a *Shelby* a Nueva York, abrí un correo electrónico de Clark (enviado a múltiples destinatarios, entre ellos los Piper). En él, describía una crisis nerviosa que había sufrido mientras supuestamente asistía a una reunión en las Naciones Unidas. Le echó la culpa a las presiones de su trabajo de banquero. Y también a las exigencias de cuidar de un perro enfermo que se despertaba temprano y le acortaba las horas de sueño. Después de que un médico le dijera que debía cambiar de estilo de vida, Clark estaba planeando cerrar su despacho físico y, la próxima primavera, mantener únicamente una «oficina virtual». También mencionaba la posibilidad de tomarse un año sabático. «Puede que me quede en la casa de verano de un amigo situada en la zona de Bretaña/Normandía —decía en el correo electrónico— o quizá incluso visite el antiguo estado en el que vivía *Shelby*, Montana.»

Esa última frase me puso nervioso. No se me ocurría peor emparejamiento que Clark y el país del Gran Cielo.* No podía estar hablando en serio. Me pregunté si el plan implicaba a los Piper, con quienes yo había ido perdiendo el contacto a medida que se acercaba la fecha de noviembre en la que Maggie salía de cuentas.

El nacimiento de mi hija Maisie unas pocas semanas después hizo que me olvidara del correo electrónico de Clark. A la mañana siguiente de que Maggie diera a luz un bebé sonrosado y gritón que llegó al mundo con un ímpetu todavía presente catorce años más tarde, mi agente vendió una novela mía que diecisiete editoriales distintas habían rechazado anteriormente. De acuerdo con las instrucciones de mi nuevo editor, durante el siguiente mes dediqué las noches a revisarla en mi cocina sin terminar, sentado en el suelo con el ordenador encima de un cubo de veinte litros de masilla de yeso. Para que Maggie pudiera dormir, coloqué a Maisie en una cesta para la colada y la iba mirando mientras escribía. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban no podía evitar sobresaltarme. Sus ojos todavía tenían la indiferenciada compostura de pequeños portales azules a otra galaxia. Lo reorganizaban todo y nada. Sus pupilas eran perfectos e imperturbables budas negros.

En algún momento de este interludio Clark me llamó. Comenzó con su

saludo habitual: «¡Dichosos los oídos!» (la mayoría de sus coloquialismos eran así, variaciones de dichos populares que no eran tan ingeniosas como él parecía creer). Después de ponerlo al día de mis novedades, él volvió a contarme la historia de su crisis nerviosa, poniendo especial énfasis en su caída en la inconsciencia y en su intención de hacer reposo y desconectar de su negocio de asesoría bancaria dedicado a la reestructuración de la deuda del Tercer Mundo y a la revitalización de economías nacionales cuyas dolencias eran —temía él— intratables.

—El verano que viene me gustaría pasar un tiempo contigo —dijo—. Puede que Montana sea lo que necesito.

—¿Quedarte conmigo?

—En tu rancho —aclaró—. Mientras busco una propiedad para comprar. Los Piper están mirándome cosas.

Le dije que no, que no funcionaría. Mi negativa fue automática y tajante. Él intentó suavizar mi postura apelando a sus síntomas nerviosos. Incluso sacó a colación a *Shelby* y describió una pelea que ésta había tenido en Central Park con otro perro, cuyos dueños lo habían demandado. Ahora la perra no tenía ningún sitio al que salir a pasear. Montana resolvería ese problema. Yo le dije que era imposible. Mencioné a mi bebé. Mencioné la falta de espacio. Él me contestó que no necesitaba espacio. ¿Tenía garaje? Podía vivir en mi garaje. Yo le pregunté si bromeaba, pero él me dijo que no. Añadió que ya había vivido antes en una pequeña casa de invitados que consistía en una única habitación sin nada más que una cama, y que nunca había sido más feliz en toda su vida.

El ayudante del fiscal del distrito encargado del caso, Habib Balian, era un tipo desgarbado de rasgos dulces, nariz larga y animadas manos de articulaciones hiperflexibles. Su comportamiento era encantadoramente juvenil y distraído, lo que provocó que el juez Lomeli, en lo que se convertiría en una broma recurrente durante el juicio, lo comparara con el desaliñado detective televisivo Colombo. Para los asistentes al juicio más cultos, esa broma tenía especial gracia, pues Colombo era un homenaje moderno al inspector Porfirio

de *Crimen y castigo*. Tras un auténtico juego del gato y el ratón, el inspector atrapa a Raskólnikov por el asesinato de una prestamista, aprovechando la necesidad medio consciente que siente el acusado de confesar veladamente el asesinato, mediante extraños actos de autosabotaje que no se corresponden con su arrogante intención de cometer el «crimen perfecto». A mí Balian también me recordaba físicamente al joven Abraham Lincoln.

Durante su declaración inicial, que se alargó toda la mañana y fue interrumpida por la pausa para almorzar, Balian a veces tuvo problemas con el ordenador que le permitía proyectar un documento de PowerPoint con fotografías, diagramas y demás pruebas. Entre las primeras diapositivas del documento había imágenes de los restos de John Sohus tal como habían sido encontrados por los excavadores de la piscina —en bolsas, envueltos y desperdigados por el hoyo— y también tras la reordenación posterior realizada por el forense. Se trataba de unas fotografías deslucidas y poco claras. Los restos parecían basura, meros desperdicios. Al principio me resultaron desconcertantes, pero pronto me acostumbré a ellas. A lo que no me acostumbré fue a la cansina y teatral mirada de Clark cuando las veía. Interpreté su expresión como la respuesta a un desafío altamente especializado: cómo parecer afectado por la visión de los restos de un hombre cuyo asesinato y descuartizamiento le imputaban sin llegar a parecer personalmente afectado.

Balian volvió a utilizar el ordenador después del almuerzo y llegó al clímax del relato de la compleja vida que llevó el acusado en las décadas que mediaban entre el asesinato y el arresto. Si bien el tribunal había prohibido cualquier mención directa del secuestro de la pequeña Snooks, a Balian le permitieron mostrar una grabación de la extraña aparición de Clark en el programa de televisión *Today* poco después de su arresto en Baltimore.

—Así pues, en 2008 —dijo Balian mirando la pantalla, donde aparecía un pelirrojo Clark con sus voluminosas gafas Ray-Ban Wayfarer de cristales transparentes, sentado enfrente de la mujer que lo entrevistaba—, el acusado acudió a la televisión nacional. Todavía estaba intentando convencer a todo el mundo de que él no era Christian Gerhartsreiter y le preguntaron si había asesinado a John y a Linda Sohus. Ya verán cuál es su respuesta. Primero le

preguntan quién es.

El vídeo:

—¿Qué nombre debemos utilizar para referirnos a usted?

—Clark Rockefeller.

—¿Sigue manteniendo que Clark Rockefeller es su verdadero nombre?

—Eso creo.

—¿Eso cree?

—Sí.

—Pero ¿no está seguro?

—Bueno, a juzgar por lo que he oído últimamente, puede que no lo sea, pero que yo sepa ése es mi nombre.

La grabación provocó sonrisitas entre los miembros del jurado. No pudieron evitarlo. Con la esperanza de que Clark me oyera, yo opté por una sonora risa ahogada. Él sabía que estaba justo a su espalda, conocía mi voz y pretendía desestabilizarlo. Cuando quería, yo también podía ser un intérprete bastante complejo de situaciones humanas complejas, y lo que había aprendido era que, en la sala de un tribunal, todo el mundo tiene un efecto determinado sobre los demás. Esto es, las opiniones se retroalimentan entre sí en todas direcciones. Para el jurado, yo era un periodista con un bloc de notas cuyas reacciones eran legalmente irrelevantes pero importantes por esa misma razón: presumiblemente, canalizaba un punto de vista —la opinión informada de los medios de comunicación— al que los jurados tenían prohibido prestar atención, pero del que procuraban obtener indicios aquí y allá. Para los caros abogados que Clark había importado de Boston (al tanto de que no era sólo un periodista, sino un antiguo amigo desengañado de su cliente), yo podía moldear su reputación pública, pues podía escoger alabarlos o criticarlos en el artículo y el libro que estaba escribiendo. Para Balian, yo era un jurado alternativo y externo cuyo comportamiento podía indicar lo que los verdaderos jurados estaban pensando sobre el caso. Y, para Clark, debía de ser un demonio más del coro. Mis sentimientos hacia él cambiaban de un día a otro, pero el día de los huesos realmente lo odié, entregándome a una oscura capacidad de mi naturaleza para la cual nunca tendría una buena excusa. Además, aquel día me sentía seguro: él estaba atrapado, acorralado, mientras

que yo estaba rodeado de aliados, mis colegas periodistas, que compartían mi predisposición a la socarronería.

El vídeo del programa *Today* no había terminado. Balian volvió a presionar el botón de reproducción y la entrevista prosiguió.

—¿Qué recuerda de su infancia? —preguntó la entrevistadora.

—Bueno, recuerdo claramente ir al monte Rushmore en la parte trasera de un coche familiar. Y ser, hum..., aficionado a los coches familiares. Yo, hum..., creo que era un Ford del 68. Con los faros escamoteables.

—De modo que recuerda claramente ese coche...

—Así es...

—... ¿y nada más?

—También recuerdo claramente haber ido en una ocasión a recoger fresas a Oregón.

Esta vez me contuve, no hizo falta ninguna risa ahogada. A medida que el Clark de la televisión escarbaba más profundamente en su pila de falsos recuerdos a medio formar («Hay cosas que no he olvidado. Por ejemplo, la huelga de recogedores de basura de Nueva York, eso lo recuerdo claramente»), el Clark de la sala del tribunal se esforzaba visiblemente por desmaterializarse. ¿Qué podía ser más duro para un actor de primera clase que verse a sí mismo interpretando viejas escenas mientras una audiencia compuesta exclusivamente por críticos lo observaba desde todos los ángulos? Hay que tener en cuenta, además, que no se trataba de un actor de primera clase, ni en la televisión ni en la vida real. Yo podía recordar perfectamente antiguas actuaciones tuyas aislándolas del colaborativo espíritu con el que las había vivido en su momento. Recordaba, por ejemplo, una ocasión en The Lotos Club en la que me contó que su hermana estaba encerrada en un hospital psiquiátrico, prueba —añadió— de la insensibilidad de su familia. El problema era que poco antes me había dicho que no tenía familia, pues sus padres habían fallecido en un accidente de coche cuando iban a visitarlo a Yale y no tenía hermanos. «¿A qué familia te refieres?», debería haberle preguntado, y recuerdo haber querido hacerlo. Pero no lo hice. Un ágil camarero ya entrado en años acababa de servirnos las bebidas y un nuevo cuenco de frutos secos, ¿por qué estropear el momento? (Años después, como

si hubiera archivado sus declaraciones y tomado nota de la futura necesidad de aclararlas, me diría que su «familia» consistía en una tía y un tío.)

Durante el juicio me di cuenta de que no era su actuación lo que encandilaba a la gente, sino el modo en que dirigía la escena: el uso del atrezo y su confianza en la ayuda del entorno. En el plató del programa *Today*, en cambio, lejos de sus escenarios y sin extras, y con tan sólo la ayuda de un viejo abogado con barba (al que más adelante despediría y que parecía pagado de sí mismo y molesto al mismo tiempo), el travieso y pequeño Clark, pretencioso y semiamnésico, no era más que un actor del montón.

—¿Mató usted a John y a Linda Sohus?

—Toda mi vida he sido pacifista —respondió en un tono de voz pastoso como un pudín de higos o un queso envejecido—. Soy cuáquero y, hum..., creo en la no violencia. Y, hum..., puedo decir con plena seguridad que nunca he hecho daño a nadie.

Sabidamente, Balian lo dejó ahí y no añadió ningún comentario ni hizo ningún gesto telegráfico al respecto. Nos quedamos todos en silencio, con la pantalla del televisor en blanco y el recuerdo de un acento acaramelado y mohoso. Yo sentí entonces deseos de que el juicio terminara en ese mismo momento, con el eco incriminatorio y arrogante de un hombre que no declaraba su inocencia con una negación directa y rotunda, sino con una declaración indirecta y silogista según la cual era incapaz de ejercer la violencia porque pertenecía a una secta que predicaba la apacibilidad. Una confesión completa no podría haber sido más dañina. ¿Habrían reparado los miembros del jurado en lo que acababan de ver?

Sus expresiones eran intencionalmente difíciles de interpretar; ahora se tomaban su deber con más seriedad. Para confirmar mi sensación de que Balian había puesto a Clark en dificultades, llamé la atención de Girardot con un pequeño codazo mientras sus dedos se deslizaban a toda velocidad como patas de araña por el teclado de su portátil. Sabía lo que yo quería y asintió. Nos habíamos hecho amigos y conocía el caso al detalle. Había estado presente cuando exhumaron el cadáver, pero era reacio a comprometer su dignidad ofreciéndome el aparatoso guiño que yo ansiaba. Él también creía que el acusado era culpable («Jodidamente culpable», me dijo una vez durante

un almuerzo mientras intercambiábamos teorías sobre el crimen), pero no se moría por verlo fustigado como yo comenzaba a desear. Al igual que Linda Deutsch, la extraordinaria periodista judicial de la agencia Associated Press cuya carrera se remontaba al juicio de Charles Manson, Girardot predijo que Clark sería absuelto. Yo me fiaba de la opinión de ambos, pero no podía compartir el desinterés que parecían mostrar respecto a ese desenlace. Ellos no temían que apareciera un día en su puerta («¡Dichosos los oídos!»).

Brad Bailey, que había venido en avión desde Boston con su socio de pelo blanco y aspecto patricio, Jeffrey Denner, fue quien inauguró la defensa de Clark. Apuesto, alto y extraordinariamente gesticulador, con un flequillo castaño que se mecía por delante de sus ojos cada vez que se sobreexcitaba, Bailey era un hombre de físico imponente al que le gustaba agitar las gafas en el aire, sacar barbilla y enarcar sus pobladas y oscuras cejas. Si Balian había apelado a la cabeza, Bailey apuntó a un blanco más bajo y emocional: el punto de encuentro entre la libido y las vísceras. Unos grandes huesos se pusieron en movimiento bajo su traje cuando se levantó de su silla y se acercó amenazadoramente al estrado del jurado.

—Avíseme si en algún momento invado la competencia del jurado —le indicó al juez Lomeli. No se trataba de una petición sincera: estaba señalando su intención de hacerlo.

Su declaración inicial fue ligera de contenido pero plagada de rimas y síncopas. La pegadiza frase de Johnnie Cochran durante el juicio de O. J. Simpson («Si el guante no le cabe, deben absolverlo») parecía ser su fuente de inspiración. Daba la impresión de que había decidido que los jurados de Los Ángeles eran tan infantiles como aseguraban los cínicos.

—Durante las próximas semanas van a averiguar muchas cosas sobre un caso que, como saben, es bastante antiguo (veintiocho años) y que ya había sido archivado (las pruebas demostrarán que desde hace veintiséis). No obstante, en él todavía hay cosas que nunca han sido reveladas. Y a medida que las pruebas de este caso se vayan sucediendo, quiero que piensen en esta frase: «Bastante antiguo, ya archivado, con cosas todavía nunca reveladas».

Era imposible no pensar en el verso, pues Bailey, un poeta *beat* e hipnotista disfrazado de abogado, lo repetía cada pocos minutos. Entre recitaciones, mostró su desdén por los cargos contra de su cliente y desestimó la investigación del asesinato por tratarse de «un caso de unos huesos sin identificar en unas bolsas» y «un caso sobre unos huesos, huesos humanos sin identificar en unas bolsas de plástico». Este brutal intento de despersonalizar a la víctima reduciéndola a un fósil me pareció arriesgado y repulsivo al mismo tiempo, pero Bailey insistió en su táctica. «Y, a medida que las pruebas se vayan sucediendo, averiguarán que hubo ciertas dificultades para identificarlos [los huesos], porque el señor Sohus era adoptado, y porque muchos de ellos fueron incinerados involuntariamente.»

Tras haber reducido a John Sohus a meros desechos —confusos, adoptados e incinerados—, Bailey centró su atención en el acusado y se dispuso a humanizarlo. Al tiempo que Clark se erguía en su asiento para mostrarse a sí mismo (cual mago garantizándole a su público que no esconde nada bajo las mangas), Bailey hizo un listado de las identidades falsas de su cliente y las tachó de simples nombres artísticos ridículos e inofensivos. No demostraban que Clark fuera un asesino fugitivo, sólo que se trataba de un ladino farsante que llevaba a cabo una inmemorial impostura californiana: «¡Como si nuestro cliente fuera la primera persona de esta ciudad que intenta reinventarse a sí misma!», dijo. Esta buena ocurrencia le valió su primer punto. Las cabezas de algunos miembros del jurado asintieron.

El siguiente paso, que llevó a cabo con grandes aspavientos, como agitar el dedo índice en el aire y realizar melodramáticos descensos vocales, fue incriminar a la mujer desaparecida. Todas las personas cercanas al juicio sabían que ese momento llegaría, incluida Ellen Sohus, la hermana de John Sohus, una psicoterapeuta de Tucson de rostro angular y acicalada vestimenta que estaba sentada en una sección acordonada que le permitía llorar a su hermano y meditar sin que la molestaran. Antes de desaparecer, explicó el abogado, Linda había actuado de un modo extraño: les dijo a sus amigos que John y ella habían sido reclutados por unos desconocidos para llevar a cabo una especie de misión confidencial del gobierno que los llevaría a la Costa Este. Según ella, la misión requería los conocimientos informáticos de John y

la formación artística de ella, aunque no estaba claro de qué forma pintar centauros y hadas en arco iris de colores podía ayudar a la seguridad nacional, y al parecer nadie se lo preguntó. Es imposible saber si a ella esta historia le parecía realmente creíble; tal vez se había visto obligada a recitarla de memoria.

—Y cuando escuchen estas pruebas —dijo Bailey—, les pediremos que comiencen a considerar la posibilidad de que todo fuera parte de un plan premeditado y concertado de antemano por Linda Sohus para borrar sus huellas, una forma de confundir a sus amigos, de preparar su huida o de crear una cortina de humo para cuando hubiera asesinado a su marido, algo que bien podría haber estado planeando por cualesquiera razones o motivos que pudiera tener.

Mi propia teoría preliminar acerca del extraño comportamiento de Linda (de la que hice partícipe al mismo Girardot) era que Clark había asesinado primero a John y luego había utilizado su desaparición —o incluso su cadáver— para hacer creer a Linda que también ella estaba en peligro y debía despistar a los asesinos. Con otro acusado, esta idea podría parecer exagerada, pero yo conocía de primera mano el don de Clark para elaborar cuentos seductores y conspirativos. También existía la posibilidad de que le hubiera dicho a Linda que él mismo era un objetivo de los criminales. En cualquier caso, la historia de las misiones secretas era cosa suya, de eso no tenía ninguna duda. El ADN de los relatos de Clark era inconfundible.

Alcanzando niveles operísticos de asonancia y aliteración, Bailey procedió entonces a etiquetar a Linda con los rasgos —duplicidad, fabulación, malicia— que caracterizaban al hombre que probablemente la había asesinado. La acusó de practicar «las tres “D”»: Distanciarse, Desviar la atención y Desaparecer» (yo desconocía que formaban un trío). Y repitió que, «a medida que comiencen a salir a la luz las cosas nunca reveladas de este caso antiguo y que ya había sido archivado», los miembros del jurado descubrirían que también Linda había empleado un alias, «Cody» (el nombre con el que firmaba sus cuadros de unicornios). Además, a Bailey sus diferencias físicas con Clark también le parecían incriminatorias. Mientras que éste pesaba apenas sesenta kilos y medía un metro setenta, ella pesaba

noventa y media un metro ochenta. Esta robusta constitución de amazona — sugirió Bailey— le habría permitido realizar labores tan exigentes como apalearse a alguien y cavar una tumba.

Clark se mostró engreídamente satisfecho con la declaración inicial de Bailey, y especialmente con su halagadora conclusión. Con una lógica desquiciada y retorcida, Bailey había argumentado que su cliente «estafador» simplemente era demasiado «listo» y «hábil» para guardar el cráneo en «no sólo una, sino dos bolsas» que lo vincularían directamente con el crimen. Dejar una «tarjeta de visita» como ésa sería impropio de alguien como él. La conclusión subyacente estaba clara: el mismo hecho de que ese crimen hubiera sido resuelto (dejemos de lado los extraños giros del destino, desde el secuestro hasta la excavación de la piscina, y también que el paradero de Linda seguía siendo un enigma) demostraba que Clark no lo había cometido. Se trataba de alguien demasiado brillante, demasiado escurridizo, demasiado astuto. Era una de esas personas que se salen con la suya, no de las que son acusadas. Si Clark hubiera asesinado a John Sohus, no estaríamos todos allí, y, desde luego, él no estaría allí. Y, sin embargo, lo estaba. Debía de tratarse de algún error.

6

Durante el juicio, Balian llamó a dos tipos de testigos: especialistas y gente corriente. Los especialistas se referían al caso en términos específicos según sus conocimientos y su formación. Hablaban de manchas de sangre en la casa de invitados, de la fisiología del cráneo, de los descoloridos logotipos de las bolsas de las librerías y de la cronología de los movimientos del acusado después de marcharse de California en la camioneta y comenzar su nueva vida de crecientes imposturas en la Costa Este. Lo que no pudieron llegar a ilustrar, sin embargo, fue la insondable capacidad humana para la credulidad, la ingenuidad y el autoengaño que casi le permite a Clark salirse con la suya por el asesinato y por muchas otras cosas más. Este trabajo correspondió a sus amigos, empleados y amantes. Vi partes de mí mismo en todos ellos, y cada vez que lo hacía me sentía más enfadado y triste, si bien también un poco menos solo. Éramos los pardillos que no deberían haber llegado a conocerse nunca, lo contrario de una conspiración. Sin saberlo y por separado, habíamos trabajado conjuntamente en pos de la medra de Clark.

—Clark, ese tipo supuestamente rico, no pagó una cuenta ni una sola vez en toda su relación, ¿verdad? —interrogó Bailey a uno de los primeros testigos.

—Una vez me invitó a un donut después de ver *Perdición* —respondió la testigo Dana Farrar.

Farrar, ahora profesora de educación especial, había estudiado periodismo en la Universidad del Sur de California y había conocido a Clark en su disfraz de despreocupado baronet. Él le contó que se había criado en Sudáfrica. Ella se lo encontraba de vez en cuando en el campus con guiones de la biblioteca bajo el brazo. Supuso que era estudiante. Una vez dejó que la llevara a través

de unos arbustos para colarse en una fiesta organizada por George Lucas.

Una tarde de primavera de 1985, pocos meses después del asesinato, Clark la invitó a jugar una partida de Trivial Pursuit con más gente. Farrar aceptó, a pesar de que pensaba que Clark, en palabras del padre de ella, «mentía más que hablaba». Colocaron unas mesas en el patio trasero entre la casa de invitados y la principal, a la que Clark entró varias veces durante la fiesta para coger vasos, cucharas y azúcar para el té helado que sirvió. Dijo que su casera no estaba y que no le importaría. En un momento de la partida, Farrar echó un vistazo a la derecha y reparó en lo que describió en la sala del tribunal como un «rectángulo» o «franja» de «tierra removida» que medía «entre medio metro y uno de ancho, y entre uno y medio y dos y medio de largo».

Le preguntó entonces al anfitrión por esa tierra que parecía haber sido levantada, y él le dijo que se debía al trabajo de unos fontaneros.

Farrar no volvió a pensar en esa noche de juegos hasta 1994, cuando su marido vio una fotografía de Clark, o Chichester, en un episodio de *Misterios sin resolver* dedicado al caso de Sohus. El esqueleto de John acababa de ser descubierto y Robert Culp, el presentador del programa, les pedía a sus espectadores información sobre el huésped desaparecido. Farrar llamó a la policía. Cómo se las arregló la policía para atender su llamada, o las muchas otras que debieron de recibir después de la emisión del programa, es en sí mismo un misterio sin resolver.

Bailey, que antiguamente había sido fiscal, atacó su credibilidad de forma indiscriminada, una táctica que utilizaría a lo largo del juicio, en particular con los testigos de sexo femenino. Sus preguntas a Farrar eran largas, y las formulaba a modo de escépticos resúmenes de las declaraciones previas de la mujer a las autoridades. Sugirió que la disposición de ésta a seguirle la corriente a Clark con lo de su supuestamente absurdo linaje noble tenía un ruin motivo ulterior (el deseo de prestigio por proximidad, quizá). E insinuó que no había llamado a la policía para ayudar a la causa de la justicia, sino en busca de atención, para sentirse importante. Sugirió asimismo que su implicación en el caso nacía de su ambición frustrada de ser periodista.

En otras palabras, sin llegar a decirlo explícitamente, la acusó de ser un

cierto tipo de mujer: presuntuosa, hipócrita e insatisfecha. La caricatura misógina universal.

Yo nunca he sido muy dado a las teorías de género académicas, pero la estrategia de Bailey —tanto con Farrar como con las demás testigos de sexo femenino que declararían— me convenció de que la cultura de la justicia criminal es en esencia masculina. Repetidamente, de un modo que, sospechaba, era habitual en las salas de justicia modernas, Bailey retrató la mente de las mujeres como algo intrínsecamente poco fidedigno, regido por las emociones y corrompido por la vanidad. En raras ocasiones se expresaba con claridad. Pocas veces era sincera. Estaba compuesta de capas de motivos ocultos. Mostraba una fachada falsa detrás de la cual había otra fachada falsa. Su intención era satisfacer u ocultar, siendo a menudo ambas la misma cosa. El único modo de obtener la verdad era empujándola y espoleándola hasta que saliera a la luz. Hacer que se enfadara. Que llorara.

Farrar se enojó. O, más bien, su semblante se endureció. Un velo pareció descorrerse en su rostro. Era una mujer de pelo corto que se mostraba segura de sí misma. Enderezó los hombros, apretó su robusta mandíbula y se dispuso a esquivar pulla tras pulla de su incisivo y condescendiente interrogador. Clark se sentó muy erguido para apoyar a su hombre. Llegados a ese punto, las palabras que intercambiaban abogado y testigo apenas importaban; el partido era químico y primario. También subliminalmente simbólico. En su declaración inicial, Bailey había pedido a los miembros del jurado que cerraran los ojos e imaginaran a Linda Sohus —al igual que Farrar, un espécimen corpulento— golpeando a su pequeño marido hasta matarlo. Una muestra en directo de destellante ira femenina podía ayudarlos a realizar ese deseado ejercicio mental.

—Cuando vio esta fotografía de Clark, ¿recuerda haberles dicho a los periodistas de *Los Angeles Times*: «Es él, conozco esos ojos redondos y brillantes»?

—Puede que lo dijera —respondió Farrar, conteniendo visiblemente la indignación que sentía ante el implícito retrato que Bailey había hecho de ella como una malvada entrometida.

—No parece un comentario muy amigable, ¿verdad?

—Bueno, tampoco él era la persona que yo creía conocer, ¿no?

—No tengo nada más que añadir —dijo Bailey.

El abogado no había conseguido demostrar lo que parecía ser su argumento: algo en Clark provocaba histeria en cierto tipo de mujer y, posiblemente, en parte ésa era la razón de que estuviera siendo juzgado: estaba siendo víctima de una brujeril caza de brujas. Quizá la próxima vez lo conseguiría. La testigo se retiró. Ciertamente, no ayudó a la defensa que el agente de la policía de San Marino que había testificado antes que Farrar describiera, en un testimonio que más adelante fue considerado «de referencia», la declaración de un vecino de los Sohus acerca de Chichester enterrando algo en el patio trasero.

Supongo que si uno puede cortar a un hombre en tres partes y guardar sus restos en bolsas de plástico mientras planea alguna forma de deshacerse de ellos de un modo más permanente, también puede beber té helado y jugar a un sociable juego de mesa cerca de su tumba. Ahora bien, ¿por qué querría uno hacer eso? Puede que Dostoievski lo supiera. ¿Lo había empujado quizá la culpabilidad y pretendía confesar sin llegar a hacerlo realmente? ¿O tal vez era la arrogancia de llevar a otros a la escena del crimen y regocijarse en su ceguera ante su significado? Puede que ese día Clark estuviera poniendo a prueba su propia sangre fría. Si era capaz de responder tranquilamente preguntas sobre viejos programas televisivos mientras estaba sentado cerca de un cadáver, manteniendo a raya los reveladores latidos de su corazón, ya nada podría ponerlo nervioso.

El problema de la partida de Trivial Pursuit, sin embargo, no era tan desconcertante como parecía. No era ni siquiera un asunto psicológico. Era literario, cinematográfico. Sabía por varias fuentes que mi viejo amigo era un gran amante del cine negro (como acababa de confirmar el comentario que Farrar había hecho sobre el donut) y un fanático de Hitchcock en particular. Así pues, seguramente había visto *La sogá*, una versión actualizada de Hitchcock del caso de Leopold y Loeb, dos adinerados jóvenes que se describían a sí mismos como «superhombres» nietzscheanos y que, en 1924,

pretendieron demostrar la superioridad de su intelecto secuestrando y asesinando a un muchacho en Chicago. La partida era un homenaje directo a la larga escena central de la película.

Esa noche vi *La soga* en mi ordenador, sentado en mi terraza de Malibú mientras un fuerte oleaje sacudía los pilares del apartamento. Esa película era la segunda selección de lo que más adelante llamaría el «Festival de Cine Clark Rockefeller 2013», un acontecimiento de cuatro semanas que finalmente me enseñó más acerca de la forma de pensar del acusado de lo que podría haber descubierto en la sala del tribunal. La primera película que vi fue la versión que había hecho el mismo Hitchcock de la novela que Patricia Highsmith había publicado en 1950, *Extraños en un tren*. El filme trataba un tema anacrónico (común en el siglo pasado, antes de que los homicidios de gran relevancia pasaran a ser los asesinatos en masa realizados con armas de fuego en lugares públicos): el «asesinato perfecto». En ella, Robert Walker interpreta a Bruno, un tipo raro, untuoso y sexualmente ambiguo (no muy diferente del propio Clark) que estrangula a la odiada esposa de un hombre al que conoce por casualidad. La trama está elaborada con elegancia, pero lo que me atrapó fue el pegajoso retrato que Walker hacía del zalamero personaje, más cercano a la forma de comportarse de Clark que nadie que hubiera conocido en la vida real.

La soga era una historia completamente distinta, pero con elementos dramáticos paralelos al asesinato de Sohus. Brandon y Phillip, los asesinos, son dos amigos que viven juntos en un buen apartamento de Nueva York repleto de objetos de cristal y antigüedades (y bendecido con una vista de los tejados y los edificios de oficinas digna del Sky Club). Estos dos jóvenes estrangulan a un antiguo compañero de clase, David (un «ser inferior» y la «víctima perfecta»), y esconden su cadáver en un baúl de madera. Brandon coloca dos candelabros encima preparando la escena para una velada social a la que acudirá la prometida de la víctima y el director de la antigua escuela de los jóvenes (interpretado por James Stewart), quien los introdujo en el nihilismo alemán.

—Siempre quise tener talento artístico —reflexiona antes del encuentro Brandon, el dandi sociópata—. Ahora bien, matar también puede ser un arte.

El poder de matar puede ser tan satisfactorio como el poder de crear.

Phillip no es tan valiente, y se pregunta en voz alta si no deberían cancelar la fiesta. Brandon no quiere ni oír hablar del tema:

—La fiesta —dice— es el inspirado toque final de nuestra obra. Es la firma del artista. No celebrarla sería como pintar un cuadro y no colgarlo.

En parte novela de Agatha Christie y en parte obra de teatro de Noel Coward, *La sogá* tiene lugar durante una única tarde de incómoda e irónica charla junto a un cadáver. Brandon se regocija en la tensión, pero Phillip la odia, en particular después de que su antiguo profesor les revele a los invitados que antiguamente él, Phillip, se divertía retorciéndoles el cuello a pollos vivos. Este detalle me dejó helado. Almorzando con Girardot unos días antes, me había enterado de un escándalo sexual de principios de la década de 1980 que había tenido lugar en la iglesia episcopal de St. James, el lugar que había servido a Clark para introducirse en la sociedad de Pasadena y a cuyo sacerdote había frecuentado. Girardot había cubierto la noticia para su periódico, pero había suprimido el aspecto más horroroso: la decapitación de aves de corral en el interior de la iglesia. Al parecer, mientras un grupo de hombres estrechamente vinculados a la iglesia realizaban actos sexuales con trabajadoras inmigrantes, se rociaban a sí mismos con sangre fresca de pollo. No había ninguna prueba de que Clark hubiera tenido nada que ver con todo esto, pero Girardot tenía sus sospechas.

Cuando terminé de ver *La sogá*, entré en internet y busqué información acerca del caso de Leopold y Loeb. A través de las puertas correderas de cristal de mi apartamento, las olas del océano teñido de plata por la luna rompían en la arena y luego retrocedían formando sábanas y líneas de espuma. Leí que Loeb, el instigador y organizador del crimen, se había matriculado en la Universidad de Chicago a la misma edad que Clark me había dicho que él había entrado en Yale: a los catorce años. Hasta entonces habían sido educados por niñeras (otro escalofrío). Con vistas a preparar una posible huida, Loeb y su socio se pasaron los meses previos al asesinato registrándose en hoteles bajo nombres falsos y estableciendo identidades alternativas.

El asesinato, un crimen consumadamente desapasionado (y que nos proporcionó la expresión «asesinato por placer»), tuvo lugar el 21 de mayo de

1924. La víctima, de catorce años, fue elegida al azar mientras volvía a casa caminando desde la escuela. Los asesinos atrajeron al muchacho a su coche alquilado y lo atacaron por la espalda clavándole un cincel en el cráneo. Como no sucumbió al instante, sus asaltantes le introdujeron un caletín en la boca. Luego atravesaron todo Chicago en su coche ensangrentado hasta llegar a un pantano que habían explorado previamente. Una vez allí, vertieron ácido sobre el cadáver y lo arrojaron al conducto de desagüe de una alcantarilla. Cuando regresaron a casa, se relajaron jugando a cartas.

Durante el juicio, cuando le preguntaron la fecha estimada de la partida de Trivial Pursuit junto a la tumba, Farrar contestó:

—Bueno, la universidad terminó a principios o mediados de mayo, y yo me fui el 13 de junio [a Europa], así que por esas fechas.

Puede que el homenaje de Clark a la cena de *La sogá* fuera también una especie de fiesta de aniversario.

El golpe de suerte que condujo a la solución del caso de Leopold y Loeb fue casi tan improbable como la azarosa exhumación de los restos en bolsas de plástico de John Sohus. Mientras escondían el cadáver de la víctima en el pantano, a Leopold se le cayeron las gafas. De ese modelo sólo se habían vendido tres en el área de Chicago. Primero le dijo a la policía que las había perdido durante una excursión para ver pájaros, pero luego se vino abajo y confesó, tras lo cual también lo hizo su socio. Para salvar a sus queridos hijos de la horca, las familias de los asesinos contrataron a Clarence Darrow, quien en aquella época era la gran voz de la razón defensora de las causas injustas y que no dejaba de apartarse el flequillo rebelde de los ojos como si quisiera transmitir la importancia de ver las cosas con claridad. Su declaración final duró doce horas y fue una ecléctica obra de oratoria en la que recurrió a la filosofía, la poesía y la psicología para argumentar que los seres humanos son peones del destino y que sus acciones están determinadas por fuerzas que van más allá de su voluntad.

—La naturaleza es fuerte e implacable. Su proceder es inescrutable —dijo Darrow—, y nosotros somos sus víctimas. No tenemos mucho que hacer. La naturaleza hace su trabajo y nosotros nos limitamos a cumplir nuestro papel.

El fiscal del estado, Robert Crowe, recurrió a una teología más antigua y

prosaica:

—Creo que cuando las gafas que Leopold no llevaba desde hacía tres meses, las gafas que ya no necesitaba, se le cayeron del bolsillo aquella noche, la mano de Dios estaba interviniendo en este caso. Él puede que no creyera en Dios, pero si ha escuchado y prestado atención y reflexionado mientras iban presentándose las pruebas, ahora debe de haber comenzado a creer en su existencia.

La elocuencia de Darrow evitó que los asesinos fueran ahorcados y, dicen los expertos, condujo a la gradual disminución de la pena capital por asesinato. Puesto que, en caso de ser condenado, en el peor de los casos Clark pasaría el resto de su vida en prisión por un crimen que antaño le habría costado la vida, se podía decir que Darrow había sido en cierto sentido su benefactor. Ahora bien, aunque Clark tuviera conocimiento de esto —quizá por haber leído acerca del caso de Leopold y Loeb—, dudo que albergara ninguna gratitud. No creo que el ilustrado liberalismo de Darrow significara para él más que el Antiguo Testamento de Dios para Crowe. El *Übermensch* de Nietzsche, en cambio, sí debía de resultarle atractivo. «¿No es estúpida la gente?», recuerdo que dijo una vez, a lo que lamentablemente yo me mostré de acuerdo, si bien el pretexto para ese comentario ahora se me escapa. Un hilo de desprecio tejía nuestra amistad, un desprecio compartido por todos aquellos que no eran... Nosotros. ¿Cómo podía uno cenar en el Sky Club y no sentirlo?

El edificio retumbó, bañado por las olas. La luna brillaba, llena y dominante, despidiendo finas y excitantes partículas blancas que en noches como ésa solían impedir que consiguiera dormirme. Mis pensamientos (de un tipo al que todavía no estaba acostumbrado: visuales, amontonados, no secuenciales, agramaticales) formaron un lodo oscuro cuando me tumbé en la cama. Las películas, incluso las cínicas y violentas, siempre habían sido una zona de confort para mí. Imponían y aseguraban ciertos límites a la realidad. Las imágenes no se proyectaban en la pantalla, sino que se movían por detrás, en el dorso, y la pantalla era efectivamente una pantalla protectora y sólida. Ahora había perdido su integridad. No confiaba en ella. Hacía apenas unos meses, a raíz de un encargo para la revista *New Republic*, había estado cerca

del aparcamiento acordonado de una sala de cine de Aurora, Colorado. El día anterior, un loco llamado James Holmes había celebrado el estreno de la película de Batman de ese verano vistiéndose de Joker y acribillando a balazos a montones de personas del público. En el aparcamiento todavía se podía distinguir sangre de las víctimas. La visión era espeluznante, pero estaba preparado para ella; al fin y al cabo, allí había tenido lugar una masacre y eso suponía sangre. Lo que no estaba preparado para ver, y estaban por todas partes, eran todos los cucuruchos de papel y los restos de palomitas de maíz pisoteados.

7

Aparte del viejo dentista de California y su esposa, Elmer y Jean Kelln, que habían recogido a Clark en aquella lluviosa carretera alemana y que se sorprendieron de recibir su llamada poco después informándolos de que estaba en Connecticut trabajando de «monitor de esquí», Edward Savio era el único testigo que había conocido al acusado en su forma original, antes de que comenzara a reprogramarse a sí mismo. Fueron los padres de Savio quienes acogieron a Christian Gerhartsreiter como estudiante extranjero de intercambio en Berlin, Connecticut, una ciudad menos fabulosa y más gris y dura que San Marino, ese rosal en un pastel. La casa de los Savio le sirvió a Clark de laboratorio de investigación o incubadora para las personalidades experimentales que estaban por venir.

—¿Advirtió usted cambios en su personalidad y en su forma de actuar con personas distintas en situaciones distintas? —le preguntó Balian a Savio, un apuesto novelista y guionista de fantasía y ciencia ficción.

—Sí. Comenzaba a contar una historia y si la persona no respondía bien y se ponían en plan... —Savio puso una expresión de exasperación o escepticismo—, ya sabe, como si el relato le pareciera un poco inverosímil o demasiado exagerado, él se daba cuenta y dejaba de contarla. Esa historia ya no volvías a oírla nunca más y él pasaba a otra cosa.

Tratándose de un escritor o, tal y como se definía a sí mismo en internet, un «neofabulador» (*Battle for Forever* e *Idiots in the Machine* eran dos de sus libros), Savio contaba con los recursos necesarios para describir el proceso creativo del acusado; sus mecanismos y sus temas. Al parecer, comenzaba con cuidadosas modificaciones lingüísticas:

—Intentaba simular lo que creo que por aquel entonces él creía que era un

acento norteamericano. Y mientras estaba sentado a su lado practicaba frases como «Pásame el pan...».

También ajustaba la personalidad según el público que tuviera. Según Savio, alrededor de deportistas, el acusado estaba «más relajado». Alrededor de personas que le parecían socialmente inferiores «y que no consideraba merecedoras de su tiempo», se mostraba «parco en palabras» y no «fingía demasiado su habla».

Al oír eso me sentí identificado. Las cuidadosas correcciones y revisiones practicadas por el ambicioso alemán de dieciocho años a medida que se aburguesaba y se norteamericanizaba a sí mismo («Hablábamos acerca de vivir, en cierto modo, el sueño americano», recordó Savio) se parecían a las operaciones literarias que yo realizaba a diario en mi escritorio. La diferencia estribaba en que mis conjeturas artísticas tenían lugar a solas, mientras que Clark tenía la posibilidad de poner a prueba sus borradores y sus bocetos delante de un público vivo y receptivo. Imagino la satisfacción que debía de obtener cuando uno de sus cuentos o formas inventadas de comportarse tenía éxito y arrancaba una sonrisa o un cabeceo, provocando que un rostro se suavizara y se volviera receptivo. Yo tenía que esperar meses o años para obtener el equivalente a tales recompensas comunicativas, y cuando llegaban —si es que alguna vez lo hacían—, era en la forma incorpórea de cartas, correos electrónicos y reseñas. Había mucho que envidiar en su método. No vivía escribiendo, escribía viviendo.

Aunque, ahora que lo pensaba, así había comenzado yo también. Con imposturas.

En 1975, cuando tenía doce años, mi familia cargó una furgoneta de alquiler, cerró la puerta trasera con un candado y cambió la predecible Minnesota rural por la pujante y anárquica Phoenix. Mi padre quería dedicarse a la práctica privada tras pasar años en 3M, la empresa que hacía los Post-It, la cinta adhesiva Scotch y una panoplia de rutinarios artilugios para la era de la oficina. Siempre se había considerado un inconformista con un alma demasiado grande para las mediocres prácticas corporativas y suspiraba por los paisajes de artemisa del oeste. Se compró un Ford Bronco con tracción en las cuatro ruedas, unas botas de vaquero y un chaleco de piel, se dejó crecer

un bigote, comenzó a levantar pesas y se reinventó a sí mismo como tipo duro. Mi madre no cambió, siguió siendo enfermera. Se vestía de forma conservadora para estar por casa y de blanco cuando iba a trabajar a urgencias.

Yo también cambié algunas cosas, más por necesidad social que por elección. Mi enorme y abrumador nuevo instituto situado cerca de Central Avenue, la sucia y delictuosa principal arteria de la ciudad, estaba repleto de impenetrables camarillas. Algunas de esas pandillas conformaban auténticas bandas juveniles. Las había de latinos, de negros, de blancos y dos de nativos: una de navajos y otra de hopis. Tras un primer mes de invisibilidad, comencé a embellecer mi pasado. Les dije a unas chicas mexicanas con aliento a cigarrillo y pestañas precozmente maquilladas que había cumplido condena en un campo de detención juvenil por robar una motosierra y cortar unos postes eléctricos. También conté algunas historias acerca de un perro sabueso que supuestamente había tenido en Minnesota. Conté, por ejemplo, que había encontrado a una niña sorda que se había perdido y le había salvado la vida. Y también la mía, al sacarme a rastras de un accidente de coche. Mostré una larga cicatriz en la rodilla derecha y otra más pequeña en la mano derecha como pruebas de ese lamentable accidente (la cicatriz de la rodilla me la había hecho cayéndome de la bici, y la de la mano con un cuchillo mientras cortaba torpemente una calabaza). Llamé al perro *Sherlock* y le dije a la gente que se había ahogado en el lago Superior durante un viaje de pesca, cuando nos sorprendió una tormenta que anegó el bote y *Sherlock*, en vez de nadar hacia la orilla, fue detrás de mi gorra de los Minnesota Twins hasta que, agotado, se ahogó. Al contar esas historias tenía la sensación de que la mitad de los niños me creían, y que aquellos que no me creían o no les importaban o accedían a escuchar mis gilipolleces lo hacían porque luego yo tendría que escuchar las suyas.

El bufete de mi padre se hundió al cabo de un año, víctima de clientes chiflados interesados en patentar imanes para ahorrar carburante y ungüentos para la artritis hechos con veneno de araña. Al final terminamos en el lugar del que veníamos, Minnesota, pero en una zona más rural que antes. Algunos chicos de la escuela tenían escasas razones para acudir a ésta, se habían

criado en un rancho y cultivar la tierra sería lo único que harían en la vida. Otros eran hijos de fontaneros u operadores de excavadoras y ya habían sido iniciados en las profesiones de sus padres. Yo escondí mis ambiciones universitarias para poder integrarme. Así, fingí entusiasmo por coches y deportes y simulé enamoramientos de chicas populares, esas malvadas ladronas de semen cuyo deseo secreto, temía yo, era quedarse preñadas y casarse antes de cumplir los diecinueve para instalarse cómodamente en un remolque en la tierra de sus padres. Luego vino el momento de la separación: el examen de aptitud académica para entrar en la universidad, que me fue bastante bien. Su sección oral parecía diseñada para un locuaz oportunista como yo. Mis notas me proporcionaron una oferta para incorporarme anticipadamente al Macalester College, de Saint Paul. Aproveché la oportunidad. Una vez allí, dejé de disimular ciertos intereses míos como escribir poesía y añadí otros —punk, rock, alucinógenos— que conocí gracias a compañeros de clase que me parecían especialmente impresionantes.

Mi pose impostada fue a más cuando me trasladé a Princeton. Era la antigua universidad de mi padre, pero también la tierra prometida para un chico de Minnesota con tendencias literarias y que leía a F. Scott Fitzgerald. Cuando el taxi del aeropuerto me dejó en la entrada y contemplé los oxidados tigres verdes que vigilan los gastados escalones de piedra del Nassau Hall, el edificio que alojó brevemente al gobierno de la nación cuando éste consistía en un club de hombres lo suficientemente pequeño para poder congregarse en sus escalones, supe que la rebelión y el inconformismo pseudoartístico eran mis únicas vías aceptables para socializar. La aceptación por parte de las élites doradas de Princeton —los chicos que distinguían «The Vineyard» de «The Cape» y comprendían de un modo innato y genético que la mejor ropa es aquella que se va gastando con carácter, no la que siempre parece recién comprada— requeriría una campaña de lamer culos a gran escala para la que no me sentía preparado. Se me notaría el resentimiento; me delataría. No, tendría que irrumpir desde fuera.

En Princeton, «ser uno mismo» implicó algunas conjeturas, pero al final me decidí por un personaje. Me compré una gabardina negra de segunda mano y la llevaba puesta a todas partes sin sacarme siquiera las manos de los

bolsillos, a no ser que tuviera la posibilidad de sobresaltar a alguien abriendo con un golpe de muñeca mi Zippo plateado y encendiéndome un cigarrillo con su aceitosa llama. Escribí y ayudé a dirigir tres obras de teatro a imitación de Beckett, cuyos personajes se miraban desde extraños ángulos mientras recitaban sus rígidas y enfáticas líneas. No había que confundir éstas con un discurso natural, pues no existía tal cosa; no en el teatro y, desde luego, no en la vida real (la forma más artificial de teatro porque niega serlo). Estas máximas las tomé de libros de autores franceses. El deber del artista, leí en algún lado, probablemente mientras estaba fumando marihuana, consiste en mostrar que todo es artificio. Por eso llevaba mi gabardina en días soleados. Por eso comía barritas Hershey para desayunar, mojándolas en té. Por eso les decía a mis actores que se volvieran hacia los letreros de Salida cuando se decían «te quiero» antes de marcharse en direcciones opuestas. Por eso no me sorprendió que ciertos compañeros de clase procedentes de ricas familias de Nueva York y estrictas escuelas privadas de Nueva Inglaterra comenzaran a sonreírme y a saludarme con un movimiento de cabeza en las fiestas, ni que a veces incluso se dirigieran a mí cuando sus amigos estaban demasiado borrachos para darse cuenta. Yo era un gruñón solitario accesible. A medida que los contactos se fueron haciendo más frecuentes, ya ni siquiera estaba tan enojado; sólo daba esa impresión por culpa de la fea gabardina. Lo cierto es que quería deshacerme de ella —me aburría—, pero para entonces ya formaba parte de mi imagen de dramaturgo introspectivo; imagen que, por cierto, me proporcionaba no poco éxito entre las chicas, sobre todo entre las que más me gustaban: las ricas que se habían pasado años yendo al psicólogo y entendían el sexo como un teatro en cueros.

Con el tiempo, me graduaría en Princeton con los más altos honores, en parte porque había aprendido a hablar el lenguaje de la prestigiosa subversión cultural: el lenguaje de la paradoja, de los bucles infinitos, de la totalidad en constante recesión y disolución, de «hipótesis» en lugar de verdades, de paradigmas perdidos. Dejé el lugar sin saber quién era o qué era o por qué debía importarme, pues la individualidad —había aprendido— no era más que eso: un pronombre («yo»), un verbo («ser»), un tiempo (el presente) y cualquier frase gramatical que comenzara de ese modo acerca de quienquiera

que se dignara proclamar una hipótesis especial:

—Yo soy Walter Kirn.

Cuando terminé la universidad, dudaba incluso de ésta.

Me costó años reparar mi deconstruido mundo. Una cosa que me ayudó fue escribir sobre mi pasado utilizando la voz de mi personalidad anterior a Princeton: el chico de Minnesota que creía que el lenguaje pertenecía a la gente y no al revés. Comencé a escribir acerca de granjeros, viejos amigos de la Iglesia mormona a la que solía acudir, una hermosa chica que solía causarme problemas, mi hábito de succionarme el pulgar, mi familia, y mi perro. Me mantuve comedido y breve. No quería volver a salirme de madre. Publiqué un libro que un crítico catalogó de «falso naïf», lo cual interpreté como «intencionalmente simple» o «inocente a propósito». Parecía desdeñar mi metodología, casi como si fuera deshonesto, pero yo no estaba de acuerdo. Al fin y al cabo, ¿qué podía ser más honesto que intentar recuperarse de la locura?

A los treinta años, tras haber publicado dos libros de ficción y haberme trasladado al oeste en un ataque de anhelo populista, volví a traicionarme. Una noche de invierno en Montana, solo y borracho, reparé en la atractiva fotografía de una escritora en la contracubierta de un libro de relatos que tenía en el cuarto de baño (la llamaré Ellen Moore). Me gustaban sus labios arqueados y sus ojos burlones. Sus relatos sobre su gran familia de Nueva Inglaterra y su atrevida vida sexual en Nueva York la habían hecho famosa. Decidí escribirle una nota recordándole que nos habíamos conocido en una fiesta y diciéndole que iba a estar en la ciudad y que me gustaría quedar con ella.

Funcionó: mi atrevimiento la conquistó. Diez días después de llegar a Nueva York, alquilé un apartamento de una habitación a unas pocas manzanas del suyo para que pudiéramos vernos más fácilmente. Dejé de beber, dejé de fumar y mejoré mi vestuario. Ellen había ido a una escuela privada y a la universidad con John y Caroline Kennedy, a quienes veíamos de vez en cuando. Al principio, estos encuentros me resultaban mareantes; se me había olvidado hasta qué punto Nueva York podía funcionar como un acelerador de partículas social. John llevaba una cartera de camionero sujeta al cinturón con

una cadena, y me desconcertó su vehemencia; esperaba encontrarme con alguien zalamero, no un idealista juvenil. Caroline era dura y sarcástica y venía a ser el vínculo con la eminente adultez de otra época, quizá la de sus padres. Me intimidaba. Llegué incluso a conocer a Jackie, con su voz de dibujos animados y esa aura de haber conocido a toda la gente que valía la pena conocer y estar cansada de todos salvo de unos pocos. Estar entre esas personas era excitante, pero era una excitación a la que me acostumbré. Me sorprendí a mí mismo no mencionando sus nombres cada vez que tenía oportunidad. Luego Ellen rompió conmigo y al instante pasé de ser un pseudoiniciado a un fan, un husmeador. Ahí estaban ellos, John y Caroline, en la televisión —la del salón de mi madre, donde tomé muchas sopas calientes después de la ruptura—, asistiendo a una formal entrega de premios que llevaba el nombre de su familia y que se emitía en directo desde Washington, D.C. O en las portadas de las revistas de los supermercados de Montana cuando iba a comprar sirope para las tortitas.

Las razones de Ellen para dejarme fueron simples: no tenía suficiente dinero ni los amigos adecuados. Ella quería una vida «más grande» que la que yo podía ofrecerle. Fue devastador. Había temido que algún día su círculo me dejaría fuera. En mi armario colgaba una colección de americanas y pantalones que había comprado para nuestra relación en unos elegantes grandes almacenes. Tras vaciar sus bolsillos, las doné a la beneficencia y retomé mi acto de rebeldía rural todavía con más ganas. Había estado en el frente y había regresado herido; una granada me había volado la mano.

El estudiante extranjero de intercambio de los Savio fue volviéndose cada vez más insufrible a medida que iba adoptando su nueva personalidad refinada y culta. Comparaba a la familia con «campesinos» en voz alta y se mostraba desdeñoso con la sencilla cocina de la madre. Esto no evitó, claro está, que disfrutara de su televisor. La pequeña pantalla le proporcionaba ideas sobre el comportamiento de los esnobs de ficción. Era como una de esas mascotas inusuales, un hurón o un cerdo vietnamita, que comienza siendo pequeña y manejable pero que va engordando con cada comida hasta que ya no es una

mascota, sino un invasor que se ha hecho con todo el sótano. Los Savio terminaron echándolo de casa. Unos pocos años después, en 1983, volvió a ponerse en contacto con Edward Savio por teléfono desde California, adonde Savio también se había trasladado para dedicarse a la carrera literaria de la que le había hablado a Clark cuando iban juntos al instituto. Éste le contó que él también se había convertido en escritor. No era cierto, aunque es posible que él pensara que sí, cometiendo con ello su habitual equivocación: confundir el arte del timo con el arte de verdad, la duplicidad con la creatividad. Ésa fue la última vez que Savio supo de él, pero, conociendo a Clark, yo estaba seguro de que éste sí había seguido de cerca la incipiente carrera de su viejo amigo de instituto para utilizarla como modelo de una de sus propias personalidades especulativas. Las pruebas demostrarían —no sólo las del juicio, sino también otras que llegarían a mis manos más adelante— que Clark cultivaba un floreciente jardín secreto construido a partir de atributos clonados de la gente con la que se relacionaba.

El testimonio de Savio se me hizo demasiado breve; yo quería más diálogos y escenas más largas del juvenil período frankensteiniano de Clark en Connecticut. Cuando terminó —otro antiguo conocido del acusado que se había visto obligado a revivir antiguas experiencias que quizá le había costado borrar de su pasado—, pensé en seguirlo hasta el pasillo, pero mi banco en la sala del tribunal estaba abarrotado y yo estaba sentado en la mitad, de modo que yo mismo rellené las escenas que me interesaban. Me imaginé a un joven Clark en mi casa, criticando la cocina de mi madre. O acaparando nuestro televisor e imitando las voces de los falsos magnates para desarrollar una que presentaría como propia unas pocas semanas después. «Esta lasaña es un poco insípida para mi paladar.» Después de eso, le habríamos dado como mucho quince minutos para empaquetar sus pantalones chinos y sus zapatos náuticos y coger su pasaporte. El misterio no era sólo si había asesinado a John Sohus, sino cómo podía ser que nadie lo hubiera asesinado a él. Que esto no hubiera sucedido decía mucho de su país anfitrión. Haber tolerado a un salvaje como ése nos convertía en gente más civilizada de lo que habría creído.

8

Asistir al juicio me trajo a la memoria esos domingos de mi infancia que pasaba en la iglesia, sentado junto a mi familia delante de la capilla mormona en la que se preparaba el sacramento y Dios se ocultaba. Yo quería que saliera y se mostrara: una luz, una niebla, un resplandor, lo que fuera, pero sólo cuando estaba adormilado y cerraba los ojos la deseada materialización parecía posible. En el juicio, lo que deseaba mientras me removía en el banco (del cual no podía levantarme cada pocos minutos para una revigorizante canción u oración conjunta) era una visión del asesinato mismo, del crimen acerca del que hablaban todos los que se sentaban en el estrado. Presumiblemente, sólo Clark podía visualizarlo, y era posible que fuera lo único que visualizara mientras permanecía allí sentado, obligado a dar la impresión de que estaba pensando en otra cosa. ¿Había sido John atacado por delante o por detrás? ¿El primer golpe lo había recibido desde arriba o mientras estaba dormido? Conociendo a Clark, yo imaginaba que desde arriba, pues no era alguien que renunciara a una ventaja. Ahora bien, eso significaría que había asesinado a John en casa de Didi, en el dormitorio de John y Linda, no en la casa independiente que él alquilaba y en la que los detectives creían que lo había hecho. Cerrar los ojos no me servía de ayuda. Las escenas terrenales que sin duda han tenido lugar pero cuyos hechos esenciales uno desconoce son más difíciles de evocar que las divinas emanaciones de las que uno no está seguro de si son posibles.

El testimonio de los expertos acudió en nuestra ayuda. Éstos llegaron al juicio equipados con sus conocimientos y sus sistemas y forzaron la tapa del tabernáculo con ciencia, a veces consiguiendo levantarla momentáneamente y liberando con ello un rayo o dos de resplandor negativo. Ahora bien, uno tenía

que mirar rápido o el haz oscuro se disipaba. Resultaba difícil insuflarle vida al acto mismo por más repetidamente que mostraran la tumba, las reliquias y los restos. Si bien ligeramente confusas, las fotografías resultaban llamativas gracias a los círculos y las flechas que habían dibujado encima, pero hacían que el crimen pareciera antiguo, más incluso de lo que era, como si se tratara de un acontecimiento reconstruido por egiptólogos. Esto le permitía a Clark practicar su pose de erudito, de estudiada miopía. A mí me parecía absurda, tan afectada y sobreactuada como el titubeante coleccionista de arte que interpretó el día que fui a su apartamento por primera vez. Aunque, claro, yo me había tragado esa interpretación, ¿no? Sólo parecía ridícula *a posteriori*. El jurado, sin embargo, estaba atrapado en el presente, lo cual era preocupante.

La especialidad de la investigadora forense Lynn Herrold era examinar e interpretar restos de pruebas: fibras, materia orgánica, huellas de neumáticos, sangre. Era una mujer grande, con voz nasal y una voluminosa mata de pelo gris. Se sentó en el estrado como si fuera su cuartel general o cabina de mando. Entre las pruebas que analizó, estaban las bolsas de las librerías universitarias que contenían el cráneo y los huesos, probablemente las piezas más incriminatorias del juicio. Para iluminar las desvaídas huellas de treinta años de antigüedad que había en la bolsa de la Universidad de Wisconsin-Milwaukee, utilizó una sofisticada luz ultravioleta. La bolsa de la Universidad del Sur de California, en cambio, la analizó con la luz del día; como antigua alumna de esa facultad, dijo, tenía una igual en su garaje. La trajo al juicio y la mostró en alto. Según su testimonio, esta versión en particular de la bolsa (en ella decía «Trojan Stores, U.S.C.») sólo había sido fabricada entre 1979 y 1984. Herrold también había inspeccionado la camisa que cubría el torso seccionado de John Sohus. El tejido delicuescente había empapado tanto la prenda que no había podido encontrar sangre en ella. Lo que le interesaba, sin embargo, eran las roturas que había en la tela. Algunas, concluyó, habían sido causadas por las raíces de un árbol o planta que habían atravesado la camisa en algún momento de los nueve años que había pasado bajo tierra. (A las raíces «les gustan los cuerpos en descomposición», dijo, y buscan «materiales con alto contenido en nitrógeno».) Según su mirada experta, los demás

desgarrones habían sido realizados con un instrumento afilado. De éstos había exactamente seis: dos en una de las mangas alrededor del codo y cuatro en la parte trasera del hombro izquierdo. Los seis, dijo, eran obra de la misma hoja, y algunos tenían las características de una herida defensiva.

Herrold también había escudriñado la casa de invitados y había hecho levantar una moqueta nueva en busca de los restos de sangre que pudiera haber en el suelo de hormigón. Como no encontró manchas visibles, pintó el suelo con luminol, una sustancia química que, en contacto con la hemoglobina, reacciona y produce un suave resplandor azul («la misma reacción que tiene lugar en una luciérnaga»). Cuando lo hizo, cuatro zonas del suelo se iluminaron y fueron fotografiadas antes de que volvieran a apagarse. El resto de sangre más grande medía medio metro de largo por poco menos de medio metro de ancho; el siguiente resto más grande, medio metro de largo por treinta centímetros de ancho. La sangre mostraba lo que Herrold llamó un «patrón de fregado», posiblemente el resultado de intentar limpiar la escena del crimen con trapos o toallas.

Lo que me decepcionó del testimonio de Herrold fue su incapacidad para provocar ni siquiera un simple escalofrío visible en el acusado. Éste tenía en la cabeza el recuerdo de una matanza, y las agitadas secuelas de ésta debían de haber estado ejerciendo una prolongada presión en su conciencia. ¿Cómo diantres había podido vivir como si nada con una imaginería tal en la cabeza? ¿Cómo se las había arreglado para poder charlar tranquilamente en The Lotos Club con unas escenas abominables como éstas en su interior? Ciertamente, ese club no estaba precisamente lleno de detonantes psicológicos que pudieran despertar recuerdos tan siniestros como aquéllos, quizá por eso era para él un refugio (The Safari Club, por delante de cuya puerta había pasado en Nueva York y que imaginaba lleno de cabezas de animales colgadas en las paredes, habría sido otro cantar). Tenía una hipótesis acerca de cómo Clark había conseguido mantener la sangre fría todos esos años y podía seguir haciéndolo incluso ahora. Él reenmarcaba y maquillaba los recuerdos desagradables, representándoselos en contextos que los desposeyeran de su horror. Así, por ejemplo, había conocido a Sandy en una partida de Cluedo —el juego de mesa de temática homicida— cuyos participantes iban disfrazados de los personajes

del mismo. El Rothko ensangrentado debía de tener una función similar, pues le permitía hablar sobre la muerte y las heridas de cuchillo sangrientas como cuestiones culturales, no personales o históricas. Y *Shelby* y su horripilante silla de ruedas debieron de servirle asimismo en ese proceso de reinención. Es posible que cuidar de esa pobre y maltrecha perra le sirviera de expiación. Había visto a otros amantes de los animales hacer algo parecido: trataban a sus mascotas con un afecto muy distinto de la crueldad que mostraban con la gente.

Luego recordé otra cosa: en la fosa en la que Clark había enterrado los restos, la policía había encontrado un cable de teléfono atado alrededor de las bolsas que contenían la cabeza. Cuando Balian mostró su fotografía en el juicio, me lo quedé mirando y me pareció que estaba fuera de lugar. Luego desarrollé una teoría. Clark tenía un objeto fetiche: un viejo teléfono negro que una vez me describió como el consumado ejemplo del diseño industrial del siglo XX. El padre de Sandy, Bill Boss, un ingeniero jubilado a cuyo lado a veces me sentaba en el juicio, contó la historia de un amigo suyo que una vez utilizó un teléfono de Clark sin su permiso. Éste se puso hecho una furia y reprendió al hombre. Se me ocurrió entonces que tal vez el teléfono había sido el arma homicida (la policía no encontró ninguna). El auricular era lo suficientemente sólido para fracturar un cráneo —imaginaba a Clark cogiendo el auricular y golpeando con fuerza la cabeza, esa esfera de hueso—, y el cable podría haberle servido para asfixiar a la víctima, razón por la cual luego lo habría enterrado con el cadáver (desde luego, en la casa había objetos más prácticos para atar una bolsa con una cabeza). El hecho de guardar y mantener cerca el teléfono después del crimen se ajustaría a la fascinación que Clark sentía por el cine negro. Puede que lo tratara como la cuerda en *La sogá*, que los asesinos mantienen a plena vista durante su fiesta.

También me vino a la cabeza la escena de otra película de cine negro, *El desvío*, un filme de culto que unos pocos meses antes un amigo cinéfilo había insistido en que viera. En ella, la temible mujer fatal, Ann Savage, muere al perder el conocimiento por los efectos del alcohol y estrangularse accidentalmente con un largo cable de teléfono. Ann Savage era una simpática rubia de bote hollywoodiense y pertenecía al tipo de féminas que

obsesionaban a Clark. Eso me contó una mujer que lo había conocido en San Marino, había ido con él a ver una o dos películas de cine negro y una vez se unió a una partida suya de Trivial Pursuit, edición Silver Screen (ésta, no en el jardín). Al parecer, Clark «babeaba» por Barbara Stanwyck, «estaba colgado» por Gloria Graham y adoraba a Grace Kelly (protagonista, si no recordaba mal, de *Crimen perfecto*).

Después de Herrold, testificó una mujer llamada Linda Hausladen, que se encargaba de «gestionar las licencias» de la Universidad de Wisconsin-Milwaukee. Su testimonio fue breve pero devastador. El diseño de la segunda bolsa de plástico que contenía el cráneo databa, dijo, de un período de tres años concreto: 1979-1982. Al oír eso miré a Clark, que estaba escribiendo en su cuaderno casi como si anotara las fechas. Estaba interpretando un papel: el de investigador independiente que diligentemente se afana para resolver el caso desde la perspectiva única del acusado. Como podía ser que sufriera de amnesia, según su excéntrico guion, existía la posibilidad de que las pistas condujeran de vuelta a él. Si ése era el caso, parecía dar la impresión de que cooperaría en su propio castigo. Pero todavía no habíamos llegado a eso. «Sean pacientes, miembros del jurado, estoy trabajando tan duro para resolver esto como ustedes.»

Harto de mirar a Clark y preguntarme cuáles debían de ser sus pensamientos, había comenzado a imaginármelos. En ellos, él tenía el acento alemán de un personaje de *Laugh-In*, el viejo programa televisivo de principios de la década de 1970, interpretado por Henry Gibson, que junto con el coronel Klink, interpretado por Werner Klemperer en «Los héroes de Hogan», una teleserie de esa misma época, había inspirado la idea que yo tenía de los nazis cuando era niño, y éstos y los alemanes eran la misma cosa para mí. «Muy interesante», decía en voz baja Gibson con un casco demasiado grande y unas gafas sin montura al tiempo que asomaba la cabeza de un frondoso escondite. «Muy interesante —decía su latiguillo, pronunciado con un fuerte acento alemán—, pero estúpido.»

A causa de dos películas que había visto la noche anterior, aquel día los nazis ocupaban mis pensamientos. La primera era una película universitaria de cinco minutos filmada en 1984 que había encontrado en internet. Se titulaba

Suspension y se trataba de una producción pequeña y perversa ambientada en una sombría morgue o sala quirúrgica. Una encantadora joven duerme sobre una mesa vestida con una especie de bata institucional. Sobre su cabeza hay una cegadora lámpara de techo de las que se utilizan en los interrogatorios hostiles, y de pie junto a la mesa se encuentra un joven doctor con gafas que blande una jeringa extragrande. Es él. Es Clark. Es Joseph Mengele. Es el añorado ángel de la fría muerte aria. Cuando se da la vuelta para llenar la jeringa con el contenido de un frasco de cristal, la mujer abre los ojos. Se queda mirando un momento la dura luz y comprende cuál es su destino. Drogada y mareada, baja de la mesa y sale huyendo por un pasillo. *Herr Doktor* la oye y se vuelve hacia ella. Corte a un plano del cuerpo inmóvil de la mujer otra vez en la mesa. Y luego corte a la luz del techo, distorsionada, resplandeciente. Después oscuridad. Y más oscuridad. Y, al final, un único crédito borroso: «Chris Chichester».

La segunda película fue menos desasosegante. *El extranjero*, de Orson Welles, la primera incursión del director en el cine negro, realizada en 1946 y una de las primeras películas de Hollywood en incorporar imágenes auténticas de los campos de concentración. En ella, Welles interpreta a Franz Kindler, un criminal nazi fugitivo que se hace pasar por un profesor de Connecticut llamado Charles Rankin. Un día aparece en el pueblo un antiguo camarada de la patria que está siendo perseguido por un cazador de nazis de los Aliados, el señor Wilson (interpretado por Edward G. Robinson). Para burlar el rastro de Robinson, Kindler asesina a su antiguo colega del Reich y lo entierra en el bosque. Luego también mata al setter irlandés de su novia porque ha descubierto el cadáver y comienza a desenterrarlo. Este crimen no llegamos a verlo, claro está, sólo se nos muestra el cuerpo sin vida del animalito (las películas, incluso las contemporáneas y gráficas, evitan cualquier representación de estos actos; en las escenas de batallas puede parecer que mueren caballos, pero los perros y los gatos lo hacen fuera de la pantalla). Para atrapar a Kindler, Wilson debe convencer a la novia de que Rankin, supuestamente un adinerado norteamericano, es en realidad un asesino en masa alemán. Esta sospecha nace durante una cena en la que Rankin improvisa un discurso acerca de su país de origen como si hubiera estudiado detenidamente

el lugar pero nunca hubiese pasado mucho tiempo en él: «El alemán se ve a sí mismo como víctima inocente de un mundo de envidia y odio, objeto de una conspiración, atacado por gente inferior, por naciones inferiores. Es incapaz de admitir un error, y menos aún una maldad... Todavía sigue a sus dioses de guerra y marcha al compás de Wagner con los ojos puestos en la fiera espada de Sigfrido. Y en esos puntos de encuentro subterráneos en los que usted no cree, el mundo soñado por los alemanes cobra vida, y, ataviados con unas armaduras resplandecientes, éstos ocupan su lugar bajo la bandera de los caballeros teutónicos».

Aquel día almorcé con Frank Girardot en Philippe, un emblemático restaurante de largas y apretujadas mesas comunales, suelos cubiertos de serrín y vitrinas refrigeradas con platos de gelatina y pudín de arroz. Para los peregrinos literarios de Los Ángeles que buscan el curtido fantasma de Raymond Chandler, Philippe es el lugar ideal. Girardot encajaba a la perfección allí. Él mismo era un personaje digno de Chandler. Se trataba de un reportero cuyo conocimiento local estaba hecho a base de zapatos de piel, pastillas de antiácidos, donuts resecos y café solo. En su maletín guardaba una corbata anudada que se ponía para entrevistar a algún pez gordo y luego se quitaba para volver al periodismo callejero. Su coche era un Ford sedán con un motor enorme, fabricado principalmente para uso policial. Se dedicaba al periodismo desde 1984 y antes había vendido bombillas puerta a puerta. En los juzgados, escribía dos noticias al día y supervisaba el periódico de Pasadena con el portátil sobre su regazo.

—Coincido contigo en la idea del teléfono —dijo mientras levantaba la tapa de su sándwich *french dip* de pavo y echaba mostaza caliente sobre la carne—. Y también en lo de la intencionalidad. ¿Sabes lo de su número de la Seguridad Social? ¿El que utilizaba en Connecticut antes del asesinato?

Negué con la cabeza.

—Pertenece a David Berkowitz, el Hijo de Sam. Y todavía hay más. Su fecha de nacimiento también era falsa: 29 de febrero. Es la de Richard Ramírez.

—¿Quién es Ramírez?

—El Acosador Nocturno. ¿No te acuerdas?

Me sonaba vagamente. Girardot me refrescó la memoria hablando entre mordisco y mordisco, y a veces incluso mientras masticaba. Ramírez era el asesino en serie satánico que aterrorizó la misma zona en la que vivía Clark —el valle de San Gabriel— en la misma época en la que éste se convirtió en asesino. La especialidad de Ramírez eran los allanamientos de morada que terminaban en sádicas sesiones de tortura, a menudo con horripilantes elementos sexuales seguidos de ceremoniales profanaciones de los restos de las víctimas. En una ocasión, extrajo los globos oculares de una mujer y se los llevó en un joyero. En otra, utilizó un pintalabios para dibujar un pentagrama en una de las paredes de la casa de la víctima. Según Girardot, una de las razones por las que el caso de la desaparición de los Sohus atrajo menos atención oficial de la que cabía esperar fue la fijación por atrapar a Ramírez, cuya ola de asesinatos, violaciones y mutilaciones —posiblemente la más depravada de la historia de Norteamérica— estaba alcanzando su apogeo justo por aquel entonces.

—¿Y crees que Clark estaba al tanto de todo eso? —pregunté.

—¿Estás de broma? En el Valle había un hombre lobo suelto.

Un hombre lobo al que Clark homenajeó tomando prestada su fecha de nacimiento. Clark, el hombre del blazer azul y los gin-tonics. El adorador de los setter escoceses. El exalumno de Yale. El vecino de Tony Bennett. El cuáquero. El episcopaliano.

Durante ese almuerzo, a Girardot se le ocurrió un apodo para Clark: Hannibal Mitty. Se echó a reír. Yo también lo hice, pero la mía no fue una risa del todo sincera. Frank era un tipo duro, alguien que había visto de todo, pero aun así admitió que eso no lo había visto venir. Puede que nadie lo hiciera. Puede que eso fuera nuevo.

Gatsby *el Destripador* fue nuestra segunda opción.

9

Se había especializado en engañar a mujeres, aunque en algunos casos la relación que establecía con ellas tenía más que ver con la toma de rehenes y el control mental de la época de la guerra fría. Sin ningún orden en particular, una tras otra, fueron subiendo al estrado cuales agentes del destino vengativo en una tragedia clásica, incriminándolo cada vez más. A veces, durante sus testimonios, la tercera abogada de Clark, Danielle Menard, una silenciosa letrada local que no hacía preguntas durante el juicio, se inclinaba hacia él susurrante y sonriente, comportándose casi como una novia. Con sus bolsos de Chanel y sus zapatos de tacón alto, era una glamurosa incorporación a lo que debía de ser un equipo defensor extremadamente caro y que nadie sabía muy bien cómo diantres podía permitirse Clark (Denner y Bailey no querían comentar nada al respecto). La función de Menard, una atractiva rubia de treinta años largos que vestía faldas y llamativas camisas escotadas, parecía ser doble: reconfortar y calmar a Clark en los momentos de angustia y mostrar al jurado que era inofensivo, alguien a quien una mujer podía arrimarse sin temor.

Elaine Siskoff había sido la primera novia conocida de Clark y, según su testimonio, él había sido su primer novio. Se conocieron cuando él todavía utilizaba el nombre de Christopher Gerhart y ambos estudiaban en la Universidad de Wisconsin-Milwaukee durante el curso de 1980-1981. Ella creía que él era de Inglaterra. Deseoso de obtener el permiso de residencia, él le propuso que se casaran, pero ella se negó. Terminó haciéndolo con su hermana. En enero de 1982, Siskoff recibió una postal de Clark con matasellos de Inglaterra. En ella la informaba de que estaba ocupado escribiendo y dando clases de catequesis a niños de diez años. Elaine no volvió a saber nada más

de él. La postal era falsa: según los archivos de inmigración, desde que había llegado en 1979, el acusado no había abandonado el país. La postal guardaba una siniestra similitud con las que Linda Sohus supuestamente había enviado desde Francia después de su desaparición.

Kathleen Roemer conoció al acusado en San Marino. Eran vecinos. Él le contó que estaba a cargo del fideicomiso familiar de los Chichester. Una noche fueron juntos a un concierto. A ella no le gustó y no quiso volver a verlo. Según su testimonio, «era un embustero redomado y casi se ahogaba en sus propias mentiras». Una semana, ella viajó al norte de California para cuidar la casa de un pariente y dejó inequívocas instrucciones a su familia para que no le dijera al acusado adónde había ido. Pocos días después, llegó un paquete de FedEx a la casa que ella estaba cuidando. Contenía una caja de bombones y una tarjeta de amor. Ella nunca descubrió cómo había conseguido él la dirección. La fiscalía utilizó su testimonio para demostrar la astucia y la doblez del acusado. Yo la estudié detenidamente con la intención de determinar el gusto de Clark en cuestión de mujeres. Ella tenía treinta años menos cuando salieron, pero su rostro más bien anguloso no debía de ser tan distinto. La comparé con mi recuerdo de Sandra, que tenía la cara más redondeada pero un porte similar. Decidí que a Clark le gustaban las mujeres fuertes o, al menos, de apariencia fuerte. Mi conclusión sobre su estereotipo, sin embargo, fue prematura; cuando vi a la mujer con la que había estado más tiempo, aparte de Sandra, borré mi pizarra mental y decidí que el ejercicio era ridículo teniendo en cuenta la flexibilidad del carácter de Clark.

Mihoko Manabe subió al estrado durante la segunda semana del juicio. Era una mujer delgada de origen japonés a la que no parecía hacerle ninguna gracia tener que estar allí. Había mantenido una relación con el acusado de 1987 a 1994, en Nueva York. Ella se enamoró de él, vivieron juntos y, sin saberlo, lo ayudó a desembarazarse de la policía cuando ésta lo vinculó con la pareja desaparecida a través de la camioneta robada. Manabe fue una testigo inusual: no se irritó con los abogados de Clark ni procuró contextualizar su credulidad. En la larga procesión de pardillos del juicio, ella fue una Reina de la Tristeza de voz suave.

Balian le hizo alzar la voz para contar su historia. Había conocido al

acusado bajo el nombre de Christopher Crowe y, supuestamente, era hermano de Cameron Crowe (popular por aquel entonces como guionista de *Aquel excitante curso*) y productor del *remake* que se hizo en la década de 1980 de la teleserie «Alfred Hitchcock presenta». Ella trabajaba en Nueva York como traductora en Nikko Securities, un banco de inversión en el que, por alguna razón que no estaba muy clara, Crowe era el director del departamento de bonos. Antes había trabajado en la firma de inversión de S. N. Phelps, en Greenwich, Connecticut, y luego en Kidder Peabody. Los banqueros parecían tener debilidad por los embaucadores con gusto por el té y las pastas: alguien conocía a Clark en un club náutico y éste terminaba trabajando para él. El refinado joven fugitivo de California no había conseguido destacar en el mundo del espectáculo, que tanto alarde hace de su falsedad, pero, por alguna razón, en Wall Street no dejaba de triunfar.

El dominio que Clark ejercía sobre Manabe pareció ir creciendo en proporción a la escala de sus engaños. Cuando el director de Nikko lo despidió al descubrir que no se apellidaba Crowe, ella se creyó su explicación de que en realidad era un miembro de la realeza británica de incógnito. Su verdadero nombre, le dijo, era Mountbatten, como lord Mountbatten (1900-1979), héroe militar, tío del príncipe Felipe de Edimburgo, último virrey de la India y uno de los nobles con más títulos que Crowe pudo encontrar en sus enciclopedias. Crowe también le dijo a Manabe que tenía una abuela, Elizabeth, que vivía en Windsor, Inglaterra. Y, en lo que debió de desconcertarla todavía más, mencionó asimismo que él era natural de Pasadena e hijo de un anestesista y una actriz. Dejó que ella rellenara los huecos lo mejor que pudiera, probablemente convencido de que, como la mayoría de sus víctimas, Manabe lo dejaría estar rápidamente y creería en su palabra. O no lo haría, pero le diría que sí.

Un día de 1988, un policía llamó a casa de Crowe y Manabe preguntando por él. Clark la convenció de que el agente de la ley era en realidad un villano que pretendía hacerle daño involucrándolo en una oscura intriga. Para su propia protección, dijo, tendrían que pasarse a la clandestinidad y él cambiaría de identidad. A partir de entonces sería Clark Rockefeller, un personaje cuya existencia ella ayudó a volver plausible proporcionándole una

tarjeta de crédito con el nuevo nombre (vinculada a la cuenta de ella, claro está). Cuando él dejó de trabajar, ella lo mantuvo. Cuando él dejó de conducir, ella le hizo de chófer. Manabe dejó de ver a sus amigos y familiares, le ayudó a teñirse el pelo y las cejas de rubio y aceptó su propuesta de matrimonio. Ella, pues, también terminó adoptando una nueva identidad: pasó a ser la mujer que nunca estuvo allí.

—¿De quién fue la idea de caminar por aceras opuestas de la calle? —preguntó Balian.

—Fue idea suya —contestó Manabe.

—¿De quién fue la idea de no entrar nunca a la vez en el edificio en el que vivían para que así nadie supiera que estaban juntos?

—Fue idea suya —dijo ella en voz baja.

—¿Cómo dice?

—Fue idea suya.

—¿De quién fue la idea de dejar de recibir correspondencia en el buzón de casa y comenzar a utilizar apartados de correos?

—Fue idea suya.

La lástima que sentía por la modesta testigo era en gran medida una transferencia de la lástima que sentía por mí mismo. Y es que, como bien sabía, con Clark siempre se trataba de una idea suya. Uno dejaba de tener las suyas propias cuando estaba en su compañía. Lo que hacía esta dinámica tan dolorosa de recordar era lo malas que a menudo eran sus ideas. Una vez, durante una conversación telefónica, le mencioné que recientemente había comenzado a escribir para *The Atlantic*. Él se quedó callado, lo cual me desconcertó, pues esperaba alguna muestra de reconocimiento por el nombre de la revista más antigua del país, toda una institución de Nueva Inglaterra. Lo puse al corriente de la historia de *The Atlantic* y le comenté que hacía poco había cambiado de manos.

—Debería haberla comprado yo —comentó—. Una pena. Puede que el nuevo dueño esté interesado en un socio —añadió, y me pidió que le comentara la idea al director de la revista para que éste se la transmitiera a sus superiores. Yo así lo hice. El dueño no estaba interesado.

La decisión de Manabe de proteger a su prometido (que no llegaría a

cumplir con su propuesta de matrimonio) distorsionó y restringió su vida durante años. Accedió a hacer trizas los objetos que componían la basura de casa y a tirar ésta en lugares tan lejanos como Pensilvania. No dijo nada acerca del nombre falso que él utilizaba cuando le pagaban el alquiler a su casero («Un nombre judío, Abraham o algo así»). Estuvo de acuerdo en huir con él a Europa y no le preguntó nada cuando más adelante descartó el plan. Aceptó la explicación de que su pasaporte —alemán, no británico— era una cuidada falsificación. Cooperó con su exigencia de que no husmeara en el ropero en el que él guardaba varios archivadores y documentos privados y que él llamaba su «despacho».

—Y cuando intentaba entrar [en el ropero], ¿cuál era su reacción, si es que tenía alguna? —preguntó Balian.

—Se enfadaba —contestó Manabe.

Fue uno de los pocos momentos en el juicio en los que se presentaron pruebas del mal genio de Clark. Fue algo que me sorprendió, porque yo no podía recordar haberlo visto ni una sola vez de mal humor. Sólo después de divorciarse de Sandy, cuando se pasó todo un invierno refunfuñando por teléfono acerca de la injusticia del acuerdo económico y de lo mucho que echaba de menos a su hija perdida, descubrí que también podía mostrarse apesadumbrado. E incluso entonces envidié su compostura: después de mi divorcio, yo había perdido el juicio y me echaba a llorar delante de desconocidos, tiraba cosas y golpeaba el volante del coche con tanta fuerza que una vez me rompí un hueso pequeño de la mano izquierda. Durante esa época, Clark y yo nos distanciamos, en parte porque notaba que mi tristeza le resultaba extraña y demasiado intensa. Evitaba sus llamadas, ignoraba sus correos electrónicos, no lo avisaba cuando viajaba a la Costa Este y no le decía que había estado allí cuando regresaba a casa. Un par de años antes, había viajado a New Hampshire y había pasado un fin de semana en su extraña vieja mansión —una visita inquietante; mi mente había bloqueado el recuerdo —, pero siempre que me decía que volviera a visitarlo yo daba alguna excusa, incluso cuando me lo imploraba. Yo estaba hecho polvo, él no lo habría entendido. Su dinero y su posición salvaguardaban su placidez. Vivía en una torre de marfil. Yo, a ras de suelo. Había perdido mi familia, mi hogar, y

estaba arruinado. ¡¿Cómo iba a ir a llorarle a un Rockefeller?!

Manabe consiguió escapar en 1994, cuando conoció a otra persona, su futuro marido. Para entonces ya se había dado cuenta de que había perdido las riendas de su vida, y de que si se quedaba con Clark nunca las recuperaría. Un día se marchó, abandonando el apartamento de ambos (y que en sus orígenes había sido únicamente de ella). Él la llamaba de vez en cuando (en una de esas ocasiones para decirle que se había mudado a Boston), y a veces le escribía correos electrónicos desde una dirección que terminaba en «Harvard.edu». Pero en realidad no estaba en Boston. De hecho, no había dejado Nueva York (todavía vivía en el mismo apartamento), y el único vínculo que tenía con Harvard era su nueva pareja, Sandy Boss, que se había graduado en su escuela de negocios y con la que se casaría ese mismo año (o quizá ya estaban casados cuando la llamó). En cualquier caso, Manabe era libre, había conseguido huir de la galería de los espejos.

Durante su declaración, no miró una sola vez a Clark ni él a ella. Cuando hubo terminado y cruzó la sala, lo hizo con la mirada puesta en la puerta de salida. Él bajó la suya. No quedó claro si realmente sentía vergüenza o sólo estaba fingiendo (después de escuchar a Manabe, las expresiones de los miembros del jurado eran de asco, de modo que sentirse avergonzado habría sido la opción más prudente).

—¿Lo quiso? —le había preguntado Balian a Manabe.

—Sí, lo hice.

—¿Creía que él la quería a usted?

—Sí —contestó ella.

La semana que testificó Manabe también lo hizo un hombre llamado Patrick Rayermann. Balian no lo llamó para hablar sobre Clark, sino para humanizar a la víctima, John Sohus, con quien el testigo había crecido, al que consideraba un amigo íntimo y que retrató como una persona «afectuosa», «generosa» y «excitada por el futuro de la humanidad». Yo me sentí agradecido por el cambio de tema, así como por el tono optimista del testimonio. Rayermann, un excoronel del ejército rubio y de ojos azules que había servido en el Comando

de Defensa Espacial y de Misiles, habló de sus días de *explorer scout* en una división a la que también había pertenecido John Sohus y que estaba vinculada al Laboratorio de Propulsión de Reacción de Pasadena (una filial de Caltech que se dedicaba a poner las naves espaciales en órbita para el gobierno de Estados Unidos).

—Muy pronto descubrimos —comenzó a decir Rayermann con precisión militar y provocando en Clark lo que a todo el mundo le pareció una expresión de respeto y admiración— un interés mutuo en el futuro de la ciencia, la exploración espacial y la ciencia ficción, sobre todo *Star Trek*. En particular, solíamos disfrutar compartiendo curiosidades de la teleserie, compitiendo para ver quién sabía más. Fuimos de los primeros *trekkies*.

»En cierto modo —prosiguió Rayermann, describiendo cariñosamente el círculo de amigos en el que se movían él y John—, éramos como los personajes que protagonizan la teleserie *The Big Bang Theory*. Ya sabe, nos lo pasábamos muy bien juntos, aunque a otras personas pudiera sorprenderles un poco que nos dedicáramos a describir o a comparar teorías sobre el Big Bang que dio comienzo al universo, o sobre cómo se podía viajar por el espacio más deprisa que la luz, o que habláramos sobre un proyecto que se estaba llevando a cabo en ese momento en el Laboratorio de Propulsión de Reacción y que iba a poner en órbita un nuevo satélite o a lanzar una sonda al espacio sideral para hacer realidad algunas de esas cosas.

Estos detalles desenterraron un recuerdo oculto en mi memoria y me retrotrajeron a un fin de semana de hacía muchos años que no me apetecía mucho visitar. Bajo la luz del testimonio de Rayermann, salieron a relucir un montón de reflejos, teorías y preguntas. Con una de éstas había estado conviviendo durante mucho tiempo, pero había descartado llegar a obtener alguna vez una respuesta porque no conocía a nadie que estuviera cualificado para dármele. Eso había cambiado. Cuando Rayermann terminó su declaración, lo seguí hasta el pasillo y se lo pregunté. No le expliqué el origen de la pregunta para no influir en su respuesta; se lo expuse todo como una mera cuestión de geopolítica, una consulta sobre la historia del espionaje.

—¿Tiene usted conocimiento de que la China comunista haya secuestrado o asesinado alguna vez a algún investigador espacial norteamericano?

Manteniendo todavía el tono solemne propio del testigo de un juicio, Rayermann se tomó la pregunta en serio y me dijo que definitivamente no, asegurándome que su experiencia en el ejército lo había colocado en una posición óptima para tener conocimiento de cosas así. Luego me preguntó por qué le hacía esa pregunta. Yo le dije que era complicado y que había muchas cosas que me gustaría discutir con él, comenzando por la serie de televisión que tanto les gustaba a él y a John. ¿Alguna vez la habían visto con Chichester? No. Hasta ese día, me dijo Rayermann, él no había visto nunca a Clark.

Luego le pregunté si estaba libre para cenar.

10

Fue en el verano de 2002, más o menos un mes antes de mi cuarenta cumpleaños y del terrible accidente-milagro de mi hijo Charlie y la camioneta azul. Al igual que el resto del país, vivía agazapado a la espera del siguiente bombardeo, de modo que no recuerdo qué tiempo hacía aquella temporada, sólo que hacía alguno. Tampoco recuerdo los titulares, sólo que podrían haber sido mucho peores. Clark estaba viviendo en New Hampshire, adonde se había mudado a principios del año 2000 desde Nueva York, después de retirarse primero a Nantucket tras la supuesta crisis nerviosa que lo había conducido a preguntarme si podía instalarse una temporada en mi rancho. Me dijo que había comprado la finca del fallecido juez Learned Hand, un famoso jurista liberal de mediados de siglo de quien yo no sabía nada, salvo que probablemente debería saber más. Clark parecía orgulloso del lugar, y siempre que hablábamos insistía en que fuera a verlo.

Una razón por la que finalmente accedí a visitarlo era que llevaba siglos persiguiéndome para que le corrigiera una serie de novelas que había escrito, y pensé que probablemente me pagaría más de lo que había cobrado por llevarle la perra a Nueva York. En cualquier caso, además, ya tenía previsto desplazarme a Boston para ir a ver a mis editores de *The Atlantic*. Desde el atentado al World Trade Center no había volado en avión, e iba siendo hora de que volviera a subir a uno y retomara la normalidad. Aun así, Clark intuyó cierta vacilación por mi parte, y dijo que movería algunos hilos para asegurarme una habitación en su club de Boston, el Athenaeum.

Los empleados de ese club me trataron como si fuera un auténtico Rockefeller, no un huésped al que alojaban para hacerle un favor a uno. Aun así, odié el establecimiento. Sus habitaciones tenían una atmósfera siniestra y

asfixiante, como si los miembros fallecidos del club hubieran inhalado todo su aire y su energía y se los hubieran llevado a sus tumbas. A Clark le encantaba esa desecación barnizada e iluminada por las luces de las lámparas, pero sin él a mi lado contándome chismes y fanfarronadas me sentía fuera de lugar. Princeton había tenido el mismo efecto en mí. La densidad de sus tradiciones me había resultado opresiva. Así pues, me quedé en mi habitación sin nada que hacer, demasiado acelerado por el vuelo como para poder dormir, y me puse a pensar en la tradición yanqui con la que Clark tanto se identificaba. Su versión de Nueva York me parecía estimulante, pues exudaba glamur y excitación, pero su esquemática y moralista versión de Nueva Inglaterra me inquietaba. La asociaba con historias de fantasmas (*La maldición de Hill House*, de Shirley Jackson, y cosas así) y con los relatos sobre histeria reprimida de Hawthorne. La mezcla local de religión e ilustración, virtud y razón, me dejaba más que frío; me parecía frígida e inhumana, una fórmula para manías y cruzadas. Learned Hand (¡menudo nombre!). ¿Tendrían colgado por allí su retrato? Sonaba a viejo hechicero flaco y vivaz.

La conversación que mantuve durante el almuerzo con Robert y Michael, mis editores, versó sobre Iraq y la inminente guerra. Michael, que la apoyaba, se uniría más adelante a las tropas en Bagdad y sería el primer periodista norteamericano en morir en ese país cuando dispararon al Humvee en el que viajaba y volcó en un canal. Esta noticia oscurecería el recuerdo de nuestro almuerzo y resaltaría su elemento cómico: una larga conversación sobre Clark. Robert ya había oído mis mejores historias, pero no conocía las últimas: en la barbería del pueblo de Cornish, Clark se había sentado junto a su vecino J. D. Salinger y había estado conversando con él sobre películas antiguas. Era posible que ese fin de semana yo mismo pudiera llegar a conocer al ermitaño. Clark estaba al tanto de sus movimientos gracias a la esposa de Salinger, Colleen, a la que había conocido «en los círculos de bordado» del pueblo. ¿Y qué había de esta otra? En una subasta secreta para iniciados, Clark había comprado la silla de atrezo que utilizaba el capitán Jean-Luc Picard en el puente de la nave *Enterprise*. La tenía guardada en un almacén de Rhode Island junto con una colección de coches familiares Buick —Roadmaster recientes, no antiguos—, por los que sentía una fascinación que yo no lograba

comprender. Poseía diecisiete de estos feos coches, me dijo una vez, pero que Sandy no se enterara.

Mi última anécdota, y la mejor, era tan extravagante que relatarla exigía disciplina facial. Tras dejar atrás sus labores de banquero central por cuenta propia, Clark se había involucrado en el desarrollo de sistemas de propulsión para naves aeroespaciales que fueran «más allá de la velocidad de la luz». Según me había contado, el programa estaba respaldado por el Departamento de Defensa y la corporación Boeing. Estas entidades eran las que habían puesto el dinero necesario para financiar una empresa secreta que estaba realizando experimentos con tecnología punta en un laboratorio situado en algún lugar «al otro lado de la frontera». Supuse que se refería a México, lo cual no tenía mucho sentido, pues nunca había oído que allí se llevaran a cabo ese tipo de actividades. En cualquier caso, la plausibilidad poco importaba en ese asunto, la risa de Robert y Mike fue suficiente para mí. Éramos periodistas, buscadores de la verdad profesionales, pero una cosa que sabíamos sobre la verdad y que la gente corriente solía ignorar era que no necesitaba ser literal o factual: la impredecible personalidad humana era en sí misma un hecho.

Después del almuerzo partí hacia New Hampshire, pero el tráfico y las pobres indicaciones me ralentizaron y no llegué a Cornish hasta el atardecer, horas más tarde de lo previsto. Muros de piedra, verjas blancas y cuervos sobre los graneros: una rica, caduca y colonial melancolía. El pueblo de Minnesota en el que crecí, Marine on St. Croix, había sido fundado por comerciantes de Nueva Inglaterra cuyas casas y edificios comerciales seguían las estructuras de tablones que ahora estaba viendo, pero aquí la atmósfera no tenía nada que ver con la del Medio Oeste. El polvo de los áticos y los sótanos flotaba en el aire, y podía notar la presencia de avejentados alfareros solterones trabajando en cobertizos situados en la parte trasera de las casas de sus madres.

Delante de la propiedad de Clark, de cara a la carretera principal, había un coche de policía vacío. Parecía abandonado. La casa era una mastodóntica y vieja mole rodeada de caóticas pilas de materiales de construcción que daba la impresión de haber sido víctima de una chapucera restauración. Habían

desaparecido ventanas enteras y faltaban capas de revestimiento que dejaban a la vista sucias subcapas estructurales. Dos columnas sostenían el tejado del porche, pero lo que realmente parecía mantener el lugar en pie eran las heces de los roedores y las telas de araña. Detrás del edificio se alzaban altos y viejos pinos cuyas sombras se extendían por el césped formando indescifrables y artríticos dibujos. El césped mismo, en cambio, cubría una gran extensión y tenía un buen aspecto, muy verde. Suponía un contraste. Era como un corte de pelo nuevo en un vagabundo borracho.

Clark salió a recibirme en cuanto aparqué el coche de alquiler. Puede que me hubiera visto por una ventana. Hacía casi dos años que no nos veíamos en persona y, en ese espacio de tiempo, parecía haber perdido algo de lustre; sus pantalones chinos no estaban recién planchados, sino llenos de pliegues campestres, y en su rostro se podían percibir algunas arrugas y marcas. No había rastro de Sandy. Clark me comentó que ahora ella trabajaba en Boston, creo, y sólo iba allí los fines de semana. Nos estrechamos la mano y nos abrazamos. Advertí el alivio que parecía sentir por dejar atrás la soledad, y su arrebatado de exagerada sociabilidad largo tiempo contenida me hizo sentir no sólo bienvenido, sino necesitado y crucial. Tuve la sensación de que para él estar conmigo suponía reiniciar el contador.

En vez de conducirme al interior de la casa, me llevó rápidamente hasta un estanque sombreado que había al final de una pendiente. Siguiendo la tradición de las tierras del este, el estanque tenía un bonito nombre, pero lo olvidé nada más oírlo. En un momento dado, su estado de ánimo pasó del jovial orgullo al amargo resentimiento.

—Los vecinos se cuelan por el bosque para bañarse en él —dijo—. He de venir a echarlos con frecuencia. Creen que tienen derecho a bañarse en nuestro estanque. Resulta extremadamente molesto.

—Yo tengo el mismo problema en mi rancho con los cazadores.

—Es allanamiento de morada —dijo Clark—. Una violación. Hay sujetos que se niegan a comprenderlo.

Como siempre, su costumbre de decir «sujetos» cuando quería decir «personas» me cogió desprevenido. No conocía a nadie más que hablara así. No lo entendía. ¿Creía Clark que sonaba de un modo más señorial, más

formal? A mí me parecía una forma de hablar jurídica y que delataba un pésimo oído. Ya había advertido antes que algunas personas de alta cuna a veces se esfuerzan por parecer todavía más distinguidas de lo que son al hablar, como si se creyeran ciudadanas de un aristocrático mundo de hadas, pero según mi experiencia quienes solían hacerlo eran las mujeres.

Seguí paseando con él por la propiedad y fui absorbiendo todas las cosas pendientes que hacía tiempo que quería contarme. A mí o, al menos, a alguien como yo. Y es que a veces no estaba seguro de que me conociera, ya que las habituales señales de reconocimiento no estaban ahí. Recordaba los nombres de mi esposa y de mis hijos y que yo era escritor, pero poco más. Tenía la sensación de que las amistades de Clark, si es que las tenía, estaban estricta e individualmente clasificadas y que los temas que definían a cualquiera de estas personas no se solapaban. Él era, pues, alguien nuevo con cada uno de nosotros, quienesquiera que fuéramos, y lo que me contaba a mí no era lo mismo que les contaba a los demás, si es que éstos existían. A veces me preguntaba si mi problema era que me caían bien demasiados tipos de personas distintos (incluidos aquellos que no me gustaban nada pero de quienes tenía algo que aprender u obtener).

Hacía una hora que había llegado y él todavía no me había invitado a entrar en la casa. En un momento dado, llegamos a un majestuoso árbol con una escalera apoyada en el tronco. Sin dejar de parlotear, me animó a que subiera los peldaños.

—¿Ves la colmena? Está en el agujero que hay en la horcadura. He estado recolectando miel de abejas silvestres.

Eché un vistazo en el punto que me indicaba, pero, como otras cosas que él esperaba que me impresionaran (la última, un raro canto de pájaro procedente de un matorral cercano al estanque), no vi la colmena por ninguna parte. Me resultó algo exasperante porque él siguió hablando al respecto y se puso a describir el sabor de la miel y la personalidad de las abejas. Yo agucé la mirada, pero no vi nada; luego la agucé un poco más y vi todavía menos. A mi espalda podía sentir la presión de su entusiasmo, pero yo carecía de las palabras necesarias para comentar nada acerca de una colmena cuya forma no podía ver ni imaginar claramente. «¡Mola!» no serviría, él esperaba más de

mí, y además no hablábamos así entre nosotros.

Cerré los ojos e intenté evocar una imagen. Todavía estaba intentando hacerlo cuando él dio unos golpecitos a la escalera para indicarme que bajara.

Pronto la distorsión perceptiva se intensificó. Tras retomar la visita, Clark lamentó las fechas que había escogido para hacerla.

—Britney Spears estuvo por aquí la semana pasada —dijo—. Te la has perdido. Y es una pena que no puedas quedarte más tiempo. El canciller Kohl también tiene previsto venir a pasar unos días.

Yo todavía estaba intentando integrar el primer nombre en un improvisado mapa de la existencia de Clark cuando había emergido el segundo nombre y había vuelto inútil la tarea. El efecto que tuvo en mí fue como el que había leído que producían los mejores *ko'an* de la tradición zen, suspendiendo o aniquilando el pensamiento. Me dissocié de mi propia mente. Para entonces, él ya había sacado a colación a un nuevo invitado, un matemático que o bien acababa de estar allí o tenía que venir dentro de poco, un tal doctor Stephen Wolfram.

—¿Has oído hablar de los «autómatas celulares»? —me preguntó.

—No. ¿Son su especialidad?

Me puso al corriente. Fue una auténtica lección de ciencia. La mayoría de las cosas no las pillé, pero sí el quid: la realidad era un programa de ordenador. La profundidad, el esplendor y los matices del universo podían explicarse por la repetición —la infinita, incesante y robótica reiteración— de ciertas reglas básicas o «códigos». La información lo era todo y la vida no era más que una ilusión. Sus aparentes sorpresas y giros caprichosos nacían de un efecto matemático que Clark, o Wolfram, llamaba «no linealidad». La novedad no era más que invariabilidad multiplicada. El misterio era una máquina.

Aunque es posible que no lo entendiera bien, pues eso suele pasarme, sobre todo con temas relativos a la ciencia: considero metáforas cosas que no lo son y encuentro moralejas donde no existen. En cualquier caso, a Clark le encantaban los autómatas celulares porque explicaban todos los misterios que atormentaban a investigadores convencionales de varias disciplinas —cosmólogos, biólogos, incluso lingüistas— y demostraban que todos esos rompecabezas tenían la misma solución. La realidad, tal y como Clark quería

que yo la viera, estaba a punto de ser descifrada, y de un modo que Einstein, por ejemplo, encontraría sorprendente.

—¡Guau! ¡Eso mola mucho! —Mi vocabulario estaba empobreciéndose.

—Es un momento excitante —respondió él.

—¿Y eres amigo del doctor Wolfram? ¿Qué aspecto tiene?

Íbamos caminando tan rápido que no pillé su respuesta.

Había comenzado a temer que esa noche fuéramos a dormir allí fuera, quizá en el árbol de las abejas, boca abajo como murciélagos. Clark no se cansaba, no perdía el ímpetu. Tal vez se trataba de un autómata celular cuyo corazón bombeaba sangre digital. En un momento dado, llegamos a un punto que quedaba junto a la carretera y que, de lejos, me había estado señalando con insistencia, pero cuyo significado no explicó hasta que avanzamos unos metros más.

—Aquí es donde murió *Shelby* —dijo.

Miré a mi alrededor confundido. No estaba seguro de que ya me hubiera dicho eso antes. ¿La pobre *Shelby*, la perra negra y roja de las patas traseras atrofiadas y esos ojos que parecían decir «sálvame de ser salvada», había fallecido? ¿La perra a la que Clark hacía mimos mientras le hablaba en un tono de voz añorado estaba muerta? Rememoré las últimas conversaciones telefónicas que habíamos tenido, pero no recordaba que me lo hubiera dicho. De una noticia como ésta me habría acordado. Lo curioso era que en realidad tampoco esperaba encontrármela allí, lo cual parecía sugerir que estaba al tanto de su fallecimiento. La vida se había acelerado mucho esos últimos años. Lo único que recordaba con claridad eran los informes de los progresos médicos de *Shelby* y que Clark había conseguido liberarla de la silla de ruedas gracias a la nutrición, la acupuntura y otros tratamientos.

—Alguien la atropelló con un coche —dijo—. No se detuvo para avisarme. Encontré su cadáver. Fue todo muy triste.

No parecía triste contándome lo triste que había estado; simplemente se limitaba a describir los hechos. Quizá se le había endurecido el ánimo. Pobre *Shelby*. Había sido el juguete de personas que querían lo mejor para ella. Al final, había llegado a recuperar la suficiente movilidad para encontrar el destino que había evitado la primera vez. Mi madre tenía razón: debería

haberla sacrificado. Lo único que había hecho yo había sido poner su destino en las manos de otro hasta que ella misma había averiguado cómo recuperarlo.

Finalmente, Clark me hizo entrar en la casa. La diminuta habitación delantera, que primero había tomado por un lugar de paso a una habitación interior más cómoda, fue donde nos sentamos, en un sofá que no era nuevo ni bonito, sino más bien cutre, y que parecía haber sido obtenido en una liquidación de patrimonio. Le pregunté a Clark por el coche de policía vacío, algo que yo había catalogado equivocadamente bajo la etiqueta de «Temas anodinos para conversaciones triviales», no de «Cosas que desentonan y necesitan una aclaración urgente». Clark dijo: «Oh, eso». Solía decir mucho «Oh, eso», pero no entendí la función de esa expresión hasta que fui a verlo a la cárcel después del juicio: le proporcionaba un segundo y medio para pensar, exactamente lo que necesitaba un cerebro como el suyo para urdir una mentira que sonara natural.

—Una medida de seguridad —dijo. Su explicación fue confusa e incoherente: algo relacionado con las supuestas ambiciones de China para ampliar su influencia en el espacio y superar tecnológicamente a Estados Unidos utilizando cualquier medio a su disposición.

Obtener de Clark un contexto para esas observaciones habría ocupado demasiado tiempo del fin de semana. Aunque, en realidad, también resultaba difícil hacerse una idea del tema que encabezaba nuestra agenda formal: el trabajo que, a cambio de una remuneración, Clark quería que yo realizara en sus novelas inéditas. Él no me había revelado la naturaleza de esos libros y, como su vida actual era tan extravagante, me resultaba imposible imaginar qué temática podía resultarle atractiva. Aparte de la obra del doctor Stephen Wolfram, sus gustos de lectura eran un misterio para mí. Yo había intentado averiguar alguna vez si había leído mis libros, o quizá algún artículo o reseña mía en alguna revista, pero siempre me había encontrado con un cambio de tema o con el silencio. La modestia me había impedido insistirle con el tema, pero se estaba acercando el momento en el que nuestra amistad parecía destinada a desgastarse por completo si no se daba cierta reciprocidad por su parte. No teníamos amigos en común, no compartíamos ninguna experiencia profunda, y *Shelby*, el motivo que nos había unido inicialmente, estaba ahora

bajo tierra.

En un momento dado, mientras permanecíamos sentados en la habitación sin muebles, mencioné el pequeño embargo que me habían hecho en una de mis cuentas bancarias por impago de impuestos.

—¿Estatal o federal? —me preguntó Clark acerca de la multa.

—Federal.

Cogió entonces un bolígrafo y un pequeño cuaderno que llevaba encima. Arrancó una página y escribió un número en ella.

—Ten —dijo—. Llama a George.

Tal y como había quedado claro horas antes en una larga diatriba sobre los problemas de su gente con el clan Bush, uno de sus temas favoritos, «George» era el presidente. El actual. Mi impresión era que el choque de dinastías se debía a diferencias temperamentales. Los Rockefeller tenían un espíritu solidario y estaban verdaderamente comprometidos con el bien común, mientras que los Bush sólo se preocupaban por sí mismos.

—No es el número de la centralita de la Casa Blanca —me informó Clark—. Es su línea privada. Te contestará personalmente.

Depositó la página del cuaderno en la palma de mi mano. Operando por inercia o por costumbre, le di las gracias de la mejor manera que alguien de clase media como yo era capaz, pero por dentro no pude evitar sentir cierta vacilación. El poder de llamar al comandante en jefe, por más que no tuviera intención alguna de ejercerlo (las posibles repercusiones eran inconcebibles: ¿llamaría a la puerta de mi casa un agente del servicio secreto?), no encajaba en la idea que tenía de mí mismo. Sí miré, sin embargo, el número. Tenía diez dígitos. No eran todos seises, ni parecían escritos al azar. Daba la impresión de ser un número de teléfono auténtico. Aunque, claro, ¿comparado con qué? Nunca me había detenido a pensar sobre cuáles podían ser las diferencias entre el número de teléfono del presidente y el de un civil. Decidí que no debía de haber ninguna. El presidencial sería un número cualquiera, como ése, por si accidentalmente llegaba a manos de algún agente extranjero (quizá tras haber entrado a robar a casa de Clark). No lo mirarían dos veces. Quizá yo tampoco debería. No estaba seguro de quererlo en mi memoria, pues eso podía convertirme en objetivo de posibles interrogatorios. No podía ser real. Volví a

mirarlo. Lo era. Un auténtico número de teléfono, pero inutilizable. Podía tener consecuencias.

El trozo de papel estaba al fondo de mi bolsillo cuando llegó Sandy, una emisaria del sistema solar normal que se encontraba en algún lugar de allí fuera y que yo echaba de menos. Tenía un aspecto castigado y demacrado a causa de sus aventuras en el mundo de los negocios y llevaba esa ropa que hacen llevar a las mujeres para demostrar que son serias y no piensan mucho en el sexo. Ella y Clark intercambiaron algunas palabras sobre la semana, pero no fueron muchas y carecían de afecto; la mínima interacción que cabía esperar tras una ausencia. Mientras hablaban, sus miradas no se cruzaron: él se quedó mirando la puerta y ella un cojín del sofá. Luego apareció Snooks de la mano de una niñera, creo (quienquiera que fuese la persona que apareció se marchó en cuestión de segundos). Clark acaparó la atención de la niña desde el principio pidiéndole que caminara hasta él. Yo fingí que estaba pendiente de cada uno de los pasos de la pequeña, pero me estaba muriendo de hambre. El trato que los Rockefeller otorgaban a sus invitados, por lo poco que había podido experimentar, favorecía los placeres de la proximidad a acontecimientos familiares privados por encima del apetito y la comodidad física. Me sentí debidamente privilegiado, pero necesitaba comida.

Pero ésta no apareció. Esa noche, no. Mediante una compleja excusa, Clark se esfumó en las profundidades de su extraña casa para discutir con Sandy u ocuparse de Snooks mientras yo me iba solo al pueblo y saciaba mi hambre con comida precocinada. De vuelta en la casa, Clark me condujo a mi dormitorio: una habitación sin muebles salvo por un duro colchón que recuerdo en el suelo, pero que quizá descansaba sobre un somier bajo y espartano, y cuyas delgadas mantas y almohadas terminaron de hundir mi ánimo. Me fui a dormir con un libro que me había dejado Clark, una biografía de Learned Hand entre cuyas páginas había colocado un trozo de papel para señalar un pasaje sobre «Doveridge», la finca. Tiempo atrás había sido una imponente casa —en un pequeño pueblo o ciudad del Medio Oeste podría haber sido una prestigiosa morgue—, y la intención de Clark era restaurarla para devolverle su antigua gloria. De momento, sin embargo, sólo era un lugar incómodo y yo lo estaba padeciendo. En la habitación hacía demasiado calor o

demasiado frío, y mi sueño fue turbulento y poco profundo; un enervante y semiconsciente combate de lucha libre con las molestias interiores y exteriores: pesadillas y un colchón que me estaba destrozando la columna vertebral. Cada tanto me despertaba y me ponía a leer el libro. Learned Hand había llevado una vida tan íntegra como aburrida.

A la mañana siguiente no vino a buscarme nadie. Nadie me avisó para que desayunáramos todos juntos. Agucé el oído por si percibía algún indicio de ajetreo o conversación en la casa, pero no me atreví a aventurarme en ella. El inconcluso pasillo que desembocaba en mi habitación estaba escasamente iluminado y resultaba intimidatorio; en él no había más que polvo y ecos. Muerto de hambre, opté por salir al patio y me pasé una buena hora en la curva en la que había muerto *Shelby*. No cercar el patio si uno tenía un perro en esa zona parecía una negligencia. Clark había recurrido a un coche de policía fantasma para garantizar su propia seguridad, pero no había sido capaz de ofrecerle una protección similar a *Shellborg* (como le gustaba llamarla en sus días de silla de ruedas).

Me pasé la mayor parte del día solo. Clark permaneció en un despacho que no me había enseñado y cuya localización en la casa era incapaz de deducir, ocupado con una «disputa laboral» de su empresa de cohetes. En cuanto a Sandy, había desaparecido. Pensé en marcharme, pero no lo hice: no había nadie de quien despedirme. Clark reapareció cuando ya anochecía. Me propuso que fuéramos a cenar fuera e hizo una sutil alusión a Salinger («vive cerca de aquí») que reavivó ligeramente mi interés en la visita. En Boston, les había prometido a Mike y a Robert que si llegaba a conocer a la leyenda literaria escribiría un artículo acerca del encuentro para *The Atlantic*. Las probabilidades de tal cosa no dejaban de fluctuar.

Condujimos hacia el sur durante una hora por estrechas carreteras que recuerdo repletas de puestos de verduras vacíos o letreros hechos a mano anunciando puestos de verduras y, más adelante, de muchas rocas y acantilados. Nuestro destino era una cafetería conocida principalmente por su chocolate caliente, pero cuya cocina Clark pensó que debíamos probar. Él, que no conducía, parecía disfrutar del viaje y no dejaba de mirar por la ventanilla como un niño embelesado. En un momento dado, le inquirí acerca de su

medida para prevenir el secuestro y el *Lebensraum* chino.

—Oh, eso —dijo, y me contó más cosas sobre Jet Propulsion Physics, su empresa de ingeniería dedicada a los «viajes interestelares».

Según me dijo, estaba radicada en el Quebec rural, a un par de horas al norte de Cornish. El sistema en el que estaban trabajando se basaba en el «efecto Casimir», una fuerza identificada por físicos cuánticos y que surgía cuando dos partículas se encontraban infinitamente cerca sin llegar a tocarse. China se había enterado de este avance y era sabido que su programa espacial, una filial del militar, había reclutado con anterioridad a ingenieros aeroespaciales extranjeros para ponerlos a trabajar en sus propios laboratorios, así que, ¿por qué no ser cauto? De ahí lo del coche de policía. Clark también añadió que no dejara de llamar a George Bush al día siguiente. No debía ser tímido. Era una tontería ser tímido.

La cena fue decepcionante. No recuerdo qué comimos, sólo la sensación de escasez y que el menú prometía más de lo que ofrecía. Tampoco recuerdo de qué hablamos; debía de haber tantas preguntas que quería hacerle que dudo que llegara siquiera a intentarlo. El recuerdo que eclipsa todo lo demás es pequeño, pero aquella noche me pareció descomunal: pagué yo. Yo fui quien se encargó de la cuenta, y no por elección. Me repateó. La excusa de haberse olvidado la cartera era una estratagema convencional de los *wasp* indigna de un genio de las extravagancias como él. Había comido con voracidad, como si llevara siglos sin hacerlo, y a pesar de que yo había dicho que no tenía más hambre, me convenció para tomar postre pidiéndose uno para él. Como creía que me invitaría, yo había procurado que la cuenta no subiera demasiado, e interpreté su táctica de presión como una orden para que me relajara y disfrutara del convite. No era la primera vez que me la jugaba. El «estipendio». Debería haberlo imaginado. Por alguna razón, supuse que querría compensarme por el pésimo trato de esos días. Eso era lo que yo habría hecho. ¿Acaso no éramos ambos unos caballeros?

El viaje de vuelta a su destartalada mansión fue tenso e interminable. La carretera discurría en paralelo a un arbolado río y cada vez que tomaba una curva aminoraba la marcha por miedo a chocar con un vehículo que hubiera invadido la línea divisoria. Nada. Estábamos solos en la carretera. ¿Quién era

ese hombre? Ni le caía bien ni me respetaba. Yo no debería estar allí. Después de nuestro primer encuentro en Nueva York, después del cheque de quinientos dólares, debería haberme comportado como una mujer inteligente cuando tiene una cita con alguien nuevo y lo descarta tras la primera infracción: «Nos vemos». ¿Y a qué venía el penoso alojamiento que me había proporcionado, ese dormitorio sin calefacción y con un decrepito colchón? ¿Estaba acaso intentando comprobar hasta dónde podía aguantar o, más probablemente, lo poco con lo que me conformaría?

Al llegar a Cornish nos rodeaba esa penumbra tan espesa de las zonas de puestos de verduras, la penumbra de los lugares en cuyos laterales de la carretera la gente vende calabazas de vete a saber dónde y cuelga maíz indio en las puertas de sus casas. Clark iba mirando por la ventanilla, pero parecía ser consciente de mi desencanto. En un obvio intento de aplacar mi ánimo, volvió a mencionar a Salinger y dijo que habíamos pasado el camino de entrada a su casa hacía un kilómetro y medio o así, pero yo ya no estaba interesado en el tema. Algo había cambiado entre nosotros: yo. El verano anterior había publicado una novela que había recibido buenas críticas y de la que había vendido los derechos cinematográficos, incrementando con ello la consideración que tenía de mí mismo. Ahora tenía dos hijos. No necesitaba amistades que más bien parecían novatadas. No merecía azotainas. Al llegar a casa, nos despedimos con un maquina «Buenas noches» y tomé la decisión de marcharme antes de que se levantara.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, Clark se encontraba en la puerta de mi habitación. Me propuso que fuéramos hasta Hanover y visitáramos el museo de arte de Dartmouth antes de que abriera («Mi tía construyó el lugar, el guardia nos dejará pasar»). Luego, durante el desayuno, hablaríamos sobre sus novelas y lo que podía hacer yo para mejorarlas.

—Por favor —dijo—. He estado esperando. He sido paciente.

—¿Se puede saber de qué diantres tratan esos libros?

—Te lo contaré cuando estemos allí.

«Allí» quería decir Dartmouth, centro con el que Clark tenía algún vínculo. Eso convertía Princeton en la única universidad de la Ivy League en la que no había estudiado o cursado algún oscuro posgrado. La lección que aprendí de

todo eso es que el dinero te abre todas las puertas. Comparado con el de Princeton, el campus de Dartmouth era austero. Poseía una fina y árida aura muy de Nueva Inglaterra, y, nada más entrar, había un edificio con una columnata blanca cuyo clasicismo parecía falso y autoritario. El museo, en cambio, era muy moderno. Su fachada era de hormigón gris vetado, como la entrada de un búnker. Dentro había un escritorio con un guardia. Clark se acercó a él mientras yo esperaba a cierta distancia, educado y discreto. Como mi acompañante había predicho, el guardia nos abrió las puertas del lugar, lo cual no era un acto muy propio de un guardia, pero desde luego sí de Clark, en tanto que empujaba a alguien a traicionarse para que él pudiera ejercer mejor de Clark.

Vimos la colección permanente, pero no del modo respetuoso, pausado y atento que lo haría un visitante convencional del museo. Clark me condujo directamente a los cuadros que él más apreciaba y, una vez delante de ellos, comentaba sucintamente lo que estábamos viendo, dejándome escaso tiempo para reflexionar sobre sus observaciones. Yo no me sentía de un humor muy apreciativo. En aquel momento, en mi mente no había espacio para la cultura y la historia. Estaba ocupada urdiendo la huida de esa situación (la emocional y sentimental, no la física). El monólogo del museo resultó interesante sólo como recuerdo culminante de una relación desequilibrada e insultante que había durado demasiado y que con el tiempo se había ido afeando. Clark era un capullo insultante, pedante y soporífero. Y yo debía de odiarme a mí mismo a algún nivel: finalmente me había dado cuenta de esa obviedad. No notaba realmente ese odio, pero había muchas pruebas al respecto. Él había necesitado muy pocas para diagnosticarme, y yo, en cambio, demasiadas. En ese instante lo que sentía era efectivamente odio, pero sobre todo hacia él. Mi situación se había vuelto muy obvia y, sin embargo, al mismo tiempo también seguía siendo algo confusa. Lo mejor sería que escribiera algo al respecto inmediatamente e intentara desentrañarlo sobre el papel. Decidí que lo haría.

Nos sentamos a una mesa algo inclinada de una terraza y pedimos té, café, zumo y unos bollos. Me juré a mí mismo que pagaría él, aunque quizá sería mejor que nos repartiéramos la cuenta; lo más digno era aguantar hasta el final. Otra posibilidad era avergonzarlo pagándolo todo yo. Por supuesto, en

realidad eso no lo avergonzaría, pero puede que contemplar todavía más ausencia de vergüenza por su parte me obligara finalmente a actuar y no me limitara a sentirme molesto. Los turistas paseaban a nuestro alrededor con sus chillones atuendos de turistas, discutiendo entre sí y aburridos del ocio. Yo tenía que volver al trabajo. No podía esperar. Los ratos que pasaba con Clark eran una espantosa pérdida de tiempo. Ése era el epitafio que necesitaba: estar con él era una pérdida de tiempo, les hacía perder tiempo a los demás a propósito. Darle demasiadas vueltas a cuál podía ser ese propósito sólo supondría perder todavía más tiempo.

—¿Sabías que te considero mi mejor amigo? —dijo. El oportunismo de su comentario me desconcertó. Justo en aquel momento estaba pensando en tirarle el café a la cara—. Te diré por qué —prosiguió—. Eres la única persona de mi vida que no quiere algo de mí, que no es envidioso. Con la mayoría de las personas no puedo ser yo mismo. Es una maldición. Contigo, en cambio, me siento relajado y cómodo. Es algo que agradezco. ¡Qué visita! Ha sido espléndida.

—Gracias —dije.

Me sentí acorralado por su efusión. Arranqué un trozo de mi bollo y lo mojé en el café al tiempo que reparaba en la expresión de Clark. Parecía descontento pero determinado a no mostrarlo. Yo mojaba cosas. Él no. Procedíamos de mundos distintos. El mío, sin embargo, ya no me avergonzaba, lo que quería decir que él estaba perdiendo su poder. Estaba seguro de que Clark podía advertirlo y sentía curiosidad por lo que haría para recuperarlo.

Se confesó. Me invitó a lo más profundo de su tristeza y me atrapó bajo su melancolía. Su familia era atroz. Los tíos y las tías que habían reemplazado a sus padres muertos lo habían arrastrado de una casa a otra. Su hermana, una lunática, se estaba pudriendo en algún hospital. Yo no tenía claro si la echaba de menos o si su reclusión le convenía; creía recordar que en alguna ocasión se había referido a ella como «una carga». Se describió a sí mismo como un nómada, un alma perdida que había recibido educación pero no crianza, que se había conformado con el conocimiento pagado como sustituto del afecto inestimable. Las membranas que rodeaban sus ojos azul cielo se volvieron rosas. Sus orificios nasales se ensancharon y temblaron. La gente pasaba por

delante de nuestra mesa sin ser consciente de que un Rockefeller estaba derrumbándose y abriéndole su corazón a un mero Kirn. «Norteamérica nos mezcla a todos de un modo extraño», recuerdo que pensé. El crisol estaba hirviendo.

—Cuéntame más cosas sobre esas novelas que has estado escribiendo. — Esto se lo pregunté para ganar algo de tiempo, no porque sintiera verdadera curiosidad.

Me las arreglé para permanecer distante por dentro pero seguir mostrándome atento. Creía que, si conseguía conducirlo a una conversación agradable, Clark intentaría dominarla y me enojaría de nuevo. Necesitaba sentirme enojado. Me había aplacado. Necesitaba volver a sentirme dolido para largarme de una vez de allí.

—¿Cómo dices? —preguntó.

—Tus libros. Tus novelas. ¿De qué tratan?

—Oh, eso —dijo—. Son homenajes. Refundiciones. Cosas entretenidas de escribir, pero no puedo decir que sean originales.

—La literatura nunca lo es —repuse.

Había entrado en contacto con esa idea en Princeton, que a su vez la había tomado prestada de un profesor de la Universidad de Yale, Harold Bloom. Éste la había formulado en un libro titulado *La ansiedad de la influencia*. Ésta era una de esas obras cuyo título lo dice todo, lo que permitió que pudiera limitarme a leerlo tranquilamente por encima.

—Se trata de adaptaciones de capítulos memorables de la teleserie *Star Trek* —explicó Clark.

—¿*Star Trek*? —Pronunciar las palabras me ayudó a no perder el hilo. Y esperaba que también a disimular mi estupefacción—. Los derechos —añadí—. ¿Has obtenido los derechos? Si quieres explotar otra propiedad registrada primero has de obtener los derechos. —Había echado mano del vocabulario legal de mi padre, y no pude evitar sentirme agradecido por lo útil que resultaba.

—Oh, estoy seguro de que la persona que los posee me los venderá. Ya sabes, Walter, que todo está disponible por un precio.

—Cierto —dije—. Eso es cierto.

Yo todavía seguía reorganizando mis pensamientos y estaba comenzando a darme cuenta de que el proceso podía llevarme algo de tiempo. Quizá debería considerar la posibilidad de seguir preguntándole cosas. Para burlarme de él y para que, por una vez, fuera él quien perdiera el tiempo.

—Entonces ¿cada novela, cada libro, es un...?

—Episodio.

—Interesante. —En realidad pensaba lo contrario. Repetí la palabra para enfatizar este hecho, por si acaso había pensado que lo decía en serio, no que estaba burlándome de él con disimulo—. Interesante.

Se trataba de una palabra que rara vez se utilizaba en serio cuando se respondía a la descripción o la idea de un libro, pero ¿acaso él sabía eso? También —temía yo— era una palabra que si la decías tres veces se convertía en un cumplido. No volví a decirla. En vez de eso, intenté mostrarme distante, como si, a cada milisegundo que pasaba, estuviera alejándome más, de vuelta a mi vida en Montana, lejos de su alcance. Y la verdad era que casi estaba ahí. Lo único que tenía que hacer primero era llevar a Clark de vuelta a casa.

—*Star Trek: La nueva generación* —explicó—. Seguramente estabas pensando en la serie original, ¿verdad? Sospecho que sí. La serie original nunca me llamó la atención. La encuentro terriblemente inferior. Prefiero con mucho la secuela.

Quedé para cenar con el coronel Rayermann en el hotel Bonaventura, un lugar que escogió él por «razones sentimentales». Éstas me fueron reveladas en el vestíbulo, un espacio retrofuturista de paredes altísimas, reflectantes, curvadas y ciclorámicas: un buen lugar para beber después de quitarse el traje espacial tras haber llevado a cabo un viaje por la galaxia. Con su perfecta postura de piloto, su blanquísima piel y unos ojos de color azul lechoso (sólo había visto esos ojos en los pastores alemanes), Rayermann parecía haber hecho exactamente eso: conquistar un constelado cuadrante para los nuestros, reportar a sus superiores, desfilar y regresar a la base. En su camisa llevaba un emblema de *Star Trek* plateado y puntiagudo que chocaba un poco con su americana de persona adulta. También lucía un pequeño pin en la solapa con la forma de una nave espacial (*Discus 3*, la llamó). Se trataba de un exsoldado con habilidades muy específicas, y no entendía por qué no había llegado a general. Quizá era cierto lo que la gente decía de los generales: eran políticos. El coronel no era de éstos. Vivía demasiado apegado a los hechos.

—Aquí es donde redactamos la constitución de nuestra división —dijo refiriéndose a la división de los Explorer Scouts a la que habían pertenecido John y él—. El 16 de diciembre de 1971 —añadió, y luego le dio un trago al cóctel al que lo había invitado y por el que me había dado las gracias profusamente. Estaba dispuesto a invitarlo a otro sólo para volver a oír la maestría con la que un oficial expresaba la menor gratitud.

Nuestra charla divagó desde el principio. Yo era unos pocos años más joven que el coronel, pero todavía tenía una edad para sentirme interesado por las cuestiones galácticas del mismo modo que él y John en su adolescencia. Como, presumiblemente, el coronel había tenido acceso a altos secretos —de

los de verdad, no los imaginarios de Clark—, lo primero que le pregunté fue si los ovnis existían. Él opinaba que debían de existir formas de vida alienígena sin descubrir (para él se trataba de una certeza cósmica), pero dijo que había pasado demasiado tiempo en el ejército para creer que el gobierno pudiera esconder con éxito un platillo volante que se hubiera estrellado o un marciano muerto. Esa broma derivó en una sentida lamentación por la reducción de las ambiciosas misiones que lo habían inspirado en su juventud. El coronel opinaba que, con el final del programa de los transbordadores espaciales de la NASA, Norteamérica había dado un paso atrás y había perdido parte de su espíritu aventurero.

Cuando pasamos a hablar acerca del presunto asesino de su mejor amigo, el coronel Rayermann hizo una observación que había leído una o dos veces anteriormente en foros de internet sobre el caso: Clark, el hombre de las mil caras, poseía las aptitudes de un espía profesional.

—Es como si hubiera sido entrenado por la CIA o el KGB —dijo el coronel—. Sólo unos días después de haber secuestrado a su hija, adoptó una identidad completamente distinta. Muy pocas personas pueden hacer eso. Es necesaria una mente muy disciplinada y con una increíble capacidad de compartimentación para poder descartar de forma efectiva la identidad bajo la que uno ha estado viviendo durante dos meses, veinte años o el tiempo que sea, y adoptar otra de forma inmediata... —Negó con la cabeza y alzó la mano para llamar la atención de la camarera—. No creo que fuera entrenado por ninguna agencia —prosiguió—, pero... ¡guau!

Asentí porque conocía esa sensación: la situación de proximidad prolongada a Clark y a los testigos de su juicio me había vuelto algo paranoide. Un par de noches antes, mientras navegaba por internet buscando información sobre la psicología de los narcisistas asesinos, di con la terrible e inconcebible historia del proyecto de control mental que había desarrollado la CIA bajo el nombre de MK Ultra. Revelado al público en 1975 por un comité creado ex profeso para su investigación y llamado —no podía ser de otro modo— Comisión Rockefeller, este programa profundamente demencial pero muy real nació durante el «temor rojo» de la década de 1950 y reclutó a incontables sujetos (algunos de ellos voluntarios, otros no) para realizar una

serie de experimentos *strangelovianos* que implicaban el uso de LSD y otros alucinógenos. Al parecer, el objetivo era contrarrestar —o competir con— las tácticas de «lavado de cerebro» que utilizaban los supuestos enemigos comunistas de nuestro país (cosas turbias en plan *El mensajero del miedo*). Los hechos del programa, sin embargo, sólo eran la mitad de la historia. El mito, la leyenda urbana del MK Ultra era un pulpo negro de teorización autónoma que estrangulaba el raciocinio de muchos de quienes lo estudiaban. Para los autodenominados «buscadores de la verdad» en la internet de medianoche, lo explicaba todo (tal y como suelen hacer estas teorías): del asesinato de JFK a la formación de la Reserva Federal. Según una de las marginales páginas web que visité, explicaba incluso la existencia de Clark Rockefeller: éste sería un zombi moldeado farmacológicamente por la élite poderosa que lo controlaba con un propósito malévolo e insondable. Pasé tres minutos en esa demencial página web y luego cerré el portátil e intenté dormir. Imposible. A pesar de la cápsula de melatonina seguida de un baño caliente con sales de Epsom, mis neuronas siguieron zumbando y chisporroteando durante dos horas más.

Cuando llegó la cena, le pregunté a Rayermann por *Star Trek*. El coronel calculaba que él y John habían visto cada episodio «aproximadamente» ciento veinte veces. Me describió el idealista encanto del *ethos* del programa de un modo que nunca había oído antes y que, teniendo en cuenta las circunstancias, encontré extrañamente emotivo, sobre todo para unos niños de la guerra fría.

—*Star Trek* —dijo Rayermann— ofrecía una visión muy positiva de la realidad. No importan cuáles sean los retos y las dificultades a los que uno se enfrenta hoy, el futuro será mejor. Tenemos que esforzarnos, no podemos darnos por vencidos, sólo así lo conseguiremos. La serie trata de seres humanos que están aprendiendo a ser más equitativos, en parte porque han descubierto que, ¡caray!, en la galaxia hay otros seres inteligentes, pensantes y capaces de viajar por el espacio.

El rostro de Rayermann fue volviéndose juvenil y, a medida que iba hablando, adquirió una expresión ensoñadora. Por primera vez desde que había comenzado el juicio, pude imaginarme a John Sohus vivo y como algo más que una bolsa de huesos o que una cara medio tapada en una fotografía de

su boda en Halloween con Linda. John era como Mike, un amigo mío de la infancia que también había crecido bajo el hechizo de la ciencia ficción. Leíamos juntos libros de bolsillo de Ray Bradbury. Lanzábamos cohetes de juguete desde lo alto de la colina de un campo de heno y luego salíamos corriendo detrás de sus paracaídas de plástico a la deriva, hasta que perdíamos toda esperanza de recuperarlos. Cuando teníamos siete años, el Hombre llegó a la luna (el «Hombre», esa abstracción de la Ilustración desaparecida hacía mucho tiempo), y esa noche Mike y yo nos encontramos en la carretera que unía nuestras casas y nos pusimos a lanzar piedras hacia la oscuridad intentando alcanzar la bandera que Armstrong había plantado en su superficie. Al igual que John y Rayermann, éramos hijos de la carrera espacial y nos sentíamos cautivados por su espíritu expansivo y excitante, de modo que solíamos contemplar el cielo nocturno como una vasta profecía del potencial progreso de la civilización. A nuestro alrededor, en silos de misiles, aviones de reacción y submarinos, terribles fuerzas se habían conjurado preparándose para un conflicto, pero también existía la sensación de que una potente fuerza opuesta tiraba en pos de descubrimientos sorprendentes. Algún día seríamos capaces de volar impulsados por mochilas con propulsión de reacción o convertirnos en una especie de hombre helicóptero. Podríamos incluso aprender a conversar con chimpancés y delfines. Podríamos conocer a un hombre que hubiera ido más allá de Andrómeda y regresado más joven. Podríamos no tener que morir. Eso, o heredaríamos una tierra de cenizas y nuestras extremidades radiactivas habrían quedado reducidas a muñones. Los peligros y las promesas. El asombro. Esa sensación de intimidad con el infinito podía hacer que un niño se sintiera simultáneamente diminuto e inmenso.

—¿Y qué hay de las novelas? —le pregunté a Rayermann—. ¿Hay novelas de *Star Trek*?

No vaciló.

—La primera novela de *Star Trek* fue *Mission to Horatius*.

—¿John las leía? —le pregunté.

—Sí, por supuesto.

Allí, sentado en aquel vestíbulo con apariencia de estación espacial junto

al coronel, que había llegado a hacer aquello que John soñaba con hacer y que Clark había fingido en Cornish que hacía secretamente —y con tal competencia que los chinos lo perseguían—, tomó forma mi teoría de la psicopatía de Clark. No había ninguna señal de que éste hubiera sido *trekkie* o aficionado a la propulsión de reacción hasta que asesinó a un hombre que sí lo era y asumió sus fantasías y sus aficiones. Clark era algo peor que un asesino, un descuartizador y un jugador de juegos de mesa sobre tumbas. Era un caníbal de almas.

También podía ser que fuera, como Rayermann me explicó mientras cenábamos, una encarnación de algo llamado «la entidad». Este término surgió cuando yo puse en duda su afirmación (influenciada por el alcohol) de que «todo lo que uno necesita saber puede encontrarlo en *Star Trek*». «Comprobémoslo», dije, y entonces le pregunté si de todos los monstruos y los villanos de la serie (la original, el coronel desdeñaba la secuela) había alguno que se asemejara en algo al acusado.

Rayermann echó un vistazo hacia el vestíbulo mientras su mente computaba y procesaba la cuestión, cosa que apenas le llevó diez segundos.

—Segunda temporada. La tripulación se encuentra en Argelius II, el planeta del Amor, un lugar en el que no existe la violencia. Han apuñalado y asesinado a varias mujeres, y encuentran a Scotty (el ingeniero Montgomery Scott) en el escenario de uno de esos crímenes. Las autoridades locales lo llevan a juicio. Finalmente, resulta que el culpable es una criatura alienígena, una especie de entidad no corpórea compuesta por más pensamiento y energía que materia física y que apareció por primera vez en la Tierra como Jack *el Destripador*. Cuando la humanidad comenzó a viajar a las estrellas, esa criatura o entidad lo hizo con ella y pasó a alimentarse de otras colonias y planetas. Al final, esa entidad es derrotada por Kirk y Spock cuando éste programa el rayo teletransportador del *Enterprise* a su «mayor dispersión posible» y la envía al espacio. El episodio (no recuerdo su título) termina con una frase de McCoy; creo que se pregunta: «¿Puede volver a unirse?».

»El episodio se titula “El lobo en el redil” —añadió el coronel—. Me habría enfadado conmigo mismo si no llego a recordarlo.

—Efectivamente, parece encajar.

—*Star Trek* es un recurso extraordinario, ¿no le parece?

Lo admití y le agradecí que me hubiera iluminado al respecto. No lo hice a la ligera o en broma, sino con lo que esperaba que fuera mi propia versión civil de su precisión. Me había ofrecido un hecho en un momento en el que los hechos eran escasos: *Star Trek* —la original, no la secuela— era una de las obras de referencia sobre el tema que nos ocupaba más útiles con las que me había encontrado hasta el momento. «La entidad.» Nombraba la cosa intranquila que había debajo de todos esos alias, la cosa que parecía cambiar pero nunca lo hacía. La metáfora podría haber tenido mayor recorrido si yo hubiera sabido más cosas sobre la serie televisiva que la había formulado. Destrucción mediante la «mayor dispersión posible». Eso también parecía encajar.

12

El día que Sandra Boss tenía que testificar, mi hija de catorce años, Maisie, vino al juzgado conmigo aprovechando unas vacaciones de su escuela en Montana. Hacía más de un mes que no la veía ni a ella ni a su hermano — estaba demasiado ocupado escribiendo y cubriendo el juicio—, y nos pasamos el fin de semana de Pascua paseando por la playa de Malibú. Esa primavera el mar había estado arrastrando bebés de foca muertos a la playa en una cantidad que los biólogos gubernamentales consideraban «inusual», y el domingo por la mañana nos encontramos con cinco. Sus cadáveres estaban desperdigados en la arena a intervalos regulares de unos cincuenta metros más o menos, señalizados por centelleantes nubes de moscas que revoloteaban sobre ellos. Otras familias se habrían apartado, pero nosotros nos sentíamos fascinados; los años que pasamos en el rancho nos habían acostumbrado a encontrar animales muertos. Ciervos. Antílopes recién nacidos. Tejones. Puercoespines. Les dábamos unos golpecitos con un palo y realizábamos autopsias improvisadas. «Me encantan las cosas muertas, papá», me había dicho una vez Maisie junto al cadáver de un cervatillo con la garganta desgarrada por un puma (o eso imaginábamos nosotros). Creí comprenderlo. La muerte permite un estudio más cercano de las criaturas desconocidas que la vida.

Preocupada por parecer adulta en la sala del tribunal, Maisie se sentó con la espalda muy erguida, como si estuviera en la iglesia, ataviada con un cárdigan gris y el pelo rubio que le llegaba a la cintura recogido en un moño con unas gomas negras. Su rostro tenía los amplios pómulos húngaros de mi madre, pero sus rasgados ojos verdes eran un misterio genético. Examinó la escena con autoridad, resultado de los programas sobre crímenes reales que le gustaba ver cuando venía a verme los fines de semana. Conocía la distribución

de la sala, el protocolo y los papeles de todos los participantes, incluidos el implacable estenógrafo y el aburrido y corpulento alguacil con su pistola. Lo que no sabía era que la había llevado allí no sólo para que tuviera un peculiar recuerdo familiar, sino para cerrar un círculo con el acusado. Irónicamente, hacia el final, mi amistad con Clark se basaba fundamentalmente en nuestros hijos y en nuestra similar condición de padres divorciados y solteros.

Las llamadas comenzaron a finales de 2007, justo antes de Navidad y después de su separación de Sandy. Clark protestaba y se lamentaba, despechado y desolado.

—¡Me la ha robado! ¡Me ha robado a mi querida Snooks! —gemía—. No tengo nada, Walter. Nada de nada...

Nunca lo había oído expresar una emoción fuerte, y el tono desesperado de su distinguida voz me parecía un contrasentido. Era como si su voz no estuviese preparada para decir cosas tristes. La palabra que había elegido, «devastado», pronunciada silábicamente, lo hacía sonar como un Oscar Wilde solterón lamentando otra cosa distinta de su hija perdida (digamos que una americana manchada de grasa durante una cena, o una copa de champán rota). Me dijo que estaba viviendo en su club de Boston, y me lo imaginé tumbado en un duro diván, con los zapatos náuticos en la alfombra, en una sala llena de sombras de color caoba, mohosos retratos y viejos y raídos muebles de madera. No lo envidiaba. Puede que nunca lo hubiera hecho. Lo que en realidad quería, creo, era que él me envidiara a mí.

A veces me llamaba de noche, cuando yo estaba leyendo, y dejaba el libro abierto delante de mí mientras él refunfuñaba y gruñía. Yo no podía permitirme volver a caer en la amargura tras haber sobrevivido a un largo bajón propio. Una vez nos interrumpió a mí y a mis hijos mientras estábamos escogiendo nuestras fichas para jugar una partida de Monopoly y, por primera vez desde que lo conocía, le dije que lo llamaría al día siguiente. La verdad es que esa recién descubierta ventaja me gustaba; en términos de carencia paternal, tenía unos pocos años más de experiencia que él. Exploté mi rango para aconsejarle sobre comida sana y el tranquilizador poder del ejercicio regular, pero no había ninguna prueba de que me prestara atención. En todo el tiempo que hacía que lo conocía, ni una sola cosa que le hubiera dicho —ninguna historia,

ningún consejo que le hubiera dado, ninguna opinión que hubiera expresado— se la había oído posteriormente yo a él.

Siempre que lo instaba a que volviera al juzgado e hiciera presión para obtener más visitas a su hija, me contestaba que estaba arruinado, sin blanca, y que Sandy, al haberse trasladado a Inglaterra con Snooks y aceptar un trabajo en la oficina londinense de McKinsey, se encontraba ahora fuera de su alcance legal. El derrotismo de Clark me desanimaba como padre. ¿Qué significaba para los padres ordinarios que incluso alguien con su extraordinario apellido y su influencia social pudiera ser doblegado por las leyes y los abogados? Temía que pudiera hacerse daño a sí mismo. Parecía estar muy solo. Para entonces, *Shelby* ya había muerto. Y *Yates* también, supuse, pues ya no lo mencionaba nunca.

Toqué el hombro de mi hija para avisarla de que Sandra Boss, cuya presencia había atraído más prensa y nos había obligado a apretujarnos cadera con cadera, acababa de cruzar las pesadas puertas de madera de la sala. El pelo le llegaba a la altura de los hombros y lo llevaba con ese tono rubio que camufla las canas. En las orejas lucía unos modestos pendientes con una única perla cuyo encanto era el del dinero ahorrado, no gastado. Su porte era más de *girl scout* que de mujer profesional, y cuando alzó la mano derecha para realizar el juramento, Abraham Lincoln se sentó todavía más erguido en su retrato.

Para mí, la compostura de Boss era algo exagerada. Sin duda, era consciente de que entre el público había gente que era incapaz de conciliar su excelente currículum con todos esos años de credulidad. La cadena de televisión Lifetime había emitido una película, *Who is Clark Rockefeller?*, que había tomado partido por ella en la cuestión del secuestro de Snooks, pero que no había profundizado mucho en lo relativo a sus pensamientos durante todos los años que había pasado viviendo con alguien que no parecía trabajar, no le había presentado a sus padres, vivía de sus cheques y se burlaba cruelmente de sus aptitudes maternas.

Al igual que Mihoko Manabe, pero en un tono de voz más fuerte —y más pijo de lo que recordaba: al parecer, Londres la había pulido y abrigado—, contó la historia de un noviazgo idílico que con el tiempo se volvió asfixiante

y tenso. Al principio, Clark era galante y adulator, el único hombre con el que había salido, dijo, que no parecía sentirse amenazado por su inteligencia, pero sus obsesiones y sus excéntricas reglas no tardaron en imponerse. Clark siempre llevaba algún tipo de sombrero cuando estaba en público. Siempre que iban juntos en coche por Connecticut, él le prohibía detenerse bajo ningún concepto porque el accidente de tráfico de sus padres había tenido lugar en ese estado y consideraba que estaba maldito. Se negaba a poner un pie en California, al parecer otro estado malvado. Instaló en casa un montón de líneas telefónicas asociadas con prefijos de distintas zonas, e incluso de distintos países. Redirigió la correspondencia a una serie de apartados de correos. Una vez, recordó Sandy, Clark le dejó ver por encima un fax —accidentalmente a propósito, creía ahora— en cuyo margen superior se podían leer las palabras «Comisión Trilateral». Cuando le preguntaron si realmente había creído que Clark pertenecía a un grupo que legiones de teóricos de las conspiraciones acusaban de dirigir el mundo en la sombra, su respuesta, sorprendentemente, fue que sí.

—La idea era que él era una especie de miembro júnior y que necesitaba ganarse los galones para ascender de rango.

Al cabo de una hora, mi hija cogió mi bolígrafo y anotó lo siguiente en mi cuaderno: «Resulta increíble pensar que él está sentado aquí oyendo todos estos testimonios». Eso definía perfectamente la situación. El juicio por asesinato de un acusado que permanecía en silencio, en especial uno que se ha pasado la vida mintiendo a todo el mundo acerca de prácticamente todo, sólo podía parecerle a un niño lo que era: el increíblemente laborioso intento de leer una mente. Me pregunté si Clark estaría disfrutando de ese juego de adivinanzas al que nos había arrastrado. Porque allí estábamos otra vez, tal y como a él le gustaba tenernos: atormentados, descolocados y en la penumbra. Y allí estaba él, protegido por sus derechos constitucionales, mirando fijamente a su esposa con una sonrisa simulada de esas que todos los libros sobre vampiros advierten que no debe mirarse siquiera por un instante.

—¿Qué te parece? —le pregunté en voz baja a mi hija mientras Balian seguía con sus preguntas. Estaba orgulloso de mí mismo por haber organizado esa excursión.

—Él parece alguien increíblemente solitario —me contestó también en voz baja.

—Eso es lo que sucede cuando nunca dices la verdad —repuse.

—Ya lo sé. Y, ahora, ¿puedes dejarme escuchar lo que dicen?

—Los detectives dicen que la esposa de John está en algún lugar de las montañas. No pueden encontrar su cadáver.

—Lo digo en serio, papá. Cállate.

Le rodeé el hombro con el brazo para chincharla un poco más; echaba de menos sus pequeños arrebatos temperamentales de adolescente. Me recordaban mi poder como padre, y también que ese poder iba a menos (tal como debía ser: ése era el curso normal de la vida). Casi deseé que Clark se diera media vuelta y nos viera. Yo había tenido éxito conservando algo que él había perdido, y una arrogante parte de mí quería que él reconociera mi victoria. No era algo bonito. Era cruel. Pero los hombres compiten.

Mi hija volvió a coger mi cuaderno y escribió lo siguiente: «¿Qué es un testimonio de huidas?».

—De oídas —susurré, y se lo escribí correctamente.

«Pero ¿qué es?», escribió.

—Cuando uno repite algo que ha oído. No se acepta como prueba.

«¿Por qué no?», escribió. Esto era divertido. Era como estar en el instituto.

—Podría no ser cierto. Podría ser falso.

Maisie se quedó pensando un momento en lo que le había dicho mientras su mirada iba de Clark a Balian, de éste a Boss, luego de vuelta a Clark y finalmente otra vez al cuaderno.

—Sigo sin entenderlo —susurró—. El testimonio de oídas también podría ser cierto. ¿Y si lo es y es la única prueba?

—Eso sería una lástima —dije.

Me enteré de la noticia del secuestro de Snooks por internet a finales de julio de 2008. Estaba en Montana, preparándome para escribir algo en mi ordenador, una transición que era cada vez más dura. Algo relativo a la

estructura de mi cerebro, su ilimitada porosidad y su capacidad asociativa hacía que estuviera indefenso ante la constante expansión de la red. Cada vídeo, cada noticia, fotografía, correo electrónico, gráfico de acciones, fotografía sexi y predicción meteorológica de cinco días era una tentación para adentrarse en el bosque, y una vez que había comenzado a seguir el rastro de migas de pan, las brujas me tenían en su poder: ya estaba en su horno. La mayoría de las tentaciones de la vida se remontaban en el tiempo, eran antiguas y perennes, y de pequeño lo advertían a uno sobre ellas; ésta, en cambio, había aparecido de la nada.

La novia que tenía por aquella época, otra periodista, trabajaba en una habitación que había al otro lado del pasillo. Al enterarme de lo de Clark, fui a verla gritando y corriendo con el portátil en las manos, lo deposité sobre su mesa y le leí la noticia en voz alta mientras ella hacía lo propio en la pantalla.

—Se le ha ido la cabeza —dije—. Finalmente ha perdido el juicio.

Últimamente había dado algunas señales de que eso podía pasar.

—Tengo un plan —me había dicho Clark una noche, y pasó a describirme un perverso proyecto que, según me dijo, otro padre divorciado estaba dispuesto a financiar.

¿Estaba yo también interesado en ser socio? La idea consistía en construir unas instalaciones privadas en el extranjero, posiblemente en Filipinas o en Perú, en las que hombres norteamericanos pudieran dejar embarazadas a jóvenes que hubieran renunciado previamente a la potestad legal sobre su descendencia.

—Así no necesitaremos a estas ridículas mujeres —dijo—. Los padres tendrán la titularidad exclusiva de sus hijos.

—¿Se te ha ocurrido a ti esa idea de la titularidad?

—Es algo absolutamente factible y resuelve el problema. Las mujeres que quieren ser madres sin hombres pueden hacerlo con espermatozoides donados. ¿Por qué no pueden los hombres tener una alternativa similar? Sabes que en cierto modo tengo razón.

Pero eso era lo único que tenía. A veces era así: una criatura perfectamente capaz de raciocinio, pero cuyas conclusiones, en cualquier caso, resultaban descabelladas. Su detestable propuesta de un programa de

reproducción no sólo trataba a las mujeres como algo desechable, como una mera incubadora, sino que también asumía que los hijos eran intercambiables. Había creído que echaba de menos a Snooks. Pero en realidad no era así. Lo que echaba de menos era la paternidad en sí misma, y la paternidad tal y como él la definía significaba control. Control exclusivo a ser posible. En otra ocasión, durante otra llamada, me había contado que Argentina —¿o era Chile?— ofrecía refugio a los padres norteamericanos que huyeran allí con sus hijos.

Cuando leí la noticia del secuestro, pensé que quizá se encontraba en Sudamérica y consideré la posibilidad de llamar al FBI, pero decidí esperar un día. Estaba seguro de que Clark aparecería, ¿cómo podía un Rockefeller desaparecer sin más, y por qué querría hacerlo, especialmente en Chile? Se arrepentiría de su error, contrataría a un prestigioso abogado, negociaría su libertad y se rehabilitaría públicamente. Mostraría humildad y adoptaría una causa.

A la mañana siguiente, leí que la búsqueda se había intensificado. También que los Rockefeller, a través de uno de esos «portavoces de la familia» que los clanes importantes siempre tienen a su disposición, negaban que Clark fuera uno de ellos. Qué cobardes, pensé, repudiar a alguien de su propia sangre por miedo al escándalo.

—Esto es repugnante. No son más que mentiras —le dije a mi novia.

Ella asintió en señal de aparente solidaridad y luego me dijo que tenía que trabajar un poco. Yo encendí la televisión y llamé a mi madre.

—¿Estás viendo todo esto? —le pregunté—. ¿Te has enterado?

—Parece que tu amigo es un impostor, Walt.

—Están tramando algo —dije yo—. Es una familia grande. Hay facciones. Él pertenece a la de las ovejas negras o algo así.

—Eso es ridículo.

—A lo mejor es ilegítimo.

—¡Oh, cariño...!

Pocas horas después se hizo público un apellido alemán. Me encerré entonces en mi despacho con mi ordenador y dejé a mi novia comiendo sola mientras yo leía todas las noticias que encontraba. Todo el mundo estaba de

acuerdo acerca de los orígenes de Clark —su madre alemana y su hermano estaban dando entrevistas— y, sin embargo, la historia no tenía sentido alguno. Aunque, claro, con él nunca nada lo había tenido. En realidad, yo siempre había creído que tenía algo de impostor, pero sólo porque las personas como él lo son, en particular aquellos que se comportan como si fueran normales y que a la gente normal le gusta decir que tienen «los pies en el suelo». La extravagancia y la empatía de la impostura de Clark era lo que, a mi juicio, demostraba su honestidad. ¿Suelo? No lo necesitaba para nada. Ni tampoco yo, si hubiera nacido con alas.

Menudo pardillo había sido. No había dejado de racionalizar, justificar, imaginar... Me había esforzado tanto en ser timado como él en timarme. No había sido una víctima, había sido un colaborador. De joven me habían enseñado (y luego había aprendido por mí mismo a medida que me había ido haciendo mayor) que el engaño crea una reacción en cadena en la que dos mentiras protegen una anterior, y así sucesivamente. Ahora estaba aprendiendo algo nuevo: ser engañado y no admitirlo también podía degenerar en una especie de locura. Después de eso, las revelaciones se sucedieron con rapidez, pero ninguna me impactó tanto como las primeras. Las informaciones sobre el supuesto papel de Clark en un asesinato de hacía veinte años apenas me sorprendieron; para entonces, ya no esperaba menos de él. Mi novia, que vivía la mayor parte del tiempo en Nueva York, había regresado a esa ciudad y se encontraba lejos de Montana. En cuanto a mis hijos, me visitaban en fines de semanas alternos, pero yo me sentía mentalmente distante.

Llamé a mi madre para pedirle perdón. Había tenido razón sobre Clark, y su hijo había sido un idiota. A ella lo único que le importó fue que habían encontrado a Snooks sana y salva.

—Me pregunto si asesinó a esas personas —dijo.

—Por supuesto que sí.

—¿Alguna vez sospechaste algo?

¿Lo hice? Conocí la expresión «suspensión de la credulidad» cuando estudiaba literatura inglesa en la universidad, pero, en el caso de Clark, uno aportaba credulidad a la situación en la que se encontraba con él. Él te mostraba un árbol hueco, tú añadías las abejas. Él te daba el número de

teléfono del presidente, tú añadías la voz que te saludaría si lo marcabas y las caras de los agentes del servicio secreto que se presentarían en la puerta de tu casa unos pocos días después. Él te daba un sobre con un cheque dentro, tú imaginabas la cantidad.

Comenzaron a aparecer artículos en las revistas y me llamaron algunos amigos periodistas para que les contara anécdotas. Yo hablaba con ellos extraoficialmente y sin explayarme mucho, pues todavía me sentía coartado por una lealtad residual. Uno no se entera de que una persona a la que conoce desde hace años es mala, e instantáneamente le da la espalda y comienza a hablar mal de ella; eso resultaría oportunista e inmoral, un abuso de confianza con el concepto mismo de confianza. Se nos educa para que confiemos en los demás y difícilmente podríamos funcionar de otro modo. El policía que nos detiene para ponernos una multa tiene que ser policía porque lleva uniforme; el cajero del banco a quien le entregamos nuestro cheque lo está depositando, no robándonos, porque trabaja detrás del mostrador de mármol; la enfermera que coloca en nuestros brazos a nuestro recién nacido es realmente una enfermera porque sostiene a nuestro hijo, y nuestro hijo es nuestro hijo porque ella lo está sosteniendo. Aunque se abuse de nuestra confianza, siempre necesitamos experimentarla.

Justo por aquel entonces, la confianza se estaba haciendo añicos en todas partes. En agosto y septiembre de 2008, Lehman Brothers, el fondo de inversión de Bernie Madoff y el mercado de las hipotecas y sus sofisticados subproductos quedaron expuestos como «Clarks Rockefeller» a mayor escala. Y es que, ¿quiénes eran los hermanos Lehman? Piltrafas con membrete. ¿Y qué eran los bonos de titulización hipotecaria, esos infames instrumentos de insolvencia en masa? Me recordaba al viejo chiste del hombre que pregunta qué sostiene al mundo y le dicen que éste descansa sobre la ancha espalda de un elefante. ¿Y qué sostiene al elefante? Otro elefante. ¿Y debajo de éste? Otro elefante más, y así hasta el infinito. No es de extrañar que, cuando se encontró en apuros, Clark decidiera camuflarse en Wall Street. Un timador solo no es más que un criminal, pero si está rodeado por miles de timadores es un corredor de Bolsa.

El vínculo que tenía con Clark tardó meses en disiparse, pero, en cuanto lo

hizo, decidí escribir sobre él. Recuerdo perfectamente el día. Estaba sentado en el mismo despacho, frente al mismo escritorio en el que me encontraba cuando acordamos la entrega de *Shelby*. Por aquel entonces yo tenía una nueva novia, Amanda, una escritora de Los Ángeles que había venido conmigo a Livingston después de un romance invernal en California que me había dejado añorando a mis hijos. Charlie estaba en el pasillo, practicando tiros libres con un aro que yo había instalado sobre una puerta. Maisie estaba escuchando música a todo volumen en su radiocasete de Hello Kitty y fingiendo que leía *Tom Sawyer* (idea mía), mientras lo que leía en realidad era una saga vampírica para adolescentes (idea de la cultura popular). Amanda se había puesto tapones en los oídos y estaba intentando echarse una siesta después de la juerga que nos habíamos corrido en San Luis, donde estaban rodando una película basada en una de mis novelas. Habíamos estado con George Clooney, un redomado seductor que llegó a invitarnos a subir a su habitación de hotel (invitación que yo rechacé en nombre de ambos en aras de mantener nuestra relación y preservar mi tenue sobriedad). Sobre mi escritorio había un cuaderno nuevo con el optimista encabezamiento de «Proyectos». Los artículos para revistas, mi principal fuente de ingresos, se estaban disolviendo rápidamente en el baño de ácido que era el contenido digital no remunerado. Necesitaba una idea para un libro.

«Lo siento, Clark. Tú te lo buscaste, viejo amigo. Sabías quién era yo y, en el fondo, yo sabía quién eras tú, aunque durante un tiempo me hiciera el tonto (tanto que ni siquiera me di cuenta de que lo estaba haciendo, lo cual, retrospectivamente, resultó ser una estrategia muy astuta). Eras material narrativo. Sorpresa, sorpresa. Mira tu cartera: está vacía. Ahora mira la mía.»

El testimonio de Sandra Boss duró todo el día, y antes de que pudiera ser interrogada por la defensa la jornada llegó a su fin. Hacia la mitad del interrogatorio, mi hija había perdido el interés y había comenzado a mirar su móvil apagado, ansiosa por retomar su vida social digital. Su falta de concentración me decepcionó, pero le eché las culpas a la modernidad, no a ella. La esencia de las cosas no sólo se había desmoronado, había dejado de

existir como idea viable, e incluso como recuerdo. Nos apresuramos a salir del centro de la ciudad para escapar del tráfico y tomamos el puerto de montaña para llegar al Valle, donde se encontraba el hotel de Charlie y de Maggie. Ésta había vuelto a casarse unos pocos meses antes. Su nuevo marido mezclaba sonido para el cantante pop John Mayer; Maisie iba a conocerlo esa noche en una cena con un numeroso grupo de gente. Papá ofrecía un juicio por asesinato, mamá ofrecía *rock and roll*: mamá ganaba por un punto, o quizá por varios. No pasaba nada. Era la alternancia que se daba en la vida entre descontento y aceptación, imperfección y compromiso. Clark había rechazado ese ciclo y tendía al absolutismo. Él había ido detrás de otro programa: el triunfo. Esa noche volvería a cenar sopa salada, puré de patatas y pan. Había oído decir que no le importaba estar en prisión, que se había adaptado.

—¿Y bien?, ¿qué te ha parecido? —le pregunté a mi hija.

Yo ya podía ver el hotel más adelante, sus palmeras iluminadas, la cola de deportivos alemanes y descapotables esperando para ser aparcados. El juicio terminaría al cabo de unos pocos días, pero entonces yo tendría que recluirme para escribir y, posiblemente, buscar algún modo para hablar con Clark, sobre todo si terminaba entre rejas. Me pasaría semanas sin ver a mis hijos.

—Es sorprendente lo mucho que se parece a la televisión —dijo—. Es un poco más aburrido, pero ésa es la única diferencia. Además, creo que saldrá libre. Es todo demasiado circunstancial.

Se quitó la última goma del pelo y, con un movimiento de cabeza, agitó su lacia y larga melena, preparándose para su cena con la estrella de rock.

—¿Te caía bien, papá? —me preguntó.

Medité bien la respuesta. Creo que es algo que les debemos a los niños. Éstos lo analizan todo, para ellos el mundo es nuevo, y el esfuerzo que realizan debe ser correspondido.

—Sí —dije finalmente.

—¿Por qué?

—Era inteligente. Me gusta la gente inteligente. Además, tenía una forma de hablar que resultaba hipnótica. Te atraía, te sosegaba y te cautivaba.

—Tuviste suerte de que no te matara a ti también —dijo.

Luego se inclinó y me dio un beso en la mejilla sin apenas rozarla (lo

habitual últimamente: nada de contacto, sólo el gesto). A continuación, salió del coche y se dirigió hacia el hotel. Maggie y Charlie estaban esperándola en la entrada. Saludaron con la mano. Puede que la estuvieran saludando a ella, pero yo les devolví el saludo. En cualquier caso, no me pareció que se dieran cuenta. Estaban demasiado lejos.

13

Todos sabemos que no se puede predecir el futuro, pero, por ilógico que parezca, conocer a un viejo amigo a través de su juicio por asesinato revela una verdad no tan generalizada: tampoco se puede predecir el pasado. Éste puede cambiar en cualquier momento. Mientras Balian llamaba a sus últimos testigos y los periodistas hacían sus apuestas —anticipando que el jurado no alcanzaría un veredicto—, me di cuenta de que el camino de la vida se había bifurcado ante mí. Cuando nuevos descubrimientos desacreditan antiguas percepciones, los recuerdos subyacentes siguen existiendo, pero no en sus viejas ubicaciones, y uno se ve obligado a trazar un nuevo mapa en el que los puntos de referencia han cambiado de lugar. Uno creía saber dónde se encontraba, pero descubre que en realidad estaba perdido (y algún día puede que descubra que también lo está en el presente).

Esta inquietante idea terminó de consolidarse cuando uno de los vecinos de Clark en New Hampshire, un cultivador de arándanos llamado Christopher Kuzma, repitió una serie de historias que le había contado Clark y que en su momento yo me había tragado con la misma facilidad que él. La del laboratorio de propulsión de reacción en Canadá (a cuya existencia decidió otorgar credibilidad regalándole a Kuzma un parche de una misión del transbordador espacial y enviándole correos electrónicos con fotos de un satélite). La de dedicarse a la recolección de miel de abejas silvestres. La de poseer influyentes contactos en el gobierno británico. La mejor historia de Kuzma, sin embargo, era nueva para mí. Durante un viaje a Nueva York, mientras estaban visitando el Museo Metropolitano de Arte, Clark cogió su teléfono móvil delante de Kuzma y ordenó al museo que le devolviera varios cuadros valorados en millones de dólares que supuestamente había prestado a

la institución. Uno puede que fuera un Rothko, Kuzma no estaba seguro.

Con su última pregunta, Balian pretendía demostrar que Clark le había ocultado a Kuzma sus vínculos con California:

—¿Mencionó alguna vez el nombre de alguna otra ciudad de Estados Unidos con la que tuviera relación?

—Hum..., una vez dijo algo de Montana...

El chute de adrenalina me drenó de golpe los senos nasales. Había oído aquí y allá que a veces Clark se refería a un rancho que poseía en algún lugar. Según una fuente, este rancho se encontraba en Wyoming, cerca de una finca que pertenecía a Dick Cheney (quien le habría pedido a Clark que se casara con una de sus hijas y que se habría quedado hecho polvo cuando lo hizo con Sandy). Esta fuente dijo asimismo que Clark parecía conocer bastante bien el trabajo que se realizaba en un rancho, así como la maquinaria necesaria y los métodos de irrigación. Yo estaba seguro de que estos conocimientos los había adquirido de mí. Entre las pocas preguntas que Clark me hizo, hubo varias sobre la agricultura en el oeste. Recuerdo una que fue extremadamente específica:

—Has mencionado un vehículo todoterreno multiusos con el que transportas herramientas y suministros. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Un Gator —contesté—. Como «aligátor».

—¿Fabricado por?

—John Deere.

—Un Gator de John Deere. Excelente. Mañana me compraré uno para mi casa de Cornish. ¿Puede ir sobre el agua?

—¿Quieres decir por encima del eje? No sé si te entiendo.

—¿Se convierte en un aerodeslizador? —preguntó.

—Estás pensando en algo que creo que llaman *duck*.

—Un *duck*. Muy bien. También me compraré uno de éstos.

Era como una garrapata cerebral. Se metía en el pelo y se alimentaba de tu vida a través de un agujero en el cuero cabelludo. Montana. A tenor de su historial, si hubiera llegado a venir, lo primero que habría hecho habría sido pedir que se lo llamara por un nuevo nombre. «Seguridad. Privacidad. Seguro que me comprendes, Walter.» El nuevo nombre habría tenido un regusto a

fogata campestre del oeste a juego con un apellido que evocara su abolengo del este. ¿Buck Vanderbilt? ¿Slim Whitney? O quizá se habría hecho pasar por un Bush, un Bush perdido al que sus padres texanos habrían enviado lejos por haberle prendido fuego a su instituto o haber atropellado a un niño en el centro de Houston.

El interrogatorio de Bailey a Kuzma siguió la misma estrategia mordaz y sardónica que había utilizado en los anteriores y que no parecía funcionar muy bien con el jurado. Se burló del testigo por haberse dejado engatusar por Clark, sugiriendo que el testimonio estaba muy pagado de sí mismo. ¿Había visto alguna vez Kuzma el avión privado que Clark aseguraba tener a su disposición? No. ¿Había mencionado Clark a Kevin Costner? Sí.

—Me perdonará la crudeza —dijo Bailey, que ya se había perdonado a sí mismo por ello hacía mucho—, pero en cierto modo usted sabía que era un mentiroso redomado, ¿verdad?

—No.

Esta contestación me convenció de la honestidad de Kuzma. Igual que lo hizo la cándida respuesta que ofreció cuando Bailey le preguntó por qué solía «quedar» con el acusado.

—Porque era divertido —dijo Kuzma.

Yo habría contestado lo mismo. Estar con Clark era entretenido, y ahora todos sabíamos por qué: porque había algo de lo que quería distraernos, una tumba marcada con una «X» en nuestros nuevos mapas.

Vértigo. Esa sensación de caer mientras uno está quieto, la ilusión de estar quieto cuando uno se está cayendo. La referencia cinéfila relevante también era *Vértigo*, la historia de un hombre que se enamora de una mujer que no existe. Lo sentí más intensamente el día del testimonio de Kuzma, porque podría haber sido yo quien estuviera en el estrado contando algunas de las mismas historias y recordándole al combativo y literal Bailey que «verdadero» y «falso» no son las categorías más precisas para referirse a la vida fuera de la sala del tribunal. Más bien «animado» y «aburrido». «Excitante» y «agotador». «Intrigante» y «tedioso». No era de extrañar que los periodistas creyeran que el jurado no llegaría a ningún veredicto; no sólo las pruebas eran circunstanciales, también lo era el acusado. Éste era la suma de

las historias que había contado y las reacciones que éstas habían provocado. Para ser un asesino uno debe ser una persona, pero, más allá del pasaporte alemán que la policía había tenido la suerte de encontrar, en el caso de Clark no había pruebas consistentes de que realmente lo fuera.

Eché un vistazo a los miembros del jurado, a los que pronto se les pediría que emitieran un veredicto sobre alguien a quien los demás habíamos aceptado a pesar de todo, porque lo que nos importaba era nuestro divertimento, no la veracidad del tipo. Llevaban puesta la seria máscara del deber cívico, pero después de lo que habían oído esas últimas semanas (las aventuras de un baronet de cine negro; cómo tener éxito en los negocios sin existir realmente; el marido rural del espacio exterior), mi intuición me decía que ellos también habían encontrado entretenido a Clark.

La noche siguiente al alegato final de Balian, una apasionada revisión de las observaciones realizadas en la exposición inicial, que ofreció en su mayor parte desde detrás de la silla de Clark y que terminó con una potente muestra de desdén sarcástico supuestamente reprimido desde hacía mucho («Sí, he dicho que es un gran manipulador. Nunca he dicho que fuera un gran asesino»), alquilé una película que hacía tiempo que quería ver y que Clark debía de haber visto también. Su título: *A pleno sol*. Había sido realizada en 1960, un año antes de que naciera Christian Gerhartsreiter, y se trataba de la primera adaptación cinematográfica de la novela *El talento de Mr. Ripley*, de Patricia Highsmith.

En ella, Alain Delon interpreta al arribista de las mil caras que apuñala al rico Philippe Greenleaf (Dickie en la novela) mientras están navegando por el Mediterráneo. Luego arroja su cadáver al mar y, a partir de entonces, se hace pasar por él. Para esconder el crimen, imita la firma de su víctima en unas cartas redactadas con su máquina de escribir y las envía con matasellos de Italia a la familia Greenleaf (las postales supuestamente escritas por Linda Sohus y enviadas desde París después de su desaparición parecían ser el homenaje de Clark al ardid de Ripley). A eso le siguen muchas otras evasiones y maniobras, entre ellas el asesinato del camarada universitario fisgón de Greenleaf. Sin embargo, justo cuando Ripley cree encontrarse a salvo, el cadáver aparece de forma inesperada enredado en la cadena del ancla del yate y la farsa llega a su fin. No es así como termina el libro de Highsmith. En la novela, Ripley escapa y regresa en una secuela, *La máscara de Ripley*, casado con una mujer de posibles e implicado en un complot para falsificar la obra de un pintor que se ha suicidado.

Algunas personas matan por amor y otras por dinero. Con el tiempo, había acabado convenciéndome de que Clark, en cambio, lo había hecho por motivos literarios. Para formar parte de la literatura. Para vivir dentro de ella. Para ponerla a prueba del modo más directo posible. Éste no era un motivo que a la mayoría de los jurados pudiera parecerle inteligible, y cuando se lo expuse un día a Balian en el pasillo mientras él empujaba su carrito archivador en dirección a los ascensores, en su mirada no atisé la menor conformidad, y menos todavía comprensión. Lo entendí. Él iba en busca de una condena, no de una epifanía o de una interpretación literaria.

Pero yo ya tenía una: incluso como fraude, Clark era un fraude. Nunca había tenido una idea propia. No en lo relativo a hablar o a vestir. Tampoco acerca de la teleserie de ciencia ficción por la que debía obsesionarse, ni en los pasos que debía seguir para encubrir un asesinato. Era una persona absoluta e impecablemente derivativa. En el programa de televisión *Today*, el «aficionado a los coches familiares» habló de un viejo Ford «con paneles de falsa madera» y «faros escamoteables» que había utilizado durante esas vacaciones de infancia al monte Rushmore y otros lugares que no había visitado realmente pero que aseguraba recordar más claramente que su propio nombre. Después de que la grabación del programa fuera mostrada en el juicio, Ellen Sohus, la hermana de John, me reveló que en realidad Clark estaba describiendo el antiguo coche que su familia utilizaba cuando se iba de vacaciones (un modelo ciertamente reconocible). En cuanto a las dos teleseries con las que presumía de tener un vínculo —la versión de la década de 1980 de *Alfred Hitchcock presenta* y *Star Trek: La nueva generación*—, una era un refrito de pésima calidad y la otra una secuela (una de cuyas innovaciones era la «holocubierta», el generador de elaboradas realidades virtuales de la nave *Enterprise*). Incluso Snooks, el cariñoso nombre de su hija, se trataba de un préstamo: lo había tomado de la hija de una familia que había conocido en Connecticut.

En él todo era una imitación, un robo, una muestra; incluidos el corte de pelo que copió a los Chandler, el rancho que imaginó a partir del mío o los indicadores de la cultura *wasp* que —estoy seguro— descubrió en un superventas que llegó a las tiendas meses después de que él viniera a Estados

Unidos: *El manual oficial del pijo: la primera guía de las tradiciones, la idiosincrasia, la etiqueta, el código de vestimenta, la familia. Cómo ser realmente alguien de primera fila.* El subtítulo, que ocupaba toda la cubierta, era la chuleta estilística de Clark, al menos en lo referente a la selección del calzado y las camisas. «El elemento crucial: zapatos náuticos, mocasines, borlas. Puños de camisa obligatorios. La controversia de los calcetines [...]. Las virtudes del rosa y el verde.» Se vendía como un libro humorístico, pero Clark, cuya inmunidad a la ironía era, retrospectivamente, la clave diagnóstica que no percibí, nunca pilló la broma. Esto no llegó a perjudicarlo porque se movía entre los arrogantes miembros del objetivo de esa broma: la alta sociedad norteamericana, en sí misma una desesperada reproducción de la alta sociedad británica, una clase guerrera engalanada con el botín de sus conquistas. El último de los cuales, claro está (conseguido con la ayuda de sus aliados yanquis), había sido Alemania.

Enterrada bajo todas las imposturas se encontraba la vergüenza. Alemania había perdido. Pero a Clark le gustaba relacionarse con los vencedores. Sólo hay una capilla en toda Norteamérica (o en todo el mundo) con una vidriera dedicada al general George Patton. En ella, su imagen se encuentra de pie en la torreta de un tanque, rodeado por los nombres de los pueblos alemanes que capturó, y se trata de la capilla que Clark eligió en San Marino mientras utilizaba el apellido de un marinero británico que también había sido un héroe de la segunda guerra mundial.

Lebensraum, la palabra a la que Clark no podía resistirse, aunque podría haberlo delatado, significaba «espacio vital» y manifestaba el destino de uno. Hitler lo buscó, pero no lo consiguió. Clark, el imitador, retomó la campaña en Estados Unidos a una escala menor y tuvo éxito. Pronto comenzó a comportarse como si el lugar le perteneciera, y aprendió que este país respondía bien a ello. Clubes cerrados para la mayoría de nosotros le guardaban el paraguas mojado y contaban los cubitos de hielo de sus bebidas. Los restaurantes de los rascacielos lo conducían a mesas con mareantes vistas radiantes y titánicas. El arte norteamericano de posguerra colgaba seguro de sí mismo y colosal en las paredes de su casa. El apellido de Clark significaba «No pregunte y hágase a un lado». Era toda una empresa, toda una operación.

El problema era que lo había hecho todo de forma clandestina, con gestos prestados, lenguaje prestado, ropa prestada y tropos prestados. Eso quería decir que, a pesar de las apariencias, el verdadero Clark nunca había llegado a mostrarse realmente; a excepción del extraño *Lebensraum*, su auténtica personalidad ni siquiera había llegado a salir a la superficie. En cuanto se sumergió en el personaje que había comenzado a ensayar en casa de los Savio, su único avance posible había sido descendente, profundizando todavía más en la ocultación y la imitación. Y una ocultación más profunda requería secretos más profundos. Esta necesidad de secretos lo llevó inevitablemente al más profundo de todos (y, para cierto tipo de mente —la suya—, el más prestigioso): el asesinato.

Ahora bien, ¿de dónde podía tomar prestado un plan de asesinato?

Del mismo sitio del que había tomado prestadas la mayoría de las cosas: de los libros y las películas.

¿Y de dónde podía tomar prestadas a sus víctimas?

De la puerta de al lado, donde más adelante también tomaría prestado el té helado para su partida nocturna de Trivial Pursuit.

La película terminó a las dos de la madrugada. Al día siguiente tenía que estar en el tribunal a las nueve, lo que significaba que debía coger el coche a las siete. El jurado podía emitir su veredicto en cualquier momento, y el poderoso alegato final de la fiscalía había cambiado las apuestas entre los observadores del juicio y los había convencido de que el veredicto de culpabilidad estaba al caer.

—Se ha salido con la suya durante veintiocho años —les había dicho Balian a los miembros del jurado, cuyos rostros mantenían una expresión severa y resuelta—. Cree que es más inteligente que nadie. ¿Recuerdan lo que le dijo a Ed Savio cuando votó? Éste [Savio] le preguntó: «¿Cómo has votado? No tienes permiso de conducir». Y Clark contestó: «La gente es tan estúpida...». Clark piensa que la gente es estúpida.

Y así era. El juicio le había dado la razón a Clark, al menos en lo que respectaba a quienes lo habían conocido mejor: banqueros, corredores de Bolsa, profesionales con una licenciatura universitaria y varios escritores con obra publicada, entre los cuales me encontraba yo. Me tumbé en la cama junto

a la novela de Ripley abierta y el ordenador en el que había visto la película. Para enmascararse, Clark —un ser compuesto de tinta y celuloide que ahora me resultaba completamente transparente— había recurrido a mis propios referentes culturales. La familiaridad instantánea que había sentido con él —ese consumado inmigrante, ese inmigrante redomado— era la familiaridad que sentía con mi propia cultura. Claro que me había engañado. Claro que me había tenido bajo su hechizo. Se había dirigido a mí desde el interior de mi propia mente norteamericana.

Me encontraba en el limbo sin ventanas que era el pasillo de la novena planta esperando un veredicto que podía tardar días, comiendo Fritos y cotilleando con Frank Girardot mientras los abogados de Clark paseaban de un lado a otro hablando por sus teléfonos móviles, con el semblante enojado e ignorándose entre sí, como si ya hubieran concluido que el caso estaba perdido y hubieran intercambiado algunas amargas palabras acusatorias. Durante el juicio había llegado a conocerlos un poco más. Denner era el estratega frío y flemático que se mostraba desapasionado e imperturbable en la sala, pero alegremente desenfadado en el pasillo, donde siempre me recordaba que había ido a Yale y se burlaba de mí —ja, ja— por haber ido a Princeton. Sus insultos se basaban en casposos estereotipos que yo había dado por muertos cincuenta años atrás, pero que, al parecer, seguían vivos en la Nueva Inglaterra de Denner, ese exclusivo paraíso esnob que Clark había parodiado y finalmente humillado. Tenía la sensación de que defenderlo avergonzaba a Denner y, según los rumores, había insistido en alegar locura. Dudaba que perder le molestara, pero sospechaba que destrozaría a su colega. A Bailey, el letrado rimador de mandíbula prominente, el rostro le había ido cambiando literalmente de color durante el juicio y se había ido volviendo cada día más rojo. Su habitual «buenos días» al jurado era recibido con una desdeñosa sonrisa de suficiencia coral que parecía ominosamente uniforme. Ni una sola vez los miembros del jurado habían mostrado algún interés visible en sus insinuaciones sobre Linda, la supuestamente peligrosa entusiasta de Dragones y mazmorras.

El aviso a la prensa con una hora de antelación de que el jurado había

alcanzado un veredicto me llegó a través de una llamada telefónica de Girardot mientras estaba comiendo en un puesto de tacos de la avenida César Chávez, a unos tres kilómetros de los juzgados. Los hombres que me rodeaban, trabajadores que disfrutaban de su pausa para comer, me recordaban a los dos miembros latinos del jurado a los que había estado examinando durante el juicio: un tipo grande con sombrero y gafas de sol y otro más joven que se sentaba a su lado, igual de grande y musculado, y que a veces le hacía preguntas y parecía estar bajo su influencia. Había asumido que votarían lo mismo y, tras haberlos catalogado desde mi inexperiencia como personas hostiles a la autoridad, hasta hacía poco había supuesto que votarían a favor de la absolución del acusado. Unos días atrás, sin embargo, algo me hizo cambiar de opinión. Reparé en que el tipo de las gafas de sol, como siempre con un chicle en la boca, dirigía sus protegidos ojos hacia Clark, quien en ese momento estaba interpretando su papel de coinvestigador —el Sherlock acusado accidentalmente— y mantenía la mirada durante cinco, diez, quince segundos. Clark no se percató; estaba demasiado ocupado anotando algo, haciendo ver que clasificaba y analizaba las pistas. Dos mundos se habían encontrado, pero uno de ellos no había sido consciente de ello; el mundo para el cual el otro sólo existía como mera mano de obra sin rostro. Supe entonces lo que ocurriría y se lo dije a Girardot, que comprendía esa ciudad mejor que yo y al que no le pareció que hubiera llegado a la conclusión acertada.

El acusado entró en la sala, ocupó su asiento, cruzó los tobillos sin calcetines, enderezó los estrechos hombros y, afable y educadamente, levantó la mirada hacia el juez con una sonrisa ligeramente triste en la cual detecté una contenida seguridad en sí mismo; en el momento de la exoneración, las comisuras de los labios se volverían repentinamente hacia arriba para las cámaras, creando con ello unas atractivas imágenes televisivas. Denner se reclinó en su silla y posó la mirada en un invisible objeto abstracto que flotaba entre él y el taquígrafo mientras Bailey rodeaba los hombros de su cliente (a quien, según un tipo que solía merodear por el juzgado, una vez se había referido en el pasillo como «nuestro cabrón bávaro»).

Finales. Uno espera su llegada especulando y anticipando cómo serán, pero, a medida que se acercan, su magia va disminuyendo: al final no es más

que otro acontecimiento que tiene lugar dentro de una sala con el termostato colocado a cierta temperatura, las luces ajustadas a cierto brillo y, en las salas contiguas, gente a la que no le importa cuál pueda ser ese desenlace, preocupada como está por su propio final. Sentí pena por Clark cuando se leyó el veredicto y el tiempo no se ralentizó ni cambió de dirección, sino que se limitó a seguir avanzando cansinamente. Se había fabricado una vida de momentos cinematográficos, de víctimas sorprendidas, de huidas estresantes, de mayordomos que le daban la bienvenida a espléndidos salones, de llamadas telefónicas que no debían contestarse. Una vez, pocas semanas después del asesinato, un policía se presentó a la puerta de la casa de invitados, puede que antes de que Clark hubiera limpiado toda la sangre. Era una situación difícil. No había tiempo para pensar. Él, sin embargo, se superó a sí mismo. Abrió la puerta completamente desnudo, y cuando el agente le dijo que se vistiera, se declaró nudista, como si se resistiera a hacerle caso por razones religiosas. El aturullado policía se disculpó y dijo que volvería más tarde. Clark cerró la puerta y retomó la forma que adoptaba a puerta cerrada. Revelaciones, transiciones, fundidos en negro. Él controlaba la versión final de su película. Luego el estudio se la arrebató.

—Culpable.

Clark asintió.

Los alguaciles lo condujeron fuera de la sala. Al otro lado del pasillo, Ellen Sohus se levantó de su asiento y relajó su estricto perímetro de inviolable ensimismamiento y tormento para recibir felicitaciones y condolencias de parte de periodistas, abogados, asistentes y desconocidos. Balian corrió a dar una conferencia de prensa con movimientos involuntariamente elegantes y altaneros, como si hubiera intercambiado su alma con la de un poni blanco.

Los miembros del jurado se marcharon por su puerta privada de vuelta a su habitación cerrada. Más tarde, ese mismo día, hablé con algunos de ellos y descubrí que no les había costado alcanzar el veredicto; al parecer, lo de las bolsas de las librerías que envolvían el cráneo había sido decisivo. Una mujer de mediana edad que había estudiado detenidamente a Clark lo había visto hablando para sí y pensó que «tenía algún problema mental». El hombre del

bigote y las gafas, conductor de camiones, se burló de la estratagema de las postales parisinas y los demás trucos de Clark sugiriendo que ya los había visto antes, o al menos una versión de los mismos, tanto en la carretera como en su barrio.

—Uno se encuentra con gente así. No es tan raro —dijo—. Ser rico debe de estar bien (no tengo forma de saberlo), pero no te hace más inteligente.

Sentirse listo a expensas de Clark, una gratificación que pocos habían experimentado, era la emoción del momento. En cuanto la gente la hubo saboreado, comenzó a marcharse. La improvisada familia del juicio se desbandó. Los periodistas del *LA Times* cruzaron la plaza en dirección a las enormes oficinas que tenían en el centro, un edificio por delante del cual había pasado docenas de veces durante ese mes sin llegar a ver a nadie entrar o salir. El tremendamente entregado Balian (por quien mi hija se había derretido nada más verlo, y a quien yo imaginaba ostentando dentro de poco algún importante cargo municipal) se fue a ver el partido de béisbol de su hijo. Sin soltar el maletín de la mano, Denner le dio a Ellen Sohus un abrazo difícil de interpretar pero que parecía genuino. Yo me despedí de una embarazada productora de televisión alemana que salía de cuentas al día siguiente. Todavía no quería marcharme. Me sentía como un borracho al que le cierran el bar cuando aún le faltan unas pocas cervezas para estar ebrio. Había terminado una gigantesca formalidad, pero sólo para Clark, no para mí. Además, a mi alrededor había demasiada *Schadenfreude*,* y pegajosos residuos kármicos embargaban la atmósfera. De camino a la salida, se lo comenté a Girardot. Le dije que me sentía como si hubiera disfrutado de una lapidación y le pregunté si le apetecía ir a comer algo y charlar, pero no podía, estaba demasiado ocupado. Acababa de rodearse el cuello con una corbata y estaba a punto de hacerse el nudo para aparecer en un programa matutino de televisión. Los técnicos y el entrevistador permanecían a pocos metros, impacientes por comenzar a grabar.

—¿Por qué no vas a verlo? —me dijo.

Eso me dejó confundido. No entendía la pregunta. La imposibilidad de visitar a Clark era un hecho conocido. Denner se había mostrado inflexible: ni prensa, ni amigos. Se lo había pedido hacía un año y luego otra vez hacía un

mes, a una semana del inicio del juicio. No había habido manera.

—Acaban de condenarlo —indicó Girardot—. Ahora la cosa es distinta. Créeme, ya no le importa a nadie. Está completamente solo. Además, he oído que va a despedir a sus abogados. No pierdes nada por intentarlo.

Le dije a Girardot que lo llamaría a finales de esa semana, o quizá al día siguiente si él tenía tiempo, y que ya lo discutiríamos con más calma. Eso le hizo sonreír. Él provenía de un lugar en el que los periodistas no daban vueltas a los asuntos. Simplemente actuaban, se sumergían.

—Sólo tienes que presentar la solicitud por internet —dijo, y en cuanto lo hizo lo supe: interna y tristemente, pero con la entraña euforia que se siente al sacrificar el orgullo por la claridad, fui consciente de que durante el juicio no había aprendido nada de valor. Seguía siendo un riesgo para mí mismo y tenía la misma facilidad de siempre para sentirme intrigado y ser engatusado—. Has de hacerlo en la página de la Cárcel Central de Hombres, Departamento de Correcciones. Búscala en Google. Me apuesto lo que quieras a que, si lo deseas, podrás verlo incluso este fin de semana. Puedes hacerlo ahora mismo, con el móvil. Está todo en la red.

No había muchos hombres en la cola de entrada a la cárcel. En su mayoría se trataba de mujeres jóvenes. Había decenas y decenas de chicas, muchas de ellas con niños y bastantes con bebés. Me entraron ganas de decirles que salieran corriendo, y rápido, y de recordarles que acercarse al peligro era perverso. Los hombres a los que habían ido a ver no merecían la pena, especialmente si se trataba de novios y maridos. «Dejadlos mientras podáis», quería decirles. Pero ¿qué sabía yo? Mi cometido de esa mañana de domingo era algo meramente voluntario y experimental que sólo haría una vez. Sorprendentemente, mi indumentaria no era la adecuada. No sé si muchas mujeres venían de la iglesia, o pensaban ir luego, pero llevaban sus mejores galas. Yo, en cambio, vestía una camiseta. Pensaba que así no destacaría. No lo había pensado bien. Si uno está libre y visita una cárcel, no pretende integrarse, y, en cualquier caso, nadie lo está mirando.

El encuentro comenzó con cierto nerviosismo. Hacía varios años que no nos veíamos frente a frente y ahora lo tenía enmarcado en una ventana de cristal laminado o plástico, sentado junto a una larga hilera de hombres ataviados con la misma ropa ancha de color azul que les daba aspecto de celadores de hospital. Los pesados y pasados de moda teléfonos de baquelita beis que nos permitían conversar a través del cristal tardaron unos minutos en activarse, obligándonos a formular saludos inaudibles mientras nos mirábamos a tan escasa distancia que podía ver las irregularidades de color claro que salpicaban el iris de su ojo izquierdo. Esa proximidad resultaba incómodamente íntima, y la tentación de quedarse mirando fijamente era irresistible, de modo que decidí compensarla con una amplia sonrisa que me fue pareciendo más falsa y cruel a cada segundo que pasaba. Para que no

pareciera estática, no dejaba de mover los labios y las mejillas. Clark, por su parte, abordó el problema de otro modo. Ladeó la cabeza hasta adoptar un ángulo sumiso y se me quedó mirando fijamente con una expresión ensoñadora que al principio me pareció dulce y luego ligeramente aterradora. Ese *impasse* era cada vez más absurdo. Las superficies planas, curvas y los huecos de su rostro se volvieron abstractos, como si se tratara de un monolito de la Isla de Pascua a pequeña escala, mientras que mis esfuerzos por mantener significativa mi propia expresión me resultaban cada vez más animalescos y demenciales. O, peor, tenía la sensación de que estaba teniendo lugar una competición.

—Eres mi primer visitante —dijo cuando finalmente activaron los teléfonos.

Empezó con lo que ahora parecía una escalofriante cortesía y me preguntó por mis hijos. Luego, entre los prisioneros de las cabinas contiguas, pegó su pálida frente al cristal y me pidió ayuda para encontrar a un agente literario. Su nueva novela, escrita a lápiz mientras estaba encarcelado a la espera de juicio, tenía ochocientas mil palabras, me dijo, y cubría el período de la historia europea comprendido entre el final de la primera guerra mundial y la década de 1960. Me resumió el argumento. Me pareció aburrido, un monolito de insufrible pedantería nacido de una inconsciente voluntad de agresión para con sus lectores, quienesquiera que Clark imaginara que pudieran ser éstos. Le mentí y le dije que lo miraría. Él pareció creerme, lo cual me resultó curioso. Había oído decir en algún lugar que no se podía mentir a los mentirosos patológicos, pero pronto descubrí que lo contrario también era cierto: no sólo eran productores, sino también ávidos consumidores.

Había llegado con preguntas, infinitas preguntas, pero las dejé a un lado y preferí que comenzara contándome lo que quisiera. La rayada hoja de cristal parecía magnificar y aislar su cuerpo, convirtiéndolo en un espécimen en exposición y sacando de mí al viejo investigador. La prisión, dijo, lo había liberado finalmente como escritor, tanto por obligarlo a escribir a mano (pues había concluido que «la interferencia de la pantalla y el teclado» constreñía su imaginación) como por minimizar las interrupciones. Me dijo que, en particular, le gustaba componer sonetos, tanto petrarquistas como isabelinos, y

luego me preguntó si podía enviarle algún libro sobre su estructura o, en caso de que un libro fuera demasiado caro, si podía imprimirle un artículo de internet. Le prometí un libro.

Eso pareció infundirle energía. Colocó las manos debajo de la barbilla y se me quedó mirando directamente; las patas de gallo que había alrededor de sus ojos de bordes rosados parecían estar recubiertas de un fino polvo negro u hollín. Me preguntó si conocía «un buen volumen de las obras completas de Shakespeare en edición de bolsillo». Le contesté que en ese momento no se me ocurría ninguno, pero que lo miraría. «Eso sería maravilloso, Walter», me dijo. Y entonces, como si fuera una criatura de un cuento de hadas, su expresión cambió. Se suavizó y se desdibujó como si estuviera iluminada por la luz de una vela, pasando a ser el rostro de un buen chico alemán en Navidad. «De verdad —añadió—, te estaría extremadamente agradecido.»

Finalmente, volví de mi trance. Me ayudó el hecho de que la pierna izquierda se me hubiera dormido; debía de estar sentado en tensión. Dos puestos más allá, una adolescente había alzado a su bebé gritón y lo había pegado al cristal, inclinándolo ligeramente al estilo de las salas de maternidad de los hospitales. La había visto antes en el quiosco de la sala de espera, transfiriendo fondos a un recluso con su tarjeta de crédito. Ahora lo comprendía: los muros de la cárcel no son sólidos, sino penetrables mediante la persuasión y la atracción. Éstas los atraviesan como si fueran rayos gamma. Los reclusos apuntan su voluntad hacia el mundo, ajustando la intensidad y la longitud de onda y afinando el dial hasta que obtienen resultados.

El suave y reluciente rostro que Clark había sacado de la nada debía de haber funcionado anteriormente con alguien. Cuándo y con quién, no lo sabía. Decidí que no le enviaría los libros. Ni hablar. Era necesario poner coto a su magia, o ésta podía extenderse.

Había llegado el momento de hacer preguntas. Comencé con la más general: ¿por qué se había pasado la vida engañando a la gente y por qué alguien debería creer lo ahora?

—Considérame un drogadicto —dijo—. Un drogadicto que se ha rehabilitado. No literalmente, claro está: ni siquiera bebo café. Pero ocultar y mentir es lo que hacen los adictos.

Su respuesta parecía confeccionada a la medida de su público; es decir, yo, el alcohólico abstemio, y no pude sino admirar lo rápido que se le había ocurrido. Ni una pausa, ni un tic, y sin dejar de mantener el contacto visual mientras la pronunciaba. ¿En qué dimensión paralela y acelerada realizaba sus cálculos y cómo podía enviarlos tan rápidamente de vuelta a ésta?

A continuación le pregunté por sus cuadros, su fabulosa colección de Motherwell y Rothko.

—Falsificaciones —respondió—. Todos esos cuadros eran falsificaciones, Walter. Pero muy buenas.

Y entonces me dio el nombre del tipo que, según él, había insistido para que se los quedara, creyendo que el hecho de que estuvieran en posesión de un Rockefeller les proporcionaría un «pedigrí» que le permitiría venderlos como auténticos. Me dijo asimismo que actualmente ese tipo estaba viviendo en Perú y que se habían conocido en «un cóctel sobre los antiguos maestros». Luego metió la mano en un pliegue oculto de su ropa azul y sacó un trozo de papel —pequeño, la esquina doblada de una página— y un lápiz tan minúsculo que apenas podía sujetarlo. Escribió el nombre del tipo y lo sujetó contra el cristal, un truco para evitar los teléfonos (ya que, según me había confiado antes, estaban pinchados). Como me habían prohibido llevar un cuaderno, tuve que memorizar el nombre, y no pude evitar preguntarme por qué Clark estaba tan interesado en que yo lo tuviera. ¿Acaso quería que me pusiera en contacto con él? Ladeé la cabeza, invitándolo a que me lo explicara (en código si era necesario).

En vez de eso me hizo otra petición. Los cuadros, así como el resto de sus posesiones —en particular, algunos «muebles antiguos muy buenos» y «todos los dibujos de Snooks»—, habían sido almacenados, me dijo, en un guardamuebles de Baltimore cuyo alquiler ya no podía permitirse. ¿Sería tan amable de guardárselos en Montana mientras él presentaba una apelación? No me costaría nada; algunas de las antigüedades se subastarían pronto y con las ganancias me lo reembolsaría. Si quería, también podía vender los cuadros. En sí mismos no valían nada, dijo, pero tal vez su estatus de «Clarks Rockefellers» (dijo estas palabras en una entonación normal, sin ironía) los volvía atractivos para un cierto tipo de comprador. Podía obtener dos mil

dólares por cada uno. O podía guardarlos. La decisión era mía. Lo principal eran los pequeños dibujos de Snooks. Y sus juguetes. ¿Lo pensaría?

Le dije que lo haría. Estaba siguiéndole la corriente; toda la idea me resultaba indignante y demencial. Aunque puede que apropiadamente demencial. Un Rothko falso podía ser un buen souvenir de nuestra relación. Podía colgarlo en mi despacho, sobre mi escritorio, como un tótem o un trofeo: sería un buen tema de conversación. Había muchas formas de pasar página, la mayoría de ellas ilusorias, pero ésta podía ser la extraña excepción. La idea, de nuevo, me parecía cada vez más atractiva. Tuve que ponerle freno.

Había perdido la noción del tiempo. Sólo nos quedaban treinta minutos y aún no le había preguntado por el asesinato. No parecía tener mucho sentido. De camino a la cárcel, había fantaseado con obtener una confesión —¡paren las rotativas!—, pero ahora eso parecía poco probable: Clark todavía estaba representando al hombre al que yo había conocido, un miembro aristocrático de The Lotos Club, bruscamente sustituido. Además, yo era tímido. Nunca le había hecho una pregunta así a nadie, y no estaba seguro de que pudiera formar las palabras necesarias. Eso me molestaba. Me parecía una cobardía y una debilidad. Pero lo peor era que, si no se lo preguntaba, Clark percibiría mi debilidad y podría aprovecharse de ella a nivel psíquico, o incluso físico. Antes de esa visita, una posibilidad como ésa me habría parecido absurda —un asalto astral llevado a cabo a través del éter—, pero ahora que estábamos cara a cara, lo suficientemente cerca para producir electricidad estática, estaba preocupado. Me había equivocado al ir a verlo. Yo no era materialista: mi fe en las particiones de cristal no era suficientemente fuerte. Les eché la culpa a los años que había pasado en el mormonismo, una fantasmal secta en la que abunda el folclore sobrenatural —planchas de oro traducidas mediante clarividencia, plagas de grillos erradicadas mediante rezos—, pero también a la reciente muerte de mi madre, que había abierto agujeros en mi realidad. Desde que la había perdido había visto una inusual cantidad de cuervos, pájaros mensajeros que aparecían en momentos dignos de Poe (cuando estaba solo pensando en ella, por ejemplo). Simbólicas ruedas con radios seguían girando asimismo en canciones, poemas y arte. Parecían versiones de la rueda medicinal de Bighorn, un antiguo altar de rocas construido por los nativos

americanos que se encuentra en una montaña de Wyoming y adonde me dirigía cuando recibí la noticia de que mi madre se había desplomado.

—Háblame del asesinato.

Ya está. Lo había hecho. Le había enseñado al diablo de lo que era capaz.

—Oh, eso —dijo Clark—. Bueno, no puedo contar mucho. Soy inocente. No fui yo. Verás, a ese jurado nunca le caí muy bien. Me habrían declarado culpable de cualquier cosa. El asesinato de Kennedy. Cualquier cosa. Ha sido todo una equivocación. Tendrán que anular el veredicto. Estoy completamente seguro de que lo harán.

—Entonces, ¿quién mató a John Sohus?

Volvió a sacar el lápiz secreto. No lo utilizó de inmediato. Primero, denigró a sus abogados. En particular a Denner, de quien dijo que era demasiado viejo y frágil para ejercer la abogacía. Luego bajó el volumen de voz como si conspirara y se inclinó hacia el cristal.

—Puede que sufriera una apoplejía durante el juicio.

La acusación era horrible y patentemente falsa, y el acto mismo de realizarla le dejó una desagradable mueca en la boca. Su siguiente blanco fue Linda Sohus. Según Clark, ella había matado a su marido y había huido del país, probablemente a México.

—Hemos encontrado algunas pistas —dijo. Primera persona del plural. Tenía sentido. Había muchas personalidades compartiendo su cráneo. El psicótico «nosotros».

Comenzó a escribir. Otra vez en mayúsculas, como si fuera una nota de rescate. Luego sostuvo en alto el papel para que pudiera leerlo: «Bruja ocultista».

Dije las palabras en voz alta, a través del teléfono pinchado. Se suponía que no debía hacerlo, y por eso mismo lo hice.

—Se te da muy bien conjeturar —dijo—. De eso se trataba.

Nos habíamos quedado sin drama, pero no sin tiempo: los minutos debían de haberse subdividido. Clark lo utilizó a su favor, dejó de lado las bajas e inició una transición hacia un final menos desagradable hablando de su esperanza en una apelación y de la posibilidad de que volviera a ver a su hija. Le había escrito una carta cada día, me dijo. No las había enviado, pero algún

día su pequeña las recibiría todas. Quizá pronto. El juicio había sido una farsa. El veredicto sería anulado.

—Entonces, ¿todo esto es temporal? —Hice un gesto con la mano señalando a mi alrededor.

—Absolutamente —aseguró—. Un inconveniente menor.

Yo todavía tenía otra pregunta, una pregunta de escritor, imprecisa y difícil de formular pero esencial, creía yo, si conseguía articularla debidamente.

—Siento curiosidad por cómo ves a la gente —dije—. Por lo que tu carrera..., es decir, tu vida..., ya sabes, el hecho de haber conseguido desenvolverte como impostor, te ha enseñado acerca de...

—¿De qué?

—De la naturaleza humana, supongo.

—La verdad es que no te entiendo.

—Lo estoy formulando de un modo demasiado complicado. ¿Qué es lo que buscas en las personas? ¿Cuál es la clave? Me refiero a la clave para manipular a la gente.

Casi se rio.

—Demasiado fácil. Eso es demasiado fácil. —Y luego se calló y exhaló un largo y aburrido suspiro. Estaba haciéndose de rogar.

—Está bien. Pero quiero oírlo de boca del experto.

Esto le gustó. Se le volvieron a iluminar las pupilas.

—Creo que ya lo sabes —dijo.

—Pero te lo estoy preguntando a ti.

—Vanidad, vanidad, vanidad —respondió.

Pero la cosa todavía no había terminado. No podía permitir que lo hiciera. Hablamos sobre la vida en la cárcel. Le pregunté por la comida. Me dijo que el truco era insistir en comer *kosher*. Al final, justo antes de que los teléfonos se apagaran —todavía no sé cómo calculó el tiempo que quedaba, pero lo hizo—, me dio las gracias por haber ido a verlo y me preguntó cuándo volvería.

Él sabía mejor que yo lo que haría a continuación, no porque me comprendiera a un nivel personal —una presuntuosa creencia reflexiva que se había convertido en el origen de todo el hechizo—, sino porque me veía de un modo mecánico, impersonal, como una mente obsesionada con su propia energía.

Desde un punto de vista puramente epistemológico, implicarse en la vida de un gran mentiroso —cuando uno ya sabe que lo es— y esperar que éste le diga la verdad es como zambullirse en un remolino a través de un espejo. En el pasado, Clark me había dejado meramente desorientado y convencido de que era alguien que no era, pero ahora que era consciente de que tal vez intentaba engatusarme, podía llegar a resultar exasperante. El 19 de abril, la noche posterior a nuestra conversación en la cárcel, tecleé el nombre que me había dado —el supuesto marchante de arte que le habría proporcionado las pinturas falsas— y «Perú», el país en el que hipotéticamente residía el tipo. Encontré un buen número de noticias en español fechadas en 2012 sobre un expatriado canadiense que había sido acusado de secuestrar a su hija pequeña después de obligar a la madre de la niña a firmar una especie de documento o contrato. De inmediato pensé en el asqueroso plan de Clark para engendrar niños en el Tercer Mundo. Me había dicho que tenía un socio, y todo indicaba que se trataba de ese tipo. En un fragmento de un noticiario peruano, la madre de la niña desaparecida vinculaba explícitamente al hombre canadiense con Clark, de quien dijo saber que era un asesino y al que temía. Recuerdo que, cuando secuestró a Snooks, Clark había avisado a ciertas personas de su futura ausencia diciéndoles que quizá visitaría Perú. ¿Tal vez para encontrarse con el canadiense? Eso parecía ahora. Una de las razones por las que internet fomenta las teorías de la conspiración es que su sistema de ramificaciones y

túneles entrecruzados siguen el mismo funcionamiento que el razonamiento paranoico y, una vez dentro de este laberinto de sombras, uno se encuentra a sí mismo persiguiendo elusivos reflejos de luz que se van alejando tan rápido como puede uno ir detrás de ellos. Cuando añadí a mi búsqueda las palabras «falso» y «Rothko», descubrí que había en curso una investigación federal centrada en la galería Knoedler de Nueva York. Este establecimiento había cerrado sus puertas después de que varios coleccionistas de arte la demandaran por la venta de cuadros falsos (cuyo valor total ascendía a los ochenta millones de dólares). Se trataba de falsificaciones de los mismos expresionistas abstractos cuyas obras yo había visto colgando de las paredes del apartamento de Clark. Según las noticias de *The New York Times*, *Vanity Fair* y otras publicaciones, la galería había comprado los cuadros ilícitamente por una fracción de su valor a una mujer, Glafira Rosales, que aseguraba que procedían de un tal señor X, heredero secreto de una importante fortuna familiar. Pensé inmediatamente en Clark. Profundizando un poco más, me topé con un pasaje de *The Man in the Rockefeller Suit*, de Mark Seal, un fascinante libro de 2011 sobre la vida y las proezas de Clark en el que se decía que frecuentaba la galería, a menudo fingiendo que estaba interesado en comprar algún cuadro. El marchante canadiense también aparecía, identificado como un amigo de Clark, pero el escándalo de las falsificaciones no se mencionaba, probablemente porque todavía no había estallado.

La hora de investigación que me había llevado a ese punto dio paso a días de frenética averiguación en los que me dediqué a comparar la cronología del fraude artístico con los movimientos de Clark durante el mismo período. Los cuadros falsos comenzaron a aparecer en el mercado a principios de la década de 1990, poco después de que Clark se casara con Sandy y ascendiera en la escala social de Nueva York. Por lo que pude averiguar, los cuadros dejaron de llegar a Knoedler más o menos cuando Clark estaba preparando la identidad de Chip Smith y se disponía a desaparecer con Snooks. Sin embargo, lo más comprometedor, a mi parecer, era algo que el padre de Sandy, William Boss, me había dicho en un almuerzo que habíamos mantenido durante el juicio. Una de las primeras veces que vio a su futuro yerno, éste le hizo una pregunta peculiar: ¿cómo podía alguien vender un Rothko? Boss recordaba lo

extrañado que se había sentido y que no había sabido qué contestarle. Sabía muy poco sobre arte moderno y, desde luego, no estaba interesado en comprar ningún Rothko.

Sólo con darme el nombre del marchante y sugerirme que estaba implicado en un negocio turbio, Clark me introdujo en un laberinto reminisciente de la aventura casi mortal que había vivido la víspera de Navidad del año anterior. Regresaba en coche a Montana por la frontera sur con Idaho, después de una estancia de dos semanas en California, cuando me di cuenta de que en casa no tenía árbol de Navidad. Se me ocurrió entonces que podría talar uno en el bosque. Era casi medianoche, la carretera estaba desierta, y en el coche llevaba un cuchillo de hoja larga y dentada con el que, en mi opinión, podría serrar la madera resinada. Aparqué en la cuneta y descendí por un terraplén hasta los árboles. Eran todos casi del mismo tamaño porque habían sido plantados por el Servicio Forestal para reemplazar los miles que habían muerto veinte años atrás por una plaga de escarabajos. Creyendo que la tarea me llevaría como mucho veinte minutos, dejé el sombrero y los mitones en el coche, a pesar de que hacía viento y la temperatura era inferior a cero grados.

Casi no consigo regresar al coche. No recuerdo el momento en que me perdí, pero sí el siguiente, cuando miré las largas e idénticas hileras de árboles dispuestos diagonalmente como tumbas de veteranos y me di cuenta de que ninguna dirección parecía más prometedora que las otras. Contuve el pánico y escogí un camino al azar que me llevó de vuelta al mismo lugar. Escogí entonces otro y me mantuve en él hasta que me topé con mis propias huellas en la nieve. Necesitaba otro plan, pero no tenía ninguno. Había dejado el teléfono en el coche y me estaba congelando. Empecé a pensar como una víctima de hipotermia. En mi mente se alternaban imágenes de muerte y confortables fantasías de calor hogareño. Imaginaba mi cuerpo azul y rígido, y al instante siguiente estaba cubriendo galletitas con azúcar glas de color rosa. Permanecí un rato en ese estado hasta que me salvó el casual sonido de la bocina de un camión que pasaba por la carretera. Descubrí que mi coche estaba a apenas cincuenta metros, oculto por los árboles.

De esa historia se podían extraer varias lecciones, tal vez demasiadas, y ninguna era de utilidad para perseguir el fraude artístico por los pasillos en

constante bifurcación de internet. En el juicio, los abogados de Clark habían planteado lo que yo consideraba una buena pregunta, y posiblemente la más incomprensible de todas: ¿por qué querría el fugitivo de un caso de homicidio utilizar un apellido tan notorio? ¡Nadie a quien se lo presentaran olvidaría mencionar que lo había conocido! Esa pregunta se exhibió como una prueba de su inocencia, pero yo la vi en cambio como una prueba de autosabotaje o de su tendencia a la arrogante desfachatez. Ahora había otra posible explicación. Su fabuloso nombre había otorgado credenciales a los cuadros falsos, y el mundo artístico le había devuelto el favor, otorgándole credenciales a él. ¿Había obtenido auténticos beneficios del trato? Yo tenía la sensación de que sí. ¿Adónde habían ido a parar, entonces? A Perú, quizá, antes de que él mismo viajara al país.

Algunas de estas teorías se las expuse a James Ellroy cuando finalmente nos encontramos para celebrar nuestra largamente pospuesta cena en un lugar del centro que él solía frecuentar, el Pacific Dining Car, una acogedora madriguera de reservados sombríos y comunicados ideal para mantener encuentros furtivos y conversaciones secretas sobre contratos. Ellroy ya estaba sentado cuando llegué. Como un príncipe de las propinas en medio de un personal agradecido, permanecía reclinado en la silla con sus largas piernas estiradas, su prominente cabeza calva y una camisa hawaiana por fuera de los pantalones. Un hombre de letras impecablemente autodidacta que parecía el rey de las finanzas de Tijuana. Los críticos lo comparaban con Raymond Chandler por una prosa sofisticada y brutal que preservaba, con fidelidad digna del Instituto Smithsonian, una música norteamericana en peligro de extinción: la de los insultos y los vituperios (fueran éstos raciales, sexuales o de cualquier otra índole). Lo que su escritura escondía, sin embargo, era la decorosa alma que poseía; unos meses atrás había acudido a él cual peregrino para embeberme de su erudición criminológica y su inteligencia literaria, y él me había recibido con caballerosa paciencia.

—Hoy, cuando hemos hablado por teléfono, me has dejado preocupado — dijo mientras se rascaba la nariz con su encorvado dedo meñique—. Parecías agitado.

Yo ya sabía su opinión sobre Clark: para él se trataba de un caso de

temperamento artístico desatado, sin otras restricciones que las de la honesta labor intelectual. Para Ellroy, ninguna fuerza era más destructiva. Manson y Hitler eran las cabezas visibles, pero por todas partes podían encontrarse ejemplos de menor importancia: pordioseros, drogadictos, pirados y degenerados que habían ido a Los Ángeles para actuar, escribir o interpretar, no lo habían conseguido, y se habían inventado mil y una excusas, convirtiéndolas casi en un credo, y se habían puesto a robar casas y a chulear a su chica, y una noche terminaban en Griffith Park arrojando el cadáver de alguien a quien habían dejado colgado o siendo arrojados por alguien de su calaña.

—Sé que está implicado en esa estafa de los cuadros falsos —dije—, pero no tengo ningún modo de demostrarlo.

—Déjalo estar —me aconsejó Ellroy—. Nunca lo conseguirás.

—Pero es perfecto. Él mismo es una falsificación.

—Muy bonito, pero déjalo estar. Es un camino que no lleva a ninguna parte.

—¿Cómo lo sabes?

—No dice la verdad.

Ellroy era un veterano en lo relativo a búsquedas infructuosas. Su madre había sido asesinada cuando él tenía diez años. La habían estrangulado una noche que había salido a tomar algo por los bares de El Monte, California, una ciudad de clase trabajadora en el valle de San Gabriel que él me había descrito como «Villamierda». En 1996, Ellroy publicó unas memorias, *Mis rincones oscuros*, sobre su fútil intento de resolver el crimen décadas después de que el caso hubiera sido cerrado. Los nuevos indicios y las pistas que reunió con la ayuda de un detective retirado fueron como la colmena del árbol hueco: atractivos pero insustanciales.

Durante los entrantes, Ellroy me estuvo explicando historias sobre la ciudad de Los Ángeles. Luego el camarero nos trajo los filetes asados: dos enormes cortes de ternera de primera calidad servidos en un plato blanco sin acompañamiento.

—Iré a verlo otra vez a la cárcel —dije—. Puede que sea una tontería, pero quiero que me cuente más cosas.

—¿Más pérfidas tonterías de timador psicópata? —Elroy era un tipo honrado fuera de lo común. Su apodo era «Perro», pero su pasión era Beethoven.

—Más cosas con las que trabajar —repuse—. Todavía no estoy satisfecho.

—Precisamente ése es tu problema, colega.

—¿La curiosidad?

—Querer más. Quieres más de lo que hay.

Clark rebosaba de mentiras cuando lo vi dos semanas después. Le salían de la boca como si hubieran sido encerradas ahí dentro y se alegraran de tener la oportunidad de estirar las piernas. La primera que contó describía los orígenes de su supuesto laboratorio de investigación canadiense, el Jet Propulsion Physics, un lugar que ostentaba un ominoso parecido con el Laboratorio de Propulsión de Reacción de Pasadena en el que trabajaba John Sohus cuando fue asesinado. Clark negó que hubiera ninguna relación. Según dijo, la cosa había ido así: estaba escribiendo una novela sobre un hombre misterioso, Rex Bradley (un «aventurero a lo Thomas Crown. No un ladrón, sino una persona con recursos propios»), y quería darle una profesión al personaje. Le planteó la cuestión a Sandra y a ésta se le ocurrió lo de que fuera científico de cohetes. Luego Clark se inventó una página web para la empresa de Bradley «con la intención de explorar ideas narrativas» y, por alguna razón, la página cruzó una frontera metafísica y pasó a ser, al menos en la mente de otros, la de un auténtico contratista del Departamento de Defensa.

Yo había ido a hablar con él de los cuadros falsificados, pero ya que estábamos con el tema del asesinato, le pregunté por qué dejó California ese verano, tan repentinamente, y en la camioneta de la víctima.

—¿Por qué deja nadie Los Ángeles? —dijo.

Y contestó a su propia pregunta con una historia sobre un deprimente encuentro con Robert Wise, el director de *West Side Story*, *Sonrisas y lágrimas* y *Nacido para matar*. Clark le había enviado a Wise una pila de guiones que había escrito y Wise se los devolvió en persona mientras tomaban un café y le dio un consejo brutalmente honesto: «Tienes oficio, pero no

talento». Clark supo que tenía razón y al poco dejó la ciudad.

Le pregunté sobre qué trataban los guiones. Él vaciló, aunque no durante tanto tiempo como lo habría hecho un mentiroso normal, y enmascaró la pausa con una expresión de exasperación, sugiriendo que la pregunta era impertinente. Me dijo que los guiones eran adaptaciones de *El final del desfile*, de Ford Maddox Ford, una tetralogía de novelas sobre el declive de la aristocracia inglesa después de la primera guerra mundial. Yo le dije que me parecía mucha casualidad que una versión de las novelas producida por la BBC acabara de emitirse en la televisión norteamericana.

—¿De verdad? —respondió Clark, y su expresión se volvió indeterminada.

—Nunca hablamos de cine negro —le dije, adoptando un tono más enérgico y asertivo con el que pretendía indicarle que yo era un hombre libre que podía escoger adónde ir y que estaba allí para aclarar ciertas cuestiones, no para disfrutar de sus recuerdos improvisados—. ¿Has pensado alguna vez que parte de tu problema puede deberse a tu atracción por un género tan mórbido?

—Nunca me ha gustado el cine negro —me contestó—. No sé de dónde has sacado esa idea.

—Del juicio —dije—. Surgió con frecuencia.

—Prefiero los musicales. *Cantando bajo la lluvia*, *Siempre hace buen tiempo...* Cosas así.

—¿Has leído los libros de Ripley de Patricia Highsmith?

—¿Cuáles? Lo siento —tartamudeó—, nunca he oído hablar de ellos.

Lo había presionado demasiado. Decidí dar marcha atrás y me puse a hablar de temas triviales con la esperanza de que volviera a sentirse cómodo. Por alguna razón, eso lo condujo a expresar su opinión acerca del «terrible» atentado del maratón de Boston que había tenido lugar la semana anterior. Según me dijo, el lugar de las explosiones no quedaba lejos de uno de los establecimientos que solía frecuentar, una cafetería en la que él y varios de sus amigos celebraban las reuniones de un grupo de discusión cultural llamado «Café Society». Añadió que el atentado, sin embargo, había tenido un lado bueno: había oído que en Boston había desplazado su condena por asesinato

como tema de conversación.

—Busqué el nombre de ese marchante que me diste. Me abrió las puertas a todo un misterio.

—¿Ah, sí? —dijo.

Me miró fijamente desde el otro lado del cristal divisorio y pareció desvanecerse. Fue como si se retrajera sutilmente en su interior para camuflar el regocijo que sentía por haberme hecho caer en la trampa una vez más. No me dijo nada útil sobre el timo de los cuadros. Esquivó o desvió todas mis preguntas, limitándose a comentar trivialidades sobre el arte en general. El tema acabó desinflándose y la visita se me fue de las manos. Cuando quise darme cuenta, estábamos hablando sobre té. Me dijo que su alias de Chichester, el que había utilizado en San Marino mientras vivía en la propiedad de los Sohus, era una estrategia de marketing que se había inventado para darle un toque británico a una pequeña empresa de venta de té cuyos clientes eran «iglesias y organizaciones de veteranos de guerra». Compraba el té al por mayor y lo etiquetaba como Chichester para que pareciera el producto de una empresa familiar del Viejo Mundo. La demanda era cíclica, dijo, y alcanzaba su punto más alto los meses posteriores a Navidad, cuando las iglesias contaban con abundantes fondos gracias a las donaciones recibidas durante las fiestas y compraban el suministro de té de todo el año en una gran transacción única. Ésta era otra razón, dijo, por la que no podría haber matado a John Sohus a principios de febrero de 1985: la temporada de venta de té estaba en su apogeo. Estaba viajando por todo el estado para servir a sus clientes, la mayoría de los cuales se encontraban cerca de San Francisco, a cientos de kilómetros de San Marino.

—¿Tienes registros de ventas, quizá? ¿Recibos de hoteles?

—Solía dormir en el coche. Hace mucho tiempo. Se trataba de algo muy informal —dijo—. También me dedicaba a escribir trabajos de final de semestre para estudiantes universitarios. A eso era a lo que más tiempo dedicaba. En su mayoría eran iraníes.

Los teléfonos fueron silenciados por quienquiera que los controlara, o puede que funcionaran con temporizador. Ambos entornamos los ojos y regañamos en broma a los auriculares, expresando gestualmente lo disgustados

que nos sentíamos por los dictatoriales protocolos de la cárcel y sus castrantes insultos y menosprecios. Con el índice, Clark señaló mi pecho y luego el suyo, la señal de «volvamos a vernos». Yo me encogí de hombros mientras asentía, una combinación intencionalmente ambigua. Luego, siguiendo las órdenes de una figura que no podía ver, Clark dio media vuelta y se marchó por una ruta predeterminada, uniéndose a los demás reclusos. Regresaban de vuelta a sus quehaceres penosos y vergonzosos, a sus espantosos retretes, a su asquerosa comida, a sus estrechísimas ventanas. En un momento dado, Clark me había dicho que lo que mantenía el lugar unido era el gran televisor que había en la sala común, normalmente sintonizado en un canal de deportes y siempre con mucho público. Él lo evitaba. Tampoco solía tomar parte en las ocasionales excursiones a la azotea, desde donde se podía disfrutar de una vista ciclорámica de avenidas bordeadas por palmeras, montañas, autopistas y aviones jumbo aterrizando y despegando. Me comentó que prefería no ver esas cosas hasta su liberación. Predecía que ese día se acercaba. Estaba redactando una petición de nulidad a la que dedicaba todas las horas posibles para perfeccionarla. Dijo que sería irresistiblemente persuasiva. En ella, expondría las mentiras de muchos testigos clave y señalaría que las pruebas legítimas en realidad demostraban precisamente lo opuesto de lo que Balian había asegurado. Alguien tenía que ir en busca de Linda Sohus, sorprenderla en su guarida y traerla de vuelta a rastras. No estaba muerta, se hallaba escondida en algún lugar. Tres meses después, en agosto, cuando dictaron su sentencia, Clark llegó a decirme incluso que la habían visto en las Carolinas, trabajando como moza de cuadra en un establo, posiblemente bajo el apellido «Schus». Habría sido un alias ingenioso: «Sohus», pero cambiando la «o» por una «c». Un alias burlón y revelador, dijo Clark. Si se decía en voz alta o se escribía con una «s» más al final, significaba «disparo» en alemán.

Todo el mundo sabía que a Clark le encantaban los puzles. Puede que a Linda también, pero ése, «Schus», parecía poco probable tratándose de una persona monolingüe que había abandonado los estudios en el instituto. Incluso suponiendo que no estuviera muerta —algo difícil de creer, pues, aparte de la «fuente» de Clark, nadie había sabido nada de ella en décadas—, eso indicaría que había recibido una educación fuera de lo común en ese establo

de caballos. El puzle más fascinante, sin embargo, era éste: ¿por qué Clark se había tomado la molestia? ¿Y por qué seguía haciéndolo? El juicio había terminado; su vida también. De acuerdo, había decidido no revelar la verdad, pero ¿por qué todos esos anagramas, nudos corredizos y *kabukis*? ¿Por qué todas esas sombras chinescas de gatos de Cheshire intentando atrapar sus propias colas? Me hice estas preguntas un atardecer en la playa, después de mi segunda visita a la cárcel en abril, mientras caminaba a lo largo de la espumosa línea de la marea dándole patadas a una empapada pelota de tenis amarilla que alguien había estado lanzando a un perro. Tanto mis propias mentiras como las que otros me contaban solían ser producciones más bien sencillas cuya intención era evitar o desactivar un conflicto. Pocas habían requerido ensayo alguno: las ideaba en el momento, a menudo con escasa maña o sutileza, y con frecuencia me pillaban de inmediato, o estaban elaboradas con tantos defectos que al final me retractaba, cansado de las reparaciones que requerían. Las únicas mentiras que me habían proporcionado algún placer (si bien leve) eran aquellas que corregían o frustraban lo que percibía como una injusticia institucional.

Pero, al parecer, Clark mentía por mentir; del mismo modo que los pájaros cantores trinan. O que los surferos, los serios de Malibú, surfean: remando salvajemente con las manos para llegar a las olas más grandes, y, una vez ahí, ponerse en pie sobre sus tablas y ejecutar sus trucos, esos largos y acuchilladores deslizamientos y salpicadores giros. ¿Qué más da si al final se estrellan? La cabalgada habrá merecido la pena. De hecho, si no lo hacen, no habrá sido una cabalgada decente. Clark, en la época en que lo conocí, con una esposa con un buen sueldo, sus obedientes mascotas y su impresionante Guggenheim privado, debía de saber que iba a pegarse un batacazo, debía de sentir a su espalda la cresta de la ola a punto de romper y arrastrarlo al fondo. «Pero aguanta, aguanta las sacudidas y los vaivenes: en eso consiste la diversión.» Y entonces, pum, catapum. «Ahora toca estabilizarse y volver a empezar.» La cárcel no era ni mucho menos el final para él. Ahí todavía podía entregarse a su pasión, maquinando en su celda y prevaricando en el comedor. Un ordenado escenario para un maestro de las mentiras. Durante nuestra cena, Ellroy me expuso una teoría sobre la psique de los condenados que me pareció

un poco demasiado impregnada en su bitter lemon, agua fría protestante. Los hombres como Clark, dijo, alcanzan un estado tal de ofuscación que inconscientemente buscan ser encarcelados para «limitar radicalmente sus opciones».

De todos los embustes que Clark me había contado, el que me habría gustado que me firmara si se hubiera tratado de un cuadro o un boceto tuvo lugar en 2002, cuando fui a verlo a Cornish, al final de una cena que no pagó. Después de darle a regañadientes mi tarjeta de crédito a la camarera, Clark me preguntó, como queriendo distraerme de la cuenta, si me gustaría ver una fotografía de su laboratorio de propulsión altamente secreto. Sacó entonces una foto en color de su americana y la dejó encima de la mesa, junto al pimentero. La instantánea parecía haber sido tomada desde un avión, y en ella se veía un denso follaje de copas de árboles verdes de hoja caduca. La cogí para verla más de cerca. Lo único que se podía ver, sin embargo, era vegetación. Ningún laboratorio. Agucé la mirada.

—Está ahí. Ahí mismo —dijo él—. Lo estás viendo. Está debajo de todos esos árboles.

Parte de lo que convertía esto en una historia californiana era que le daba la razón a la mística barata: cuando uno deja de buscar respuestas, éstas aparecen, aunque no las que creía relevantes, sino únicamente aquéllas por las que no sabía que debía preguntar y que al final son las que realmente importan, puesto que una vez que las tiene ya no necesita más. Quince años después de subir a mi camioneta para entregar un tullido perro de caza a un hombre que creía que era un Rockefeller, en gran medida porque esperaba ser amigo de uno, llegó a la puerta de mi casa un sobre repleto de revelaciones tardías. Procedía de la reverenda Mary Piper y de su marido, Harry, el heredero de la firma de corretaje, que habían dejado Montana unos pocos años antes y a quienes había visto por última vez en 1998, el caluroso día de julio en que recogí a *Shelby*, su querida perra Lázaro. Con la ayuda de cirujanos especializados, curanderos New Age y los rezos de su iglesia, los Piper prácticamente la habían resucitado de entre los muertos. Por aquel entonces, Mary era diácona y estaba a punto de ser ordenada sacerdote, y asistir animales sin hogar era un elemento central de su vocación. Un directivo de la protectora local la describió una vez en una revista como «la Madre Teresa de la acogida familiar».

Los Piper se habían puesto en contacto conmigo por teléfono después de leer mi artículo sobre el juicio de Clark en la revista *New Yorker*. Les pareció que podría estar interesado en examinar con detenimiento un archivo sobre *Shelby* que habían recopilado en 1998 y que habían guardado durante todos esos años. Se trataba de una especie de álbum de recortes de recuerdos en el que se incluían las docenas de correos electrónicos que habían intercambiado con Clark ese verano y que contaban la historia de la adopción de *Shelby*,

comenzando por la campaña que había realizado el supuesto Rockefeller para ganarse su confianza, retratándose a sí mismo como un atento amante de los animales. El archivo también contenía un segundo grupo de documentos: copias del «Informe *Shelby*», una serie de textos sin firmar que Clark había escrito en su característico estilo fantasioso y que había publicado en una página web para los aficionados a los setter escoceses. El primer texto estaba fechado el 19 de julio, un día después de que yo llevara a *Shelby* al aeropuerto de LaGuardia, y el último, el 3 de septiembre. En éste, Clark informaba a sus «lectores» (quienes para entonces debían de tratarse ya sólo de los Piper, si es que alguna vez habían llegado a existir más) de que suspendía el «Informe» y añadía que esperaba que la gente lo mantuviera en sus oraciones. Las razones para esta despedida melancólica y repentina no las explicaba, pero cualquiera que hubiera seguido el «Informe» ya sabía cuáles eran, y era improbable que alguna vez fuera a olvidarlas.

En primer lugar, estudié los correos electrónicos. Leídos con mirada escrutadora, contaban la historia de un arrogante depredador, un relamido tipo de sangre arácnida. Le imaginé encorvado sobre el teclado, cortejando y arrinconando hábilmente a dos desconocidos de perlada fe y optimismo mientras sorbía té inglés con leche e inhalaba los gases que emanaba su tinte rubio al secarse. Clark sabía cómo manipular a los Piper porque presumiblemente había leído y analizado «La historia de *Shelby*, un ángel entre nosotros», el cariñoso relato que había escrito Mary sobre la recuperación de la perra. Éste había aparecido en la página web del club de setters escoceses. Según los correos electrónicos de Clark, este relato había llegado a su conocimiento a través de un amigo suyo, Leslie Titmuss, un vendedor de antigüedades y piloto privado de Maine que también se había puesto en contacto con los Piper porque estaba interesado en adoptar a *Shelby*. Como Leslie había descubierto primero a la perra, «debía tener prioridad», escribió Clark, si bien luego se apresuraba a denigrar a su amigo describiéndolo como un tontaina imprudente: «El año pasado casi nos mata a todos en un vuelo de Maine a casa cuando otro avión que venía en dirección contraria pasó por encima a apenas cien metros. En el mismo viaje, también rebotó tres veces al aterrizar en Caldwell, Nueva Jersey, y luego volvió a

despegar para hacer otro rizo». Clark, en cambio, se presentaba a sí mismo como un tipo prudente y un poco veterinario de salón. Inundó la bandeja de entrada de la cuenta de correo de los Piper con extrañas recetas caninas de comida sana en las que predominaba la levadura de cerveza y el germen de trigo. También les ofrecía consejos acerca de los problemas de tiroides de *Shelby* («Procuren no excederse con la medicación [...]. Podrían probar incluso algas marinas en pastillas o en polvo») y les juraba solemnes votos de custodia en caso de que los Piper le confiaran a la perra. Prometía, por ejemplo, mantenerla a su lado a todas horas salvo cinco a la semana. Se la llevaría a trabajar con él a Asterisk LLC, su empresa financiera, y también de vacaciones. Durante esas pocas horas en las que no podrían estar juntos, la perra estaría a salvo con su «ama de llaves española».

Los Piper estaban encantados. ¿Cómo no iban a estarlo con alguien cuya sintonía con la forma de pensar y comportarse de los perros era tal que preguntaba cosas como: «¿Tiene *Shelby* las mismas tendencias manipulativas que *Yates*? Me refiero a las excelentes habilidades pedigüeñas que tienen todos los setters escoceses: esos profundos ojos marrones que parecen decir: “Un poco más de queso stilton, por favor”?». ¿Y cómo no les iba a encantar todavía más un dueño de perro tan magnánimo que permitía a *Yates* babear y lamer libremente su incomparable colección de arte moderno? En caso de que los Piper dudaran de esto, Clark los remitió a un animado artículo que había aparecido el año anterior en *ArtNews*. Su título era «Vivo retrato». Lo había escrito su esposa y Clark los urgió a que lo leyeran.

La correspondencia por correo electrónico, iniciada en junio, siguió adelante y, hacia julio, la adopción de *Shelby* por parte de Clark estaba prácticamente acordada. En él, los Piper habían encontrado, o creían haber encontrado, la figura que habían estado pidiendo en sus oraciones: el «alma gemela de *Shelby*». Clark parecía perfecto, inconcebiblemente perfecto, y, gracias a sus vivarachas y detalladas cartas, los Piper tenían una idea bastante completa de él: se trataba de un caballero cristiano, rico, simpático, nutricionalmente escrupuloso, informado en temas de naturopatía, flexiblemente organizado, estéticamente avanzado, cómicamente bobo y felizmente casado cuya otra religión eran los perros.

Pero entonces sucedió algo alarmante. Clark les contó una estrambótica historia que hizo saltar las alarmas de los Piper. La anécdota había tenido lugar en Houston unos pocos años antes, cuando supuestamente Clark dirigía una compañía petrolera y vivía con *Yates* en el hotel Four Seasons, que estaba situado, escribió, cerca de una zona pantanosa. Un día ventoso, el setter y su amo fueron a dar un paseo por la ensenada cenagosa y, por alguna razón, el perro se cayó al agua. Clark tiró de la correa —al parecer, larga— y consiguió devolverlo a tierra firme justo cuando «algo parecido a una serpiente» se acercaba rápidamente hacia ellos por el agua. Se trataba de un caimán joven.

El relato de Clark de ese peligroso incidente en el pantano dejó a Mary extremadamente inquieta. «Quizá debería haberle preguntado más por sus actividades extracurriculares —escribió en su respuesta—. Tendré que rehacer el formulario de adopción [...]. ¿Cuenta con veterinario? ¿Zona vallada? ¿Permite que el perro cace caimanes por diversión?» Expresó su preocupación en el club de setters escoceses y le preguntó a una mujer si podía responder por Clark. Ésta le dijo que en realidad no. Y he aquí por qué: unos pocos años antes, Clark, bajo otro nombre (una medida de privacidad, según él), había mostrado interés en una camada de cachorros y, según el dueño de éstos, había dicho «algunas cosas extrañas».

Los Piper se inquietaron todavía más, e intercambiaron algunos correos electrónicos con los amantes de los setters preguntándoles si debían hacerle a Clark «una visita en su casa» e inspeccionarlo de cerca. Era mediados de julio, y la conversación sobre la adopción iniciada semanas atrás se había encallado. Fue entonces cuando Leslie Titmuss, el hombre de Maine, que no había escrito a los Piper desde hacía tiempo, volvió a aparecer en escena. El anticuario y aviador les envió un correo electrónico confirmándoles oficialmente su pérdida de interés en *Shelby*. Al parecer, finalmente había decidido adoptar un perro más joven, un cachorro abandonado de Illinois. Tenía, sin embargo, dos amigos bajo cuyo techo *Shelby* seguro que viviría muy bien. Mary le preguntó si esas personas eran los Rockefeller. «Sí, son Clark y Sandy —contestó Titmuss—. No se me ocurren mejores dueños para su perro. Son unos auténticos fanáticos de los perros.» Esta encarecida recomendación revitalizó la confianza de los Piper en Clark. Y, al parecer, también fortaleció

la fe religiosa de Mary.

«Clark —escribió Mary ya sin recelos—: ha tenido lugar otro milagro, o intervención divina, como quiera llamarlo [...]. Anoche cenamos con Walter y Maggie Kirn, que estaban dispuestos a acompañarla al avión. La velada terminó con Walter ofreciéndose a llevarla en coche esta semana.»

El intercambio de correos electrónicos que yo había estado revisando, subrayando y comentando («Extraño», «¡Anda ya!», «Particularmente nauseabundo») permaneció varios días desperdigado sobre mi escritorio. Leslie Titmuss me molestaba. Su nombre me daba ganas de estornudar. También creía reconocer el nombre. Decidí buscarlo en internet (un procedimiento que últimamente me había proporcionado un suspense quizá excesivo). Entre los primeros resultados de la búsqueda, había uno de la página web literaria GoodReads. Se trataba del resumen breve de una novela, *Un paraíso inalcanzable*, del escritor inglés John Mortimer: «El clérigo ultraliberal Simeon Simcox, rector del pueblo de Rapstone Fanner, deja toda su fortuna a Leslie Titmuss, un arribista político conservador».

No llamé inmediatamente a los Piper, pues me sentía inclinado a tratarlos con cariño después de haber comprobado con qué crueldad lo había hecho Clark en 1998 sin que ellos fueran conscientes. El maleducado psicópata literario no sólo había jugado con ellos, sino que les había tomado el pelo, involucrándolos en un juego de mesa literario cuyas reglas, objetivos, personajes y temas —en particular, la estafa a un sacerdote llevada a cabo por un despiadado *tory*— habían sido decididos antes de que ellos se unieran al juego. No hacía falta que supieran que el último matrimonio en el que Clark había puesto su ojo mientras soñaba con una herencia *titmussiana* había sufrido la más dura de las separaciones permanentes: los restos del marido escondidos en el interior de unas bolsas de plástico agujereadas por las raíces de los árboles y, según las especulaciones de los detectives, la esposa arrojada por un despeñadero de la sinuosa carretera Angeles Crest, que une las afueras residenciales de Los Ángeles con las zonas semidesérticas que rodean Palmdale.

Yo había pasado por esa carretera un par de semanas antes, el día del largamente pospuesto funeral por John y Linda Sohus, que finalmente habían organizado sus familiares y amigos. El servicio se celebró en un parque que se encuentra a apenas tres kilómetros del lugar en el que comienza Angeles Crest. Cuando vi el nombre en un gran letrero tomé la repentina decisión de explorar la zona. En parte lo hice para no pensar en el funeral que empezaría al cabo de media hora. Sabía que me deprimiría. Los Sohus habían muerto hacía mucho tiempo y habían vivido unas vidas tan limitadas y mediocres que muy poca gente iría a recordarlos, pues muy pocos habían llegado siquiera a conocerlos en persona. Esperaba muchas sillas vacías. Y también sobras de tentempiés y ponche sin beber. Cuando llegué, comprobé que tenía razón. El único amigo de John que vi fue el coronel Rayermann, con su broche de *Star Trek*. Éste ofreció el elogio más triste y moderno que yo habría esperado oír. Versó acerca de toda la fantástica tecnología moderna, que, como *trekkie* fanático de la ciencia, a John le habría encantado, pero que por culpa de su asesinato nunca llegó a ver. El coronel mencionó el móvil plegable porque estaba basado en el «comunicador» de mano que aparecía en *Star Trek* (sobre una mesa, había colocado incluso una versión de juguete para que la gente lo mirara y lo toqueteara). A John le habría fascinado. Y también habría adorado el iPhone, por su poderosa capacidad de procesamiento y su pequeño tamaño. El coronel predijo (si es que ésta es la palabra adecuada para describir un futuro que no había existido) que John habría inventado muchas aplicaciones increíbles para ese móvil. Ese discurso hipotético tuvo en mí el efecto de un viaje temporal. En vez de imaginar a John utilizando los artilugios que existían hoy en día, imaginé el progreso tecnológico deteniéndose en el momento de su muerte en 1985. Imaginé, pues, que John sobrevivía pero que los teléfonos móviles, los portátiles, Google y todo lo demás nunca llegaba a nacer. Esta visión de un mundo apenas conectado me provocó una embriagadora sensación de paz y, durante un par de etéreos minutos, me pareció increíblemente real. Luego vino la parte siniestra: en los oscuros bosques que rodeaban el parque, un grupo de coyotes comenzaron a aullar. Sus lamentos, sus lloriqueos y sus ladridos primordiales parecían estar increíblemente cerca, y se oían más alto que la voz del coronel. De repente, mis nociones de curso histórico y

localización temporal simplemente se desbarataron. Puede que los coyotes tuvieran teléfonos móviles antes que nosotros. Puede que John se encontrara en una nave espacial. Puede que Clark fuera el diablo de la Biblia. Puede que éste fuera el estado en el que se encontrara California después de que las placas tectónicas la hicieran pedazos como una galletita salada y todo el mundo suspirara, dijera «al fin» y se despeñara por las fisuras mientras de sus bolsillos caían sus artilugios y sus carteras.

Pero antes de dejarme llevar por este ensueño, pasé por la carretera Angeles Crest y, mientras la recorría, estuve pendiente de la primera curva con escaso tráfico, el primer apartadero en el que un hombre con un cadáver en el suelo de la camioneta pudiera sentirse a salvo dando marcha atrás hasta el barranco y arrojando su flácido cargamento cuesta abajo, hacia las yucas de puntiagudas hojas y quebradizos y restallantes chaparrales. A cinco o seis kilómetros de distancia se alzaban las neblinosas columnas de las torres del centro de la ciudad, visibles a través de los desfiladeros de las colinas marrones, y comencé a ver a un lado de la carretera pruebas de esa desidiosa y mezquina vena que se apodera de la gente —no sólo de la mala— cuando se siente a salvo de miradas en lugares que aparentemente no pertenecen a nadie. En la cuneta había bolsas de pañales rotas con el contenido desparramado, latas de cerveza vacías, montones de ropa vieja, un monitor de ordenador estropeado y de cuya pantalla sólo quedaban unos pocos pedacitos rotos de cristal ahumado. Todos hemos sentido en algún momento la tentación de arrojar una lata, el envoltorio de poliestireno de una hamburguesa o una colilla de cigarrillo al gran vacío sin consecuencias. Ojos que no ven, corazón que no siente. Pero tenía la sensación de que, en el caso de Clark, esa infantil convicción de que una acción sin testigos no cuenta era la directriz principal. Para él, esconder algo bajo tierra significaba que desaparecía. Hacerlo detrás de una puerta o de una pared, que no existía. Dos mentiras claramente contradictorias contadas a dos personas distintas pasaban a ser afirmaciones igualmente autoritativas. Para la mayoría de las personas, esta forma de pensar termina en la infancia, cuando mamá dobla la esquina y descubre la comida que hemos tirado, el gato a cuya cola hemos atado varias gomas elásticas o el camión de juguete de nuestro hermano que sobresale de debajo de nuestra

cama. En Clark, sin embargo, había desembocado en un retorcido perfeccionismo. Si el timo se planeaba y se ejecutaba correctamente, el horror enterrado jamás saldría a la superficie, el contenedor sellado nunca se abriría, las personas embaucadas jamás se conocerían ni compararían sus historias. Clark veía el mundo como un mecanismo de ocultación; carecía del constante vigilante interno llamado conciencia, sociedad o Dios. Vivía en dos modos, el aparente y el velado, y en dos reinos, la ópera y la cloaca, y se desplazaba de uno a otro como un genio.

A Frank Girardot, que fue a visitarlo a la cárcel después de que yo hubiera decidido que ya no lo haría más, le contó una historia de juventud: al parecer, una noche cambió de lugar varios indicadores de tráfico de su pueblo bávaro. Los conductores se pasaron varios días confundidos, le explicó Clark a Girardot: giraban donde no debían, tomaban carreteras a pueblos equivocados, ralentizaban la marcha donde tenían que acelerar. Eran incapaces de descubrir cuál era la fuente de su desconcierto. Finalmente Clark —por aquel entonces, todavía Christian Gerhartsreiter— se cansó del infortunio de sus vecinos y volvió a colocar los indicadores en su sitio. Girardot había visitado el pueblo mientras recopilaba información para un libro sobre Clark (*Name Dropper*, un completo expediente sobre el asesinato de los Sohus), y le pregunté si alguien le había comentado que el chico bromista hubiera sufrido abusos familiares como los que los programas de entrevistas de la televisión norteamericana y las memorias que narran acontecimientos traumáticos consideran el origen de ese tipo de actos delictivos. No. Más bien al contrario, me dijo Girardot. Su investigación sugirió que los padres de Christian justificaron y consintieron el pésimo comportamiento de su hijo. Cuando algún enojado vecino los alertaba de alguna malintencionada travesura de Christian, ellos se limitaban a quitarle importancia con unas risas.

En el «Informe *Shelby*», el Christian adulto se había desbocado y ya era un desenfrenado fantaseador con una agenda oculta cuyo motivo me resultó evidente al final de la primera lectura. Los textos iban de mediados de julio a principios de septiembre, desde la llegada de *Shelby* a Nueva York hasta la

declaración de que debía dejar la ciudad y trasladarse a un lugar más tranquilo, seguro y remoto. Los primeros textos eran cuidadosamente prosaicos y consistían fundamentalmente en dramáticas recreaciones de las «cacerías» de ardillas que *Shelby* y *Yates* llevaban a cabo por las mañanas en Central Park, complementadas por fríos relatos de su comportamiento exterminador. «Bajo recuento de ardillas: sólo han cazado dos. Heces normales. No ha conseguido orinar después de un paseo de una hora, pero lo ha hecho en cuanto hemos llegado a la cocina.» Como los textos estaban escritos pensando en los Piper y un pequeño grupo anónimo de amantes de los setters, Clark documentaba meticulosamente la transformación de *Shelby* de holgazana perra ligada a una silla de ruedas a brincador animal de raza, otorgándose a sí mismo todo el mérito de este cambio: él era el infatigable *Herr Doktor*, un analista fecal sin par. «Las heces parecen normales, hoy ha dejado finalmente de orinar en exceso. Administrados cartílago y tiroides.»

Los textos alcanzaban su apogeo a principios de agosto, cuando Clark manifestaba su intención de realizar una fortificante excursión a la bahía de Penobscot, en Maine (¿quizá para dejarse caer por la tienda de antigüedades de Titmuss?). Mary Piper le escribió para dejar constancia de su satisfacción («Agradezco de veras la información sobre el Tron!!! ¡Gracias!»), y dejaba caer algunos cotilleos de Montana: unos días antes, en un pueblo no lejos de Bozeman, se había topado con una mujer que posiblemente era una de las primas de Clark, una Rockefeller que utilizaba su nombre de casada. ¡Qué pequeño era el mundo! Para Clark, sin embargo, se trataba de un mundo demasiado pequeño. «¡Puaj!», contestó, y luego pasó a despotricar duramente contra la mujer. Mary se sintió debidamente escarmentada, pero, al intentar desagaviar a Clark, sin querer despertó al lobo. No sólo se refería a Montana como un terreno de caza, sino que también lo retrataba como un buen lugar para construirse una madriguera: «Lamento haberlo mencionado. Ella no sabe que conozco su apellido; se oculta aquí como muchas otras personas de apellido célebre. Aquí estamos a salvo, pero si nos hubiésemos quedado en Minneapolis, sin duda yo habría mantenido mi nombre de soltera. La madre de Harry fue secuestrada hace años y todo el mundo lo recuerda y no lo dejan en paz».

Si en vez de rehuir a su nueva conocida —la auténtica Rockefeller que vivía discretamente en Montana—, Mary le hubiera preguntado alguna vez por su «primo» de Nueva York, podría haber terminado enviando a unos cazadores de recompensas a dicha ciudad para que se escondieran entre los matorrales de Central Park, sorprendieran a Clark y le exigieran que renunciara a *Shelby*. O también podría haber seguido presionándolo para que cooperara con un periodista que quería mencionarlo en un artículo sobre la nueva vida de cenicienta de la perra. Clark le prometió considerar la petición, pero, de repente, un escándalo familiar hizo que no quisiera alardear de su apellido. «¡Horror de horrores!», decía en su respuesta, y luego revelaba la abominable deshonra: ¡un miembro de su noble clan había posado en calzoncillos para el anuncio de una revista!

A medida que el agosto en Manhattan avanzaba, el tono del «Informe» se iba volviendo hosco, volátil y amenazadoramente inmaduro. Se podía advertir la acelerada germinación de una mala semilla. Acontecimientos cotidianos y menores (pero que aun así parecían meras invenciones) terminaban toscamente convertidos en ridículas fábulas de confrontación, evasión y venganza. Una luminosa mañana de jueves, en el prado principal de Central Park, una ardilla herida se cayó de un árbol y, tras permanecer un momento aturdida, apretó a correr hacia Clark y sus dos perros. La atrevida maniobra frontal del roedor desconcertó a los sabuesos. *Shelby* intentó abalanzarse hacia ella, pero la silla de ruedas se atascó. La atrevida ardilla consiguió escapar, volvió a subir al tronco del árbol y luego, como si quisiera agitar sus diminutos puños en dirección a los desanimados y vencidos perros, comenzó a arrojarles pequeñas nueces a la cabeza. ¡Qué imprudencia! Pero el cuento de hadas «basado en hechos reales» proseguía, pues, como todo niño bien educado sabe, hay algo que va después del orgullo. ¡Catapum! El animal volvió a caerse de la rama, los setters se enfurecieron y la ardilla (¿la reina de las ardillas?) volvió a cargar directamente contra ellos y se anotó su segundo triunfo. Esta justa en el parque resultaba elusivamente desconcertante. Tanto si estaba basada en hechos reales como si no, no dejaba de ser la versión de Clark de los cuentos de Esopo y A. A. Milne, pero con un toque a Los Tres Chiflados.

A mediados de agosto, apenas un mes después de la llegada de *Shelby*, el «Informe» comenzaba realmente a burbujear y a fermentar. En el mejunje podían saborearse débilmente sulfurosas notas de Edgar Allan Poe. Los perros habían empezado a pelearse sin razón alguna. Un día, *Shelby* cazó un pájaro y, con una «mirada de regocijo», dejó el desfigurado y magullado cuerpo del ave a los pies de su dueño. Luego volvió a cogerlo y lo torturó un poco más. Tras haber aprendido finalmente a caminar sin asistencia, *Shelby* se mostraba ahora despiadada para con los débiles. Días después, atacó a un «cachorro mezcla de corgi» que correteaba libremente por el parque a pesar de la severa prohibición de «nuestro alcalde nazi», a quien Clark se refería en otra publicación como «Adolf» —no Rudolph— Giuliani. Este lapsus ficticio era doblemente falso porque, sin duda, también era robado.

Agosto. Interminable y fétido agosto. Una plaga de origen desconocido descendía sobre la casa de Rockefeller. Los primeros síntomas de Clark eran dolor de garganta, pulmones encharcados, tos y sopor mental. Un día, al volver a casa después de pasear a los perros, descubrió que tenía un sarpullido rojo en el pecho. Al parecer, en su estado de aturdimiento y modorra, había estado llevando el polo del revés y el logo del cocodrilo le había rozado la piel desnuda. Los perros reaccionaron a la atmósfera patógena con «fortuitos episodios de agresividad», incluido uno en el que *Shelby*, que para entonces sufría diarrea crónica, se abalanzaba sobre *Yates* y le mordía el cuello. Poco después, *Yates* le hacía lo propio a Clark en la pierna. Para entonces, éste había comenzado a descuidar su trabajo. Los países del Tercer Mundo endeudados que tanto se había esforzado por mantener a flote tendrían que aprender a remar con más fuerza. O a nadar.

Cuando la salud de *Shelby* se deterioró y comenzó a caérsele el sedoso pelaje a mechones, Clark buscó desesperadamente ayuda externa y llamó a su cuidador de perros favorito, un «hacedor de milagros» con un nombre extremadamente fuera de lo común y una fisionomía única de género dual. Se llamaba 123, una abreviación de su número de la Seguridad Social. En cuanto a la rareza física de «ela» («ela» era un híbrido de «él» y «ella», escribió Clark), ésta consistía en un órgano sexual extra que se había añadido quirúrgicamente. Tal cual: «añadido», no esculpido a partir de carne que ya

estuviera ahí. La primera vez que leí ese texto, me quedé anonadado. ¿Qué diantres...? Clark reflexionaba entonces sobre la vida romántica del cuidador pansexual, obsesionado por esa quimera de su propio cerebro. Tal vez se trataba de un modo de revelar a los Piper, así como a los amantes de los setters de todas partes, que era gay o bisexual, pero seguro que había formas de hacerlo más sencillas y menos grotescas. ¿Por qué escoger ésa, pues? Me acaricié la barbilla, pero tampoco durante mucho rato. En realidad, Clark estaba contando la verdad sobre sí mismo, o al menos así era como se veía él a sí mismo. Era una secuencia numérica, no un ser humano. Y, para Clark, el pene (el único órgano sexual que podía ser hipotéticamente «añadido») era como un órgano extraído de otra persona y cosido a su cuerpo.

El 15 de agosto, Clark introdujo un nuevo y fatídico tema: su colección de arte moderno. Se preguntaba si no tendría alguna relación con la menguante salud de sus perros, la membrana mucosa que recubría sus ojos y sus accesos de náuseas. La mayoría de los vómitos de sus mascotas, señalaba, tenían lugar delante de su nuevo cuadro de Motherwell. ¿Acaso los perros eran alérgicos a la pintura utilizada por los expresionistas abstractos? Al leer esta absurda especulación, me eché hacia atrás un momento, convencido de que con ella Clark estaba tramando algo significativo, no sólo inventando e improvisando chorradas por diversión. No sé quién pensaba que eran sus lectores aparte de los Piper, pero parecía claro que les estaba tendiendo una trampa. Quería que pensarán en sus cuadros. Quería que los visualizaran. Mencionaba incluso el nombre del Motherwell: *Elegía a la República española*. ¿Estaba publicitando la falsificación para venderla? Si ponía enfermos a sus perros, no podía quedársela. ¿Y qué había de su tono a lo Hércules Poirot? Estaba anunciando que ahora el «Informe» tenía una trama, y que iba a ceñirse a ella.

Y así lo hizo durante el resto de agosto, convirtiendo el «Informe» en una especie de novela de misterio médico. A mitad de su investigación, introdujo espontáneamente una nueva anécdota cuya evidente improvisación parecía sospechosamente premeditada, pero ¿con qué fin? Tras mencionar un peluche que a *Shelby* y a *Yates* les gustaba maltratar, se ponía a reflexionar sobre el juguete, divagando sin llegar a ninguna conclusión. El juguete no tenía cerebro, comentaba (claro que no, ¿y?). Sus setters, en cambio, sí (efectivamente, ¿y?).

Y de repente, como sin querer, llegaba a una conclusión. Una conclusión aterradora. Una conclusión escalofriante. «Supongo que cualquiera con cerebro —reflexionaba— puede jugar violentamente con alguien que no lo tiene, pues si alguien no tiene cerebro nunca se enterará de la fuerza con la que otro lo zarandea.»

En agosto de 1998, los lectores del «Informe *Shelby*» no tenían forma alguna de saber que esta observación casual era en realidad la doctrinal defensa de un asesinato, una especie de confesión filosófica realizada por un criminal experimentado en ese arte (un criminal inusualmente culto que consideraba que el asesinato era, en efecto, un arte). Imaginé a Clark redactando el texto en su ordenador en una postura de escolar exageradamente aplicado, con una repugnante sonrisita de suficiencia en el rostro y frotándose los desnudos tobillos cruzados. Seguro que no dejaba de borrar y corregir, jugando con la sintaxis, intentando sonar a la vez natural y conciso, relajado y controvertido. Y buscando provocar un efecto subliminal siniestro, como el de un mayordomo decantando un oporto *ruby* con una mano derecha llena de rasguños, la débil melodía de un camión de helados en un funeral o un guante de piel negro en la hierba junto a un columpio. Me lo imaginaba solo en casa mientras su esposa trabajaba por dinero. Mientras toda la gente aplicada y sin cerebro trabajaba por dinero. Nadie sabía quién era él, ni qué había hecho; tampoco que, al igual que Raskólnikov en *Crimen y castigo* (¡cuántas veces debía de haber estudiado ese libro!), les estaba contando justo eso (sin hacerlo exactamente). Los muy tontos, los muy pardillos... E imaginé a los perros tumbados a sus pies mientras él se recreaba con esos pensamientos, y creí saber por qué le gustaba que estuvieran ahí: porque era más listo que ellos. Porque eran perros. Podía insertar cualquier pensamiento en sus cabezas, pero ellos no podían insertar ninguno en la suya. Ni podían saber lo que pensaba. La mayoría de la gente tampoco, pero la mayoría de la gente no estaría dispuesta a permanecer tumbada a su lado, recordándole con cada suspiro y cada gimoteo, cada movimiento involuntario, cada ignorante acto perruno, que él era el dueño, él era Merlín, él era el señor Ripley. En la calle, entre la gente, lo demostraba constantemente, pero también le gustaba sentirlo dentro de casa.

Mientras permanecía sentado a su escritorio relatando el día a día de sus perros, en realidad estaba escribiendo sobre otras cosas. Estaba transformando episodios abominables y secretos en anécdotas curiosas que pudiera contar en cenas. Estaba ensayando formas de contar la verdad para que ésta sonara más ampulosa y zalamera, más parecida a las patrañas típicas de Clark. También se estaba inventando cosas que pudieran parecer ciertas, al menos a la gente sin cerebro. Gente como yo en 1998. ¿Tenía yo cerebro por aquel entonces? Eso creía. Y, de hecho, creía que estaba bastante desarrollado. Había estudiado en Princeton y Oxford y había escrito novelas. Había refundido textos de lejanos corresponsales para convertirlos en respetables artículos de portada para la revista *Time*. Entonces, ¿por qué me falló? Por última vez, ¿por qué?

A medida que iba llegando a los últimos textos, el «Informe *Shelby*» me iba conduciendo a un «¡Eureka!». Podía notarlo como si de los primeros síntomas de un resfriado o una fiebre se tratara. Iba a ser uno de esos momentos a lo *Perry Mason* sobre los que los experimentados periodistas jurídicos solían bromear, insistiendo en que nunca sucedían. En el juicio de Clark (y seguro que en la mayoría de los juicios similares en los que el asesinato todavía contenía un elemento de misterio), oía decir cada día, o cada dos días, «¡Esto no es *Perry Mason*!». Eso quería decir que no iban a darse ciertos giros dramáticos. Quería decir que estábamos en Los Ángeles, no en Hollywood. Quería decir que, por más que los ojos del testigo estrella de la fiscalía revolotearan nerviosamente por la sala, no iba a sentirse finalmente acorralado por la defensa y a admitir que él y Clark habían sido amantes, que éste lo había abandonado y que su testimonio no era más que una colección de mentiras para vengarse de él. Y, sobre todo, quería decir que la corpulenta anciana que estaba sentada en la última fila y que la gente había supuesto que se encontraba en el juicio porque se le había estropeado el televisor o el aire acondicionado no iba a quitarse su peluca de largo pelo gris para sorprendernos a todos con su verdadera identidad: ¡Linda Sohus, viva, la Asesina Unicornio!

No importaba lo que pensarán los demás; yo sabía que ese tipo de desenmascaramientos y giros inesperados eran posibles. Ya había

experimentado unos cuantos. Estaba, por ejemplo, el caso de un amigo. Un rico excéntrico. Un verano le llevé un perro lisiado. Él me enseñó sus Rothko. Me llevó a su club. Pasaron los años. Visité su mansión. Le ofrecí mi apoyo durante su divorcio. Hasta que, un día, encendí el televisor y ahí estaba. En realidad, no lo conocía.

Pero ahora lo conocía mejor.

Finales de agosto de 1998. El «Informe *Shelby*» estaba llegando a su clímax. ¿Por qué seguían deteriorándose los pobres setters? ¿Por qué apenas podían respirar en el apartamento? «No se me ocurre cuál es la razón — escribió entonces Clark—. Si alguien tiene una pista sobre cómo resolver este misterio, que me lo haga saber.» Para entonces, claro está, los lectores de Clark conocían la respuesta y simplemente estaban a la espera de que él llegara a la misma conclusión: por algún motivo, los cuadros estaban envenenando a los perros. Y, efectivamente, tras un breve viaje a Maine en el que los síntomas de los animales desaparecieron rápidamente, Clark desvelaba el secreto. ¡El alérgeno era el aceite de linaza, base de la pintura de todos los cuadros que poseía!

Se trataba de una noticia terrible, les decía Clark a sus lectores (si bien sólo los Piper tenían alguna razón para mostrarse preocupados, pues eran quienes habían puesto a su querida *Shelby* en sus manos). La mayoría de los cuadros eran tan grandes que no podían trasladarse sin más, ni siquiera de una habitación a otra. Sólo había una solución, concluía Clark: él y *Shelby* debían marcharse inmediatamente muy muy lejos, no sólo del apartamento. ¡Tenían que dejar la ciudad! Esto parecía extremadamente impulsivo, una reacción sin duda exagerada tratándose de una mera alergia al expresionismo abstracto. Y, presumiblemente, lo que estaba haciendo Clark era exagerar el horror para justificar su huida de la metrópolis. Un día sucedieron dos funestos acontecimientos. Espeluznado y sin poder hacer nada, Clark contempló cómo una camioneta del Departamento de Parques y Jardines atropellaba a un perro a sangre fría. «A propósito», escribía él. Después —o quizá antes, en este punto la entrada resultaba algo confusa—, un rufián callejero lo amenazó con una navaja. Nueva York se había convertido en un «lugar infernal», se lamentaba. Y, peor aún: la vida de *Shelby* seguía en peligro (un día, Clark le

hizo oler aceite de linaza para demostrar su teoría y, en efecto, el método científico confirmó el resultado). ¿Qué les sucedería a continuación a hombre y perro? ¿A qué lugar del mundo se irían a vivir después de Nueva York?

Clark dejaba las cosas aquí. El 3 de septiembre de 1998, se despedía de sus lectores y declaraba que el «Informe *Shelby*» había llegado a su fin después de poco menos de dos meses. «Por favor, téngannos presentes en sus oraciones», escribía.

Pero el 8 de septiembre, sólo cinco días después, Clark les envió un correo electrónico personal a los Piper, Harry y Mary, la reverenda y el heredero. Éstos lo habían incluido en el archivo que me habían enviado, al final de todo, justo donde lo habrían encontrado de haber sido esto un capítulo de *Perry Mason*. En él, Clark les decía que temía estar al borde de una crisis nerviosa. Hay que tener en cuenta que había estado tomándoles el pelo durante todo el verano, asidua, paciente y oblicuamente, primero con la ayuda del ficticio Leslie Titmuss y luego con el apoyo —o aprovechándose— de su angélica *Shelby*. Durante todo ese tiempo, también había estado llamándome a mí por teléfono, aunque curiosamente nunca me dijo una palabra sobre el «Informe *Shelby*», en el cual era presumible que yo habría estado interesado, teniendo en cuenta que era el manejable bicho raro que le había llevado a la perra en coche y en avión hasta Nueva York. En parte, lo había hecho para hacerles un favor a los Piper, que se habían puesto en contacto conmigo para hacerle a su vez un favor a Clark. Y, como decía, antes del otoño de 1998 él les escribió pidiéndoles otro favor. Aunque todo parecía indicar que no eran ellos quienes habían de hacérselo sino yo, la persona a la que los Piper habían persuadido para ayudarlo en la anterior ocasión y la única que podía proporcionarle lo que ahora necesitaba desesperadamente.

El correo electrónico especificaba claramente sus necesidades: un lugar en Montana. Un lugar en el que vivir. Un lugar tranquilo en el que escribir sus libros de *Star Trek*. Un lugar en el que completar sus «reescrituras de Constance Garnett». A los Piper, que no habían pillado la referencia a Leslie Titmuss, puede que no les resultara familiar el nombre de Constance Garnett, pero yo me dedicaba a escribir y, desde luego, sí lo conocía. Era la traductora de los maestros rusos, Dostoievski entre ellos. Si no estaba malinterpretando

los pensamientos de Clark, esto significaba que en septiembre de 1998 podía estar planeando escribir un pequeño remedo de *Crimen y castigo*. Tal vez personalizándolo de algún modo. En cuanto encontrara un lugar en el que vivir y trabajar, claro está. Les pedía a los Piper que estuvieran atentos por si se enteraban de algún «pequeño apartamento amueblado construido en el garaje de un rancho en activo y que permita perros [...]. Cuanto más pequeño, mejor, probablemente. Una pequeña habitación me iría bien...».

En 1998 yo poseía un lugar como ése. Exactamente como ése. Y, gracias a nuestras conversaciones telefónicas, Clark lo sabía. Pero es posible que los Piper no lo supieran, pues nunca habían venido a visitarme a mi rancho lleno de perros y con garaje. Ésta puede que sea la razón por la que nunca se les ocurrió contarme lo de la pequeña lista de deseos de Clark. En cualquier caso, yo tampoco les habría hecho caso. Estaba demasiado ocupado revisando la novela que tantas veces habían rechazado las editoriales y preparándome para la llegada del bebé. Me pasé ese otoño en el rancho, recluido, haciendo lo que me tocaba como escritor y marido: trabajar, preocuparme y sustentar a mi familia. Más adelante, en invierno, Clark me mencionó su interés en hacerme una visita (lo hizo de pasada, y supuse que se refería a una estancia corta), pero faltaban pocas semanas para que me convirtiera en padre, así que le dije que no. Si los Piper —gente dulce a la que realmente admiraba— me lo hubieran pedido de su parte, es posible que me hubiera mostrado más abierto a ello. Quizá lo habría acogido durante una estancia corta, de dos o quizá tres semanas, mientras buscaba un lugar propio. Pero él no lo habría buscado, ni yo le habría obligado a hacerlo, y a Maggie —rescatadora de animales como Mary— se le habría derretido el corazón con *Shelby*, lo sé. ¿Cómo habría manejado yo esa situación? Tal vez le habría vendido a Clark un rincón de mi rancho; llevaba tiempo pensando en deshacerme de algunas hectáreas. El dinero escaseaba y las obligaciones se amontonaban. Bien divididas, doscientas hectáreas permitían tener un vecino al que uno no viera nunca y cuya casa o cabaña quedara fuera de la vista. Si hubiera sucedido esto, quizá Clark todavía estaría viviendo aquí. Tal y como le dijeron los Piper, Montana es un buen lugar para esconderse. Y él necesitaba uno.

Sin embargo, es posible que en ese caso yo ya no estuviera allí con él. Es

posible que yo ya no estuviera en ninguna parte. Tal vez Clark, que siempre había deseado ser un escritor pero carecía de cierto suero literario esencial que no se encuentra en el cerebro, sino en la sangre, estaba buscando otra metamorfosis. Si unos pocos golpes certeros en el cráneo de John Sohus le habían proporcionado un gran conocimiento de *Star Trek*; si golpear a Dickie Greenleaf con un remo podía convertir a Tom Ripley en un hombre mundano; si clavarle un cincel en la cabeza a un muchacho podía transformar a Leopold y a Loeb en *Übermenschen*, entonces, quizá una noche, después de pasarse todo el día en mi garaje traduciendo *Crimen y castigo*, Clark podía encontrar una forma de convertirse, de golpe, en escritor. Sabía identificar a la víctima perfecta en cuanto la veía, y yo ya me había sacrificado antes por él.

Un tema de conversación popular en la sala del juzgado (que era como el plató de una película, alternativamente ceremonial e informal: o seriedad absoluta o mera cháchara) era si Clark había cometido otros asesinatos. No había pruebas de que lo hubiera hecho, pero hoy en día todo el mundo es criminólogo *amateur* y alberga una gran cantidad de conocimientos televisivos acerca de los distintos tipos de asesinos que antaño estaban reservados a los expertos. El asesino común, habían aprendido los norteamericanos, es un narcisista impulsivo que, bajo los efectos del alcohol o del estrés, se viene abajo emocionalmente y agrede. El asesino en serie, por su parte, carece de empatía y suele desarrollarse en etapas bien conocidas: comienza prendiendo fuegos y haciendo daño a animales y, en un momento dado, da el salto al asesinato, que le hace sentirse poderoso y que tiene el control. La gente se preguntaba si Clark era un asesino en serie. Sin duda, tanto su apariencia como su comportamiento así lo indicaban. En ese caso, sin embargo, ¿por qué se había retirado tan pronto, después de una o dos víctimas? Eso no era lo habitual. No encajaba con el modelo.

Después del juicio, cuando finalmente me enteré de que había estado buscando un rancho en el que alojarse, pareció encajar más con el modelo. Al parecer, la sed que sentía por «jugar violentamente» con aquellos que, según su percepción, carecían de cerebro no lo había abandonado. Simplemente, organizar y presentarse al partido era un problema excesivamente complicado y desalentador para alguien que no existía legalmente y que llevaba mucho tiempo ocultándose de las autoridades. No podía abrir una cuenta bancaria ni presentar un documento identificativo a una línea aérea. No podía siquiera arriesgarse a que le pusieran una multa de tráfico. Estoy convencido de que

cuando huyó con Snooks a Baltimore su plan consistía en que lo recogiera un bote o un barco —enviado, quizá, por su amigo de Perú, quien, tras dejar el mundo del arte, al parecer había fundado una compañía naviera— y abandonar Estados Unidos por mar. Probablemente, el viejo catamarán con fugas que había comprado habría sido encontrado en el océano, hundiéndose y a la deriva, y las autoridades habrían concluido que él y Snooks se habían ahogado. La persecución habría llegado así a su fin.

Pero entonces una noche, mientras estaba sentado a mi escritorio leyendo los documentos que los Piper me habían enviado, llegué a la conclusión de que Clark había vuelto a matar, y que yo había conocido personalmente a la víctima. Clark la había escogido con cuidado. Era alguien de su confianza, fácilmente manipulable e inferior tanto social como mentalmente, algo que habría sabido gracias a su viejo test: ella lo consideraba su amigo.

El «Informe *Shelby*» fue mi primera pista. El amor que profesaba Clark a sus perros resultaba exageradamente histriónico, tan falso como toda su persona, y el modo en que explotaba las supuestas crisis y los espasmos de agresividad de los perros en busca de patetismo enmohecido, risas chapuceras y suspiros admirativos (qué adorable que los dejara lamer sus cuadros, y qué magnánimo de su parte no enojarse cuando vomitaban encima de ellos) me parecía gélidamente teatral. Cómo había mareado a los pobres Piper con todas sus tonterías melodramáticas.

—Mary —dije cuando finalmente compartí con ella mis conclusiones sobre el trato que Clark les había dado a ella y Harry—. He buscado a Leslie Titmuss, el tipo de los correos electrónicos. —En cuanto dije eso, deseé no haber llamado. Vi la sombra de mis motivos. Estaba intentando pavonearme, alardear de mi perspicacia criptográfica. Pero ya lo había hecho, así que seguí adelante—: Es el personaje de una novela. Os engañó.

—No me sorprende —me contestó ella.

Aunque sí parecía decepcionada. Puede que en eso consistiera ser reverendo: mantenerse esperanzado en relación incluso con lo peor de la gente, y tomarse las malas noticias sobre el alma de una persona como si fueran malas noticias sobre todos nosotros.

Mary me repitió entonces la historia que yo había oído en boca de Clark:

Shelby había sido atropellada por un coche. Le pregunté por qué creía que eso era cierto, y ella me contó que había ido a visitar a Clark a su casa de Cornish en noviembre o diciembre del año 2000. La descripción de su fin de semana me recordó a los días que yo pasé allí: la misma habitación fría y la misma escasez de comida. Los Piper, sin embargo, estuvieron mucho más cerca que yo de conocer a J. D. Salinger. Fueron a su casa, o a la casa en la que les dijo Clark que vivía. Éste llamó a la puerta mientras ellos permanecían a cierta distancia. No contestó nadie, me dijo Mary. Fue un fin de semana desasosegante e incómodo salvo por el placer de haber vuelto a ver a *Shelby*. Parecía sana y caminaba sin ayuda de la silla de ruedas. Ella y su marido pudieron ver cómo corría y jugaba en el amplio jardín de Clark.

Una semana o dos después recibieron una llamada. *Shelby* había sido atropellada en la carretera. Clark parecía estar desconsolado. «Estoy destrozado, completamente destrozado», les dijo.

—Esto puede parecer raro, pero he de preguntártelo —le dije entonces a Mary—. ¿Clark os pidió algo? Antes de que os marcharais, quiero decir. Algún favor.

Mary me respondió que creía que no. Pero entonces recordó algo. «Bueno, en realidad, sí», me dijo. Clark le pidió ayuda a Harry. Quería que éste escribiera una carta al comité de afiliación de The Lotos Club apoyando la solicitud que él había presentado.

—Lo extraño —dijo Mary— es que Harry no pertenece a ese club. Creo que Clark sobrestimó su influencia.

—Pero ¿Harry accedió a escribir la carta?

—Así es —me contestó ella.

—Y luego, poco después de que lo hiciera, ¿Clark llamó y os dijo que *Shelby* había muerto?

—Si estás diciendo lo que intuyo que estás diciendo, no creo que pueda hacer esto ahora —dijo Mary.

No estoy seguro de si a ella le pareció que era probable, posible, inescrutable, ridículo o perverso por mi parte llegar siquiera a sugerir lo que estaba diciendo, pero tampoco tuve intención de preguntárselo.

La última vez que vi a Clark fue en la sala del juzgado del juez Lomeli, sin más testigos que Lincoln y Washington. Durante el juicio, había utilizado sus retratos para fijar la mirada y llevar a cabo los reajustes focales que practicaba para mantener a raya las migrañas. Lincoln permanecía sentado con la barbilla apoyada en un puño. Era el pensador con tendencia al escepticismo. Washington, con su cara redonda y su pecho amplio, estaba de pie sobre lo que parecía ser una colina conquistada. Era el héroe secretamente propenso a los dolores de espalda. La bandera norteamericana colgaba en una esquina, marchita y exhausta. Ese día, Clark había sido sentenciado a cadena perpetua sin derecho a libertad condicional. Se había representado a sí mismo, y lo había hecho bastante mal. Comenzó pidiendo leer el recurso que había escrito, un arrugado manojito de páginas que había llevado a la sala del mismo modo que los ladrones de banco se dan a la fuga abrazando contra sus cuerpos los fajos de billetes del botín mientras éstos se les escurren entre los brazos (únicamente en las películas, estoy seguro). El juez rechazó su solicitud para embelesarnos y Clark pareció sentirse todavía más humillado que cuando oyó la lectura del veredicto. Enojado, éste retiró el recurso que no había leído (escrito a lápiz, por lo que pude ver). El juez dijo entonces que los periodistas que quisieran entrevistar a Clark podían hacerlo en privado y por turnos.

—No me fío de ti. Me has traicionado —me dijo cuando me senté con él a la mesa de la defensa un par de horas más tarde, después de que el alguacil hubiera vaciado la sala y los periodistas que lo habían entrevistado antes que yo hubieran terminado y se hubieran marchado.

Clark se había enterado de que estaba escribiendo sobre él. Yo nunca se lo había mencionado.

—Tampoco yo me fío de ti —le dije cuando se hubo cansado de regañarme. Era la contestación perfecta, y la única posible, claro está.

Su rostro parecía desgastado, cansado y poco definido, como la copia de un documento fotocopiada muchas veces. Sólo alrededor de su boca mantenía todavía cierta vivacidad.

—Lamento de veras que te hayas sentido traicionado —añadí—, pero estoy escribiendo sobre ti porque a eso me dedico. Soy escritor. Siempre lo

has sabido. Y eres un ser humano fascinante.

—No lo soy en absoluto —repuso.

¿No era humano? Por un momento, eso fue lo que me pareció entender. Habría sido un buen chiste, aunque improbable en alguien carente de ironía autocrítica. Tampoco era capaz de detectarla cuando otros la utilizaban. Reparé en eso al poco de conocerlo: siempre que me burlaba de mí mismo contando alguna historia sobre alguna metedura de pata o fallo menor que hubiera cometido, él se me quedaba mirando fijamente a la espera de que terminara. En su interior había espacios en blanco.

—¿Qué le sucedió a *Shelby*? —le pregunté entonces—. Sé que murió, pero ¿qué sucedió exactamente?

Fingí que no me acordaba, como si recientemente hubiera envejecido mucho.

—La golpeó un coche —dijo—. La atropellaron.

—¿Cuándo?

—En 2000 o 2001. Por aquel entonces. Puedo decirte quién lo hizo. Se llama Peter Burling, un senador. Un senador estatal, no federal. Puedes preguntárselo a él. Fue quien la atropelló. Peter Burling.

Dio un tirón a las esposas que lo mantenían encadenado a la silla. Era su modo de decir que me escribiría el nombre si todo eso (el juicio, la cárcel, Los Ángeles, la sociedad, la moralidad, la pésima suerte, los equipos de jornaleros cavando la tierra, la durabilidad del hueso, la gente estúpida, la Alemania humillada, las películas en blanco y negro, los libros de suspense, los viajes interestelares, Jehová, un hombre con bigote, las exesposas y exnovias y el acero) no le impidiera mover sus ridículos brazos.

Tres o cuatro días después llamé a Peter Burling a su casa de Cornish. Éste me dijo que había leído mi artículo sobre el juicio, que le había gustado y que le alegraba poder ayudarme. Me contó toda la historia. Comenzó diciéndome que Clark le desagradaba intensamente, y me explicó por qué. Cuando éste se mudó a Cornish en 1999, Burling era una persona influyente en el pueblo, un prominente líder local, y eso, me contó Burling, parecía molestar a Clark; era

como si estuviera celoso. Así, por ejemplo, Burling había sido el propietario de una iglesia local —una antigua e histórica capilla episcopaliana—, y cuando quiso donársela al pueblo, Clark pagó al pueblo para devolvérsela a él. Otro ejemplo de su actitud intimidatoria fue cuando intentó clausurar la carretera pública que pasaba por detrás de su casa para poder utilizarla como acceso privado. Burling me contó asimismo que Clark estaba tan obsesionado con perjudicarlo de algún modo que llegó incluso a tratar de sobornar a su ama de llaves para que hurgara en sus archivos personales. El senador también creía que Clark era un ladrón que había entrado en las casas sin cerrar de sus vecinos con el pretexto de regalarles miel de abejas silvestres. Era un tipo egoísta, reservado y mezquino. No le sorprendía que lo hubiera acusado de atropellar a su perra. La verdad, sin embargo, era que nadie la había atropellado. Lo sabía, me dijo, porque una vecina y él habían sido quienes habían encontrado el cadáver. *Shelby* yacía pacíficamente de costado en el punto exacto en el que el acceso privado a la casa de Clark se unía a la carretera. No había sangre. Ni extremidades rotas. Ni piel desgarrada.

—No había indicios de que hubiera sufrido algún traumatismo. Pensé que quizá se había tratado de un ataque al corazón.

—¿Podría haber sido envenenada?

—Posiblemente —dijo Burling—. Lo único que sé es que nadie la atropelló. Parecía que simplemente se hubiera tumbado a dormir.

Burling se excusó porque tenía una cita, y nos despedimos. Yo me quedé un rato sentado a mi escritorio, pensando. *Shelby* yacía en el punto en el que el acceso privado a la casa de Clark se unía a la carretera. ¿La carretera que quería clausurar? ¿La carretera que él consideraba que amenazaba su privacidad? ¿La carretera que el pueblo se había negado a concederle y a la que luego él culpó de la muerte de su querida setter? Le envié un correo electrónico a Burling preguntándole si la discusión sobre la carretera se encontraba en su apogeo cuando murió *Shelby*. Su respuesta fue rápida y ligeramente formal. «El cadáver de la perra se encontraba en Platt Road —decía su correo electrónico—, y la discusión sobre el cierre de la carretera fue contemporánea a la muerte del pobre animal.»

Clark había utilizado a *Shelby* en su beneficio. Retratándose a sí mismo

como salvador de su salud, había conseguido una carta de Harry Piper recomendándolo a The Lotos Club. Y, asesinándola al poco de haber obtenido dicha recomendación —tal y como yo estaba prácticamente seguro de que había hecho—, había reforzado sus argumentos para que clausuraran una carretera pública que le molestaba y que creía que debía ser suya.

Aunque quizá tenía otro motivo. O diez. Porque a Clark no le faltaban motivos para asesinar: coger, minimizar, ganar, burlarse, silenciar, suplantar, no aburrirse, crear otra ausencia para no quedarse solo con la de uno mismo. Tenía infinitos motivos, pero sólo un supermotivo: obtener una ventaja o evitar una desventaja. Éste también era el motivo para mentir, si bien mentir era más rápido, limpio y mucho menos duro. No hacía falta cortar, serrar, cavar ni limpiar. Clark debió de odiar el hecho de verse obligado a realizar una tarea física tan degradante, y no había pruebas de que se hubiera rebajado a ello (sólo una o dos veces). Le iban más las mentiras, esos pequeños asesinatos. Los grandes asesinatos, había aprendido por las malas, eran seguramente más problemáticos de lo que habría esperado.

Era un mentiroso astuto, y había intentado ser un asesino igualmente astuto, pero no era un verdadero virtuoso, y lo sabía. No era ni siquiera un auténtico artista, sólo un supuesto hombre con gusto. No era un auténtico falsificador, sólo un coleccionista de falsificaciones. No era un traductor de nada, sólo un «corrector» de las traducciones de otros (hechas de idiomas que desconocía). Así pues, ¿qué era él? Ése era su gran dilema: ejercía de algo que no existía.

En un ficticio 1985 (en realidad, 2013, año en el que Clark inventó el «recuerdo»), durante su falso encuentro con el gran director Robert Wise, Clark se autodiagnosticó lo mejor posible. «Tienes oficio, pero no talento», le dijo supuestamente Wise. Estoy convencido de que Clark lo creía y de que eso representaba la verdadera imagen que tenía de sí mismo.

Tras la sentencia, me dijo que siempre había querido escribir y que, en realidad, lo había hecho —relatos sobre perros en el ordenador, una novela de pasmosa extensión a lápiz—, pero nunca había tenido lectores. Supongo que esto lo dejó únicamente con los pardillos y las víctimas, una especie de público cautivo inconsciente tanto de su papel como de su cautividad. Y los perros, claro está, que venían a ser lo mismo. Y yo. Yo formaba parte de su

público, o eso creía él. En realidad, la mayor parte del tiempo yo estaba actuando. Él me estaba timando a mí, pero yo también a él. El mentiroso, el asesino y Dios sabe qué más cosas tenía razón acerca del escritor: lo había traicionado.

En la sala del juzgado vacía después de la lectura de la sentencia, la última vez en esta vida que me sentaría con mi viejo amigo, y sólo unos pocos minutos antes de que un alguacil acudiera a desencadenarlo de la silla para llevárselo por el codo hacia una puerta, le pregunté por su otro perro, *Yates*. Para entonces me estaba quedando sin preguntas, y ya no sentía interés alguno. Los mentirosos son gente agotadora. Conversar con él me estaba envejeciendo, mermaba mis fuerzas. Todas mis preguntas obtenían la misma respuesta, sólo que formulada de maneras distintas. Su maldad consistía en el prodigioso y devorador apetito que tenía por la vitalidad y el tiempo de los demás y que consumía con palabras, palabras, palabras, palabras, palabras. A Clark le encantaba hablar, pero no tenía muchas cosas que contar, desde luego nada propio, lo cual seguramente era otra de las razones por las que mentía, plagiaba mentiras y reciclaba las antiguas. Tenía diez mil formas de no decir nada. Y yo tenía la sensación de que las había oído todas.

—¿Qué le pasó a *Yates*? —le pregunté.

—Oh, lo mismo —dijo Clark, porque con él siempre era lo mismo—. De todos modos, ya estaba mayor. También lo atropellaron. Fue muy triste.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Robert Weil, Eric Simonoff, Henry Finder, Frank Girardot, James Ellroy, Will Dana, Frank Foer, Michael Lustig, Curtis Cooke, William Menaker y a los noticiarios de la CBS. Intentasteis que me mantuviera por el buen camino y, en gran medida, lo conseguisteis. Quiero expresar asimismo mi especial gratitud a Harry y a Mary Piper por haberse expuesto a mí después de haber sido tan terriblemente engañados por él. Y manifestar mi cariñoso agradecimiento a Maisie y a Charlie Kirn, quienes no pidieron ser hijos de un escritor pero que desempeñan el papel de maravilla.

Notas

* Término alemán cuyo significado es «espacio vital». (*N. del t.*)

* Nombre con el que se conoce popularmente el área metropolitana de Minneapolis y Saint Paul. (*N. del t.*)

* Parodia de la letra de *The Sound of Music*, tema principal del conocido musical *Sonrisas y lágrimas*: «*The hills are alive with the sound of music...*». (N. del t.)

* Denominación popular del estado de Montana. (*N. del t.*)

* Palabra alemana con la que se designa el placer derivado de las desgracias de los demás.
(*N. del t.*)

La sangre no miente
Walter Kirn

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Blood Will Out*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de portada: © Nick Meek / Gallery Stock

© de la fotografía del autor: © Beowulf Sheehan

© Walter Kirn, 2014

© por la traducción, Aleix Montoto 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-233-5408-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

